Si la luna brilla

ROSANA LENN



Si la luna brilla



ROSANA LENN

ISBN: 9798879218176
Sello: Independently published

Título: Si la luna brilla
© 2024 Rosana Lenn

Cubierta: Laura Barcali
Corrección: Isabel Espejo @ellecorrectora
Maquetación: Sandra García @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso).

Aunque las sombras se empeñen a veces
en teñir de oscuridad tu mundo,
jamás dejes que nadie apague tu luz.
Brilla.

PARTE I

LUNA CRECIENTE



1
Kylian

Cuando tu madre te comunica que, de la noche a la mañana, tu vida va a dar un vuelco y tu habitación se va a ver invadida por dos extraños, lo único que deseas es volverte invisible, convertirte en uno de esos personajes de los videojuegos capaces de saltar de un brinco a la siguiente pantalla o teletransportarte a otro planeta sin billete de vuelta.

Así me sentí yo esa tarde de noviembre cuando mi madre me dio «la gran noticia».

Me constaba que ella y Murray mantenían una relación desde hacía meses, pero de ahí a vivir con él… Y con sus hijos…

Preparé el recibimiento con la escopeta cargada y la peor de mis sonrisas guardada en la recámara. Sin embargo, todo el rencor que sentía por esos intrusos que iban a invadir mi cuarto se disipó cuando mis ojos se encontraron con la mirada inquietante de esa muchacha morena. El aire de la habitación se volvió denso, como si esa figura menuda, que permanecía inmóvil bajo el umbral de la puerta, llenase con su presencia cada milésima parte del espacio que nos rodeaba.

No entraba en mis planes, pero lo hice. Bajé la guardia. Me tragué el nudo de resentimiento que se incrustaba en mi garganta e inspiré, con los hombros caídos y una bandera blanca ondeando en mi cerebro, el dulce e intenso olor a coco que emanaba de la chica de los ojos verdes. Entonces no lo sabía, pero ese perfume acabaría convirtiéndose en mi aroma favorito.

Nunca se me olvidará aquella mirada felina inundada de miedo y de vergüenza que se escondía tras su hermano, a la espera de que nos presentaran. Sus ojos eran grandes y un poco

rasgados, como los de un gato. Y jodidamente expresivos. ¡Vaya que sí! Cat lo decía todo con esa caída de ojos, que se te clavaban hasta la médula.

Ben, su hermano, enseguida avanzó hacia mí devolviéndome a la realidad y haciendo que se me borrase la cara de tonto que tenía. Se presentó sin vergüenza alguna, como si nos conociéramos de toda la vida. Me sorprendió un poco su actitud, pero no me desagradó del todo. Pensé que quizás ese chico podría ser un aliado en aquella casa en la que comenzaba a sentirme como un extraño. Tenía mi misma edad, diecisiete años, por lo que suponía que tendríamos bastantes cosas en común.

Cat se abrazaba a su peluche de gato y le costó un mundo adelantar a su hermano y dar un paso hacia el interior de la habitación para aceptar la mano que yo le tendía como recibimiento. Pude notar un ligero temblor en aquellos pequeños dedos cuya piel me resultó tan suave como delicada. Aproveché su cercanía para examinarla con detenimiento. La morena tenía carita de niña. De hecho, creía haber entendido que aún no había cumplido catorce años. Con ese cuerpo menudo, ausente de curvas, parecía una muñeca de porcelana a punto de romperse. Su cabello era oscuro, casi negro, y su corta melena enmarcaba a la perfección su tez blanca. Los mechones de su flequillo despuntado le caían sobre la frente y le daban un aire retro tan peculiar como misterioso.

Solté su mano y me pasé la mía por el pelo.

—Pasa sin miedo, que no muerdo. Solo cuando tocan mis cosas —advertí con tono burlón y desafiante lanzando una mirada de soslayo hacia mi escritorio, rebosante de papeles, libros y un sinfín de objetos inservibles. Me gané una mirada homicida de mi madre que observaba la escena con cara de preocupación desde el marco de la puerta.

La chica se mostró impasible, quieta como una estatua y silenciosa como una tumba. Me jodió no provocar en ella ninguna reacción, así que contraataqué con otra de mis gilipolleces. Solo pretendía romper el hielo. Vale, y hacerme el simpático.

—¿Ya sabes que los gatos negros dan mala suerte? —me burlé señalando el peluche que aferraba contra su pecho.

—No es un gato de verdad. Es un peluche —respondió ella elevando la barbilla con orgullo.

—Vaya —sostuve chulesco—. ¡No me había dado cuenta!

Cat puso los ojos en blanco y resopló, Ben soltó una risotada burlona y yo me callé. Me arrepentí al momento de mis palabras hacia la chica cuando me percaté de que le temblaba el labio inferior y su rostro había adquirido un tono rojizo. Pude haber intentado arreglar la incómoda situación con otra de mis bobadas, pero la mirada inquietante de la morena me intimidaba. No lo voy a negar.

Esa fría noche de noviembre no solo se congelaron las ramas de los árboles que poblaban el pequeño jardín de la casa; el ambiente en mi habitación también se tornó gélido.

Ben y yo estuvimos conversando durante buena parte de la velada. Teníamos muchas cosas en común. Pero la presencia de la extraña chiquilla, que se acurrucaba bajo el edredón de la cama inferior de la litera que compartía con su hermano, me perturbaba. Una sensación de desasosiego me mantuvo en vilo toda la noche con el vello de mi cuerpo erizado y los puños apretados.

Al día siguiente, mi madre nos sorprendió con un desayuno de esos que solo se ven en las películas. Al menos, yo nunca lo había visto en casa. Me había perdido muchas cosas. Cuando que mi padre falleció, seis años atrás, mi madre se sumió en una fuerte depresión y hacía muy poco que había empezado a salir del agujero.

Durante esa época, me cambió la vida de una manera bestial. Difícil de gestionar para un chaval que dejó atrás la pubertad sin apenas darse cuenta. Vivía una vida de adulto, cargada de

responsabilidades y de preocupaciones impropias de mi edad. Me hacía cargo de cosas que, sin duda, no se correspondían a lo que debería estar viviendo un adolescente. Aprendí a cocinar, limpiaba la casa para que el polvo no nos comiera, me encargaba de administrar las facturas… Fueron años muy difíciles en los que me volqué en mi madre. Ahogué mis ilusiones en el mismo pozo que ella, solo para que estas la impulsaran y le permitieran salir a flote.

Por todo ello, consideraba que no me merecía ser relegado a un segundo plano, ahora que estaba casi recuperada. Mi madre tenía derecho a rehacer su vida. Obvio. Jamás pensaría lo contrario. No era tan imbécil como para no entender eso, pero no por ello dejaba de parecerme que se estaban precipitando. Era un hecho que ella se encontraba mejor desde que empezó a salir con Murray. Sin embargo, había algo en ese hombre que no me gustaba. Una intuición que me rondaba desde el primer día que lo conocí. Lo veía sobreactuado, receloso, falso. Había observado que, cuando estábamos a solas, no se comportaba conmigo del mismo modo que cuando mi madre estaba delante. Su actitud me hacía desconfiar.

Para colmo, el hecho de que me impusiesen vivir no solo con él, sino también con sus hijos, me parecía una invasión total a mi intimidad, aunque reconozco que la primera toma de contacto había ido bastante mejor de lo que había esperado.

¿Era un egoísta? Quizás sí. Por un lado, quería ver a mi madre feliz. Deseaba que saliese del abatimiento y la melancolía que la estuvieron devorando pero, por otro lado, no quería que otro hombre se acostase en el lecho que había ocupado mi padre. No quería que Murray se sentara a la mesa donde siempre se sentaba él… y ¿por qué no decirlo? No quería que mi madre quisiese más a Murray que a mi padre o, peor todavía, más que a mí.

Murray no desayunó ese día con nosotros. Se ausentó con la excusa de un viaje imprevisto antes de que comenzáramos a desayunar. Los tres nos sentamos a la mesa de la cocina mientras mi madre desaparecía del mapa con toda la intención. Quería dejarnos solos para que nos fuéramos conociendo en un ambiente distendido.

Sin embargo, Cat continuó con su papel de chica invisible y apenas abrió la boca. De vez en cuando levantaba sus ojos del tazón de leche y, cada vez que se encontraban con los míos, agachaba de inmediato la vista hasta clavarla de nuevo en el bol.

—¿Es siempre así? —le pregunté a su hermano aprovechando un momento que Cat se fue al baño y nos quedamos a solas.

—Ah, tranquilo. Es un poco tímida. Ya se acostumbrará.

—No sé, intuyo que no le caigo muy bien.

—Mi hermana es una niña todavía. No sabe ni lo que quiere —argumentó Ben restándole importancia—. Oye, por cierto, ¿qué tal las tías por aquí? ¿Hay buena cosecha?

Arqueé las cejas sorprendido. Ni siquiera yo me veía capaz de hablar así de las chicas. No supe qué responder, así que opté por hacerme el machito.

—No están mal. He *catado* unas cuantas.

—¿Y cómo son? Ya sabes. —Ben acercó su cara a la mía para hablarme muy cerca del oído —. ¿Follan?

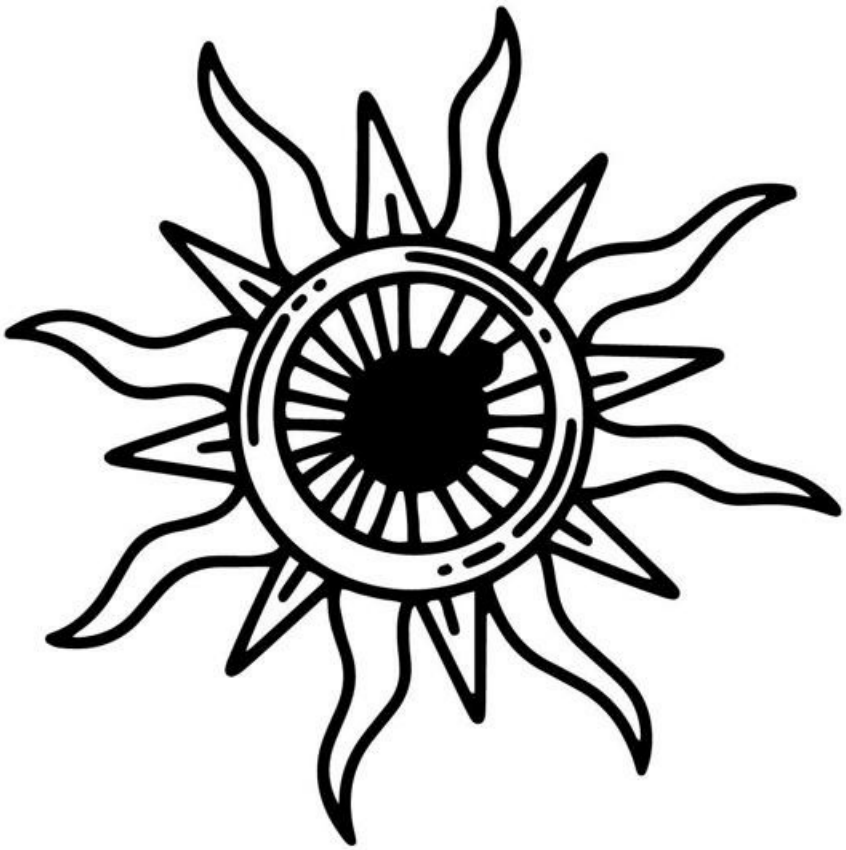
Se me atragantó la cucharada de cereales que me acababa de meter en la boca y los escupí sobre el mantel. En ese momento entró Cat, que nos miró con desconcierto pero no pronunció ni una palabra. Eso sí, percibí una leve curvatura en sus labios y me sentí mal por el tono que había adquirido mi conversación con Ben.

—Ya hablaremos —le susurré al oído a su hermano antes de levantarme a limpiar el estropicio.

Después de ese incómodo momento con Ben, procuré evitar el tema durante todo el día. No

me apetecía que Cat nos oyera hablar sobre mis experiencias sexuales.

También la intenté evitar a ella y mantener las distancias. Pero resultaba difícil porque Cat andaba por la casa como un espectro, siempre cerca, silenciosa y ocupada con sus dibujos y sus cosas. Era cierto que parecía una niña por su apariencia de fragilidad y su constitución no demasiado desarrollada, pero en mí provocaba una reacción un tanto peculiar, a caballo entre la curiosidad y la atracción. También, timidez. Con lo que yo era… Debía mantener la guardia alta para impedir que su mirada me traspasase y percibiese esa perturbadora reacción que provocaba en mí.



2
Cat

—Cat, cariño, baja a desayunar. Tu padre está esperando para llevarte al instituto.

Sophie estaba sentada al borde de mi cama y me acariciaba el pelo con suavidad. No recordaba la última vez que alguien me había acariciado. Aunque no tenía ninguna duda de que la última persona había sido mi madre. ¿Quién si no?

—¿Y los chicos? —pregunté somnolienta.

—Se han marchado ya. Ellos entran una hora antes que tú.

—Vale —murmuré en voz baja.

Era mi primer día de instituto y me hubiera gustado acudir junto a mi hermano. Admito que tampoco me hubiese importado que nos acompañase el chico de la mirada misteriosa con el que compartíamos habitación. Kylian. A decir verdad, aún no tenía muy clara mi opinión respecto a él. Solo lo conocía desde hacía unas horas y sentía cierta desconfianza. Sin embargo, también producía en mí una buena dosis de curiosidad.

«La curiosidad mató al gato», pensé mientras aferraba a Rocky, mi peluche gatuno, contra mi corazón acelerado.

No era la primera vez que mi padre se arrimaba a una mujer y dejábamos atrás nuestra vida anterior para mudarnos a un nuevo hogar. Pero en otras ocasiones no había sido en mitad del curso y había contado con un mínimo periodo de adaptación antes de comenzar las clases. Esta vez, sin embargo, las deudas de mi padre con nuestro anterior casero habían desencadenado

el desalojo de nuestra casa y, como consecuencia, nuestra prematura llegada a Leavenworth.

Solo llevaba dos días en ese pueblo, pero me parecía un lugar muy acogedor. Las calles que habíamos recorrido con el coche hasta llegar a la zona residencial donde se ubicaba la casa de Sophie me habían dejado muy buen sabor de boca. El centro del pueblo de Leavenworth era una réplica de una auténtica aldea bávara, parecía sacado de un cuento. Me moría de ganas por callejear entre esas curiosas edificaciones y sentirme como si me hubiera trasladado al viejo continente. Pero, aunque el pueblo era precioso, la realidad era que me sentía demasiado sola.

En el instituto me junté con un par de chicas que no parecían tener muchos amigos. Las típicas *raritas* a las que todos evitan, no vaya a ser que se les contagie algo.

Sue y Morgan. No es que me recibieran con los brazos abiertos, pero, al menos, no me hicieron un escáner desde la cabeza hasta los pies cuando me senté a su lado a la hora de comer.

—¿Y dónde vives?

Cuando les dije la dirección, ambas intercambiaron una mirada que no me pasó desapercibida.

—¿Vives en casa de Kylian Joyce?

—Sí —titubeé.

Las dos suspiraron a la vez y emitieron una risita mientras se tapaban la boca con la mano.

La conversación quedó suspendida en el aire cuando sonó el timbre que anunciaba el comienzo de la siguiente clase.

Al finalizar la jornada tuve que quedar con mi hermano y con Kylian para regresar juntos a casa. En un principio, me agradó la idea, pero pronto la frustración se adueñó de mí cuando mi propio hermano me noqueó con la mirada y le escuché susurrar al oído de Kylian.

—¿Tenemos que volver con la mocosa de mi hermana?

—Mi madre me lo ha dejado bastante claro —argumentó Kylian mirándome por el rabillo del ojo.

—Pero este es un pueblo pequeño, ¿no? Digo yo que se podría aprender el camino. No es tan difícil.

—A mí no me molesta. Casi ni se nota que está —replicó Kylian encogiendo sus hombros al tiempo que hundía sus manos en los bolsillos del pantalón.

Mi hermano chasqueó la lengua y arrancó a andar. Kylian se volvió hacia mí y me hizo un gesto para que los siguiera. Y eso hice. Ben y Kylian caminaban delante de mí, como si yo no existiese y, a mitad de camino, se juntaron con un grupo de chavales y chavalas de su edad. Me sentí invisible. Las chicas se arremolinaban alrededor de Kylian como moscas revoloteando sobre un tarro de miel. De vez en cuando me escudriñaban con sus miradas inquisitivas, pero la mayor parte del tiempo se limitaban a ignorarme. Mi hermano, ajeno a todo lo que no fuese él mismo, cotorreaba con los otros chavales. Sus risas repiqueteaban en mis oídos y me hacían sentir pequeñita. Como una hormiga.

Los siguientes días opté por regresar a casa sin compañía. Sophie se disgustó en un principio, pero no insistió demasiado. La madre de Kylian tenía mucha intuición y se daba cuenta de las cosas. Mucho más allá de lo que nosotros podíamos llegar a sospechar.

Así se fueron sucediendo nuestros primeros días en casa de los Reynolds (ese era el apellido de soltera de Sophie y con el que se presentaba a los desconocidos). No crucé ni una sola palabra con Kylian que no fuese estrictamente sobre cuestiones prácticas como el horario de turnos para fregar los platos o a quién le tocaba sacar la basura. Sin embargo, nuestras miradas se encontraban a menudo y cada vez que eso sucedía, ambos retirábamos la vista. El revoloteo que se formaba en mi estómago cuando eso sucedía no era ni medio normal.

Visto desde fuera, la adaptación a mi nuevo hogar podía parecer que iba sobre ruedas, ya que yo no rechistaba; me limitaba a tantear el terreno y observar el comportamiento de madre e hijo. Mi padre pasaba mucho tiempo fuera de casa —era transportista y viajaba con frecuencia con su camioneta—, pero aquello no era algo que me preocupara. Estaba acostumbrada a sus idas y venidas. Por suerte, había encontrado en Sophie un gran apoyo. Además, ambas compartíamos la pasión por el dibujo. Sophie me comentó en una ocasión que, en el pasado, se había dedicado a ello de manera profesional pero que lo dejó cuando el padre de Kylian cayó enfermo. Sin embargo, el hecho de verme a mí todo el día con pinturas y cuadernos para aquí y para allá había despertado en ella el deseo de volver a dibujar.

Sophie estaba en todo momento pendiente de mí, no como los chicos, que habían hecho piña y pasaban de mí por completo. Habían conectado desde un principio y eran muchas las ocasiones en las que me veía relegada a un segundo plano. Ben y él habían conectado desde un principio. Supongo que era lo normal. Ambos tenían casi la misma edad, compartían el mismo tipo de hormonas, entre otras cosas. Seguro que Kylian tendría muchos más temas de conversación con mi hermano que con una chiquilla como yo. Era consciente de que cuchicheaban a mis espaldas, hablaban de chicas y de otros temas que creo que a mi padre no le hubiese gustado ni un pelo escuchar.

Por todo eso, me aburría profundamente en mi nueva vida.

Una tarde de domingo, en la que creía haberme quedado sola en casa, hice un descubrimiento que llenó con un poco de ilusión el vacío que crecía y crecía en mi interior.

Estaba tan aburrida ese día que me había dado por husmear por la habitación sin saber muy bien qué buscaba. Respuestas, quizás. Información. No es que esperase encontrarme un diario secreto escrito por Kylian Joyce, ni mucho menos, pero sí deseaba saber algo más sobre él, conocerlo un poco mejor. Después de todo, se suponía que ahora éramos familia.

Abrí los cajones de su mesita de noche, pero no encontré nada interesante. Curioseé por toda la estancia y me detuve en el viejo tocadiscos que descansaba en un rincón de la habitación. Nunca había utilizado uno. Después, sentí curiosidad por descubrir qué guardaba Kylian en la cajonera de debajo de su cama y no me pude resistir. Cuando tiré del cajón hacia mí, mis ojos se abrieron como platos. No podía creer lo que veía.

Decenas de vinilos se extendían ante mis ojos. Minutos y minutos de melodías por descubrir. Me arrodillé y me incliné para acariciar los discos. Poco a poco, los fui sacando para deleitarme con sus portadas. Estaba absorta.

Había música de todo tipo: *grunge*, *heavy metal*, *blues*… Yo era una fanática de la música. Me pasaba el día explorando los canales de la radio en busca de nuevos artistas a los que escuchar. Por eso, aquella colección de vinilos me pareció espectacular.

Estaba tan absorta en mi mundo que no tuve tiempo de reacción. Escuché unas zancadas en el exterior del dormitorio y la puerta se abrió. Kylian estaba plantado en la entrada de su cuarto con sus ojos interrogantes clavados en mí. A pesar de tener el ceño fruncido, esbozaba una sonrisa de oreja a oreja. Se llevó la mano a la barbilla, en gesto pensativo.

Mi cuerpo comenzó a temblar. Estaba tan avergonzada que quería morirme. Kylian me acababa de pillar hurgando entre sus cosas. Pensé que me iba a regañar, pero, en cuanto vio lo alucinada que estaba con su colección de vinilos, avanzó unos pasos, se puso de cuclillas junto a mí y comenzó a enseñármelos con orgullo.

—Puedes escucharlos cuando quieras —me dijo.

Lo miré con cara de asombro. Me costaba sostener su mirada, ya que Kylian era un chico muy guapo. Ese aire de tipo misterioso, distante y despreocupado por su apariencia le daba el

efecto contrario al que pretendía. Su atractivo era natural, no necesitaba forzarlo. No me extrañaba que la mitad de las chicas del instituto estuviesen coladas por él.

Su pelo revuelto color castaño le caía desordenado por la frente y casi cubría sus pequeños ojos azules. Esa mirada celeste, envuelta por unas frondosas pestañas, parecía taladrarte cada vez que se posaba en ti. No sabría decir si Kylian era consciente del efecto que provocaba en las personas con solo un pestañeo.

Tragué saliva.

Mis ojos realizaron un pausado recorrido por su colección de discos. No podía disimular mi ilusión.

—Muchas gracias. No sé ni por dónde empezar.

Kylian me miró serio, con una profundidad que me provocó un escalofrío. Lo tenía tan pegado a mí que podía escuchar su respiración.

—Elige siempre el que más te haga sentir —contestó mientras me colocaba detrás de la oreja un mechón de pelo que se deslizaba por mi frente.

Yo ladeé la cabeza y le trasladé una sonrisa llena de agradecimiento.

—Siempre —contesté sosteniendo su mirada.

Él asintió y me tendió la mano, como si estuviésemos sellando un pacto de caballeros.

—Los cuidaré bien.

—Más te vale.

Kylian sostenía aún mi mano. Mi cerebro me decía que la retirase, que me alejase, pero una especie de corriente eléctrica atravesaba nuestros dedos y se me hacía casi imposible separar mi piel de la suya. Al final lo hice y, abochornada por lo que había sentido, me levanté de un respingo y Kylian me imitó. En ese momento me dio la sensación de que estaba nervioso. Me miraba diferente y sus mejillas se habían encendido como dos antorchas.

—Te propongo un trato —sugerí con toda la calma que fui capaz de reunir—. Te presto a Rocky como muestra de que voy a cuidar de tus discos.

Él arqueó una ceja y me miró pensativo.

—No hace falta. Confío en ti.

—Quiero hacerlo. Tú me ofreces lo que más aprecias y yo, a cambio, te cedo lo más importante para mí.

Miró el gato de peluche que yacía sobre mi cama, y después dirigió de nuevo sus ojos interrogantes hacia mí.

—¿Por qué le tienes tanto cariño?

Dudé por un instante, pero no encontré ningún motivo para no ser sincera con él.

—Porque fue el último regalo de la persona más importante de mi vida.

—¿Tu madre? —Kylian me miró compasivo.

—Sí —contesté cabizbaja.

Dio un paso hacia mí provocando que se tensasen todos los músculos de mi cuerpo. Se colocó de frente y me acarició con delicadeza la mejilla con sus gruesos y ásperos dedos.

—Te comprendo —musitó en voz baja.

Sentí un escalofrío y me eché hacia atrás. Él también retrocedió y me dio la espalda para dirigirse hacia mi cama y coger el peluche.

—¡Hola, Rocky! Encantado de ser tu padrino.

Se volvió hacia mí y me guiñó un ojo. Yo me eché a reír y, gracias a Dios, el aire —que parecía haberse estancado a nuestro alrededor— volvió a correr por la habitación refrescando mis ardientes mejillas y haciéndome sentir un profundo alivio.

Tras un breve silencio, Kylian carraspeó y se sentó sobre mi cama. Yo cerré el cajón e hice lo mismo sobre la suya. Nos miramos unos segundos hasta que Kylian tomó la palabra.

—¿Y qué sueles hacer todo el día? No te he visto por el parque —preguntó con curiosidad.

—Nada. Bueno, pinto.

—Ah, sí. Ya te he visto. ¿Y ya está?

—También escucho música —añadí con un encogimiento de hombros. Suponía que mi vida sonaba muy aburrida para un tipo como él.

—Pues ahora vas a tener buen entretenimiento.

—¿De dónde has sacado todos esos vinilos?

—Mi abuelo tiene una tienda de discos en Seattle.

—¿Sí? Jo, qué guay. Me encantaría verla. —Mis pupilas centelleaban fruto de la emoción.

—Cuando quieras podemos ir. Cogemos el tren y estamos allí en menos de una hora.

—No, no creo que pueda.

—¿Por?

—Soy muy pequeña.

—Ya, claro. ¿Cuántos años tienes? ¿Trece? —sugirió elevando las palmas de sus manos hacia el techo.

—Cumplo catorce dentro de diez días —puntualicé con los brazos cruzados.

—Bueno, a lo mejor si dices que vas conmigo te dejan. Ya sabes, como tu hermano mayor —sostuvo guiñándome un ojo.

—No estoy segura. Quizás.

—Aunque no sé. Tu padre parece duro.

—Lo es. Al menos, conmigo.

—Eso es verdad. No creo que os trate igual a los dos.

—Ya.

—Bueno, perdona, no quiero meterme donde no me llaman —se disculpó Kyl.

—No pasa nada, hasta un ciego lo vería.

Kylian suspiró y se levantó.

—¿Sabes usarlo? —Señaló el viejo tocadiscos.

—No. Nunca he escuchado música ahí.

Se acercó y me indicó con un gesto que me levantara. Obedecí. Se aproximó al cajón y extrajo uno de los discos. Me lo mostró y no pude disimular una sonrisa gigante.

—¿Te gusta Pearl Jam?

—Sí —exclamé emocionada juntando mis manos y dando pequeñas palmadas.

Mi recién estrenado hermanastro se dirigió hacia el equipo de música y levantó la tapa.

—Ven, ojos de gato.

Me ruboricé al escuchar a Kylian llamarme así. También sentí un pinchazo en el pecho. Mi madre siempre había dicho que mis ojos eran tan bonitos y expresivos como los de un felino.

Me levanté y me situé a su lado. Observé con atención cómo colocaba el vinilo y cómo hacía que la aguja del tocadiscos se deslizase sobre este.

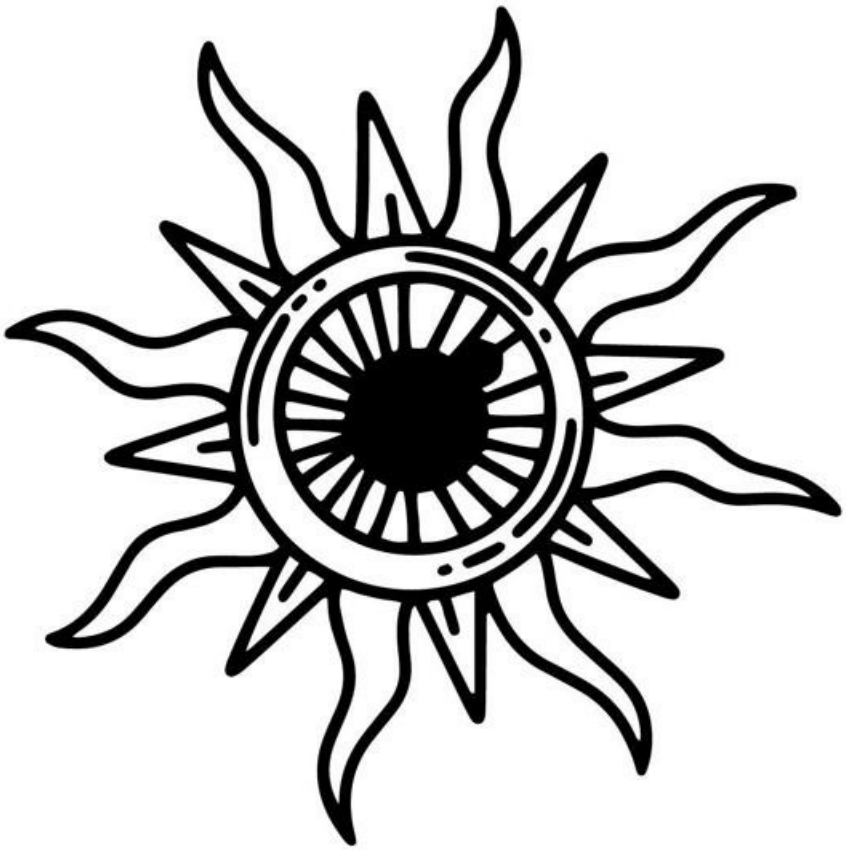
La música comenzó a sonar. Nos mantuvimos quietos, con la mirada perdida en el disco que giraba y giraba sin parar. Los altavoces reproducían una de mis canciones favoritas mientras la tarareábamos con un tono de voz apenas perceptible.

El sonido del teléfono de Kylian rompió el mágico momento y nos devolvió a la realidad. Respondió la llamada y se despidió de mí con la mano mientras conversaba con su interlocutor. Me quedé sola de nuevo, pero dentro de mí sentía una chispa que calentaba mi pecho y aceleraba

mis pulsaciones. Después de la canción me las tuve que apañar yo sola para detener el disco sin tener ni idea del funcionamiento de ese cacharro.

Kylian era un chico muy agradable. Sobre todo, en la soledad de su habitación.

Me gustaba demasiado esa versión hasta entonces desconocida del hijo de Sophie.



3
Cat

Nunca olvidaré el día en que cumplí los catorce.

Acudí al instituto como cualquier otro día. Ni siquiera comenté a mis amigas que era mi cumpleaños. No me gustaba ser el centro de atención. Cuando salí de clase, por la tarde, caminé hacia la esquina en la que solía encontrarme con mi hermano y con Kylian. Me extrañó no verlos allí plantados, como siempre. El bocinazo de un coche me distrajo. Volví la cabeza hacia el vehículo desde el cual tocaban el claxon y distinguí en su interior la figura de mi hermano. Acto seguido, desvié la vista hacia el conductor. Se trataba de un hombre un poco mayor, con pelo cano bastante largo y atado en una coleta casi deshecha.

—¡Vamos, Cat! Entra —ordenó Ben tras bajar la ventanilla para asomar la cabeza.

Dudé unos segundos hasta que distinguí, tras la silueta de mi hermano, la cara de Kylian adornada con una preciosa sonrisa. Me acerqué y abrí la puerta del copiloto.

—Hola, bonita. Soy Jack, el abuelo de Kyl.

—Hola —titubeé. El hombre era grande e imponía un poco, aunque su sonrisa parecía sincera y su mirada condescendiente me tranquilizó bastante.

—Estos granujas de aquí atrás me han dicho que hoy es tu cumpleaños y te querían dar una sorpresa.

Al volverme me encontré con la intensa mirada de Kylian, que desvió hacia otro lado al cruzarse con la mía. Ben mostraba una expresión extraña. Entre el pasotismo y la resignación.

Me apostaba el cuello a que no había sido idea suya. Mi hermano jamás había tenido un detalle conmigo.

—Te vamos a llevar a mi tienda de discos. Creo que mi nieto ya te ha hablado de ella.

Abrí la boca formando una O y me froté las manos con nerviosismo. Estaba abrumada. Desconcertada. ¿Y mi padre? ¿Aprobaría eso?

—Tranquila, niña. —El abuelo pareció leerme el pensamiento—. Tu padre ha aceptado. A regañadientes, pero lo ha hecho.

—Oh, no sé qué decir. Muchas gracias.

—Vamos allá. Será solo un rato; Murray ya nos ha advertido que tienes que hacer deberes.

Chasqueé la lengua. Mi padre era estricto incluso el día de mi cumpleaños. No esperaba que me hiciera una fiesta sorpresa ni nada de eso, pero, por lo menos, podía dejarme disfrutar de una tarde sin obligaciones. No todos los días se cumplen catorce años.

El trayecto hasta la ciudad de Seattle se me hizo eterno. Tenía tantas ansias por llegar y tantos nervios que incluso me dolía la tripa. En cuanto nos adentramos en la gran urbe no pude dejar de mirar hipnotizada todo lo que nos rodeaba. Las luces de los cientos de coches que invadían todos los carriles de la carretera, la inmensidad de los rascacielos. El ruido de los motores y de las bocinas era ensordecedor, pero me resultaba fascinante.

Llegamos a la tienda de Jack, casi una hora después, tras dar un par de vueltas para encontrar aparcamiento. Lo primero que me llamó la atención fue el letrero luminoso que anunciaba la tienda de discos: El Reino de los Vinilos. Así se llamaba.

Ya en la entrada del local, aguardé a que Jack abriera la puerta con su llave y me hiciera una señal; sin embargo, fue su nieto el que me invitó con la mano a adentrarme en aquel paraíso musical. Recorrí con mis ojos el interior del establecimiento. La luz tenue y ambarina sumía al local en un ambiente cálido, acogedor. Varias hileras de expositores abarrotaban la superficie del negocio. Caminé a paso lento entre los pasillos ante la atenta mirada de Jack y de Kylian. Mi hermano se encontraba junto a la puerta de entrada. Parecía que le importaban una mierda todos aquellos discos. Ben nunca había sido un gran amante de la música. Béisbol y chicas. Era lo único en lo que pensaba su cerebro mononeuronal.

Jack me contó cómo se había hecho cargo de la tienda años atrás. Al parecer, el anterior propietario no atravesaba una buena situación personal y tuvo que desprenderse del negocio. Según el abuelo de Kylian, la tienda estaba en su peor momento cuando la cogió, pero, con gran tesón y una buena dosis de ilusión, había conseguido convertirla de nuevo en un referente para los amantes de la música de Seattle, la cuna del *grunge*.

Contemplé las láminas que decoraban las paredes con fotografías de muchos grupos. Los conocía a todos. Eran bandas de referencia en la escena musical de Seattle. Soundgarden, Alice in Chains, Nirvana y muchos otros. Algunos ya ni siquiera existían, pero yo los conocía porque amaba ese género musical a pesar de no haber vivido en la época en la que Seattle se convirtió en un hervidero de bandas de música alternativa.

Mi corazón se aceleró cuando me planté delante de una lámina en la que un jovencísimo Kurt Cobain posaba con una sonrisa gamberra y su pelo rubio alborotado. ¡La fotografía estaba firmada por él! Me detuve en la fecha. Año 1993. Un año antes de su muerte. Tragué el nudo que se había formado en mi garganta. Yo ni siquiera había nacido cuando el líder de Nirvana se había quitado la vida, pero conocía su historia y no podía evitar que un profundo sentimiento de pena me invadiera al ver esa foto en la que el joven músico parecía tan despreocupado. Tan feliz. Me pregunté cómo una persona con un aura tan especial podía ahogarse en su propia luz hasta el punto de perder la razón. Cómo es posible que, a veces, solo las personas que nos rodean sean

conscientes de nuestra grandeza, cuando nosotros nos vemos como seres insignificantes. Diminutos.

Yo me veía un poco de esa manera, sobre todo, cuando mi hermano me ninguneaba y mi padre añadía una piedra más al muro que había levantado entre ambos. No obstante, yo jamás haría algo así. Quizás pecaba de ingenuidad, pero sentía que aún me quedaba mucho por vivir. Algo me decía que en algún momento me transformaría y dejaría de ser una chiquilla invisible, acomplejada y tímida en exceso, para convertirme en una chica radiante, de esas que hacían girar la cabeza a mi hermano cuando paseábamos por el pueblo. Y a Kylian.

Apreté fuerte una mano contra la otra y me mordí el labio inferior. Me abochornaba que la mitad de los pensamientos que ocupaban mi cabeza tuvieran nombre propio: Kylian.

El susodicho se situó tras de mí, apoyando las palmas de sus manos sobre mis hombros. Casi me da un infarto al sentir su aliento rozando mi nuca.

—¿Te gusta?

—Es una pasada —elogié ahogando un suspiro.

Kylian se giró sobre sí mismo y se acercó a su abuelo. Le dijo algo al oído y ambos me lanzaron una sonrisa que me incomodó y me hizo ruborizar. Mi hermano había optado por darse la vuelta y perder su mirada en la gente que pasaba frente al escaparate. Cada vez tenía más claro de quién había sido la idea de acudir a Seattle. De él, no.

Segundos después, Jack se aproximó a mí y estiró los brazos hacia la pared para descolgar la lámina de Kurt Cobain.

—Toma. Nuestro regalo. Feliz cumpleaños —dijo mientras me tendía la fotografía.

Lo miré boquiabierta. Parpadeé y dirigí la vista hacia Kylian que observaba la escena desde el otro lado de la tienda con los ojos brillantes y la respiración contenida.

—Yo… No puedo aceptarlo. Es demasiado —acerté a decir.

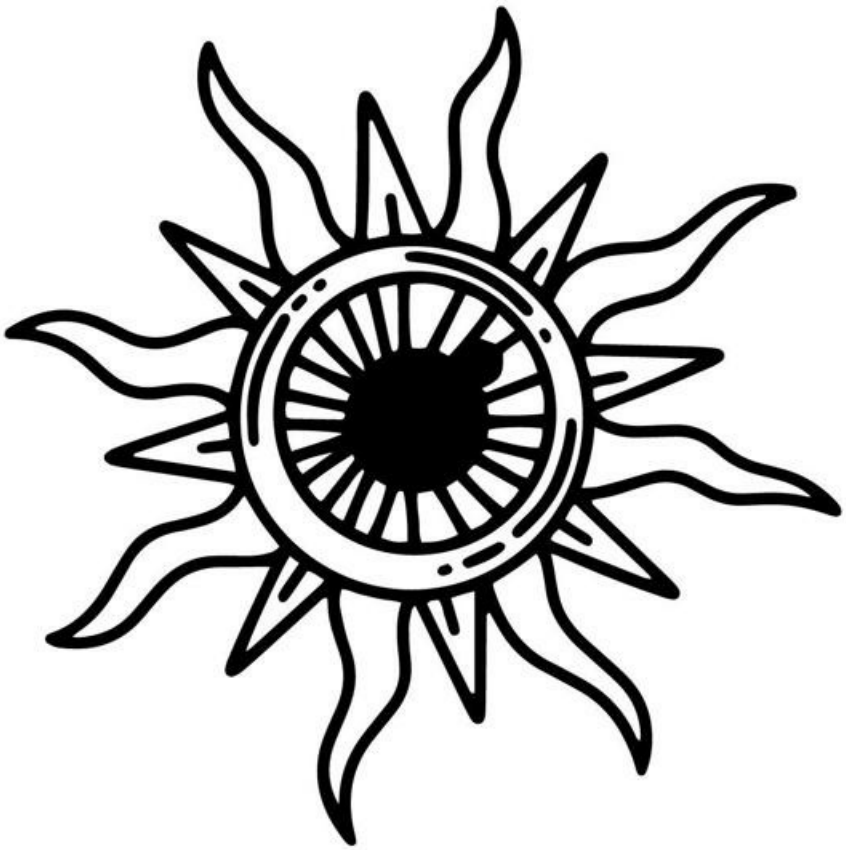
Jack sacudió la cabeza y me colocó el regalo sobre el pecho, obligándome a sujetarlo con mis manos. Lo abracé con tanta fuerza que notaba cómo mi corazón golpeaba contra su superficie.

Bum. Bum. Bum.

Ese día siempre lo recordaré como uno de los mejores cumpleaños de mi vida. Sin duda, el mejor desde que mamá nos dejó.

Estuvimos bastante tiempo en la tienda. Jack me regaló también algún que otro disco, pero lo que me había cautivado había sido la lámina firmada. Cuando dimos por finalizada la visita fuimos a un bar cercano y allí nos tomamos unos refrescos. Ben parecía aliviado. Se notaba que no estaba muy cómodo. Yo, en cambio, me sentía como si estuviese flotando en una nube. Escuchaba entusiasmada las anécdotas que Jack nos contaba sobre sus años en la tienda. De vez en cuando, la mirada de Kylian y la mía se conectaban. Él ya no me rehuía. Es más, creí advertir que alguna de esas miradas se detenía en mi rostro más tiempo del necesario. En mis labios, incluso.

Dios, me estaba volviendo loca y sentí una explosión de hormonas removiéndome por dentro. Benditos catorce años.



4
Cat

No era la primera vez que los escuchaba discutir. De hecho, se había convertido en algo bastante habitual. Llevábamos en esa casa casi dos meses y era evidente que la relación entre mi padre y Sophie se había visto afectada por la convivencia. No me extrañó. Mi padre era un experto en cargarse todas las relaciones. Era autoritario, celoso, informal. Yo lo veía. La historia se repetía con cada una de las mujeres con las que había estado después de mi madre. Y me daba mucha rabia, porque yo estaba a gusto en esa casa. Sophie era una mujer muy buena. Y me sentía querida. No quería que terminasen y tener que despedirme de ella. Y de Kylian.

Apenas habíamos pasado tiempo a solas el hijo de Sophie y yo. Él siempre estaba ocupado con sus fiestas, sus ligues, sus estudios. Sin embargo, las miradas cómplices y las sonrisas que habíamos compartido los últimos días empezaban a convertirse en una especie de droga para mí. Kylian era por aquel entonces tan adictivo como inalcanzable.

Me trataba como a una hermana pequeña, cosa que me agradaba y me fastidiaba a partes iguales. Me consolaba a mí misma diciéndome que peor sería si él también me ignorase, igual que hacía Ben. Estaba más pendiente de mí que mi propio hermano y, en más de una ocasión, Kylian le había pegado una colleja delante de mis narices por insultarme o por protestar continuamente por mi presencia. Estaba claro que a Ben le molestaba tener que cargar con su hermana pequeña. Le cortaba el rollo.

Esa noche de diciembre, el sonido de los gritos de mi padre y de Sophie me había

despertado. Cada vez se me hacía menos soportable escuchar sus discusiones. Era la primera vez que los oía discutir tan fuerte. Nunca se habían chillado como lo hacían aquella noche. Hablaban sobre el trabajo de Sophie, sobre sus ilustraciones y sobre el material de dibujo. Ella había decidido volver a trabajar como ilustradora y mi padre no era capaz de aceptarlo. Como si su orgullo de *machito* de la casa se viese afectado. Era un hombre muy machista. Demasiado para los tiempos que corrían.

Me encontraba sola en la habitación, para no variar. Era viernes y Kylian y mi hermano habían salido, como acostumbraban a hacer todos los fines de semana. Algunas tardes sí que me dejaban ir con ellos, los días de clase. Nos quedábamos los tres en el parque de *skate* con su grupo de amigos y algunos de mis compañeros del instituto.

El fin de semana era otra historia. Ellos hacían «planes de mayores». Así llamaba mi hermano a salir a emborracharse y a tontear con chicas.

Harta de la batalla campal que se estaba llevando a cabo en la planta de abajo, decidí subir al desván para ver si así dejaba de escucharlos de una vez.

Me adentré en el oscuro habitáculo. La humedad me sacudió con fuerza y caló en mis huesos. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y me hizo abrazarme a mí misma para entrar en calor. Pero no me importaba. Al menos, desde allí no se oía nada.

Mis ojos recorrieron la estancia de manera pausada. Cajas y cajas se apilaban sobre el suelo. Supuse que serían recuerdos del pasado, recuerdos de Kenneth, el padre de Kylian.

Kylian subía aquí a menudo. Yo le escuchaba muchas noches salir de la habitación con sumo sigilo y ascender las escaleras. A veces, no regresaba hasta que comenzaba a amanecer y eso me hacía permanecer toda la noche en vilo, con el corazón en un puño, y pensando en qué estaría haciendo.

Observé la pequeña trampilla que daba al tejado. A sus pies había una escalera plegable colocada de manera estratégica y enseguida deduje que la escalera no estaba allí por casualidad.

Me acerqué y subí dos de sus peldaños. Abrí la trampilla y asomé la cabeza. La vista desde el tejado era espectacular. El pueblo, ya decorado con sus luces de Navidad —aunque aún quedaban dos semanas—, se mostraba ante mí como un lienzo negro salpicado de motas de colores. No me pude resistir y terminé de subir los últimos peldaños hasta que asomé medio cuerpo por la claraboya. De un impulso, saqué la parte inferior de mi cuerpo y conseguí, a duras penas, sentarme sobre el tejado, que en ese tramo tenía muy poca inclinación.

Me hice una bola porque hacía muchísimo frío y solo llevaba puesto mi pijama de franela. Pero me daba igual. La sensación de estar allí, la plenitud que sentía en aquel momento, superaba con creces todo el frío del mundo. Permanecí así un buen rato. Mis dientes comenzaban a castañetear y apenas sentía los dedos de las manos, pero ya no escuchaba los gritos.

Un súbito ruido a mis espaldas me sobresaltó. Demasiado cercano. Me giré y vi la cabeza de Kylian asomando por la trampilla. Su bonito rostro se adornaba con una sonrisa traviesa y sus ojos achispados me miraban con curiosidad.

—Vaya, vaya. La pequeñaja ha encontrado mi escondite.

—No me llames así.

—Vale, vale, perdone usted, señora Peterson —respondió gesticulando con la boca al pronunciar mi apellido.

—No he leído en ningún sitio que esto fuera de tu propiedad.

—Muy buena apreciación. Supongo que podré compartirlo contigo.

Kylian se impulsó hacia arriba y lo observé con detenimiento. Bajo la luz de la luna, casi llena, sus ojos azules brillaban más de lo habitual. Quizás también tuviese algo que ver la

cantidad de alcohol que debía de llevar en el cuerpo.

Se sentó junto a mí y me enseñó la manta de cuadros que sostenía entre sus manos.

—Para venir aquí hay que estar preparado, hermanita. —Me mordí la lengua por no soltar un disparate—. Pero, bueno, no pasa nada, para eso estoy yo aquí.

Me pasó la manta por encima de los hombros y rodeó los suyos también con ella, quedando pegados, el uno al otro, bajo su abrigo. Agradecí la calidez no solo de la manta, sino también del calor que emanaba del cuerpo de Kylian. Lo que me echaba para atrás era su aliento.

—Apestas a alcohol —le regañé poniendo cara de asco.

Él me sonrió con descaro, elevando las cejas.

—¡Qué más te da! Si no te voy a besar.

Yo me revolví en mi sitio, abochornada, y puse los ojos en blanco.

—Ya te gustaría —se me ocurrió decir.

Kylian me hizo un mohín con los labios y añadió:

—Ni confirmo ni desmiento.

Emití un profundo suspiro y decidí que era mejor cambiar de tema.

—¿Dónde está mi hermano?

—Por ahí.

—Vamos, que con una chica.

—Puede ser.

—¿Y tú? ¿No ha habido suerte hoy?

Él se rascó la oreja, inquieto, y clavó sus ojos en los míos.

—Aún queda mucha noche por delante.

La situación estaba empezando a ponerme un poco nerviosa. Yo nunca había estado tan cerca de un chico. Siempre había sido bastante retraída en ese aspecto. Así como algunas de mis compañeras ya flirteaban con chicos, e incluso se habían besado, yo ni siquiera me atrevía a hablar más de una docena de palabras seguidas con ningún joven del sexo opuesto.

Podía notar el aliento de Kylian acariciando mi oreja, su respiración acompasada al ritmo de los latidos de mi corazón. Cada vez más rápido.

Permanecimos allí, en silencio, un buen rato. Kylian se intentó tumbar sobre el tejado, pero al darse cuenta de que si lo hacía me destaparía, me preguntó:

—¿Te importa tumbarte a mi lado? No pienses nada raro. Quiero mirar el cielo y si…

Antes de que terminara la frase, yo ya había dejado caer mi espalda sobre la techumbre. Kylian me hizo elevar el torso lo justo para sacar la manta y colocarla sobre nosotros.

La luna, casi formando una perfecta circunferencia, nos mecía e iluminaba cada pliegue de nuestros rostros, la única parte del cuerpo que teníamos a la vista. Kylian mantenía su mirada fija en el lejano círculo nacarado. Yo permanecía inmóvil, aguantando la respiración y sin articular palabra para que él no se percatase de lo nerviosa que estaba.

—¿Conoces la leyenda de Annigan y Malina? —dijo él de pronto.

—No. —Lo miré con extrañeza. No sabía de qué me estaba hablando.

—Mi madre siempre ha sido aficionada a la mitología. No imaginas los cuentos más surrealistas que me contaba cuando era un niño.

—Cuenta. No me dejes con las ganas —susurré con un hilo de voz mientras tiraba de la manta hasta cubrirme la nariz.

Kylian tomó aire y se inclinó con un sutil movimiento para mirarme a los ojos mientras me hablaba.

—Existe una leyenda en la cultura aborigen de los inuit que cuenta cómo Annigan se

enamoró perdidamente de Malina, su hermana.

Un nudo se instaló en mi garganta.

Kylian me ofreció una efímera sonrisa ladina y prosiguió su discurso.

—Era tal su obsesión que un buen día no pudo soportar más el ardiente deseo hacia ella y, fruto de la desesperación, tomó su cuerpo.

Me incorporé de un respingo, horrorizada, destapándonos a ambos.

—¿La violó? —pregunté tapándome la boca con la mano.

—Me temo que sí.

—¡Kylian!

—Oye, que yo no tengo la culpa. Lo importante es la moraleja. ¡No seas quisquillosa!

—Pero ese tío era un…

—¡Déjame terminar, impaciente!

Me cogió el hombro con suavidad animándome a tumbarme de nuevo. Yo me dejé llevar por el suave empujón hasta que noté las frías tejas pegadas a mi espalda.

—Malina huyó espantada.

—No me extraña.

—Malina corrió tanto que alcanzó el cielo y se convirtió en el sol. La diosa del sol.

—¿Y Annigan?

—Annigan la persiguió hasta alcanzar las estrellas y se convirtió en luna.

—El dios de la luna —susurré.

—Así es. Annigan se transformó en la luna, y eso provocó que su persecución durara hasta la eternidad. Al anochecer, el sol se pone por el oeste mientras que la luna aparece por el este para ir tras él. Pero siempre es demasiado tarde; la luna y el sol nunca se podrán encontrar.

Kylian me miraba serio mientras pronunciaba estas palabras. Sin embargo, una sonrisa traviesa pugnaba por asomar a sus labios. Agradecí en silencio esa mirada pícara que restaba un poco de dramatismo a la historia y me quedé pensativa observando la luna que brillaba sobre nuestras cabezas.

—Bueno —añadí encogiéndome de hombros— para eso están los eclipses. Aunque no sé si ese sería un buen final para la historia. Quizás esos aborígenes, de no sé dónde, tendrían que haberse inventado la historia de otra manera. No sé, por ejemplo, que él hubiese sido un tipo impresionante y ella se hubiera enamorado de él, a pesar de ser… familia. O viceversa. No sé.

Le dediqué una amplia sonrisa a Kylian que acercó su boca a mi oído para susurrarme con voz grave:

—Siempre se podría reescribir la historia, ojos de gato.

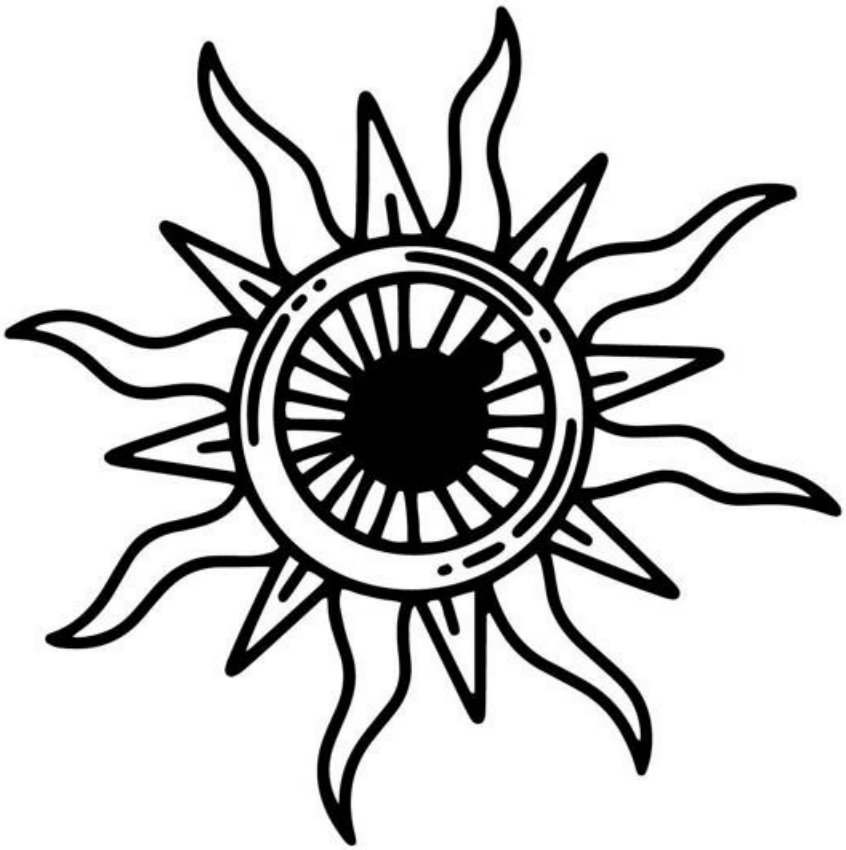
Un escalofrío recorrió mi cuerpo e hizo que se me erizara el vello de la piel. Aparté la vista, incapaz de sostener esa mirada penetrante que me sacudía por dentro.

—Será mejor que nos vayamos.

Me acosté en mi cama —tras comprobar que mi hermano había regresado y dormía a pierna suelta en la litera de arriba— e intenté vaciar mi mente, soltar los extraños pensamientos que se negaban a abandonarme. Me dolía el vientre, sentía un incesante cosquilleo en el estómago que no me dejaba dormir.

En la oscuridad de nuestra habitación, mis ojos se desviaron hacia la cama donde Kylian se había acostado al mismo tiempo que yo. Contemplé el melódico vaivén de la sábana que lo cubría, al elevarse sus costillas para tomar aliento. Era un movimiento hipnotizante y yo no podía apartar la vista de aquella silueta. De pronto, el torso de Kylian se giró levemente y mis pulmones se quedaron sin aire. Sus ojos, bañados por los rayos de luna que se colaban por la

ventana, se toparon con los míos y ninguno de los dos hizo nada por evitarlo. Nos miramos durante unos segundos que se me hicieron una eternidad. Con dolor. Con vergüenza. Con culpa. Pero sin poder dejar de hacerlo.



5
Cat

Desde la noche en la que Kylian y yo nos encontramos en el tejado, había estado tentada de atravesar la puerta de nuestra habitación y subir de nuevo allí. Sabía que él lo hacía muy a menudo y le envidiaba por ello, por tener un refugio. Pero me daba miedo estar con él a solas.

Tras nuestro encuentro de aquella velada sobre las gélidas tejas que recubrían el desván algo había cambiado entre nosotros. Tenía la sensación de que me evitaba, o quizás pensaba así porque era yo quien actuaba de ese modo. Me aseguraba de que, al entrar en mi habitación, estuviese también mi hermano; bajaba a desayunar cuando ellos habían salido ya al instituto, y, en nuestras reuniones en el parque de *skate* con otros chicos del pueblo, me mantenía lo más alejada posible.

Sin embargo, en las pocas miradas que habíamos cruzado, se adivinaba una extraña conexión, aun en la distancia. La misma electricidad que sentí aquella noche mágica cuando, al acostarnos, nuestros ojos se encontraron en la oscuridad del dormitorio. Fue durante esa micromilésima de segundo cuando tuve claro que me estaba lanzando de cabeza a un mar salvaje y agitado, y que me hundiría si no intentaba bloquear los pensamientos prohibidos que me acechaban.

Estábamos a primeros de enero y el clima parecía haberse vuelto loco. Habíamos pasado unas Navidades fuera de lo común tanto por la meteorología como por el ambiente enrarecido que

gobernaba la casa. Sophie y mi padre cada vez discutían más a menudo; la situación se estaba volviendo preocupante. Sophie no había vuelto a pintar y casi no quería salir de casa.

Tras las breves vacaciones en las que casi pudimos salir en sudadera, el invierno había regresado con fuerza. Las calles de Leavenworth se habían convertido en ríos de nieve y los árboles, todavía adornados con luces multicolores, estaban cubiertos por un manto blanco que hacía aún más bonita la estampa del pueblo en esas fechas.

Leavenworth era famoso por su ambiente navideño, por sus decoraciones y por las miles de luces que engalanaban el centro del pueblo cada año. Los visitantes se multiplicaban e invadían las calles llenándolas de ruido y de color. Sin embargo, yo apenas había podido disfrutar de ese ambiente festivo. Mis pocas amigas se habían marchado de vacaciones a visitar a algunos familiares y mi simulacro de familia andaba un poco debilitado por aquel entonces. Había hecho alguna escapada para disfrutar del famoso Festival de Luces de Leavenworth. Pero sola no era igual. ¿De qué servía asistir a una maravilla de espectáculo si no tenías con quién compartirlo?

Llevaba días taciturna, encogida por el frío, que siempre he odiado, y acongojada por el anuncio de un temporal cargado de tormentas.

Esa noche, acurrucada en mi cama, rezaba a cualquier dios que me escuchase para que no se cumpliesen las predicciones y la tormenta se desplazase hacia cualquier otro lugar, cuanto más lejos, mejor.

Me coloqué los auriculares, puse la música a tope y cerré los ojos, muy muy fuerte, mientras trataba de relajarme para poder coger el sueño.

Y llegó. Un destello iluminó, sin previo aviso, toda la habitación e hizo que mis ojos se abrieran de golpe y se clavaran en la litera de arriba, donde mi hermano dormía a pierna suelta. Me agarré fuerte a Rocky, que había cogido de la cama de Kylian antes de acostarme en previsión de lo que pudiera pasar.

Acto seguido, el imponente estruendo de un trueno hizo que se me congelara la sangre y, por unos segundos, dejé de respirar. Estaba aterrada. Miré hacia la cama vacía de Kylian, aunque ya sabía que él había abandonado la habitación cuando creía que Ben y yo dormíamos.

Otro destello, esta vez más intenso. Y otro trueno ensordecedor.

Sin pensármelo dos veces salté de la cama, me calcé y guardé mi reproductor de MP3 en el pequeño bolsillo del pijama. Eché un vistazo rápido hacia la cama de mi hermano y, tras comprobar que roncaba como un cochinillo, abrí la puerta del dormitorio y salí de allí con sigilo. El cuerpo me temblaba, pero no era de frío, sino del auténtico pavor que la tormenta causaba en mí.

Subí las escaleras que conducían al desván y, al llegar a la entrada, pude ver un hilo de luz que salía del interior. Empujé con suavidad la puerta y aprecié su figura, recostada entre cajas e iluminada por una pequeña vela.

En ese momento, otro trueno resonó con fuerza, perdí el equilibrio y a punto estuve de caer al suelo. El piso de madera crujió bajo mis pies, debido a la brusquedad de mi movimiento, y Kylian se incorporó elevando lo justo el tronco para dirigir su mirada hacia la puerta. Cuando vio que se trataba de mí, arqueó ambas cejas demostrando su sorpresa y, después, sonrió de forma divertida.

—¿Has visto un fantasma, hermanita?

A mí se me pasó el susto por unos instantes del cabreo que me agarré. Odiaba que me llamase así.

—Sí, precisamente, tengo uno delante.

Kylian soltó una carcajada que convirtió el sonido de su risa en un bálsamo para mis

nervios.

—Será mejor que entres y cierres esa puerta si no quieres que tu padre nos tire del tejado para abajo.

Le hice caso y avancé unos pasos hacia donde él se encontraba. Mi cuerpo volvió a temblar al percibir el resplandor de un relámpago por la trampilla.

—Estás muy pálida.

—No me gustan las tormentas.

—¿Y pensabas que aquí la ibas a sentir menos?

Me quedé en silencio unos segundos pensando en una respuesta.

—No, creía que si no estaba sola me sentiría mejor.

—¿Y tu hermano?

—No me hagas reír —contesté con sarcasmo. Kylian se encogió de hombros—. Oye, pero no importa. Creo que no ha sido buena idea. No quería molestarte.

Me giré con intención de dirigirme de nuevo hacia la puerta; Kylian se levantó de un salto y me agarró la muñeca.

—Espera, no te vayas. Soy un imbécil. Es solo que… —titubeó sin saber muy bien cómo proseguir—. Nada. Déjalo.

—¿Qué?

—Nada. Quédate conmigo, anda, y procura no chillar con el próximo trueno, o tú y yo dormiremos hoy enterrados bajo la nieve del jardín.

Lo miré con desconfianza y sopesé las opciones que tenía. Había sido una tremenda tontería subir al desván en busca de la compañía de Kylian, pero no me atrevía a bajar a mi habitación mientras la tormenta siguiese descargando su furia sobre nosotros. Aspiré el olor penetrante de la vela que alumbraba el lugar y cerré los ojos.

—Te echaba de menos. —La inesperada declaración de Kylian me sobresaltó. Abrí mis ojos y me encontré con su profunda mirada azul clavada en mis pupilas.

—Vives conmigo, Kylian. Comes, cenas y duermes conmigo. Solo nos falta ducharnos juntos —dije con inocencia, una vez me repuse del susto.

Él se tapó los ojos con las manos, negando con la cabeza, y un tenue rubor le cubrió las mejillas. Me di cuenta entonces de la interpretación que él había hecho de mis palabras y noté cómo mis mejillas también se encendían sin poder evitarlo.

—Sabes a qué me refiero.

Yo me encogí de hombros. No lo sabía. Uhm, ¿o sí que lo sabía, pero no lo quería aceptar? «No, Cat, esto no está pasando. Huye», me decía una vocecita interior.

El sonido infernal de otro trueno hizo retumbar el tejado sobre nuestras cabezas, y a mí no se me ocurrió otra cosa que lanzarme a los brazos de Kylian y agarrarme tan fuerte a su sudadera que a punto estuve de rasgarla. La escena duró apenas dos segundos, lo que tardé en darme cuenta de lo que acababa de hacer y retrocedí, ante la parálisis de Kylian, que se había quedado petrificado.

Nos quedamos frente a frente. Callados. Atravesándonos con la mirada. Las ganas que nos teníamos podrían haber hecho arder aquel húmedo desván en décimas de segundo, pero ninguno de los dos hizo nada. Yo me moría de vergüenza por lo que estaba sintiendo. Solo era una niña y todavía conservaba mi inocencia en cuestiones de chicos. Kylian me sacaba casi cuatro años, era un ligón y, además, era mi hermanastro.

Echamos el freno a nuestros instintos, obviando lo evidente y, segundos después, terminamos sentados en el suelo, compartiendo manta, como si no hubiese existido esa corriente

eléctrica que estuvo a punto de hacernos perder la cabeza.

—No me disgusta tu visita. A veces, me aburro aquí solo.

—¡Oh! ¡Qué detalle! Gracias por compartir tu soledad conmigo.

—A ver, hermanita, nunca sé cómo acertar contigo. ¿Cómo te lo debería haber dicho, según tú? ¿Gracias por honrarme con tu presencia?

—Lo primero, no me vuelvas a llamar «hermanita». —Kylian me miró confundido.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo quieres que te llame?

—Tengo nombre. Por si no lo sabías. Me llamo Cat.

—Encantado —dijo Kylian al tiempo que se inclinaba hacia mí haciendo una reverencia y me tendía su mano—. Pero, no me convence.

Yo refunfuñé y miré al techo a la vez que negaba con la cabeza.

—Por si quieres saberlo, mi nombre completo es Catherine.

Kylian soltó una carcajada.

—Peor me lo pones, ojos de gato.

La tormenta había amainado y yo estaba mucho más relajada, al menos en apariencia, porque por dentro estaba como un flan.

Kylian señaló al reproductor de MP3 y dijo:

—¿Cómo puedes usar ese cacharro? Es un atentado contra la música.

—Venga ya. No digas tonterías.

—Donde esté un disco de vinilo que se quite toda esa mierda digital.

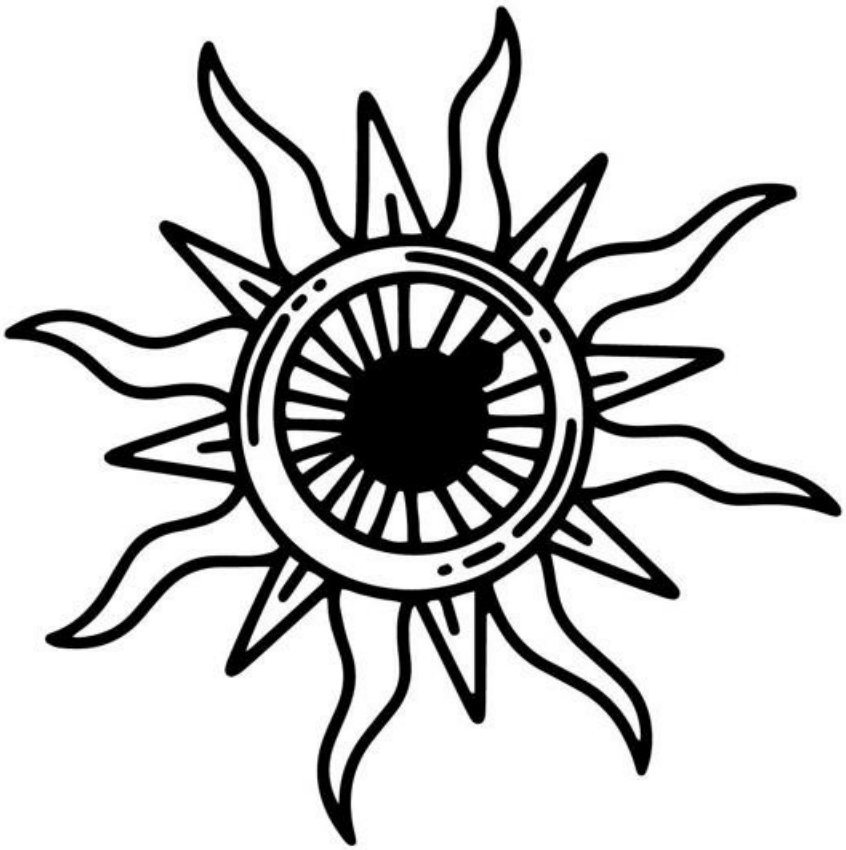
—Sí, claro. Y me cuelgo el tocadiscos del cuello… Esto es mucho más práctico. Sin menospreciar a tu tocata, por Dios. —Junté las palmas de las manos e incliné un poco la cabeza hacia delante a modo de disculpa.

—No sé, no me convence. Ni siquiera he utilizado un *walkman* en mi vida.

—¿Un qué?

—Nada, déjalo.

Sin dudarlo ni un segundo, pulsé el botón del reproductor de música y coloqué uno de los auriculares en su oreja. Kylian resopló y se revolvió un instante mientras yo lo miraba, atenta, dejando asomar en mi rostro una sonrisa divertida. Me coloqué el otro auricular y apoyé mi cabeza sobre su hombro. Él no se apartó, es más, apoyó su mejilla sobre mi cabeza mientras yo fijaba mi mirada, hipnotizada, en el hilo de vaho que formaba su aliento al chocar contra la humedad del desván. Y, así, permanecimos varias horas, conectados por un cable que unía nuestros auriculares y por un hilo invisible que enlazaba nuestras almas y apretaba cada vez más fuerte.



6
Cat

Entreabrí los ojos, somnolienta, al sentir sobre mi cabeza el crujido de los listones de madera sobre los que se apoyaba la cama de mi hermano. Ben había llegado.

Me había quedado dormida. Mi intención había sido esperar despierta a que llegaran los chicos; una vez que mi hermano se hubiese dormido, habría subido al desván, al encuentro con Kylian.

Hacía varias semanas que Kyl y yo nos cobijábamos, a escondidas, en aquel lúgubre habitáculo mientras todos dormían. Buscábamos nuestra mutua compañía, escuchábamos música en mi MP3 y hablábamos sobre tantas cosas que, al día siguiente, me costaba recordarlas. No sucedía todas las noches, claro está. Se tenían que alinear los astros para que pudiésemos encontrarnos ahí arriba sin levantar sospechas. Él siempre subía primero y yo, cuando me aseguraba de que todos dormían, me escabullía desde mi cama hasta nuestro rincón secreto.

No hacíamos nada malo; hacíamos lo normal: hablar, reír y soñar. Pero mis resultados académicos habían empezado a decaer, debido a las noches en vela y a la tormenta de sentimientos que estaban aflorando en mi interior y que me sentía incapaz de gestionar. Deambulaba por casa, por el instituto, como la sombra de mí misma, y había perdido el interés por todo lo que no fuese Kylian y nuestras veladas clandestinas en el desván.

Esa noche, Kylian y mi hermano habían salido. Se celebraba el apagado de las luces navideñas en Leavenworth. En ese pueblo, el alumbrado navideño se alargaba hasta mediados de

febrero y los jóvenes solían aprovechar para montarse una buena fiesta, tras la clausura oficial del Festival de Luces.

Yo no había podido acudir. A la mayoría de mis compañeras de clase las dejaron salir esa noche, pero yo ni siquiera lo intenté. Acabábamos de terminar los exámenes del segundo trimestre y mis resultados habían sido catastróficos.

Primera consecuencia: MP3 incautado por mi padre. Aquel castigo me dolió más de lo que él se hubiese imaginado. El diminuto reproductor de música se había convertido en un nexo de unión entre Kyl y yo. Gracias a ese pequeño artefacto, podía acurrucarme en su hombro, muchas noches, con la excusa de compartir nuestras canciones favoritas a través de los auriculares.

Tras comprobar que la cama de Kylian estaba vacía, y mi hermano dormía como un tronco, salí del dormitorio camino al desván. Eso sí, mi cabreo era monumental porque no podía llevar conmigo el aparato confiscado.

Abrí la puerta con cautela y ojeé el interior de la buhardilla. Nadie. No había nadie. Miré el reloj, extrañada. Eran las dos de la mañana. La decepción hizo que se me cayera el alma a los pies. Estaba frustrada. Y preocupada. ¿Dónde estaría Kylian? ¿Le habría pasado algo? ¿Por qué no había venido con Ben?

También estaba enfadada. Pero no con él, que no tenía por qué saber que yo estaba esperándole en el desván, sino conmigo misma, por ser tan tremendamente imbécil e ingenua como para pensar que a Kyl le importaba lo más mínimo que yo estuviese ahí arriba, sola, decepcionada y con el corazón en un puño.

Deshice mis pasos y regresé a la habitación. Me tumbé en mi cama y mi cabeza comenzó a elucubrar un sinfín de teorías sobre la ausencia de Kylian. Al final, llegué a una conclusión; la más factible de todas: Kylian estaba con una chica.

Comencé a atar cabos. Recordé retazos de las conversaciones entre él y mi hermano de los últimos días, Kylian mirando su teléfono más de la cuenta, lo guapo que se había puesto para salir. Él siempre lo estaba, pero esa noche me había llamado la atención su atuendo, algo más arreglado de lo normal. Y estaba sexi, muy sexi. —«Dios santo, Cat. ¿De verdad has pensado eso? Kylian es tu hermanastro y nunca te vería como a una de esas chicas despampanantes y sensuales de su curso»—. Lucía un jersey grueso de ochos, color crudo, y un pantalón vaquero. Nada de sudaderas roídas ni pantalones deportivos, como acostumbraba a vestir. Sentí una punzada en el estómago cuando recordé el olor que desprendía al despedirse. Había usado la colonia de mi padre.

No sé cuántas horas permanecí así, inmóvil y acurrucada en mi cama, con un dolor de estómago que iba en aumento a medida que la noche avanzaba y Kyl no volvía.

Poco antes de que la luz del amanecer se colase por las rendijas de la persiana, Kylian llegó. Volteé mi cuerpo hacia la pared, de espaldas a su cama, haciéndome la dormida. Sentí cómo se desnudaba y cómo se sumergía, sigiloso, bajo las sábanas de su cama. Me estremecí al reparar en el sonido que producía el roce de su rostro contra la almohada, pero, sobre todo, al sentir su mirada clavada en mi nuca. Como un disparo. Esa sensación que tienes cuando sabes, con total certeza, que alguien te está mirando fijamente. Pero no me giré. Luché contra mí misma, no lo voy a negar. Pero no lo hice.

Cuando me dormí ya casi era de día.

Pasé varios días ignorando a Kylian, resentida y decepcionada. Hice gala de un comportamiento infantil con el que lo único que conseguí fue que Kyl revoloteara a mi alrededor por la casa, tratando de llamar mi atención a todas horas. Pero durante ese tiempo me mantuve firme en mi

propósito de ignorarle. Si él entraba, yo salía. Si él hablaba, yo callaba. Si él me buscaba, yo huía.

Hasta esa noche.

Daba vueltas en la cama, inquieta, sin poder coger el sueño, como me sucedía desde hacía días. Con los ojos apretados, trataba de dejar mi mente en blanco. Solo quería dormir y que llegara el día siguiente lo antes posible. Odiaba el insomnio. Me hacía pensar. Y pensar me producía tristeza.

De repente, sentí un hilo de aire caliente muy próximo a mi oreja. Una voz débil, pero a la vez profunda, ronroneó:

—Buenas noches, ojos de gato.

Me estremecí. Me sorprendí. Y me giré.

—Kyl…

Antes de que terminase la palabra, él cubrió mi boca con su mano.

—Chsssttt. Calla, que nos van a oír.

Miré el reloj. Las doce de la noche. ¿Qué narices estaba tramando Kylian? ¿Acaso estaba otra vez borracho?

—Tengo un regalo para ti. Si quieres verlo, sube al desván. Te espero allí. No tengo prisa.

Se levantó sin darme tiempo a reaccionar y desapareció tras la puerta del dormitorio. Aguardé varios minutos, nerviosa. Confundida. ¿Un regalo? ¿Por qué?

No me levanté hasta estar segura de que todos dormían. Cuando me pareció que así era, me dirigí a la puerta de la habitación y abandoné el dormitorio camino al desván.

Entré y encontré a Kylian sentado sobre la manta con las piernas cruzadas. Me mostró una ancha sonrisa y dio unos golpecitos sobre el suelo con la palma de su mano, invitándome a sentarme junto a él. Yo me aproximé seria y nerviosa. Muy nerviosa. Me senté a su lado cuidándome bien de no chocar mi rodilla con la suya. Cualquier contacto físico me podría hacer bajar la guardia y quería mostrarme fría y distante.

—Solo una condición —propuso Kylian.

—¿Para qué?

—Para que te dé tu regalo.

—No necesito que me regales nada. No es mi cumpleaños.

—Entonces, ¿para qué has subido?

—Curiosidad.

—¡Ajá! La curiosidad mató al gato.

Kylian me guiñó un ojo y yo puse los míos en blanco.

—No me gusta que me chantajeen.

—Bueno, pues tómatelo como un intercambio.

—Un soborno.

—Un trato.

—Coacción.

—Un… ¿acuerdo? —insinuó elevando una ceja.

—Vale, venga, pesado. Suéltalo ya.

Kylian se aclaró la garganta y sujetó mi barbilla con su mano dirigiendo su inquietante mirada a mis ojos abiertos como platos.

—Una pregunta y te dejo tranquila.

Daba igual cuál fuese la pregunta. Este chico jamás lograría que me sintiese tranquila. Al contrario, cuanto más cerca lo tenía, más se aceleraba mi ritmo cardiaco.

—Prueba suerte.

—¿Por qué me evitas desde la noche del apagón navideño?

—E-eso no es cierto —balbuceé y Kylian me lanzó una mirada incrédula.

—Caaat.

—No tengo MP3, me lo han quitado.

Soltó una carcajada.

—¿Y me vas a decir que por eso no subes ya al desván?

—Pues… sí.

—¿Porque no puedes escuchar música?

—Sí. Al fin y al cabo, eso es lo que hacemos, ¿no?

—¿Eso piensas?

Me encogí de hombros. Me estaba quedando sin argumentos. Me sentía acorralada.

Kylian negó con la cabeza y resopló. Después, se giró sobre sí mismo, tanteando el suelo con sus manos, hasta que tocó algo y lo cogió.

—Toma. Como me esperaba una respuesta así, te he traído esto. Para que veas que me acuerdo de ti —suspiró hondo y me fulminó con su intensa mirada—. Aunque no lo creas.

Me quedé mirando el paquete. Un rectángulo pequeño, que ocupaba poco más que la palma de su mano, envuelto en papel de periódico.

—Bueno, no me tomes en cuenta lo del papel. Es lo primero que he pillado —aclaró Kylian rascándose una oreja.

Lo observé unos segundos. Quieta. Sin saber qué hacer. Por primera vez en mucho tiempo, le dediqué a Kylian una sincera sonrisa.

—¿Qué es? Y ¿por qué?

—Como tú comprenderás, no te lo voy a decir. Le quitaría emoción al asunto.

Me lancé hacia el objeto y Kylian, travieso, se llevó la mano a la espalda, impidiéndome alcanzarlo.

—¡Kylian!

—Te lo doy si eres sincera.

—Lo soy.

—¿Por qué me evitas? ¿Estás enfadada?

—¡Kylian, ya basta!

—Estás enfadada.

—Que nooo.

—Cat, ¿subiste esa noche al desván?

—¡Síií!

Kylian suspiró y dejó caer los brazos a ambos lados.

—Esa noche tenía una cita. Ya sabes, lo normal a mi edad. No te tienes que enfadar. No fue nada del otro mundo, la verdad, me lo paso mejor contigo. Pero, a veces, los chicos tenemos necesidades. Bueno, ejem, lo sabes, ¿no?

No miento si digo que mi cara pasó por todos los colores posibles del arcoíris. No sabía dónde meterme.

—Bueno, a vosotras también os pasa. Ya lo entenderás dentro de unos años —añadió guiñándome un ojo con complicidad.

«¿En serio? Pero este tío, ¿cuántos años se piensa qué tengo? ¿Doce?».

—Ya lo entiendo, Kylian —repliqué ofuscada.

Él enarcó las cejas y se frotó la barbilla.

—En fin, es que no sé cómo hablar de estas cosas contigo.

—¿Lo hicisteis? —No pude reprimir la pregunta y Kylian pegó un bote en el suelo que casi se cae de espaldas.

—No te puedo contestar a eso.

—¿Por qué no? —insistí.

—Porque no te quiero hacer daño.

Solo con contestarme así ya me lo había hecho. Primero, me estaba dando a entender que había tenido relaciones con aquella chica. Y, segundo, ¿por qué daba por hecho que conocer ese dato me haría daño? Desde luego, acertó.

Me quedé en silencio, con la mirada clavada en los cuadros de la manta sobre la que estábamos sentados. Kylian extendió la mano hacia mí ofreciéndome su regalo.

—Toma, Cat.

—Pero, no te he contestado.

—Da igual. Te lo iba a dar de todas formas. No soy tan mala persona.

Me incliné hacia él y cogí el regalo. Lo desenvolví despacio, ante su atenta mirada. Cuando vi lo que había en el interior del paquete no pude disimular mi estupor.

—¿Un móvil?

Kylian asintió con la cabeza.

—Pe-pero mi padre no me deja tener teléfono. Me mataría si…

—Cat. Tu padre no tiene por qué enterarse de todo. —Su cálida mirada me atravesó y sentí una especie de cosquilleo en el estómago—. Este era antes mi teléfono. Lo cambié cuando me regalaron el nuevo, pero está muy bien. Lo he tuneado para ti.

Kylian lo encendió y mis ojos se humedecieron cuando pude ver el fondo de pantalla que había puesto. Un dibujo precioso de una luna y un sol entrelazados por un cordón plateado.

—Desliza el dedo.

Kyl sujetó mi dedo índice con su mano y lo hizo arrastrarse por la pantalla hasta que se abrió la pantalla de inicio. Solo aparecían tres aplicaciones.

—Mira, esta del redondelito es para que escuches la música que tú quieras. Escribes el título o el cantante y te sale.

—Pero ¿hay que pagar? Yo no…

—No, es gratis, pero no puedes escuchar más de veinte horas al mes.

—¿Y dónde ha quedado el amante de los vinilos? ¿Al final has sucumbido a la era digital?

—Bueno, a veces hay que hacer excepciones.

—Ya, ya…

—Este icono de aquí es para tu correo electrónico. He pensado que, como todavía no tienes el tuyo propio, podrías utilizar la cuenta del instituto.

»No te angusties, no pasa nada —me tranquilizó—. Todos lo hemos hecho hasta que hemos tenido nuestra propia cuenta. Así podrás escribirme cuando quieras. —Hizo una pausa y me sonrió con dulzura—. O yo a ti.

—¿Y llamar?

—Nooo. El móvil no tiene tarjeta. Solo lo puedes usar utilizando la conexión de casa. Lo siento.

—¿Lo sientes? ¡Pero si es una pasada!

Kylian se rascó la oreja con nerviosismo.

—Bueno, y esta —me siguió explicando mientras señalaba el tercer icono que aparecía en la pantalla—, esta es una aplicación para que te descargues tus canciones favoritas y las guardes

ahí. Por si alguna vez quieres escuchar música y no tienes conexión.

Yo miraba el aparato, emocionada.

—Gracias, Kyl. No podría gustarme más.

—Eso sí, ojos de gato, escóndelo como si te fuese la vida en ello. Tú y yo nos jugamos el pescuezo si lo descubren.

—Lo haré.

Kylian abrió la última aplicación.

—Te he descargado una canción.

Apreté los labios con fuerza. Intentaba que no temblasen y me delatasen. Estaba cardiaca.

Kylian pulsó el botón de reproducción sobre la única canción que había descargada. Enseguida reconocí los primeros acordes y la voz inconfundible de Kurt Cobain me hizo sentir un escalofrío. *All apologies* era uno de mis temas favoritos. No sabía cómo lo había adivinado.

Las notas musicales flotaban en el ambiente y acariciaban nuestros sentidos. Ambos movíamos la cabeza arriba y abajo al compás de los golpes de batería. Llegado el estribillo, nos vinimos arriba y simulamos cantar a grito pelado haciendo muecas exageradas con la boca. Yo sujetaba el teléfono a modo de micrófono mientras él levantaba el brazo como si estuviese en un concierto multitudinario. Con mi cabeza pegada a la suya, pronunciaba la letra de la canción gesticulando y entrecerrando los ojos. La felicidad se presentó ante mí sin previo aviso y convirtió ese instante en uno de los recuerdos más especiales de mi vida.

Cuando la canción terminó, Kylian y yo nos miramos y estallamos al unísono en una carcajada. Caímos sobre la manta muertos de la risa. Fue un momento mágico, hasta que Kylian se puso serio y se llevó el dedo índice a los labios para indicarme que me callara.

—Chsssttt. Calla, por favor. Que nos van a pillar.

Enmudecí al instante. Por un momento, me había metido en una burbuja en la que solo existíamos nosotros. Y nuestras canciones. Y su sonrisa.

Me tumbé de lado para dirigirme hacia él y lo miré seria.

—Gracias, Kyl —declaré con la voz entrecortada.

—No tienes por qué dármelas.

—Todavía no sé por qué lo has hecho. —Kyl dejó escapar un débil suspiro y me taladró con sus pupilas del color del océano—. Has dado en el clavo, por cierto. Es una de mis canciones favoritas. ¿Cómo lo sabías?

—A ver, Cat. Te he oído tararearla un millón de veces cuando te tumbabas en tu cama con los cascos.

—Ah, ¿sí?

—Pues claro.

—Qué observador.

—Me fijo en ti más de lo que te imaginas. Y también pienso en ti aunque estemos un poco distanciados.

—Qué tierno —me burlé, aunque por dentro estaba a punto de derretirme.

—Va en serio, ojos de gato. No me cortes el rollo.

—Vale. Pues perdona. Yo también pienso en ti. A veces.

—Ah, ¿sí?

—Pienso en dónde habrás estado cuando regresas de madrugada. Sin mi hermano.

—¿Por eso estás enfadada? Lo sabía.

—Déjalo estar, Kyl. Por favor.

Él se encogió de hombros y clavó sus ojos en la manta. Tras unos segundos en silencio,

soltó algo que me sorprendió bastante:

—¿Sabes? A veces he pensado en escribir.

—¿Escribir un libro?

—No. Escribir canciones. Me fijo mucho en lo que significan. No solo en la música.

—¿En serio? Creo que lo harías genial, Kyl. Pareces un tío sensible.

—No sé si eso es un halago.

—Pues claro que lo es. ¿Acaso prefieres ser un capullo orgulloso como mi hermano?

—Joder, Cat, no te pases. También es mi amigo.

—¿A él no le llamas *hermanito*?

—No. Es diferente.

—¿Por?

—Porque con él no tengo que disimular.

Creo que mi rostro pasó por todos los colores posibles en apenas unos segundos: blanco, rojo, amarillo.

No contesté. No se me ocurría nada que me salvase de aquella encerrona. Aquella declaración de intenciones que Kylian trataba de camuflar con regalos y palabras bonitas.

Me encogí de hombros, pensativa, y dejé escapar un bostezo que provocó que él arqueara las cejas.

—Ya veo que te aburro con mis chorradas.

—No seas tonto. Estoy cansada. Solo es eso.

—Si quieres, te canto una canción de cuna —dijo con tono burlón.

—Lo tuyo sería una «canción de luna». Ya sabes, tu pareja favorita: Malina y Annigan… —susurré guiñándole un ojo.

Kylian dibujó una sonrisa divertida en sus labios.

—¿Y quién se supone que soy yo? —añadió—. ¿El sol o la luna?

—Lo sabes perfectamente.

Los labios de Kylian se quedaron entreabiertos, pero ninguna palabra más salió de ellos, ante mi mirada expectante y risueña. Tragó saliva y sus pupilas se deslizaron, durante unas milésimas de segundo, hacia mi boca reseca por los nervios. Me eché un poco hacia atrás y se me escurrió el teléfono de las manos, que cayó al suelo con un golpe seco. Mi corazón se paró y el rostro de Kylian se tensó. Por un momento tuve miedo real a lo que supondría que algún habitante de esa casa nos descubriera. Permanecimos unos segundos en el más absoluto silencio, esperando lo peor. Pero no sucedió nada.

—Cat, casi me da un infarto.

—A mí también —coincidí, aunque creo que mi motivo era muy distinto al suyo. «¿O quizás no?».

Esa noche vimos amanecer desde el tejado, muertos de frío y sin dormir ni un minuto. Pero felices. Y cómplices del lazo invisible que nos mantenía unidos y nada ni nadie podría romper jamás.

LUNA NUEVA



7
Kylian

De: Catherine Peterson
Para: Kylian Joyce
Asunto: Sin asunto

Kylian, ven a casa, por favor.

Recibí ese escueto mensaje mientras me encontraba revolcándome con Lucy, una de las animadoras del instituto, en la parte trasera de su coche. Había acudido con Ben a una fiesta y, a esas alturas de la noche, llevaba encima una buena borrachera. Estaba cabreado y había decidido ahogar mis penas en alcohol y, por qué no, quemar todos mis cartuchos.

La repentina marcha de mi abuelo, que había venido a pasar ese fin de semana a casa, me había sentado como una patada. Estaba disgustado, pero, sobre todo, me sentía decepcionado. Muy decepcionado.

Fue por la mañana, al poco tiempo de haberme levantado, cuando me percaté de su ausencia. En un primer momento pensé que habría salido a dar un paseo, pero enseguida me di cuenta de que no era así.

Bajé a la cocina a desayunar, bastante temprano, con la ilusión de charlar un rato con él antes de que los demás apareciesen por allí o, mejor aún, de salir a recorrer las calles de

Leavenworth en su compañía. Sin embargo, lo que me recibió fue una estancia envuelta en un silencio sepulcral y una nota pegada en la puerta del microondas que rezaba:

Lo siento, Kylian. He tenido que regresar a la ciudad a resolver unos asuntos urgentes. Te quiero.
Jack

No me sorprendió el hecho de que me dejara una nota escrita de su puño y letra —Jack apenas utilizaba el teléfono móvil, ni siquiera sabría cómo enviar mensajes de texto—, sino el hecho de que yo fuese su único destinatario.

Mi cabreo fue en aumento a medida que las horas del día transcurrían y mi cerebro no dejaba de maquinar por qué mi abuelo no se había despedido de mí como Dios manda. No entendía nada. Solo sabía que, desde que Murray vivía en nuestra casa, él había espaciado sus visitas y yo echaba muchísimo en falta nuestras conversaciones y nuestros paseos matutinos.

Ni siquiera tenía planeado salir esa noche, pero mi cabreo me empujó a detestar esas cuatro paredes entre las que vivía y desear, con toda mi alma, olvidarme de todo por unas horas.

Y Lucy era una apuesta segura. Siempre acabábamos enrollándonos cuando nos pasábamos con el alcohol y no pensaba desperdiciar ni un minuto más lamentándome por algo que se escapaba a mi comprensión. Cuando Ben me dijo que ella y sus amigas iban a acudir a esa fiesta, no lo dudé ni un segundo.

La verdad es que no me podía quejar. No solo era con Lucy. Me iba bastante bien con las chicas en general. Desde que me había estrenado en el sexo no me faltaban candidatas. A ellas les gustaba y a mí también. Yo no hacía daño a nadie. O, quizás, de eso trataba de convencerme a mí mismo, obligándome a no pensar en esa personita que muchas noches se quedaba dormida esperándome en el desván. Pero yo no veía a Cat de aquella manera; no me lo podía permitir. Y por eso me desahogaba con otras chicas, cuyas caricias mitigaban aquel fuego que se estaba desatando en mi interior.

Cat era diferente. Era mi amiga, mi confidente, mi alma gemela. Cada noche, cuando me acostaba y cerraba los ojos, me repetía a mí mismo esas palabras para intentar convencerme.

Luego estaba Ben. Aquel chico era tan impredecible… Tan pronto se comportaba como un verdadero hermano —confiándome sus secretos y tapándome en innumerables ocasiones— como, de repente, su actitud daba un giro y mostraba indiferencia hacia mí. Ben reprobaba mis roneos con las chicas del pueblo. Estaba claro que le movía la envidia. Él aún era virgen y es posible que eso le pesara más de lo que yo me imaginaba. Supongo que todas las veces que lo dejé tirado debido a mis escarceos favorecieron su actitud voluble.

Lucy y yo estábamos en plena faena cuando sonó aquel mensaje. En un principio no le hice caso al teléfono, pensé que se trataría de cualquiera de mis amigos, interesándose por mis escarceos con la animadora, o de Ben, que a veces parecía mi padre, preguntándome dónde me había metido.

Un segundo pitido me hizo detener mi embestida hacia el cuerpo solícito de Lucy, que clavó sus pupilas dilatadas por el deseo en mi rostro sudoroso. De pronto, reparé en que aquel sonido, un pitido agudo y corto, no se trataba de una notificación de un mensaje escrito. Era el sonido de mi correo electrónico, y solo se me ocurría una persona que pudiera enviarme un email un sábado a las doce de la noche: Cat.

Eché mi cuerpo a un lado y rebusqué mi teléfono móvil en los bolsillos de mis pantalones, tirados de cualquier manera sobre la alfombrilla del coche.

Leí con atención el mensaje que aparecía en la pantalla. En efecto, se trataba de Cat. Lucy

me observó con el ceño fruncido y, al ver mi cara de preocupación, supo que se había terminado la fiesta y se incorporó al tiempo que se abrochaba el sujetador.

—¿Qué sucede, Kylian?

—Tengo que marcharme. Lo siento.

—Vaya.

—Es Cat. Algo pasa en casa.

—Tu hermana es un poco paranoica. Seguro que no es nada —me intentó convencer Lucy mientras tiraba de mi camiseta.

—Te equivocas. Cat no me escribiría a estas horas si no fuese importante.

Era cierto. Hasta ese día, Cat y yo nos manteníamos en contacto utilizando el correo electrónico, pero ella nunca me habría escrito sabiendo que yo estaba por ahí con mis amigos. Primero, por miedo a interrumpir algo, y segundo, por Ben. Si Ben hubiera descubierto que su hermana y yo nos comunicábamos a través de un teléfono móvil, no sé lo que habría pasado. Bueno, mejor dicho, sí lo sé, pero eso es ahora.

—¿Y por qué no llama a Ben?

—Porque Cat, oficialmente, no tiene teléfono.

Lucy me miró extrañada, como si no entendiese nada. Le daba la razón, sonaba raro visto desde fuera.

Nos vestimos en silencio y Lucy me acercó hasta mi casa. Nos despedimos con un beso, más apasionado por su parte que por la mía, y me susurró al oído:

—Mañana nos vemos, Kylian.

Le guiñé un ojo y sonreí de medio lado sin demasiado entusiasmo. Lo que ella no sospechaba era que, a partir de esa noche, yo ya no la vería igual. Ni a ella ni a ninguna otra chica, porque Cat pasaría a ser el centro de mi atención, de mi deseo y hasta de mí mismo.

Entré en casa y la busqué. Todo estaba en silencio. Dirigí mis pasos hacia la cocina y mi rostro palideció al ver el suelo cubierto por diminutos cristales. Parecía que alguien había incrustado media vajilla contra él. También había una silla tirada. Me asusté y subí las escaleras de dos en dos hasta nuestra habitación. No había nadie. El dormitorio de mamá y Murray tenía la puerta cerrada y no parecía que hubiese luz dentro. Una siniestra calma inundaba el ambiente.

Subí al desván, convencido de que allí encontraría a Cat. Y allí estaba.

La encontré sentada en el suelo, con el cuerpo hecho un ovillo y la cabeza hundida entre sus piernas. Apretaba a Rocky contra su pecho y se balanceaba hacia adelante y hacia atrás a un ritmo lento y acompasado.

Los roncos sollozos que brotaban de su garganta me estremecieron. Corrí a su lado y me agaché para envolver su cuerpo menudo entre mis brazos. Mi sexo todavía se encontraba medio despierto y me di asco a mí mismo por haber estado liándome con Lucy mientras ella se hallaba en ese estado.

—Cat, ¿qué ha pasado?

Ella gemía y negaba con la cabeza. No podía articular palabra. Estaba siendo presa de un ataque de ansiedad. La tumbé sobre la manta de cuadros y volteé su cuerpo con delicadeza. Me tumbé detrás de ella y comencé a masajear sus hombros, muy despacio, formando sinuosos círculos con mis dedos. Deslicé las palmas de mis manos desde los hombros hasta sus lumbares. Arriba y abajo. A la izquierda y a la derecha. Mis manos bailaron sobre su espalda durante largos minutos hasta que su llanto se fue convirtiendo, poco a poco, en débiles hipidos que pronto se desvanecieron, y su respiración, antes acelerada, fue adquiriendo un ritmo relativamente normal.

Cuando me pareció que Cat había recuperado la calma la hice girar sobre su cuerpo y su

rostro quedó casi pegado al mío. Dos pulgadas. Solo dos pulgadas dejaban que el pesado aire del habitáculo se colara entre nosotros. Podía sentir su cálido aliento, aún entrecortado, acariciando mis mejillas, mis sienes, mi boca.

Pasé mi mano por su pelo y susurré:

—Tranquila, mi niña. Todo está bien.

Ella sonrió con timidez y un hilo de voz salió, por fin, de su garganta.

—Kyl. Me he asustado.

—¿Qué ha pasado? He visto el desastre de la cocina. ¿Alguien te ha hecho daño?

Cat tragó saliva.

—Nooo. Han sido ellos. Mi padre y tu madre.

Una sacudida de ira me invadió por un instante, pero ese sentimiento se convirtió de nuevo en preocupación.

—¿Mi madre?

Hice el amago de levantarme. Fuese lo que fuese lo que hubiese pasado, tenía la certeza de que no sería Murray el que habría salido malparado. Cat me sujetó por el brazo impidiendo que me pusiera en pie.

—No bajes, Kyl. Ya se han calmado. No despiertes a la fiera, por favor.

Recapacité unos segundos y, tras dejar escapar un profundo suspiro, me dejé caer de nuevo sobre el frío suelo inclinando mi torso hacia ella.

—Mi padre ha regresado esta tarde. —Murray había tenido que salir de madrugada con su camión para realizar un transporte urgente—. Tu madre le ha recriminado que Jack se había marchado por su culpa. Estaba muy dolida.

—¿Mi abuelo se ha ido por su culpa? En la nota ponía que le había surgido un imprevisto en Seattle.

—Según he escuchado, Jack había venido a Leavenworth con una oferta de trabajo para tu madre. Mejor dicho, un encargo. —Fruncí el ceño, confuso. No sabía de qué demonios estaba hablando Cat. Mi abuelo no me había comentado nada—. Un grupo de Seattle, los Hungry Lovers, o algo así, habían visto las ilustraciones de tu madre y querían que diseñara la carátula de su primer disco

Observé a Cat, estupefacto. Pero, no entendía nada. ¿Cuál era el problema?

—Tu madre, al parecer, acogió la noticia con mucha ilusión, pero cuando se lo contó a mi padre, este se negó. Le dijo que él ganaba lo suficiente como para que ella tuviera que seguir haciendo *dibujitos*. Que estábamos bien así.

—¿Qué?

—Todo esto debió de suceder ayer, antes de que llegáramos del instituto. Tu abuelo había ido a dar un paseo por el pueblo; más bien, se había quitado del medio para que ellos hablaran.

»Esta mañana Sophie le ha dicho que no podía aceptarlo, que ella ya no diseñaba ni dibujaba. Que vivíamos bien ahora y no necesitaba trabajar. Tu abuelo se ha sentido muy decepcionado, por eso se ha ido.

Me quedé sin palabras. Si tuviera delante al indeseable de Murray aplastaría mi puño contra su cara y lo echaría a patadas de mi casa. No. Sabía que eso no iba a suceder porque yo era un cobarde que me había acomodado en aquella vacía existencia, pero, sobre todo, porque si lo hacía, perdería a Cat.

—¿Cómo no me he enterado de nada?

—Quizás estabas… demasiado ocupado en otras *cosas*. —Cat sostuvo mi mirada y yo, incapaz de imitarla, aparté mis ojos clavándolos en el techo.

—Cuando mi padre ha vuelto y Sophie le ha acusado de ser el culpable de la marcha de Jack, se ha desatado una batalla campal. Mi padre ha comenzado a lanzar platos al suelo, a gritar. Yo estaba en el salón y me he refugiado aquí porque no soportaba los gritos.

—¿Y mi madre?

—Ella solo lloraba.

«Maldito hijo de puta».

Cat me contó que la discusión había durado un buen rato pero que, después, ambos entraron en su dormitorio y el silencio se había adueñado de la casa. Ella se había mantenido allí, agazapada, con miedo a salir y cruzarse con su padre. Nunca le había visto así, tan fuera de sí, y tenía miedo.

Una lágrima se deslizó descontrolada por la mejilla de Cat y yo detuve su caída con mi dedo pulgar. Chasqueé la lengua y afirmé, con toda la sinceridad del mundo:

—Es una mierda que ese tío sea lo peor para esta casa y, sin embargo, me haya traído lo mejor que tengo ahora en mi vida.

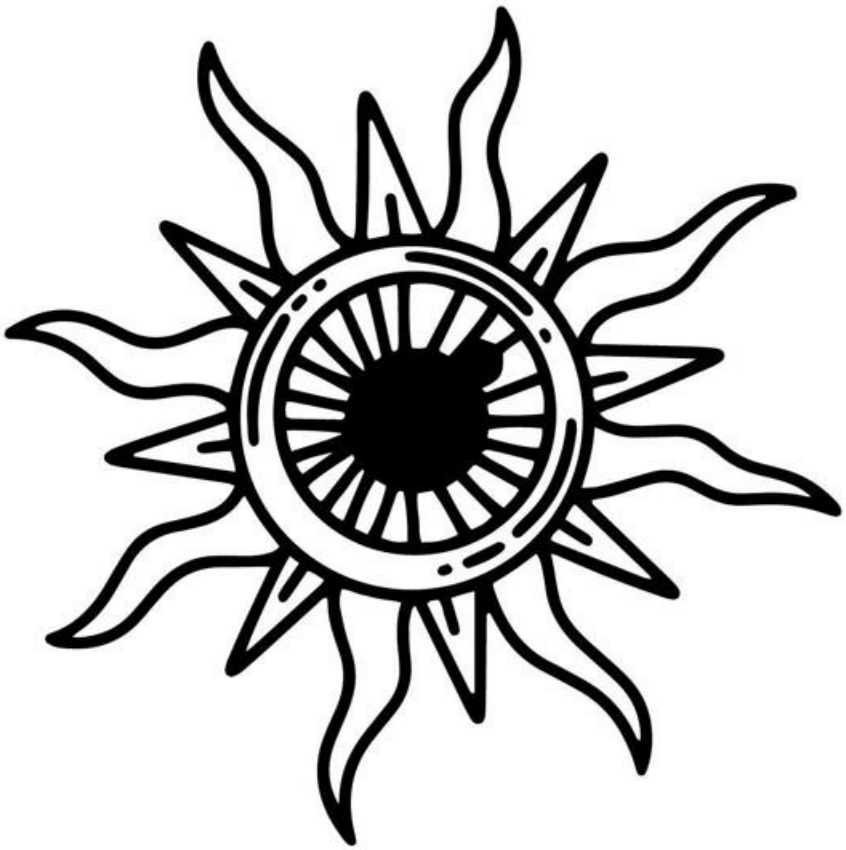
Posé mi dedo sobre sus labios trémulos y los presioné con sutileza tratando de apaciguar su temblor. Cat emitió un leve gemido y dejó de respirar por un segundo. Me atravesó con la mirada y aprisionó con los dientes su labio inferior, nerviosa.

Y sucedió.

Cat, como si presintiese lo que iba a pasar, cerró los párpados y entreabrió los labios con lentitud. Contuve la respiración y acorté ese par de pulgadas que nos alejaban hasta que el espacio entre su boca y la mía se desvaneció y nuestros labios chocaron. Mi estómago se encogió en aquel instante y mi corazón se disparó. Cat se mantuvo inmóvil, dejándome a mí llevar el peso del que sería su primer beso. Introduje mi lengua con suavidad en aquella boca cálida que me acogía con pudor y recorrí cada milímetro, ahogando un suspiro en su interior. Me encontré con su lengua y la mecí con delicadeza guiando cada uno de sus movimientos.

Quizás aquel no hubiese sido mi primer beso, pero fue, sin duda, el primer beso que atravesó mi pecho hasta quedarse enquistado allí, bajo mis costillas.

Con la respiración agitada y el peso de la culpa golpeándonos con fuerza, nuestras bocas se separaron. Nos miramos asustados. Ahora era yo el que temblaba. Cat apoyó su mano en mi nuca, enredando mis cortos mechones entre sus dedos. Calmándome. Sus pupilas destellantes me acariciaron y juro que, en aquel momento, me perdí en sus ojos.



8
Cat

Sin apenas darnos cuenta nos habíamos plantado en la primavera. La semana había transcurrido sin pena ni gloria. Los días volaban desde que Kylian y yo nos habíamos dejado arrastrar por esa corriente invisible que nos empujaba cuando nos teníamos el uno frente al otro.

Mi primer beso. Mi salto al vacío.

Porque sí. Porque esa perfecta unión de los labios de Kylian con los míos había sellado algo que se volvería inquebrantable y que supondría, para los dos, un tremendo salto desde un precipicio.

Era sábado y mi padre se había empeñado en celebrar su cumpleaños haciendo una escapada familiar relámpago al lago Wenatchee. Sin embargo, la cosa no quedaba ahí. Había planeado un «maravilloso» fin de semana que incluía acampar en la zona acondicionada para ello y alquilar unas canoas para hacer un recorrido por el lago. Las cosas con Sophie parecían estar un poco más calmadas, después de la noche de la batalla campal, y querría compensarla con esa idílica salida en familia.

Sin embargo, de idílica tenía poco. Por un lado, estaba mi hermano, que se quejaba de un intenso dolor de cabeza desde primera hora de la mañana —supongo que causado por la resaca de la noche anterior—. Por otro lado, Sophie no parecía demasiado ilusionada con la idea de pasar todo el fin de semana fuera de casa —cada día se encerraba un poquito más en sí misma y le costaba un montón salir de su mundo interior—. Y después estaba yo, que vagaba como un

alma en pena por la vida desde que me había besado con Kylian y, además, llevaba toda la semana rehuyéndolo.

Siempre lo había hecho, pero después de nuestro beso me había convertido en una perfecta escapista y había logrado, de puro milagro, no coincidir con él a solas en ningún momento. Lo mío me había costado. Un sinfín de excusas me había tenido que inventar para no cenar a la misma hora que él, para acostarme a deshoras si sabía que él estaba en la cama, etc.

Aun así, a pesar de mi actitud, en apariencia fría y distante, cada mañana de esa semana Kylian me regaló un saludo en forma de correo electrónico. Cuando él y Ben salían hacia el instituto y, por fin, me quedaba un rato a solas en la habitación terminando de preparar mis cosas de clase, sacaba el móvil de debajo de mi colchón y lo encendía. Y allí estaban esas cuatro palabras.

De: Kylian Joyce
Para: Catherine Peterson
Asunto: Si asunto

Buenos días, ojos de gato.

Yo suspiraba, besaba la pantalla del pequeño aparato y lo apagaba para volver a dejarlo en su escondite. Después, levitaba hacia el instituto con una sonrisa impresa en mi rostro y me afanaba en parecer una chica normal de mi edad. Una que no estuviese enamorada de su hermanastro.

—Ya estamos —anunció mi padre cuando llegamos al aparcamiento del parque natural de Wenatchee.

Me revolví en mi asiento, que había elegido con toda la intención, con mi hermano durmiendo la mona entre Kylian y yo.

Le di un codazo a Ben, que abrió los ojos mostrando cierto desconcierto momentáneo.

—¡Ben! ¡Despierta ya, cojones! —Bastó ese grito de mi padre para que mi hermano espabilara.

Kylian y yo soltamos una carcajada ante el sobresalto de Ben y nos miramos durante un segundo que para mí duró, aproximadamente, una eternidad. Aparté la vista al instante e intenté disimular las palpitaciones que golpeaban mi pecho.

Tras sacar los bártulos del camión, que no eran pocos, nos dirigimos a la zona recreativa del parque natural y nos acomodamos en unas mesas de madera preparadas para pícnic. Mientras, mi padre se informaba de dónde podíamos acampar y de otras cuestiones prácticas para facilitar nuestra estancia en el lugar.

Nuestra cara era todo un poema. Ninguno de nosotros, a excepción de Kylian, parecía demasiado entusiasmado con la idea. Kyl, en cambio, estaba pletórico. Se le veía muy ilusionado con la aventura. Quizás yo también lo habría estado en otras circunstancias, pero tenía el estómago encogido por los nervios y no me atrevía ni a mirarlo a la cara por si nuestros padres pudiesen interpretar algún gesto o señal que nos delatara.

Murray regresó con un montón de folletos informativos. Le acompañaba un vigilante del parque, que nos dirigió hacia una zona cercana donde estaba permitido montar las tiendas de campaña.

Cuando el hombre se marchó, mi padre arrugó el ceño al ver nuestras caras.

—Joder, esto parece un velatorio. ¡Vamos! Quiero ver un poco de entusiasmo —bramó con

evidente cara de disgusto.

Todos le sonreímos por compromiso. Kylian podría haberse mostrado más efusivo, ya que era el único que estaba emocionado con la idea, pero su relación con mi padre era fría como un témpano de hielo y ninguno de los dos mostraría su entusiasmo frente al otro. Por puro orgullo, supongo.

Tardamos más de dos horas en montar las dos tiendas de campaña. Eran las típicas tiendas canadienses del año de la polca y no había quien entendiera la marabunta de hierros que conformaban su estructura.

Los ánimos comenzaban a caldearse, pues la paciencia nunca había sido una de las virtudes de mi padre y solo le faltó llamarnos inútiles.

«Los he visto más rápidos en el cementerio». «En mis tiempos tardábamos veinte minutos en montar una tienda como esta». «Mucha consola y mucho internet, pero los chicos de hoy en día no tienen ni idea de lo que es disfrutar de verdad». Estas fueron algunas de las perlitas que fue soltando para «animarnos».

Cuando terminamos, mi padre nos hizo volver al camión para buscar los troncos que había traído para hacer leña.

Kylian, Ben y yo fuimos hasta allí a regañadientes y cargamos con la leña como pudimos arrastrando los pesados sacos de rafia. A medio camino, Kyl cogió mi saco, sin preguntarme nada, y se lo colgó en el hombro que le quedaba libre. Los tres continuamos, absortos en nuestros pensamientos. Estábamos agotados —y la jornada apenas había comenzado—. El único que abría la boca de vez en cuando era Ben, y solo lo hacía para quejarse y despotricar.

Cuando regresamos a nuestro improvisado campamento, mi padre nos instó a que metiéramos nuestras pertenencias en una de las tiendas. Como me esperaba, los tres dormiríamos en una tienda, y él y Sophie, en la otra.

Kylian echó su esterilla al suelo y mi hermano no tardó en colocar la suya al lado, dejándome a mí el lateral opuesto libre. Agradecí no tener que dormir junto a Kylian, aunque, en el fondo, lo deseaba tanto que me ruboricé solo de pensarlo.

Después de comer unos bocadillos en la zona de barbacoas, mi padre nos explicó el siguiente plan: había alquilado tres canoas para recorrer el lago y ver el atardecer desde allí.

Llegamos a la recepción del negocio de alquiler y una mujer muy simpática, con un cuerpo robusto y atlético, nos ofreció los trajes de neopreno que nos debíamos poner.

Mi hermano no tardó en gruñir.

—Papá, yo nunca me he puesto un chisme de estos. ¿No puedo ir en vaqueros?

No pude evitar soltar una carcajada. Mi hermano no dejaba de sorprenderme con su cerebro de mosquito.

—Ben, ¿no has pensado que te puedes caer al agua?

La mujer de recepción intervino:

—El agua del lago en estas fechas está bastante más fría de lo que te imaginas. No te dejes engañar por el sol que hace. Yo que tú no me lo pensaría tanto.

Ben aceptó de mala gana y nos turnamos en el vestuario para ponernos los trajes.

Cuando me vi enfundada en ese buzo pegado a mi piel me dio un ataque de vergüenza y me bloqueé. No me atrevía a salir del vestuario. El traje marcaba cada una de mis incipientes curvas, esas que yo siempre me empeñaba en disimular embutida en ropa extragrande.

—¡Cat! ¿Estás bien? —Escuché la voz de Sophie al otro lado de la puerta.

—Venga, hermanita. ¿Qué pasa? ¿Que no te gusta el modelito? —berreó mi hermano.

Sophie golpeó la puerta con los nudillos y asomó la cabeza sin preguntar. Su tierna sonrisa

me calmó un poco.

—Vamos, bonita. No te avergüences. Estás preciosa —me consoló con su voz dulce.

Cogí aire y salí de aquel cubículo con la vista clavada en el suelo. Alcé los ojos y solo pude ver el gesto de Kyl, que me miraba con los ojos abiertos de par en par y se esforzaba por no atragantarse con su propia saliva. Creo que nunca había sentido tanta vergüenza en mi vida. Lo que no sabía era que todavía me quedaban unos cuantos momentos como ese por vivir.

Nos dirigimos a la playa de guijarros donde nos esperaban las canoas. Tres canoas.

—Bueno, familia, las canoas son de dos plazas. En cada una de ellas tenéis un compartimento en el que podéis encontrar agua y unos tentempiés, por si se os abre el apetito —explicó la chica mientras nos entregaba los chalecos salvavidas.

Todos nos miramos. Una pregunta flotaba en el aire y fue mi hermano el que la verbalizó.

—¿Y cómo nos vamos a sentar? Somos cinco.

—Eso ya es cosa vuestra. —La mujer se encogió de hombros. Se despidió de nosotros y desapareció entre los matorrales.

—¡Yo voy contigo, Kylian! No pienso ir con mi hermana, que no tiene ni idea de remar.

Me quedé congelada ante las hirientes palabras de mi hermano.

—No me importa. Yo voy sola.

—¿Cómo vas a ir sola, Cat? —espetó Sophie.

—Ben, haz el favor y móntate con tu hermana.

—He dicho que no. Ella no tiene fuerza y me tocará remar a mí todo el rato.

—Ah, ¿sí? Conque esas tenemos. Pues ahora, por listo, te vas a montar tú solo —resolvió mi padre—. Kylian, tú irás con Cat. Y no tengas ninguna duda de que va a remar. Cat no es de las que se rinden.

—No tenía ninguna duda —contestó Kylian con tono solemne.

Yo no sabía dónde meterme. Las palabras de mi padre me habían sorprendido. Creo que jamás le había oído decir nada bueno sobre mí. De la actitud de mi hermano… mejor no hablo.

Pocos minutos después nos subimos en las canoas. Mi hermano llevaba un cabreo monumental, pero no volvió a abrir la boca.

Kylian me tendió la mano para ayudarme a introducirme en nuestra pequeña embarcación y me taladró el pecho con su radiante sonrisa. No pude evitar devolverle la mía y arrojar sobre él una mirada llena de complicidad. Me indicó cómo colocarme y me enseñó el movimiento que debía ejecutar con los remos. Él se acomodó tras de mí y, antes de que me diera cuenta, ambos nos encontrábamos surcando el lago, a paso lento pero constante. Sentía los brazos ligeros, como si quisieran echar a volar de un momento a otro, no existía ni pizca de cansancio en ellos. Mi hermano remaba con rabia y había cogido bastante velocidad por lo que se encontraba más adelantado. Sophie y mi padre navegaban en la lejanía. Su canoa se veía desde nuestra posición como una de las decenas de puntitos que flotaban a esa hora en el lago.

El escenario era un espectáculo para la vista, aunque yo estaba más pendiente de los roces de los brazos de Kyl sobre mi espalda y de la humedad de su aliento que, de vez en cuando, el viento me traía y me hacía estremecer.

—Lo estás haciendo muy bien, ojos de gato —susurró en mi oído rozándome el lóbulo de la oreja.

Lancé una mirada de soslayo a mi alrededor y comprobé que nos habíamos alejado bastante del resto de las embarcaciones. Aproveché la situación y giré la cabeza para mirarlo, pero este gesto hizo que la canoa se tambalease y mi corazón se saltó varios latidos.

—Perdona —musité avergonzada por haber roto el equilibrio de la barca.

—Perdóname tú —añadió Kylian—. No te debí besar.

Cuando escuché esas palabras casi se me sale el corazón por la garganta. No me lo esperaba. No ahí, ni en ese momento. De la conmoción que sufrí, solté los remos y después me eché las manos a la cara al darme cuenta de lo que acababa de hacer.

—¡Cat! Pero ¿qué has hecho?

Kylian parecía enfadado y yo solo pude enterrar mi cabeza entre mis rodillas y ponerme a llorar como una niña pequeña.

Segundos después, noté cómo la canoa se detenía y sentí sobre mis hombros la calidez de sus manos.

—¿Estás bien, Cat? —dijo mientras posaba su barbilla en mi nuca.

Terror. Eso es lo que sentí.

—Kyl, por favor. Avanza. Nos van a ver.

Él se despegó de mi espalda y comentó con tono serio:

—No puedo, Cat. A mí también se me han caído los remos.

Esta vez sí que me giré y mis pupilas se clavaron en su impertérrito rostro que enseguida se iluminó con su sonrisa socarrona que terminó en una sonora carcajada.

—¡Es broma! —exclamó entre risas mostrándome los dos remos.

Me di la vuelta, puse los ojos en blanco y me sequé las lágrimas con el dorso de la mano.

—¡Adelante, mi capitán!

—¡A su órdenes, señorita!

El resto del paseo se convirtió en un bálsamo para los sentidos y una cura para los nervios que me habían secuestrado la felicidad durante los días anteriores. Era increíble pensar que, aunque solo fuese por unos minutos, él y yo remábamos en la misma dirección. En aquel lago flotaban muchas cosas: mis temores, mi pavor a reconocer mis sentimientos, mi escasa confianza en mí misma. Sin embargo, la magia del momento me hizo olvidarme de todo durante el paseo. Kylian despertó en mí una explosión de sensaciones. En cada silencio que me brindaba y en cada palabra que me regalaba. Me hizo sentir protegida y supe que lo nuestro jamás se quedaría en un simple beso. Pasara lo que pasara de ahí en adelante, hacía tiempo que habíamos traspasado la línea roja e íbamos directos al precipicio.

Cuando regresamos al punto de partida, mi hermano se encontraba ya vestido con su ropa de calle, esperándonos. Seguía con cara de amargado.

—¿Qué ha pasado? —soltó con tono altivo. Después me miró sin parpadear. ¿Has perdido los remos, Cat? Sabía que no me tenía que montar contigo.

Kylian resopló con fuerza y se enfrentó a Ben. Cara a cara. Sus miradas se encontraron apenas a un palmo de distancia.

—Se los ha comido un cocodrilo —pronunció Kylian con un tono bastante serio que hizo que mi hermano arqueara las cejas.

Juraría que, por unos segundos, se lo creyó. Después, ante la cara de chiste de Kyl, Ben se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo.

—Vete a la mierda.

—Ben, tío, vayamos a devolver las cosas. Tú no has visto nada, ¿vale?

Mi hermano se encogió de hombros y se mordió la lengua. A mí me ignoró por completo, al igual que yo a él. Nos fuimos a cambiar y a devolver el material. Después, esperamos los tres sentados sobre las piedras de la playa hasta que regresaron Sophie y mi padre. Nadie comentó el incidente con los remos.

Un buen rato después, hicimos una hoguera frente a las tiendas de campaña y asamos unas

costillas que habíamos llevado de casa. Fue una velada bonita, dentro de lo que cabe. Mi padre y Sophie estaban bastante relajados y, por unas horas, aparentamos ser una familia normal. A excepción de mi hermano, que a todo le ponía pegas y estaba agriando un poco el ambiente.

A la hora de acostarnos, fui yo la que me metí primero en la tienda de campaña. Me puse el pijama antes de que entraran los chicos y me acurruqué dentro del saco de dormir. Cuando sentí que ellos entraban, me giré hacia el lateral de la tienda para darles la espalda y me hice la dormida. Noté cómo se acostaban y percibí la luz de sus teléfonos móviles durante unos minutos. Enseguida los apagaron y todo el habitáculo quedó a oscuras y en silencio. Sin embargo, mi hermano no tardó en romper ese silencio con sus bufidos.

—Joder. Esto está más duro que una piedra.

—Ben, tío, no seas aguafiestas.

—Además hace mucho frío.

—Pues vete a un hotel, tío —bramó Kylian, que empezaba a perder la paciencia.

Mi hermano se revolvió en su saco. Dio una vuelta. Dos. Tres. Perdí la cuenta de las veces que giró su cuerpo a un lado y al otro hasta que se incorporó de un salto y dijo:

—No aguanto más. Me piro.

—¿A dónde cojones vas?

—Al camión. Voy a dormir al camión. No aguanto ni un minuto más aquí.

Después, el resoplido de Kyl, el sonido de la cremallera de la tienda, los latidos de mi corazón golpeándome en la yugular.

«Oh, no. Dios mío».

Apreté los puños con fuerza, rezando para que Kylian se quedase dormido de inmediato. Obviamente, eso no sucedió. Tras unos minutos en el más absoluto silencio, escuché el sonido que ejercía su cuerpo al arrastrarse por el suelo de la tienda de campaña.

«Socorro».

Y me quise morir cuando sentí sus dedos jugando con un mechón de mi pelo. Lo enredaba alrededor de su dedo y lo soltaba. Suspiraba. Y repetía el mismo acto. Volvía a suspirar. Y agarraba de nuevo el mechón. Y a cada segundo que pasaba, el aire iba abandonando mis pulmones, hasta que un carraspeo se escapó de mi garganta sin permiso y fue entonces cuando supe que estaba perdida. Que no me iba a valer el truco de hacerme la dormida.

Aunque, en realidad, era eso lo que quería. Quería estar con Kylian. Quería sentirlo. Y, en el fondo, estaba agradecida por que hubiese sido él quien diera el primer paso; yo jamás me hubiese atrevido a hacerlo.

—Cat, ¿estás despierta? —susurró muy cerca de mi oído.

Los nervios me impedían articular palabra alguna, así que me limité a asentir con un ligero movimiento de cabeza.

—Cat, gírate.

Mis músculos se atenazaron y comencé a sentir un agudo dolor en la mandíbula de tanto apretar los dientes.

Kylian aguardó unos segundos hasta que, al fin, soltó un profundo suspiro e hizo resbalar su cuerpo, muy despacio, hasta que la distancia entre nosotros desapareció. Estiró el brazo y lo depositó en mi cintura con un movimiento delicado.

Mi corazón dio un vuelco al sentirlo tan cerca y una ola de miedo me recorrió desde los pies hasta la cabeza. No obstante, me giré. Si mi hermano entrase y nos viese de esa guisa, algo me decía que no nos encubriría. Ben idolatraba a mi padre y contarle algo así sumaría un punto a su favor. No me fiaba de él.

—¡Kyl! ¿Qué haces? ¿Estás loco?

—Es probable.

Su mirada me tenía secuestrada y era incapaz de separarme de él, aunque en mi cerebro hubiesen saltado todas las alarmas.

—Si mi hermano vuelve…

Kylian sonrió y negó con la cabeza.

—Tu hermano es un rajado. Estará durmiendo a pierna suelta en el camión.

—Pero…

No me dejó terminar la frase. Colocó la palma de su mano sobre mi boca.

—Cat. Yo… Lo del otro día… —era incapaz de terminar una frase—. Me estoy volviendo loco. No puedo dejar de pensar en lo que pasó.

Yo deseaba contarle cómo me sentía, decirle que me pasaba lo mismo. Pero la vergüenza me impedía abrirme con él.

—Dime algo, por favor.

Silencio. Latidos.

—Cat, solo dime una cosa. Y te dejaré en paz.

Bum. Bum. Bum. Pensaba que mi corazón explotaría de un momento a otro.

—¿Sentiste algo cuando sucedió? ¿Te molestó?

Me encogí de hombros.

Oh, Dios, había tantas cosas que quería decirle. Pero no me atrevía.

—Kylian. Déjalo. En serio.

—Pero no me has contestado, Cat. Y esto me está matando. Dime algo.

—No puedo —musité. Y esas dos palabras se me clavaron como una astilla, formando una grieta invisible en mi pecho.

Kylian chasqueó la lengua y permaneció unos minutos junto a mí. Inmóvil y con la vista clavada en el techo de la tienda. Yo contuve la respiración y traté de ordenar las palabras que nadaban en mi mente para encontrar la mejor manera de soltarlas.

Kylian se apartó en silencio y se alejó hasta el otro extremo del asfixiante habitáculo. Se hizo un ovillo dentro del saco de dormir y se inclinó hacia el lado opuesto a mí, dándome la espalda.

Aquel fin de semana se terminó para mí en ese momento, porque el resto de las horas que le sucedieron se borraron de mi mente. Solo quería llegar a casa y encerrarme en la habitación a llorar. Ni siquiera pude hacer eso y tuve que tragarme las lágrimas durante muchos días.



9

Kylian

No fueron fáciles los días que siguieron a nuestra escapada familiar al lago Wenatchee. La frustración dominaba mi día a día. Cat seguía rehuyéndome y ni siquiera se molestaba en disimular. Yo había tirado la toalla y había dejado de mandarle cada mañana mensajes de buenos días.

Había discutido con Lucy, que se quejaba de que no le prestaba la suficiente atención, y apenas nos dirigíamos la palabra. Tampoco me importaba demasiado. Lucy nunca había sido para mí y, además, Ben parecía encantado de la vida con nuestro distanciamiento. No tardó en empezar a tirarle los tejos. Si llego a saber que le gustaba la animadora no me hubiese enrollado con ella. No era tan mala persona.

Era viernes por la noche y yo no había salido. Murray y mi madre habían acudido a una cena con unos vecinos del pueblo y Ben se había marchado sin dar demasiadas explicaciones. Supuse que no le apetecía compartir conmigo sus planes porque, tal vez, pensaba que podría sentarme mal. Nada más lejos de la realidad.

Yo no estaba bien. La indiferencia de Cat estaba pasándome factura. No me reconocía a mí mismo. Echaba tanto de menos nuestras veladas en el desván que si se me hubiese pasado por la cabeza que nuestra amistad se iba a ir al traste por culpa de un beso, no lo habría hecho jamás. Me habría tragado las ganas. Pero ya no había vuelta atrás.

Había terminado de cenar y me debatía entre subir al desván a escuchar música —y

encerrarme más en mí mismo— o retirarme al dormitorio donde Cat estaría haciéndose la dormida como cada noche.

Finalmente opté por acostarme sin hacer mi habitual escapada. Estaba desganado y sentía una especie de agujero en el estómago que me estaba carcomiendo por dentro.

Cuando entré en el dormitorio sentí una punzada en medio de las costillas al encontrar la cena de Cat, casi intacta, sobre su mesita de noche. Su cama estaba deshecha, pero vacía. Me asusté. Juraría que Cat había subido a la habitación hacía un buen rato. Faltaba un trozo de *pizza* y había supuesto que ella se habría ido a cenar sola a la habitación, como hacía muchas noches, con tal de no verme.

Me senté sobre mi cama, pensativo, y algo me empujó a dirigir la vista a mi teléfono móvil, que reposaba sobre la mesita de noche. Estiré el brazo hasta alcanzarlo con mi mano y desbloqueé la pantalla. La luz del teléfono alumbró mi rostro y lo que vi en aquel aparato iluminó, de una manera salvaje, mi desbocado corazón.

De: Catherine Peterson
Para: Kylian Joyce
Asunto: Ven

No te encuentro. La noche está demasiado oscura.

Creo que esa fue la primera vez que comprobé en mi propia piel el inmenso poder que las palabras pueden ejercer sobre nosotros. Ocho palabras que me mordieron el alma y cambiaron, inevitablemente, el rumbo de las cosas. El rumbo de nuestra vida.

Me metí el teléfono en el bolsillo y subí los escalones que desembocaban en el desván a toda velocidad. Abrí la puerta y choqué de bruces con la oscuridad más absoluta. Alumbré la estancia con la linterna de mi teléfono y comprobé, con una amplia sonrisa bailando sobre mi rostro, que la pequeña escalera apuntaba hacia la angosta trampilla que se abría hacia el cielo.

Cat estaba allí. Aunque no la viese, podía sentir su presencia. No dudé ni un segundo en volar hacia la trampilla y, casi sin aliento, la asalté por la espalda. Me estaba esperando y, aun así se sobresaltó y emitió un pequeño chillido que casi lo echa todo a perder.

No dijo nada. Solo se limitó a sonreír. Cuando mis ojos se perdieron en su mirada infinita, Cat se ruborizó y agachó la cabeza. Estaba envuelta en la manta de cuadros que tantas noches había arropado nuestros cuerpos. Me senté junto a ella y, con toda la delicadeza que mis nervios me permitieron, tiré de una esquina de la manta con la intención de abrirme paso hasta la portadora de los ojos más bonitos que había visto en mi vida. Ella no rechazó mi gesto, y eso me envalentonó un poquito más. Levanté la manta con una mano para colarme en su interior, mientras que, con el otro brazo, rodeé su cintura. Así, sin permiso, pero guiado por un impulso que me lanzaba directamente a la hoguera, la apreté contra mi pecho y, mientras le retiraba los auriculares con cuidado, acerqué mis labios a su rostro y posé un suave beso en su mejilla. Cat se giró y me miró con miedo. Una punzada me atravesó el pecho. No quería que me tuviese miedo.

—Cat.

Tomé sus manos y las froté con intensidad mientras buscaba las palabras que pudiesen explicar todo lo que le quería decir.

—Kyl. Esto… no sé. Yo… Esto no está bien.

—Ya lo sé. Lo sé desde el primer día que te vi. Nunca te he visto como una hermana. Y te aseguro que nunca lo haré.

—Ni yo a ti.

—Joder, es que eres mi otra mitad, Cat. No sé cómo explicarlo. Nunca he sentido algo así por nadie. Nunca.

—Yo tampoco.

Dibujé una débil sonrisa, pero entonces fui yo el que se murió de miedo, porque Cat aún no conocía el amor, no tenía experiencia. Y, quizás, sus sentimientos hacia mí solo fueran fruto de sus ganas de vivir ese primer amor que tanto respeto nos da y en el que tantas expectativas tenemos puestas. Pero yo no quería ser un experimento, ni un trámite para sellar su paso de la infancia a la adolescencia. Yo quería ser su todo, su centro. Como yo la veía a ella.

Esos sombríos pensamientos hicieron que mi valentía se volviera diminuta y, como si un telón invisible se hubiera interpuesto entre nosotros, solté sus manos y me separé de ella.

Cat me miró confundida. Yo dudaba y luchaba cuerpo a cuerpo contra mis propias contradicciones. Y ella esperaba. Aguardaba mi reacción.

Hasta que se cansó de esperar y pronunció las palabras más jodidamente bonitas que me habían dicho en la vida.

—Mira, Kyl, yo no sé lo que es el amor. No sé si esto lo es, porque duele, y en mi imaginación nunca habría pensado que el amor podría lastimar. Pero si tiene que doler, quiero que sea contigo, Kyl. Con nadie más.

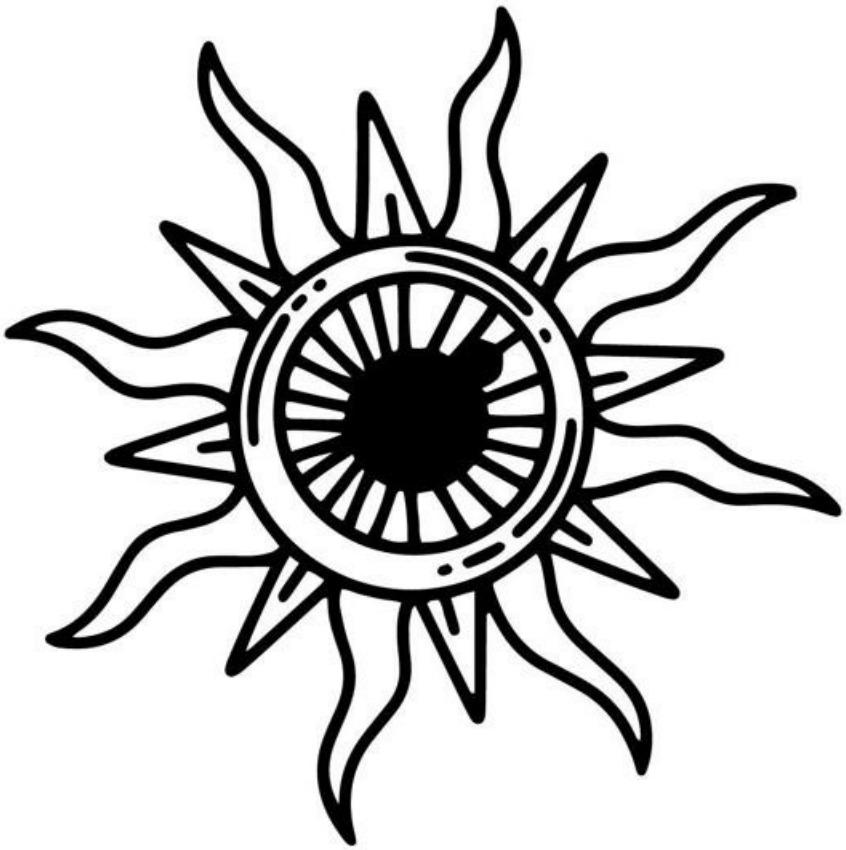
Una sacudida de adrenalina me recorrió de los pies a la cabeza. Extendí de nuevo los brazos y estreché a Cat entre ellos mientras acariciaba su pelo con suavidad.

Busqué a la luna en la oscuridad de la noche, pero no la encontré, porque la luna era yo y estaba meciendo a mi sol.

Nos besamos.

Mucho.

Esta vez tomé su rostro entre mis manos y la besé con el aplomo que experimenta el soldado que se lanza al vacío en busca de la victoria. Cat abrió sus labios ofreciéndome su mundo entero y dejándome capitanear sus movimientos, pero pronto aprendió, y juntos descubrimos, esa noche, el placer de comerse a besos cuando el amor es sincero y jodidamente poderoso.



10
Cat

Aquella tarde del mes de mayo podría haber sido una tarde normal. Un martes como otro cualquiera. Clases, extraescolares, deberes… Quizás, con un poco de suerte, podría escaparme al desván por la noche y seguir inventando junto a Kylian un mundo extraordinario, en que estábamos él y yo, alejados de las ataduras que nos anclaban a una realidad demasiado cruel para dos almas soñadoras como las nuestras.

No todas las noches podíamos encontrarnos. Él tenía que seguir con su vida de chico joven descubriendo el mundo, con sus salidas nocturnas con mi hermano y con sus amigos. Y vete tú a saber con quién más. Y yo seguía inmersa en mi papel de niña inocente, solitaria e introvertida.

Éramos buenos actores. Se nos daba bien. Al menos, eso creíamos.

Tras despedirme de algunas compañeras que aún quedaban en la biblioteca del instituto, recogí mis cosas, las cargué en mi mochila y salí del centro rumbo a un edificio contiguo en el que comenzaría mi clase de música pocos minutos después. Sí, casi todas las tardes estaba apuntada a una extraescolar diferente. Cosas de mi padre. Eso sí, él nunca me dejó inscribirme en la clase de dibujo porque, según él, para perder el tiempo y gastarse su sueldo en pinturillas ya estaba Sophie.

Cuando estaba a escasa distancia de mi destino, una silueta, que apareció de la nada, se plantó delante de mí y me dio un susto de muerte.

—¡Kylian! ¿Qué haces aquí? ¿No tienes entrenamiento?

Él se rio y se pasó la mano por el pelo. Dios, ese gesto que tanto solía hacer me volvía loca. Y eso, unido a la genuina sonrisa que me ofrecía, me hizo sentir un escalofrío por todo el cuerpo.

—Sí, tengo entrenamiento. Es el entrenamiento el que no me tiene a mí.

No pude evitar echarme a reír. Me encantaba el sentido del humor de Kyl, su tono despreocupado y su optimismo.

—¿Te lo has saltado? Pero…

—Pues sí —me interrumpió—. Y espero que tú hagas lo mismo. Si no, a ver qué hago yo ahora aquí solito. Como un perro abandonado —me dijo con voz lastimera.

Me quedé pensativa unos segundos.

—No sé, Kyl. Si se entera mi padre, me mata.

Él puso los ojos en blanco y lanzó un profundo suspiro.

—Cat, por Dios, creo que te tendría que preocupar más que se enterase de otras cosas que haces.

El muy capullo me guiñó un ojo e hizo una mueca con los labios como si estuviese tirándome un beso. Sin pensármelo dos veces, le estampé la carpeta que portaba en mis manos en toda la cabeza.

—Joder, eso ha dolido. Vas a tener que darme muchos mimos para compensarlo.

Me tapé la cara con la misma carpeta que acababa de golpear a Kylian y me puse a andar, sin rumbo, como pollo sin cabeza.

—¿Dónde vas? —preguntó él, confundido.

Lo encaré y me encogí de hombros.

—No sé. Tú sabrás.

Kylian me alcanzó, con una sonrisa triunfal, y comenzamos a caminar a paso ligero. Yo no sabía dónde íbamos, pero me dejé llevar, como siempre hacía cuando estaba con él.

Un buen rato después, nos encontrábamos sentados sobre una roca, en el parque que se extendía a lo largo de la ribera del río. Habíamos caminado bastante para alejarnos de las zonas más concurridas y nos habíamos asegurado de que no había nadie por los alrededores.

Contemplábamos la corriente de agua, que descendía con furia desde las cumbres de las montañas que nos rodeaban, absortos en nuestros pensamientos. De repente, Kylian se había quedado sin palabras. No me importaba. Me gustaban sus silencios tanto como sus bromas absurdas. Me gustaba su mirada cuando sus ojos centelleaban al besarme, y también esa sonrisa que me taladraba el alma.

Dios. Estaba loca por él.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, extrañada por su mutismo.

Él se volvió hacia mí. Serio, pero con un brillo en los ojos que me tranquilizaba bastante. Si no hubiese sido por ello, me hubiese asustado. Nunca lo había visto así.

—¿Sabes por qué te he traído aquí, ojos de gato?

Yo contuve la respiración. ¿Quería acostarse conmigo? ¿Aquí? La idea pasó fugaz por mi mente y me hizo estremecer. Creo que perdí el color de mi rostro porque Kylian enseguida se dio cuenta.

—¡Joder, Cat! No seas malpensada.

Agaché la cabeza y clavé mis ojos en el suelo. Kylian tomó mi mentón con su mano y, atravesando mis entrañas con sus pupilas añadió:

—Quería ver esos ojos de gato bajo la luz del sol. Me encanta verlos bajo el brillo de la luna. Me chifla. Pero quería verte de verdad, Cat. Como tú eres. Formar parte de tu vida, de tu normalidad. Aunque solo sea por un día.

—Kyl, yo…

Kylian se comió mis palabras con un beso suave y lento, pero a la vez tan profundo que me arrebató el alma.

Se levantó y me hizo un gesto con la mano para que me quedase allí sentada. Me costó reprimirme y no salir corriendo tras él para lanzarme a sus brazos. Pero le hice caso.

Unos minutos después, sentí un torso cálido que se pegaba a mi espalda y unas manos que me tapaban los ojos desde atrás. Me volteé y me topé con su embriagadora sonrisa y con un manojo de flores silvestres plantado frente a mi rostro. El corazón daba saltos dentro de mi pecho. ¡Qué digo! Hacía la voltereta con doble tirabuzón. Poco faltó para que se me saliese por la garganta.

—Ya sé que no es gran cosa, pero tómatelo como algo simbólico.

—Es precioso, Kyl.

Extendí la mano para agarrar el ramo que Kylian había preparado con tanto cariño. Era tan bonito.

—Cat, no sé cómo decirte esto. No quiero sonar cursi. No va conmigo.

El miedo ensombreció mi mirada por unos segundos.

—Te quiero, joder.

Blanco. Azul. Amarillo. No sabría decir por cuántos colores pasaron mis mejillas.

—¿Te quiero, joder?

Me eché a reír, fruto de los nervios, la felicidad. Yo qué sé. No sabía ni qué decir ni dónde meterme. Me comporté como si todo fuese una broma, sin darme cuenta de que Kylian tenía llamas en los ojos, su frente sudaba y sus manos temblaban.

—No te rías. Que llevo mucho tiempo planeando este momento, joder.

—JO-DER —pronuncié imitando su voz y emitiendo una risa floja.

Apoyé las flores en la roca y me levanté para estar a su altura. Lo miré a los ojos y le respondí sin necesidad de soltar una palabra. Contra todo pronóstico, no nos besamos como locos, ni nos dejamos arrastrar por la pasión. Nos estrechamos con tanta fuerza que me dolieron las costillas, pero no me importó, porque quise vivir en ese momento toda la vida. Que se parase el mundo en ese preciso instante.

Eso no sucedió.

Tuvimos que volver a casa. A aquella casa que compartíamos como si fuésemos hermanos a ojos del resto de la humanidad. Aquel hogar que nos unió, pero que se había convertido en una cárcel que nos robaba un poquito de vida cada día. El tiempo corría y nosotros estábamos estancados.

Alguna mentira nos inventamos cuando entramos en la cocina, azorados y aún presos de la explosión de feromonas que habíamos experimentado. Encontramos a Sophie preparando la cena. Cuando nos vio aparecer, lo primero que hizo fue dirigir su mirada hacia el ramo de flores que portaba en mi mano. Elevó una ceja y nos examinó en silencio. Antes de que abriese la boca, improvisé una de mis mentiras. Me estaba convirtiendo en toda una especialista.

—Hemos hecho una pequeña salida en clase de Biología. Estamos con el tema de la botánica y todo eso. Al venir me he encontrado con Kylian.

Sophie sonrió y escrutó a su hijo con la mirada, pero Kylian se fue escabullendo a mi espalda hasta que desapareció tras el marco de la puerta.

—Dame, cariño, las pondremos en agua. Aunque sean flores silvestres también necesitan que las mimen.

—Síií… —titubeé yo.

—Todos lo necesitamos. Bueno, tú todavía eres una niña. Ya lo entenderás cuando seas más

mayor. No tengas prisa, mi vida.

Tocada y hundida.

No pegué ojo en toda la noche. Tampoco le conté a Kyl lo que me había dicho su madre. Con seguridad, habían sido palabras vacías. Una tontería.

O no.



11
Kylian

Cat me miraba embelesada mientras yo me afanaba en arreglar la maltrecha escalera que hasta esa noche nos había servido de lanzadera hacia el mismísimo firmamento. «Hasta rozar las estrellas», bromeábamos siempre rememorando los intensos momentos que habíamos compartido sobre aquellas destartaladas tejas.

Cat yacía recostada de medio lado sobre nuestra manta, con el brazo flexionado y la cabeza apoyada sobre la palma de su mano. La sonrisa no se borraba de su cara, a pesar del momento que acabábamos de protagonizar. La vieja escalera había fallado en el preciso instante en el que Cat posaba sus pies en ella y el golpe al caer había sido tan estrepitoso que estaba seguro de que nos había faltado muy poco para ser descubiertos.

Por ese motivo, yo no estaba de tan buen humor. No me lo había tomado a risa, sino, más bien, todo lo contrario. A veces Cat me crispaba con su extremada inocencia. Me preguntaba si se habría parado a pensar en las consecuencias.

Su padre. Su padre la mataría, y a mí… Mejor no pensar lo que podría llegar a hacerme. Y mi madre. Hostias. Mi madre. Mi madre se moriría de pena. La partiríamos por la mitad.

—¿Te queda mucho? —me preguntó con su eterna sonrisa de niña buena.

Yo la miré de refilón y suspiré.

—Joder, Cat. No sé. Aquí no tengo medios para arreglar esto. Al menos, hoy.

—Hoy hay luna llena. —Cat chasqueó la lengua.

—Lo sé. Pero ya te dije anoche que esta escalera estaba en las últimas. No tenías que haberte subido. La madera está podrida.

Ella se incorporó y clavó sus ojos en el suelo al tiempo que se sentaba sobre la manta con las piernas cruzadas. Su preciosa sonrisa se evaporó y yo sentí un desasosiego que asoló mi corazón. Qué imbécil era. A veces, me perdía la boca. Y esa noche me gané el galardón al Mayor Gilipollas del pueblo. Qué digo. De todo el estado, si me apuras.

En vez de contar hasta diez y tragarme mi mal humor, continué con mi perorata:

—¿Es que no te das cuenta de que nos podían haber pillado? Da gracias a que tu padre y mi madre tengan un sueño profundo que, si no, te aseguro que nuestras cabezas estarían ya colgadas en la plaza del pueblo.

Cat se hizo un ovillo y hundió la cabeza entre sus piernas. Yo me quedé clavado, mirándola, arrepentido por mis palabras. Mejor dicho, por el tono que había empleado. Cat era muy sensible. Demasiado para este mundo. Y yo lo sabía. Sin embargo, le había hablado como un capullo. Pero es que tenía miedo. Estaba acojonado, joder. No quería perderla por un absurdo incidente con la escalera putrefacta de los cojones, después de todo el cuidado que habíamos tenido hasta entonces.

Apoyé la escalera sobre la pared y dirigí mis pasos hacia mi Cat. Mi niña. Me puse de cuclillas frente a ella, a la espera de que elevase la vista, de algún gesto. Pero ella permanecía inmóvil. Solo se escuchaba su llanto débil y su respiración agitada. Suspiré hondo y me maldije por haber sido tan brusco.

—Cat —susurré mientras le acariciaba el pelo.

Ella seguía sin moverse, pero sentía el vaivén de su cuerpo en cada bocanada de aire que inhalaba. Tragué saliva y deslicé mi dedo pulgar hacia su frente con deliberada lentitud. Hice un sutil movimiento hacia arriba y conseguí que levantara un poco la cabeza. Lo justo para introducir un poco más mi dedo en el hueco que quedaba entre su cara y la parte interna de su antebrazo. Acaricié su mejilla con mi pulgar, haciéndolo resbalar por su piel humedecida por las lágrimas.

Me dolía el alma solo de pensar que estaba llorando por mi culpa. Quería morirme allí mismo.

—Cat, perdóname. No quería hablarte mal.

Ella se encogió de hombros. Bueno, algo era algo. Mejor eso que nada.

—Joder, Cat. Lo que pasa es que estoy cagado de miedo.

Esas palabras hicieron que ella levantase la cabeza de inmediato. Por fin. Sus inmensos y felinos ojos volaron hasta los míos y un baño de tristeza me empapó hasta las entrañas. Nunca la había visto así.

Con la voz temblorosa, dijo:

—Lo siento. Yo no quería hacerlo.

Me dejé caer a su lado y pasé mi brazo por encima de sus hombros para apoyar su cabeza sobre mi pecho. Chasqueé la lengua. Estaba rabioso y dolido. No era justo. Nada era justo para nosotros.

—Cat, no es culpa tuya. Es solo que, a veces, parece que no te das cuenta de lo que estamos haciendo.

Ella calló a la espera de que yo prosiguiese.

—Esto no está bien. Ya lo sabes.

En ese momento sí que reaccionó. Elevó la cabeza y me miró con el ceño fruncido.

—Pero nosotros no hacemos daño a nadie. Si nos hubiésemos conocido fuera de esta casa

todo habría sido diferente.

—Pero no solo es eso. También es la edad. Tienes catorce años. Y yo acabo de cumplir dieciocho. Sabes lo que significa eso, ¿no?

Cat dejó escapar un hilo de aire de sus labios y permaneció unos segundos en silencio, pensativa. Después, se volvió hacia mí.

—¿Es eso, Kyl? ¿Tú me ves como una niña?

No pude evitar soltar una carcajada y, tras pasear mis ojos desde su nuca hasta sus piernas, contesté:

—Por Dios, Cat. Por supuesto que no. Te aseguro que he conocido chicas de mi edad con la mitad de cerebro que tú.

Me miró con una frialdad que no había conocido en ella hasta ese día.

—Igual sería mejor que volvieses con esas chicas. No tendrías que esconderte. No te avergonzarías de ellas.

—¡Yo no me avergüenzo de ti! ¿Cómo puedes siquiera pensarlo?

—Tú mismo lo acabas de decir. Tengo catorce años. Soy una niña comparada contigo o con tus amigas. —Cat contuvo la respiración un segundo y la soltó acompañada de unas palabras que me taladraron—: Además, ahora mismo estás cometiendo un delito.

Me levanté como un resorte y le tendí la mano para que me imitase. Ella me miró sorprendida.

—Se acabó. Estoy harto de esconderme. A la mierda con todos. Vamos. Nos vendrá bien un poco de aire.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco?

Yo ignoré sus palabras y la conduje hasta la puerta del desván. Comprobé que la casa estaba a oscuras y que no había nadie levantado y comencé a descender las escaleras con sigilo seguido de Cat.

Llegamos a la planta baja y, tras abrir la puerta con sumo cuidado, cedí el paso a Cat y ambos salimos al porche de la vivienda.

Cat llevaba el pijama, pero se trataba de un conjunto bastante discreto que consistía en unas mallas grises y una camiseta amplia con un muñeco estampado. Yo iba vestido con ropa de calle porque se suponía que aún estaba con mis amigos por ahí. Aunque, en realidad, les había puesto una excusa —un agudo e inesperado dolor de cabeza— y había quedado con Cat en encontrarnos en el desván cuando nuestros padres se hubieran acostado. En teoría, Ben se había quedado en casa de Lionel, un chico del pueblo que había organizado en su casa la fiesta del siglo, por lo que no lo esperaba hasta la mañana siguiente.

—¿Tienes frío? —le pregunté al ver que se abrazaba a sí misma con fuerza.

—Un poco.

Me quité la sudadera y se la cedí. Ella se la puso en un abrir y cerrar de ojos y sus dientes dejaron de castañetear.

Comencé a andar, agarrando a mi chica de la mano. Ella se quedó petrificada en un primer momento, pero después sonrió y me apretó la mía con decisión.

—¿No querías ver la luna?

Cat abrió los ojos como platos.

—Kyl, estamos en la calle. Definitivamente, te has vuelto loco.

Atravesamos el pequeño jardín y llegamos hasta la carretera.

—¿Derecha o izquierda? Elige.

—Donde no haya gente —musitó.

Me pasé la mano por el pelo. Me las estaba dando de atrevido, pero, en el fondo, estaba nervioso y muerto de miedo.

Quería saber lo que se sentía al pasear de la mano de tu chica, del amor de tu vida.

El corazón pugnaba por estallar en mi pecho, la garganta se me secó. Un coche se acercó desde el fondo de la calle y, en un acto reflejo, solté la mano de Cat y me separé de ella todo lo que el estrecho arcén me permitió.

—Igual es mejor que volvamos a casa, Kyl. —Me miró asustada.

—No me da la gana —respondí alzando la barbilla, orgulloso.

Tomé su mano de nuevo y comenzamos a andar hasta un frondoso bosque que nacía muy cerca de donde vivíamos. Nos adentramos en él y seguimos caminando, hasta que alcanzamos un pequeño claro iluminado por la luz de la luna llena que se colaba entre las ramas de los árboles. Nos sentamos allí, ambos con el corazón acelerado y la adrenalina saltándose los límites de la normalidad.

—Ahí la tienes —sostuve, señalando la esférica luna que gobernaba la túnica negra que flotaba sobre nuestras cabezas.

Cat suspiró y contempló el cielo con una inmensa sonrisa dibujada en sus labios. Después, apartó la vista y la dirigió hacia mí.

—Gracias, Kylian.

—No hay de qué, ojos de gato.

Tragué saliva con dificultad ante la preciosa imagen que me estaba regalando esa noche de locos. Pensé que no la olvidaría jamás (y no me equivoqué).

—Entonces, ¿me vas a cambiar por una de esas chicas de tu edad? —preguntó Cat con una sonrisa mimosa. Yo la rodeé con mis brazos y la senté sobre mis piernas.

—No estoy tan loco.

Acorté la distancia entre su rostro y el mío y probé el sabor salado que las lágrimas habían dejado en sus labios. Eran deliciosos, aunque preferiría mil veces no haber sido el culpable de su llanto. Nos besamos durante un buen rato, abstraídos por completo del mundo exterior. Acaricié sus hombros, sus brazos, me acerqué a sus pechos y estuve tentado de continuar, pero temía que ella me rechazara. Aunque lo hubiese entendido a la perfección. Me moría por acariciarla, por probar el sabor de su piel. Pero la respetaba y si tenía que esperar, lo haría.

No sé qué rondaría por su mente, ni qué la llevó a introducir sus manos por debajo de mi camiseta, en un gesto que me dejó descolocado y excitado a partes iguales.

Bufff, no sabía lo que estaba provocando en mí. Un volcán había entrado en erupción.

—Cat… —balbuceé con la respiración agitada.

Ella amplió aún más el alcance de sus caricias, elevando y descendiendo las palmas de sus manos sobre mi piel. Un volcán no, la tercera guerra mundial había estallado en mi cuerpo, en especial, dentro de mi pantalón.

—Caaat, para —la frené con delicadeza.

Ella se apartó con brusquedad y se cruzó de brazos en un acto reflejo. Me miró con los ojos desbordados de pudor. Yo sostuve su mirada, sin poder reprimir una sonrisa traviesa.

—Si seguimos así, no sé si voy a ser dueño de mis actos.

Ella me apartó la mirada, avergonzada.

—Pensaba que te gustaría.

Una risa nerviosa salió de mi garganta.

—¡Dios! Me gusta demasiado. Ese es el problema.

—Pero… seguro que a las otras chicas sí que las dejas.

Elevé su mentón y sostuve su rostro entre mis manos.

—Pero tú no eres como las otras chicas, Cat. Nunca lo has sido y nunca lo serás. Contigo quiero que sea distinto. Todo. No solo esto.

—Pues a veces me gustaría ser simplemente una más.

—No sabes lo que dices. Aunque te lo propusieras, nunca serías como ellas. Al menos, para mí. Recuérdalo siempre.

Envolví a mi chica entre mis brazos y me dejé contagiar del calor que emanaba su cuerpo. Yo iba en manga corta y me estaba quedando helado. Froté su espalda con ímpetu y dejé que acomodara su mejilla en mi hombro.

Ella se dio cuenta de que mi cuerpo estaba empezando a temblar.

—Estás helado, Kyl. Toma la sudadera. No quiero que enfermes por mi culpa.

Cat hizo el amago de desprenderse de esta y yo la interrumpí tirando de la tela hacia abajo.

—Yo tampoco quiero que pilles una pulmonía.

Nos mantuvimos la mirada durante unos segundos y comprendimos que había llegado el momento de regresar a casa. Ya habíamos jugado demasiado con fuego y, por mucho frío que tuviéramos, ninguno de los dos quería arder en la hoguera.

Sin necesidad de mediar palabra, nos levantamos y emprendimos el trayecto de vuelta a nuestra casa agarrados de la mano. Atravesamos el pequeño bosque y llegamos a la carretera que daba a nuestro domicilio. Estaba desierta y solo se escuchaba el sonido de los grillos.

Unos cinco minutos después, cuando nos quedaban apenas unos pasos para llegar a nuestro destino, el ruido de un motor aproximándose a toda velocidad nos sobresaltó e hizo que nos miráramos con auténtico pavor.

Obligué a Cat a agacharse, con un gesto más brusco de lo que hubiese deseado. La empujé por los hombros hacia abajo hasta que quedó de cuclillas junto a mí. Por suerte, el vehículo que estaba aparcado junto a nosotros la tapaba. Solo quedaba a la vista la parte superior de mi cuerpo.

El coche iba tan rápido que en pocos segundos se había colocado en el lugar donde nos habíamos detenido. Frenó en seco, a escasa distancia, y observé cómo se bajaba la ventanilla del copiloto.

El mundo se derrumbó a mis pies cuando reconocí a Ben, que me miraba con cara divertida y, a su vez, llena de asombro.

—Vaya, Kylian, qué sorpresa verte por aquí.

Ben estiró el cuello apuntando con sus ojos al lugar donde se encontraba Cat agazapada.

—Hola, Ben —titubeé nervioso perdido—. Creía que estabas en la fiesta.

—Ya, claro. Yo también creía que te dolía la cabeza. Pero ya veo que estás como un roble.

Mi corazón dio un vuelco. Cat, aún de cuclillas frente a mí, perdió el equilibrio por un segundo e hizo ademán de caerse. Yo, empujado por un acto reflejo, lancé mis manos a su cabeza para sujetarla a la altura de mis muslos.

Ben, desde el interior del coche, me miraba con el ceño fruncido y trataba de alargar al máximo su cuello, sin ningún tipo de disimulo, para ampliar su campo de visión.

Creo que me olvidé hasta de respirar por unos segundos. No quería ni pensar lo que estaría sufriendo Cat ahí abajo.

Tras un momento de tensión en el que el tiempo pareció congelarse, Ben, finalmente, soltó:

—Pues nada, hermanito. Te dejo que sigas disfrutando de tu momento. ¡Ah! Y dale recuerdos a la chica que tienes entre las piernas. Ya me la presentarás otro día, que no quiero interrumpir el momento.

Me guiñó un ojo y se relamió los labios antes de pedirle al conductor que arrancase el vehículo. Ese gesto suyo me revolvió el estómago y me hizo sentir culpable a partes iguales. Dios santo. Si Ben supiera de quién era la cabecita que asomaba entre mis piernas, me mataría.

Tras un chirrido estridente de las ruedas sobre el asfalto, el coche emprendió de nuevo la marcha y desapareció a lo lejos. Por fin, solté el aire que se había quedado atrapado en los pulmones y ayudé a Cat a ponerse en pie. Estaba sofocada y su rostro brillaba humedecido por el sudor.

Nos miramos aliviados y emitimos un suspiro casi al unísono. Yo chasqueé la lengua y solté:

—Me parece que mi idea de actuar como una pareja normal no ha tenido demasiado éxito.

—Me temo que no.

—Menos mal que te tapaba el coche.

—Lo que no entiendo —me lanzó una mirada ingenua— es qué se habrá pensado mi hermano que estabas haciendo. De haber visto algo, solo habría sido la cabeza.

Me reí, nervioso, y me pasé la mano por el pelo. «Dios, qué inocente era Cat todavía».

—Suficiente. Te lo aseguro. Me puedo imaginar, sin temor a equivocarme, lo que estaba pensando.

Sin duda yo habría pensado lo mismo. Un tío, de pie, apoyado en un coche y una chica arrodillada frente a él…

Joder.

—Pues no lo entiendo —añadió Cat encogiéndose de hombros.

—Ni falta que hace, ojos de gato. Vamos, anda.

Le revolví el pelo con mi mano en un gesto cariñoso y recorrimos en silencio el camino a casa.

Aquella noche me la jugué bien. Podría haber sido una auténtica catástrofe. Me perdió la impaciencia y el deseo de poder compartir con Cat una velada normal. Como cualquier otra pareja.

Sin embargo, nosotros nunca lo seríamos, y ese fue solo un aviso de lo que estaba por venir.



12
Kylian

—Como amigos.

Lucy finalizó su exposición con esas dos palabras que me dejaron pensativo y descolocado. Su plan podría parecer descabellado, pero, pensándolo bien, quizás fuese beneficioso para los dos.

Aquella tarde de junio, a pocos días para que finalizara el curso, Lucy me propuso quedar con ella a la salida de clase. No puedo negar que, en un primer momento, su invitación me sorprendió, pues ella y yo apenas nos hablábamos desde hacía semanas. Sin embargo, pronto resolvería mis dudas. Después de las clases, nos encontramos en uno de los bancos del exterior del instituto, como habíamos acordado, y la animadora no se demoró en contarme su plan.

Me confesó que tenía una relación a escondidas con el entrenador del equipo de baloncesto, un tío casi diez años mayor que ella, y que planeaba acostarse con él la noche de la graduación.

—Ya sé que suena a chiste, Kyl. Pero Tom jamás ha intentado ir más allá. ¡Como si yo fuese una niña! Y estoy cansada de esperar. Quiero demostrarle que soy una mujer y que puedo darle mucho más de lo que él cree.

Yo sonreí con picardía. Era cierto. Estaba convencido de que el entrenador se sorprendería de las habilidades de Lucy en el terreno sexual.

—¿Estás segura de lo que haces? Sabes que ese tipo de relación está fuera de las normas del instituto.

—¡Qué más da! Si solo quedan unos días para que termine el curso. Además, poco me importan a mí las normas. Ya lo sabes. —Lucy hizo una pausa para coger aliento y prosiguió—: Mi idea es quedar con él la noche de la graduación y llevarlo a un pequeño hotel de las afueras.

—¡Vaya! —exclamé y elevé ambas cejas—. Suena bien, pero yo pensaba que Ben te iba a pedir que fueses con él al baile.

—Ese es el problema. Tengo mis sospechas, lleva días lanzándome indirectas —me confirmó mientras me agarraba del brazo, en plan confidente— y he pensado que, como estoy convencida de que tú también tienes a alguien *especial* por ahí que, por el motivo que sea, no te interesa que salga a la luz —subió y bajó las cejas varias veces—, pues podíamos compincharnos y hacer como que vamos juntos a la fiesta. Tú y yo. Así haríamos un poco el paripé y luego cada uno nos podríamos escapar con quien realmente queremos pasar esa noche.

La proposición de Lucy me dejó descolocado. Sin embargo, no me pareció un plan tan descabellado tras sopesar sus palabras y meditar durante unos segundos los pros y los contras.

Desde luego, sería una buena tapadera para los dos y, de ese modo, ninguno tendríamos que pasar la noche con una persona con la que no lo deseáramos. Yo también sospechaba, gracias a la indiscreción de Ben, que era posible que hubiese alguna candidata con intenciones de invitarme a la fiesta de graduación y por eso, en aquel momento, la idea de Lucy me pareció una buena opción para evitarlo. Aunque suene absurdo, no estaba bien visto acudir esa noche a la fiesta sin acompañante. Aún peor, todas las parejas esperaban terminar la velada en la cama. Y yo, lo único que anhelaba era que la noche de mi graduación se convirtiera en una de las más especiales de mi vida. Y lo quería con ella. Con Cat. Con nadie más.

El problema era Ben. Yo sabía, por su propia boca, que él estaba embobado con Lucy y estaba esperando el momento oportuno para invitarla a la fiesta. Eso fue lo único que me hizo dudar unos segundos, pero, sintiéndolo por él, la balanza se inclinó hacia su hermana y hacia las ganas que teníamos los dos de culminar el amor que nos arrastraba hacia el abismo más profundo.

Eran muchas las veces que habíamos estado a punto de llegar hasta el final, pero siempre era yo el que me echaba atrás porque quería que la primera vez de Cat fuese especial; algo que no olvidara jamás, pasase lo que pasase entre nosotros. También tenía miedo de no estar a la altura, de ser insuficiente para ella —porque una cosa era lo que yo había hecho con otras chicas en mis noches de borrachera, y otra cosa era hacer el amor—. Y, por supuesto, también sentía un terror atroz a que nos descubrieran y a las consecuencias que eso pudiera acarrear.

El plan de Lucy sonaba perfecto. Esa noche Murray y mi madre tenían una celebración paralela a nuestra graduación con los demás padres. El evento sería en un pueblo cercano y eso nos permitiría disfrutar de la casa vacía durante unas horas, siempre y cuando consiguiera tener a Ben entretenido y evitar que viniera a casa.

Acepté la propuesta de la animadora y ambos sellamos un pacto de silencio en el que no soltaríamos prenda y fingiríamos ser una pareja normal festejando la graduación junto a sus compañeros.

A partir de ese día, mi cabeza volaba y mis pies flotaban sobre el suelo al soñar con esa noche e imaginar las mil y una maneras en que deseaba hacer que Cat sintiese mi piel, mis manos y todo mi cuerpo entregado a ella. Quería que su primera vez no fuese vulgar, ni precipitada. Quería planearlo todo y que fuese una velada perfecta. Inolvidable.

Lo menos me seducía de toda esa situación era hacer creer a Cat que iba a acudir a la fiesta con Lucy. Era una idea demencial, pero a mí, en ese momento y con la ilusión ciega de un enamorado, me pareció la mejor idea del mundo ocultarle a Cat mis intenciones reales para darle

una sorpresa. Quería ver la cara que ponía cuando le confesase mi plan. Esperaría hasta el último momento para decírselo.

También temía el momento en el que Ben se enterara de que Lucy iba a ser mi pareja de baile.

Y no me equivoqué.

Dos semanas antes del evento fue Ben quien sacó el tema que yo llevaba días evitando: la fiesta de graduación.

—¿Con quién vas a ir a la fiesta, capullo? Te lo tienes muy calladito.

Mi boca se secó de repente y supe que había llegado el momento. Ben fijó su mirada interrogante en mi rostro lívido y me lanzó una sonrisa cómplice a la vez que elevaba las cejas. Ante mi mutismo, me dio una palmada en el hombro y añadió:

—Yo se lo voy a pedir esta noche a Lucy.

Sus palabras me cortaron la respiración y supe que había llegado el momento de enfrentarme a lo inevitable. Le hice un gesto para que se sentase en uno de los asientos de las gradas del campo de fútbol. Solíamos acercarnos allí muchas tardes para fumar, reunirnos con algunos chicos y, ya de paso, alegrarnos la vista con el equipo de animadoras (aunque a mí hacía ya tiempo que no me llamaban en absoluto la atención).

—Ben, verás —musité—. Esto… yo…

Ben frunció el ceño y su rostro se ensombreció en cuestión de milésimas de segundo. Estoy seguro de que el hermano de Cat intuyó enseguida lo que le iba a decir, porque la mirada de odio que me lanzó me cayó a bocajarro antes siquiera de abrir la boca.

Se levantó indeciso, sin saber muy bien hacia dónde tirar. Yo me incorporé y me planté frente a él tratando de aparentar decisión, aunque por dentro estaba como un flan.

—Lucy y yo iremos juntos al baile.

Los ojos de Ben se me clavaron como dos estacas y observé cómo apretaba los puños y se mordía los labios con vehemencia. Di un paso atrás ante el temor de que me propinara un puñetazo, pero eso no sucedió, supongo que no por ganas, sino porque había demasiada gente a nuestro alrededor.

—¿Siempre tienes que quedar por encima? Te crees más que los demás, ¿verdad, Kylian? —La vena yugular de Ben estaba inflamada, como si estuviera a punto de reventar, y su boca escupía palabras llenas de rabia y de rencor—. Eres un miserable egoísta que solo miras por tu culo.

—Ben, yo… —Agarré su brazo, pero él se deshizo de inmediato de mi sujeción sacudiéndolo con fuerza.

—¡Cállate! —Me miró encolerizado—. No quiero que me vuelvas a dirigir la palabra en tu vida. Te odio, Kylian.

Ben me dio la espalda y abandonó el lugar a pasos agigantados dejándome allí plantado, con una amarga sensación de vacío y de culpa que me impedía moverme.

Esa noche no subimos al desván. Nos quedamos los tres en la habitación. Evité que Cat me mirase a los ojos porque sabía que enseguida leería mi mente con esa intuición desmesurada de la que hacía gala. Sin embargo, el ambiente en el dormitorio se podía cortar con un cuchillo, por la tensión que había entre Ben y yo, entre Ben y yo, y mi chica se percató enseguida.

Al día siguiente, Cat y yo no tuvimos ocasión de vernos a solas, por lo que ella se comunicó conmigo a través del teléfono móvil. En su correo electrónico me preguntó si nos pasaba algo a su hermano y a mí y no tuve valor para decirle la verdad. La emplacé a hablar a solas esa noche,

en el desván.

Después de cenar y de hacer como que nos acostábamos, dejé pasar un largo rato hasta asegurarme de que Ben dormía y en la casa reinaba el silencio. Salí del cuarto y subí a nuestro escondite. Estiré sobre el suelo la vieja manta que utilizábamos siempre y encendí una vela. Cat tardó más de lo habitual y yo estaba tan nervioso que me subía por las paredes.

Venía pálida. Con cara de preocupación. Me di cuenta en cuanto cruzó el umbral de la puerta.

—¿Qué te pasa?

—Mi hermano se ha levantado al servicio y ha visto que no estabas.

—Joder.

—Me ha preguntado si sabía dónde estabas.

—¿Y qué le has dicho?

—¿Qué le voy a decir! ¡Que no lo sabía!

Me rasqué la cabeza, nervioso. Solo me faltaba esto para tener a Ben aún más alterado.

—He tenido que esperar un buen rato hasta que se ha quedado dormido. He sentido miedo, Kyl. Pensaba que iba a subir en tu busca.

—Ya. Bueno, tampoco habría sido tan grave si me hubiese encontrado solo. Otra cosa sería que subiese ahora y nos descubriera juntos.

Un silencio sepulcral nos envolvió durante unos largos segundos. La tensión se palpaba en el ambiente. Fue Cat la primera que rompió el silencio.

—¿Por qué no se lo decimos? Es mi hermano. No se va a chivar.

—¡Jaaa! —solté una carcajada con más énfasis del que hubiese deseado y Cat se me quedó mirando ojiplática.

—Tu hermano me odia. Por supuesto que se chivaría.

—¡Kylian! No digas eso. Ben no te odia. ¿De dónde te has sacado eso?

—Ayer me lo dijo. —Me arrepentí al instante de pronunciar estas palabras.

Cat frunció el ceño. Estaba tan descolocada como yo cuando Ben me lo soltó.

—No me lo creo.

Las palabras de Cat me hicieron daño.

—Me ofende que digas eso. ¿No me crees? ¿En serio?

—Mi hermano no es así.

—Deberías quitarte esa venda que llevas en los ojos y que te hace verlo todo de color de rosa. Tu hermano no es ningún angelito. Hazme caso.

Cat clavó en mí sus ojos inyectados en sangre y espetó:

—¿Ah, sí? ¿Y por qué dices eso? Mi hermano te idolatra. Eres un ejemplo para él.

—Mira, Cat. No quiero que te lo tomes a mal, pero me da la sensación de que Ben me tiene envidia desde el día que me conoció. Yo no tengo la culpa de que él tenga ese sentimiento de inferioridad. Y lo de ayer fue la gota que colmó el vaso.

—¿Qué pasó ayer?

—Le conté a tu hermano que voy a ir con Lucy a la fiesta de graduación.

Ella se quedó petrificada, con la mirada perdida y dejó escapar de sus pulmones un profundo suspiro. Después, giró su cabeza hacia mí y una mirada afilada, que jamás había visto en ella, me traspasó hasta los huesos. Cat apretó los puños muy fuerte sobre sus rodillas y se impulsó hacia arriba para ponerse en pie. Yo se lo impedí sujetando sus muñecas con fuerza y tirando de ella hacia mí.

—Cat, ven aquí. No es lo que piensas.

—Ah, ¿no? ¿Y tú qué sabes lo que pienso?

—Cat, joder, yo…

—Déjalo, Kyl. Da igual. Haz lo que tengas que hacer. Sigue con tu vida de niñato. Pero no esperes que yo esté aquí para siempre.

Una apisonadora. Así sentí las duras palabras que me dedicó la que era el amor de mi vida. Parecía que, de repente, Cat había dejado de ser esa adolescente risueña que me había hecho perder la cabeza y se había convertido en una mujer de los pies a la cabeza. Una mujer que en ese momento me odiaba.

—Cat, no lo entiendes. Es todo un plan. De Lucy. Y mío. Ella y yo no tenemos nada.

Así fue cómo me vi obligado a confesarle el verdadero plan, y lo que iba a ser una sorpresa para mi chica se convirtió en una confabulación a tres bandas.

El cuerpo de Cat se relajó cuando le confesé, sin demasiados detalles, que mi intención no era otra que compartir una de las noches más importantes de mi vida con ella y hacer que ella no la olvidase jamás.

Creo que supo al instante a qué me refería. No hizo falta entrar en detalles y el fuego que brotaba de sus mejillas y su mirada ardiente me dio a entender que aceptaba la locura que le acababa de proponer.

Esa noche no alargamos demasiado la estancia en el desván. Estábamos arriesgándonos más de la cuenta y nuestros pensamientos estaban puestos en la noche de la graduación, y en todo lo que deseábamos compartir y hacernos sentir el uno al otro.



13
Kylian

La noche en la que todo terminó

Por fin había llegado la ansiada fecha. Me graduaba y, además, la noche prometía convertirse en la más especial de todas las que había vivido hasta entonces.

La madre de Lucy me recibió con una sonrisa resplandeciente impresa en su rostro. Me invitó a pasar al interior de la casa y me ofreció algo para beber. Decliné su ofrecimiento, aunque bien me habría tomado un buen lingotazo de cualquier licor que pudiese atajar esos nervios que me azoraban.

Al cabo de pocos minutos Lucy descendió las escaleras junto con su padre y ambos hicieron acto de presencia en el salón. Me quedé boquiabierto con la belleza de mi acompañante. Lucía un vestido de satén largo, de color granate, que se ajustaba a la perfección a sus pechos y a su cintura, marcando esas curvas de infarto que nos volvían locos a todos los chicos del instituto. Tragué saliva y dirigí una mirada cómplice a mi amiga que me respondió con una sonrisa ladeada y un guiño de ojo que solo yo pude apreciar.

Me acerqué a ella y le ofrecí un pequeño ramo de rosas blancas que había adquirido para la ocasión. Solo yo sabía que otro ramo, mucho más grande y con rosas de color carmín, descansaba en el desván aguardando el momento en el que Cat sería su dueña.

El día anterior me había dedicado a decorar nuestro escondite para darle a Cat una gran

sorpresa. Había comprado decenas de pequeñas velas para ambientar la que iba a ser nuestra gran noche. También había colgado del techo varias lucecitas que simulaban el cielo estrellado que tantas noches contemplábamos embobados mientras compartíamos besos y conversaciones interminables sobre el tejado. Una lamparita en forma de sol y otra en forma de luna presidían el rincón en el que había colocado nuestra manta y, sobre esta, descansaban varios cojines, rescatados del fondo del armario de mi madre. Todo estaba preparado para regalarle a mi chica una velada inolvidable llena de romanticismo.

El padre de Lucy sujetaba entre sus manos una cámara de fotos con la que nos sacó a mi radiante amiga y a mí una pila de instantáneas en las que ambos posábamos como una pareja ideal. Tras despedirnos de sus padres y atravesar la puerta de su casa emprendimos el trayecto a pie hacia el pabellón en el que tendría lugar el baile de graduación.

—Estás muy guapo, Kylian.

—Tú también, Lucy. Estás espectacular. Tu entrenador se va a quedar pasmando.

Lucy emitió una risita tímida, que no pegaba mucho con su habitual desparpajo.

—Estoy cagada de miedo.

—¿Por qué?

—Me asusta que me vea como una niña. A veces, siento que me trata como si fuera de cristal, como si me fuese a romper.

Yo me eché a reír.

—¿De cristal? Si eres una de las tías más duras que conozco.

—Bueno, Kylian. No siempre somos de la manera en la que otros nos ven. Mírate. Eres el típico guaperas que tiene coladito a medio instituto, pero que oculta un secreto que solo él y la afortunada conocen.

—Y espero que siga siendo así, Lucy —sostuve tras emitir un carraspeo.

—Yo soy una tumba. Aunque tenga mi teoría respecto a ello, jamás va a salir de mi boca una palabra.

—Te lo agradezco.

—No, gracias a ti, Kylian. Espero que esta noche sea muy especial para ambos. Que todo salga bien.

—Pondré todo de mi parte, te lo aseguro.

Cuando llegamos al recinto festivo muchas miradas de los allí presentes se clavaron en nosotros. En cierto modo, se podría decir que éramos una de las parejas estrella de la noche. Los más populares y envidiados. Si toda esa gente supiera que ambos teníamos los nervios a flor de piel y que no veíamos el momento de huir de aquel lugar y vivir lo que, de verdad, sería nuestra noche de ensueño…

Nos acercamos al reservado en el que nuestros amigos charlaban animados y bebían de manera exagerada. La mayoría estaban ya un poco entonados y algunas parejas salieron la pista de baile cuando sonó una de las canciones de música disco del momento.

Ben nos ignoró por completo. Es más, cuando hicimos acto de presencia se abalanzó sobre su acompañante, una chica de nuestra clase, y se enrolló con ella delante de todos como si tratase de demostrarnos algo.

Lucy y yo permanecimos un largo rato sentados, conversando con algunos de nuestros compañeros. No probé ni una gota de alcohol porque quería estar en plenas facultades cuando me encontrase con Cat. A eso de las once y media de la noche me escabullí con la excusa de ir al aseo y aproveché para enviar a Cat un correo electrónico desde mi móvil.

De: Kylian Joyce
Para: Catherine Peterson
Asunto: Sin asunto

Espérame a las doce en el desván, pero no entres hasta que yo llegue. Te quiero, ojos de gato.

Volví enseguida al reservado y me senté al lado de Ben, en el único sitio que quedaba libre.

—¿No me piensas hablar en toda la noche? —No pude evitar dirigirme a él. Yo no valía para estar así con nadie. No era tan rencoroso.

Ben, en un primer momento, me ignoró. Allison, su acompañante, le hizo un gesto y no le quedó más remedio que volverse hacia mí. Su mirada de hielo me penetró y una sombra de tristeza me invadió. Sin embargo, las afiladas palabras que susurró en mi oído borraron enseguida ese sentimiento de culpa que tuve por un instante y lo transformaron en rabia contenida.

—Vete con tu zorra y déjame disfrutar de la noche.

Me levanté de un impulso y agarré a Lucy de la mano para conducirla hacia la pista de baile. Ella aceptó sonriente, y su cuerpo y el mío disfrutaron al son de la música durante un par de canciones. Después, una lenta melodía envolvió el ambiente del recinto y alguien se encargó de atenuar la intensidad de las luces para dejar el espacio inmerso en la semioscuridad. Abracé a Lucy por la cintura y ella envolvió mi cuello con sus brazos. Nos miramos, compartiendo una sonrisa cargada de complicidad. Fue ella quien, tras mirar su reloj, me hizo un gesto con la cabeza señalando hacia la salida.

—Terminamos esta canción y nos vamos —anuncié a mi pareja de baile.

—Vale. No veo el momento de huir de este tugurio.

Lucy y yo nos abrazamos y nos balanceamos al ritmo de la lenta melodía, sumergidos en nuestra propia burbuja; cada uno inmerso en sus pensamientos y en las expectativas que tenía para esa noche tan señalada.

Cuando terminó la canción nos acercamos al reservado para coger nuestras chaquetas y despedirnos del resto. Todos, excepto Ben, nos jalearon con palmadas y silbidos. Nuestros amigos estaban convencidos de que Lucy y yo nos escapábamos para enrollarnos por ahí.

—¡Por fin! —exclamó Lucy dejando escapar un suspiro.

—Bueno, ¿tan mal has estado? —le respondí mientras le guiñaba un ojo.

—¡No! Al contrario. He estado muy cómoda contigo, pero *mi hombre* me espera y te juro que voy a hacer que arda la habitación del hotel. Sin ofender, ¿eh? —se me escapó una carcajada tras su comentario.

Acompañé a mi amiga hacia el aparcamiento donde un coche aguardaba con las luces encendidas. Lucy dio saltitos de alegría y se volvió hacia mí:

—Gracias, guapo. Te debo una. Suerte con tu cita. Estoy segura de que la vas a enamorar. —La animadora me plasmó un beso en la frente y se despojó de los zapatos de tacón para correr hacia el vehículo con ellos en la mano.

Emprendí la marcha hacia casa y pude notar, a cada paso que daba, como el estómago se me hacía más y más pequeño debido a los nervios. Rebusqué en mi chaqueta el teléfono móvil para comprobar si Cat me había contestado, pero me di cuenta de que no lo llevaba encima.

«Mierda».

Lo más seguro es que se me hubiera caído del bolsillo al coger la chaqueta. Resoplé y me detuve unos segundos. Tenía dos opciones: volver al recinto y buscarlo en la zona donde nos habíamos sentado, o pasar de él y esperar a que alguno de mis amigos lo encontrara y me lo

devolviera al día siguiente. Sopesé ambas opciones y me decanté por la segunda. Sería muy extraño que apareciese solo en la fiesta, sin Lucy, solo para buscar mi teléfono móvil cuando se suponía que deberíamos estar montándonoslo en cualquier descampado.

Continué mi camino de forma apresurada, como si una corriente invisible me empujara hacia mi destino. A los pocos minutos llegué a casa y, tras cerrar la puerta y comprobar que no había nadie más, ascendí los escalones que me llevaban hasta el desván.

Cuando alcancé el lugar donde la escalera llegaba a su fin, no pude contener una exclamación al encontrar a una Cat radiante sentada en el último peldaño. Lucía un vestido blanco con un escote palabra de honor que dejaba al descubierto sus hombros. El fino tejido insinuaba de forma liviana las curvas que dibujaban sus pequeños pechos. El vestido era largo, pero tenía una abertura en un lateral que dejaba a la vista una de sus piernas. Tragué saliva al imaginar mis dedos deslizándose a quemarropa por esa delicada piel. Por un instante, me pregunté de dónde habría sacado aquel vestido, pero preferí despojarme de ese pensamiento y centrarme en su espectacular belleza.

—Tengo que entrar un segundo. Espérame aquí, por favor.

—No me voy a ir a ningún sitio. —Cat soltó una risita y me regaló una de sus sonrisas más dulces.

Entré en el desván y me dediqué durante unos minutos, que se me hicieron eternos, a encender las pequeñas velas que había colocado por toda la estancia, las luces en forma de estrella y las dos lamparitas. Me hice con el ramo de flores que había escondido en una caja y, tras depositar la chaqueta en un rincón, abrí la puerta para invitar a entrar a Cat.

Ella me miró con esos ojos repletos de miedo y, a la vez, de plena confianza en mí, que me habían cautivado desde el primer día que la vi. Avanzó unos pasos y, una vez en el interior de la acogedora estancia, paseó su felina mirada por cada rincón, por cada recoveco. No articuló palabra alguna, pero el brillo de sus ojos, amplificado por el reflejo de las múltiples luces que adornaban cada resquicio de aquel lugar, me hizo saber que había logrado impresionarla. Sonreí por dentro.

Le ofrecí el ramo de flores y, con la otra mano, agarré su cintura para acercarla más a mí. Ella tomó el ramo con orgullo y se lo llevó a la cara para acoger en sus fosas nasales el fresco aroma que aún desprendían las rosas. Cerró los ojos al hacerlo y yo acuné su hermoso rostro con mis temblorosas manos.

—Te quiero, Cat. Quiero que esta noche sea especial para los dos. Quiero que te sientas cómoda, que me digas todo lo que deseas, cuáles son tus miedos, lo que esperas de mí.

Cat se ruborizó al instante y clavó sus ojos en el ramo que se interponía entre ambos. Con sumo cuidado, lo sujeté y lo deposité sobre una vieja estantería de madera que se alzaba junto a nosotros. Elevé su mentón con mi mano y clavé mis ojos en los suyos. Cat, por fin, se atrevió a mirarme.

—Lo que espero de ti es que me enseñes a amar, ya sabes —hizo una pausa para emitir un leve carraspeo—, como una mujer de verdad. De esas con las que a veces pasas las noches.

No pude contener una débil sonrisa.

—Tú ya sabes amar, ojos de gato, y eres una mujer de los pies a la cabeza. Lo otro, es solo una cuestión física. —Me rasqué la cabeza y añadí guiñándole un ojo—: Todo es practicar.

—Pues practiquemos.

Cat me miró con timidez, pero lejos de amedrentarse, pegó su cuerpo un poco más al mío y se puso de puntillas. Acercó su boca a la mía y atrapé su sonrisa ladeada con mis labios hambrientos. Su lengua se enredó con la mía en un baile sin fin mientras yo deslizaba con mis

dedos la cremallera de su vestido. Este no tardó en resbalar por su cuerpo hasta caer al suelo, dejándola en ropa interior. Me separé de ella lo necesario para contemplar su desnudez y toda la pasión que había estado conteniendo durante todo ese tiempo se desató de repente y explotó en mi interior. Besé sus mejillas, su cuello, sus pechos… Fui deslizando mi boca sobre su piel húmeda y cálida y me detuve, arrodillado, a la altura de su ombligo. No quería asustarla la primera vez, así que frené mi descenso hacia sus partes íntimas y apoyé mi cabeza sobre su vientre. Ella me acarició el cabello y, cuando elevé la mirada, me encontré con un gesto de preocupación impreso en su rostro. Dudé unos segundos y clavé en sus ojos mi mirada interrogante.

—No pares —musitó—. ¿He hecho algo mal?

—Ven aquí.

Me incorporé y la sostuve por las caderas, alzando su cuerpo, mientras ella me rodeaba con sus piernas. La llevé hasta el lugar donde nos esperaba el pequeño altar que había preparado con tanto esmero. Aflojé mi agarre para que Cat apoyase de nuevo los pies en el suelo y me senté sobre la manta, invitándola a acomodarse sobre mis piernas. Lo hizo. Sentada sobre mis muslos, con las piernas abiertas en torno a mi cintura, Cat se quedó quieta unos instantes, y suspiró hondo. Mis manos, que acariciaban cada curva que dibujaba su espalda, se detuvieron en seco.

—No sé qué tengo que hacer.

Me reí. No pude evitarlo.

—Cat, relájate. ¿Quieres parar?

Ella se encogió de hombros. La miré. Su tez había enrojecido y el sudor emanaba de su frente haciéndola brillar. Su cuerpo mostraba un ligero temblor y pronto sus dientes empezaron a castañetear. Froté su espalda con las palmas de mis manos para hacerla entrar en calor y busqué en su mirada algún signo que me dijera cómo continuar.

Y lo vi. Vi el miedo en sus ojos y no pude seguir. Con cuidado, la levanté ligeramente y me tumbé de lado. Ella se acurrucó junto a mí, hecha un ovillo, y comenzó a llorar. Me rompí por dentro. Solo podía pensar que me había propasado con ella. Que había tenido demasiada prisa. Acaricié su oscuro cabello y rodeé su cuerpo desnudo con mis brazos. Me quité la camisa y cubrí con ella su tórax.

—Perdona —masculló entre dientes haciéndome sentir aún peor.

—No, Cat. Perdóname tú. Lo siento. De veras. Esto no tenía que haber pasado.

—Kyl, yo te quiero, pero… —Sus palabras se ahogaron en un gemido que traté de detener depositando un suave beso en sus labios.

—Cat, por favor, no tienes por qué excusarte. Te quiero más que a nada en el mundo y te voy a esperar toda la vida. Como el sol y la luna, como Annigan y Malina. —El corazón explotó en mi pecho al verla sonreír.

—¿Me vas a perseguir por el cielo hasta que me rinda y caiga a tus pies?

—Ya has caído a mis pies, ojos de gato, pero a veces te siento tan inalcanzable que me aterra. Me da miedo perderte. Que crezcas y me veas como un entretenimiento con el que te convertiste en mujer. Yo también tengo mis fantasmas.

—Kylian, tú eres la luna que me ilumina cada noche. Nunca me voy a separar de ti, pero, si lo hiciese, fuera por lo que fuera, no quiero que dejes de brillar nunca. Incluso, aunque estuviésemos separados, te juro que no me cansaría de contemplar el cielo estrellado y de buscar tu luz en la oscuridad.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos, pero antes de que pudiese responder a aquellas palabras de Cat, que tan hondo me habían calado, un ruido proveniente de la parte inferior de la

casa nos paralizó e hizo que nuestras agitadas respiraciones se detuviesen al instante.

Un portazo.

Pasos.

La mirada de Cat colisionó con la mía y bastaron tres segundos para darnos cuenta de que caíamos por un abismo del que nunca volveríamos a salir.



14

Kylian

La puerta del desván se abrió con brusquedad y nos quedamos paralizados. No nos movimos, aunque tampoco hubiera servido de mucho. Estábamos atrapados. Sin escapatoria. Cat se abrazó a mi cuello con todas sus fuerzas, pero, me soltó cuando comprobó que la figura que se enclavaba bajo el umbral de la puerta era la de su padre.

Tampoco yo reaccioné. Estaba tan sorprendido como aterrado. Antes de que pudiera darme cuenta, la mano de Murray rodeaba mi cuello y me levantaba en volandas lanzándome contra el suelo.

—¡Zorra! ¡Eres una zorra, Catherine! ¡¿Cómo has podido hacerme algo así?!

Murray emitía tales bufidos que hacían que pareciese un animal salvaje. Cada insulto que dedicaba hacia su hija se me clavaba en el pecho como una puñalada. Tendido en el suelo, fui testigo de cómo Cat se ponía en pie; la ira de su padre, al ver su cuerpo semidesnudo, le hizo perder la razón.

—Eres una puta. Sal de aquí ahora mismo y enciérrate en tu dormitorio —le ordenó a su hija, pero era a mí a quien miraba.

—No, papá. Déjalo. No hemos hecho nada. Te lo juro —argumentó Cat entre sollozos.

Murray pareció ablandarse ante el llanto de su hija y suavizó el tono de su voz al dirigirse de nuevo a ella.

—Está bien, cariño, ya hablaremos. —Su sobreactuación me hizo estremecer, pero no pude

más que aguardar en silencio hasta que Cat se fuese y estuviese a salvo—. Déjanos a nosotros hablar de hombre a hombre.

Cat se agachó para coger la manta y se cubrió con ella. Me lanzó una última mirada desesperada e intentó decir algo, pero su padre apoyó la mano sobre su hombro, rozando la piel de su cuello, y Cat optó por obedecerle y desaparecer tras la puerta.

—No te preocupes, Cat. Solo vamos a hablar.

La sonrisa fingida de Murray se borró de su cara en cuanto su hija desapreció tras la puerta. Se dirigió hacia el lugar donde yo yacía en el suelo y me asestó un sinfín de patadas por todo el cuerpo.

—Como se te ocurra gritar, te mato aquí mismo.

Me agarró del pelo y tiró hacia arriba levantando mi malherido cuerpo, que se había convertido en un saco de boxeo en el que Murray descargaba su ira, sus celos acumulados y su envidia enquistada.

—Valiente hijo de puta. Eres igual que tu madre. Un desgraciado que no vale para nada y, encima, matas el tiempo follándote a mi hija.

Podía haberme defendido, haberle confesado a Murray que estaba enamorado de su hija y que no nos habíamos acostado, pero estaba tan paralizado por el pánico que las palabras se habían atascado en mi garganta.

Lo único que deseaba era que terminase de una vez con su castigo y que eso fuera suficiente para calmar su malogrado ego y dejar en paz a su hija. Me cubrí el rostro con los brazos y las manos y aguanté la paliza que aquel indeseable me estaba propinando.

Poco me faltaba para perder el conocimiento cuando reconocí a la derecha de Murray una silueta que me era muy familiar. Demasiado. La sonrisa cruel y gélida de Ben me partió por la mitad, y ese aire triunfante que portaba provocó en mí unas ganas de vomitar que no pude reprimir.

Descargué sobre el suelo apolillado del desván el poco contenido que quedaba en mi estómago y esto enfureció aún más a Murray.

—¡Serás cerdo!

La punta de su bota se hincó de nuevo en la boca de mi estómago y sentí que todo daba vueltas a mi alrededor.

—¡Ya basta, papá! ¡Déjalo! Ya ha tenido suficiente —intervino, para mi sorpresa, el hermano de Cat.

La mirada de Ben y la mía se cruzaron por un instante y el odio que proyectaba sobre mí me dolió más que todas las patadas que su padre me había dedicado. Pensé en Cat, en que aquellos dos monstruos eran su única familia. Quise defenderme, hacer algo por ella, pero mi cuerpo temblaba de dolor y no era capaz de moverme.

—¡Vamos a la camioneta! —ordenó Murray a su hijo, que agachó la cabeza y le obedeció sin rechistar.

Mientras Ben permanecía pegado a mi cuerpo inerte, su padre se agachó para recoger mi chaqueta del suelo y me la tiró. Me la eché por encima de los hombros como pude. Ben y su padre me sujetaron por las axilas y me levantaron. No opuse resistencia porque las fuerzas me habían abandonado y me dejé arrastrar escaleras abajo hasta la calle. Tiraron de mi magullado cuerpo hasta el lugar donde estaba estacionada la camioneta y, una vez allí, me introdujeron en la parte trasera. Ellos se montaron en la parte delantera y pude escuchar su conversación:

—¿Qué vas a hacer con él?

—Llevarlo a la estación de tren y perderlo de vista.

—¿Y sus cosas?

—No pensarás que encima le voy a hacer la maleta. Esta noche, en cuanto tu hermana se quede dormida, buscarás la maleta y la llenarás con toda la ropa que quepa. Me la darás a mí y yo me encargaré de deshacerme de ella. Tiene que parecer que el cabronazo ha huido por su propia voluntad.

No pude escuchar la respuesta de Ben, pero supuse que habría asentido.

—Una cosa más, hijo. Nunca, escucha lo que te digo, *nunca* le vamos a contar a nadie lo que ha sucedido esta noche.

—De acuerdo, papá. Así será.

—No quiero que tu hermana o Sophie sepan esto por nada del mundo.

—Está bien.

Minutos después me percaté de que el vehículo se detenía. Enseguida sentí sobre mi piel las zarpas de aquellos depredadores. Tiraron de mí hasta que consiguieron tenerme fuera del vehículo, apoyado a duras penas sobre el lateral.

Murray me agarró del brazo y me trasladó casi a rastras a un banco que se hallaba junto a la entrada a la estación de tren. Me dejó caer sobre la dura superficie y, acto seguido, me agarró de la pechera y colocó su cara frente a la mía. Estaba tan cerca que podía oler su aliento y mi nariz casi rozaba la suya.

—Escúchame, hijo de puta. Como te vuelvas a acercar a esta casa o a mi hija, te juro que destrozo a tu madre. Ni te atrevas a ponerte en contacto con ella, de ninguna manera. —Yo asentí con un movimiento leve de cabeza—. ¿Me oyes?

—Síií —balbuceé sin apenas fuerzas.

—Como lo intentes, les haré la vida imposible. A las dos. E iré a donde tenga que ir para cortarte la polla.

Tragué saliva y agaché la cabeza derrotado. Me rendí. Murray me soltó y, tras rebuscar en su pantalón, sacó un billete de cien dólares y me lo lanzó a la cara.

—Coge un tren y piérdete para siempre.

Se dio la vuelta y dirigió sus pasos hacia la camioneta. Ben, que había sido testigo silencioso de las amenazas de su padre, se aproximó a mí y tiró un escupitajo que resbaló por mis zapatos. Le debió de parecer muy gracioso, porque una estrepitosa carcajada salió de su garganta. Hurgó en el bolsillo interior de su americana y extrajo de este algo que apretó entre sus dedos para, después, ofrecérmelo a mí.

—Toma, tu puto móvil. La próxima vez que te quieras tirar a mi hermana, por lo menos, no me jodas a mí la noche.

Cogí el teléfono y observé cómo Ben desaparecía tras los pasos de su padre y se introducía en la camioneta. Con las manos temblorosas, desbloqueé la pantalla de mi teléfono y leí, entre lágrimas, el último mensaje que Cat me había enviado antes de nuestro encuentro.

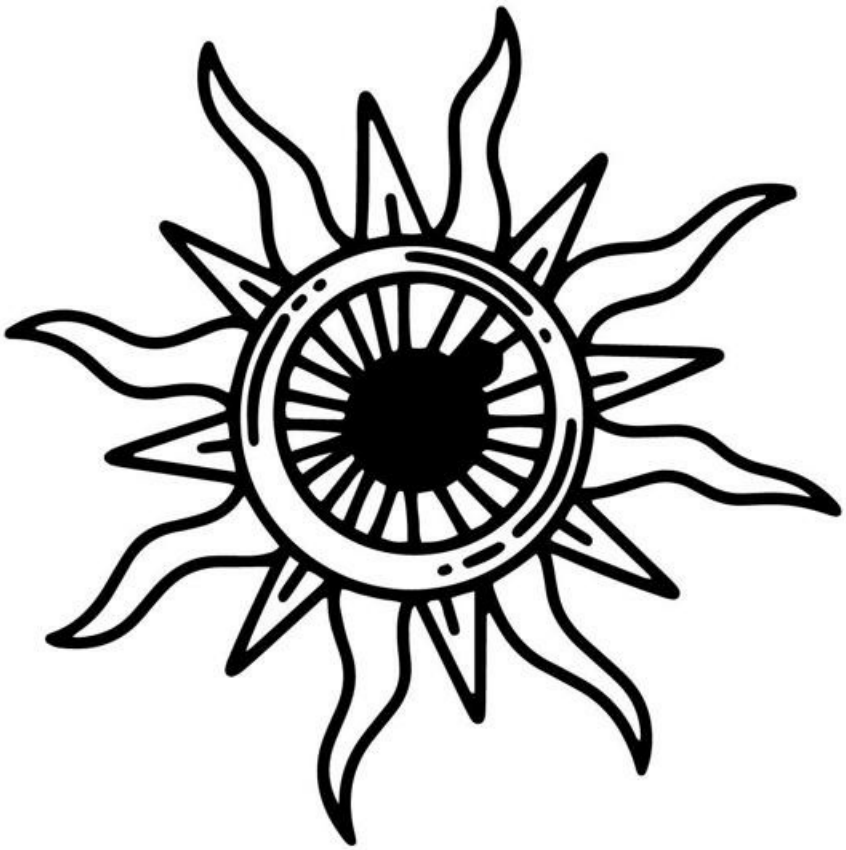
De: Catherine Peterson
Para: Kylian Joyce
Asunto: Sin asunto

Te espero en el desván. No tardes. Te echo de menos y me muero de ganas de que me enseñes a amar como una mujer.

Un gemido se ahogó en mis cuerdas vocales y un agudo dolor me reventó el pecho por dentro.

Cat. Mi Cat. Nunca volvería a verla.

La sed de venganza de su propio hermano había destrozado lo que ella y yo éramos. La traición de Ben me dolió más que todas las patadas que había recibido por parte de su padre. Me estremecí al pensar en dejar a las dos mujeres de mi vida en esa casa con aquellos seres llenos de maldad. Pero, por mucho que me doliera, debía desaparecer, dejar que el tiempo pasara y pusiera las cosas en su sitio.



15
Cat

Aquella noche esperé y esperé a que Kylian atravesara el umbral de la puerta y se metiera en su cama. Pero eso no sucedió. Fue Ben el que apareció un tiempo después y se acostó en su litera como si no hubiera pasado nada. Abatida y consumida por los nervios, mis párpados se rindieron y caí en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, lo primero que hice al despertar fue buscar la silueta de Kylian sobre su colchón. Ese era mi ritual cada mañana. Contemplar su cuerpo dormido y soñar con poder levantarme junto a él algún día sin tener que esconderme ni sentirme culpable.

Kylian no estaba.

Me levanté, dispuesta a bajar a la planta principal y afrontar mi castigo, pero algo me llamó la atención antes de salir del dormitorio y me hizo frenar en seco. El armario que compartíamos Ben, Kylian y yo estaba abierto, lo cual me resultó bastante extraño. No recordaba haberlo dejado así la pasada noche. Me aproximé a él e indagué en su interior. Lo que vi me impactó de tal modo que poco me faltó para venirme abajo. La parte en la que Kylian guardaba su ropa estaba vacía. Sí, completamente vacía. Era como si alguien hubiese arrasado con todo. Como si jamás esas baldas hubiesen estado llenas de ropa. La maleta que guardaba Kyl en la estantería superior había desaparecido. Una extrema sensación de ahogo se apoderó de mis pulmones y sentí que el mundo se derrumbaba a mis pies.

Miré a mi hermano, que dormía ajeno a mi desasosiego. Me lancé a mi cama, en busca del

teléfono que escondía cada noche en el cajón de mi mesita y creí morir al descubrir que no estaba. Había desaparecido. Rebusqué debajo de la cama. También entre mis sábanas. Ni rastro. Lancé una mirada llena de rencor a mi hermano, pero no tuve el valor de encararme a él. En realidad, no quería creer que Ben fuera capaz de tener algo que ver con todo esto. Ben era mi hermano. Él no me traicionaría, aunque era cierto que mi instinto llevaba tiempo lanzándome señales de alarma.

Salí del dormitorio y me lancé escaleras abajo hacia la planta principal. Sophie se hallaba en la cocina, sentada en una silla y deleitándose con una humeante taza de café.

La miré, compungida y con el corazón en un puño, y su rostro se colmó de preocupación al observarme.

—Buenos días, Cat. ¿Qué pasa, cariño?

Me senté en otra silla. Me temblaban demasiado las piernas como para sostener mi cuerpo menudo.

—Es, es… Se trata de Kylian.

El rostro de Sophie palideció por momentos. Extendió su mano para apoyarla sobre la mía y la apretó con fuerza.

—¿Kylian? Estará durmiendo, ¿no?

—No, no está en su cama.

Sophie esbozó una tierna sonrisa y me lanzó una mirada compasiva.

—Bueno, Cat. Ya sabes. En los bailes de graduación las noches se suelen alargar más de la cuenta. Kylian estará bien. Se habrá entretenido por ahí.

Me levanté de un brinco. No podía contarle a Sophie lo que había ocurrido. Tenía mucho miedo.

—¡No! Kylian se ha ido. Ha desaparecido toda su ropa y su maleta no está donde siempre.

Sophie frunció el ceño y su gesto se tornó serio y cargado de preocupación.

—Eso no es posible —sostuvo mientras se ponía en pie.

—¿Dónde está mi padre? —Él era el único que sabía lo sucedido. Tenía que conocer el paradero de Kylian.

—Murray ha salido de viaje.

Salí de allí con el alma incendiada y subí las escaleras que me conducían hasta el dormitorio a toda velocidad. Sophie me siguió. Empujé la puerta con fuerza y me acerqué hasta la litera.

—¡Ben! ¡Ben! ¡Despierta! —Sacudí con energía el cuerpo de mi hermano y este no tardó en abrir los ojos—. ¡Ben! ¿Dónde está Kylian?

Mi hermano se desperezó con una lentitud desesperante y se sentó al borde de la cama con las piernas colgando en el aire. Lanzó una mirada furtiva a Sophie, pero apartó la vista enseguida para posar sobre mí una extraña mirada que no supe interpretar.

—Kylian se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? —gritamos Sophie y yo al unísono.

Ben esbozó una sonrisa ladina que me dolió como una puñalada y comenzó a descender la escalera de la litera para situarse frente a nosotros. Me lanzó una fría mirada.

—¿Dónde está papá? —preguntó con aire despreocupado.

—Murray ha salido de viaje. ¿Él sabe algo? —inquirió la madre de Kyl.

Ben se aclaró la garganta y comenzó su desgarrador discurso:

—Anoche, cuando llegamos a casa, descubrimos a Kylian saliendo por la puerta con su maleta. Me confesó que estaba harto de este pueblo y que necesitaba poner tierra de por medio.

—Eso es imposible —sentenció Sophie con la voz rasgada.

—Lo siento, Sophie, pero es cierto. Kylian no está atravesando una buena racha. Ya me había contado sus intenciones de largarse. Lo que no pensaba es que iba a elegir esta noche para hacerlo.

—Kylian no se iría sin despedirse de mí.

—Él sabía que tú no lo aceptarías. Por eso no te dijo nada.

Ben me miraba de reojo mientras hablaba con Sophie, pendiente de mi reacción. Yo era incapaz de reaccionar. Estaba helada. Anonadada. ¿Kylian se había ido por propia voluntad? ¿Le había convencido mi padre de ello o, quizás, era su plan? ¿Desvirgarme la noche de la graduación y huir de Leavenworth? Es cierto que estaba muy raro últimamente. Estaba agobiado y le obsesionaba que no pudiéramos actuar como una pareja normal. Me sentí engañada. Me creí los embustes de mi hermano mayor y me hundí en la miseria. Sophie se derrumbó y se tragó cada palabra que Ben pronunció esa mañana.

Por la noche, mi padre regresó de su viaje de trabajo y nos convocó en el salón para darnos la noticia. Corroboró la versión de Ben, que, por supuesto, no terminaba de cuadrarme porque yo sabía que una parte de ella no era verdad. Mi padre ocultó a su pareja el descubrimiento del desván. En ese momento no entendí por qué. Por un lado, me sentí aliviada, aunque, por otro, no podía creer lo que estaba sucediendo. Quizás Sophie lo hubiese entendido. Siempre pensé que ella sospechaba lo nuestro.

Papá contó que Ben y él habían venido a casa de manera precipitada al recibir una llamada de un vecino diciendo que habían detectado una avería en el tendido eléctrico de la zona. Al parecer, debían comprobar si había afectado a nuestra vivienda para poder realizar las oportunas reparaciones o si, aún peor, se había producido algún tipo de cortocircuito que pudiera ser peligroso. Sophie asentía con la cabeza, ya que esa era la excusa por la que, en teoría, Murray se había ausentado de la cena con los amigos. Según mi padre, lo que se encontró al llegar a casa le dejó perplejo. Ahí fue cuando clavó su mirada de hielo sobre mí, haciéndome sentir auténtico pavor. Pero siguió omitiendo la verdad ante mi más absoluto desconcierto.

—Nos encontramos a Kylian en plena faena. Estaba saliendo de casa con una maleta. Intentamos hablar con él, convencerle de que hiciese las cosas de otra manera, pero ese chico —clavó sus pupilas en Sophie— siempre ha sido un cobarde. Ha preferido no dar la cara.

La madre de Kylian rompió a llorar mientras se balanceaba en su asiento hacia delante y hacia atrás con la cabeza hundida entre sus brazos.

—No puede ser. No lo entiendo. —Sophie se dirigió hacia mí—. ¿Tú no viste nada, Cat?

Se me heló el corazón en ese momento. No sabía por dónde salir.

—La niña estaba durmiendo cuando llegamos. —Mi padre contestó por mí—. Kylian fue muy sigiloso. Al parecer, tenía la maleta ya preparada desde ayer. Querida, a tu hijo se le ha quedado pequeño este pueblo. Se ha marchado a la ciudad con su abuelo, a experimentar. En cierto modo, es normal. Es joven y quiere probar cosas nuevas. Seguro que cuando se canse volverá con el rabo entre las piernas. Veremos entonces si es bien recibido en esta casa.

Sophie asintió con la cabeza y se encogió de hombros.

—Ese chico nunca te ha querido, Sophie. Lo supe desde el primer día que lo vi. Está obsesionado con la música, con las chicas, y tiene idealizada la imagen de su abuelo, como si fuese un dios que le va a salvar de su desdichada vida.

—Pero…

—No hay pero que valga, Kylian es un ser insensible y cobarde que no ha tenido el valor para contarte su decisión. Estaremos mejor sin él. Estarás mejor sin él.

Sophie, tras dudar unos segundos, se echó a sus brazos y se fundió en un abrazo

desconsolado con mi padre que, mientras tanto, no apartaba de mí su mirada fría e inquisitiva.

Tras dar por finalizada la conversación subí a la habitación presa del dolor. No entendía nada. Me sentía tan engañada. Sabía que parte de lo que había contado mi padre era mentira, pero era un hecho que Kylian se había llevado su ropa y me creí a ciegas las palabras de mi hermano, que supuse que habría sido su confidente las últimas semanas. Eso sí, me sentía traicionada porque Kyl no me hubiese contado a mí cómo se sentía. De repente, pensé que estaba enamorada de un completo desconocido. Él me había utilizado para despedirse a lo grande. Para llevarse mi virginidad a la ciudad, como un preciado trofeo.

Maldito Kylian. Juro que en ese momento lo odié con toda el alma.

Me tiré en la cama y estallé en sollozos. Traté de buscar una justificación, pero no la encontré y me sentí aún peor.

Minutos después, alguien golpeó la puerta con los nudillos. Antes de que pudiera hacer nada, la puerta se abrió y vi la figura de mi padre plantada en el umbral. Sin pedir permiso, se adentró en el dormitorio y se sentó en la cama junto a mí.

—¿Qué le hiciste, papá? —inquirí con los ojos inyectados en sangre.

Murray soltó una carcajada.

—Cariño, le hice poco para lo que se merecía. Le dejé marchar con el rabo entre las piernas. El resto ya lo sabes. Ese hijo de puta se iba a largar igual. Ya has escuchado a tu hermano.

La vista se me nubló y tuve que reprimir las náuseas que se agolpaban en mi garganta.

—Cariño, no llores —continuó mi padre mientras me acariciaba la cabeza—. Te voy a perdonar lo de anoche porque sé que eres una niña y que el indeseable ese te tenía engañada y quería abusar de ti. Pero me vas a prometer que nunca, escucha lo que te digo, nunca le vas a contar nada a Sophie. Si ella se entera de este sucio asunto pondré una denuncia en la comisaría a Kylian por agresión sexual y corrupción de menores. Piensa que te estoy haciendo un favor.

Me estremecí y mi corazón dejó de latir durante unos segundos que se me antojaron eternos. ¿Qué clase de encerrona era aquella? ¿Acaso el desafortunado descubrimiento de mi padre en el fondo le había venido de perlas para chantajearme y no mover ni un dedo para que Kyl regresara a casa?

—Ahora, por fin, vamos a ser una familia de verdad. Ben será el hombre de la casa cuando yo esté de viaje. Y Sophie podrá vivir más tranquila, sin preocuparse por un hijo que no la quiere. Se volcará con nosotros y será una mujer de su casa. Una mujer como Dios manda, con una familia normal. Kylian le tenía sorbido el seso y estoy seguro de que pretendía ponerla en mi contra. Tú te comportarás como si fueses su hija y suplirás el lugar de Kylian. ¿Verdad que sí? No nos interesa llevarnos mal ahora, mi niña. Esta casa es mi hogar y no tengo la intención de abandonarla bajo ninguna circunstancia.

Asentí entre gemidos y mi padre se levantó para desaparecer por donde había venido. Continué llorando hasta que mis ojos se secaron y mis pulmones se quedaron casi sin aliento.

PARTE II

LUNA MENGUANTE



16
Kylian

Cuatro años después, Seattle

Un sabor amargo inunda mi paladar. Una cascada nauseabunda de líquido ambarino sale expulsada de mi boca. Me veo obligado a ponerme de costado con el fin de apartar mi cuerpo del charco que yo mismo he formado. El fétido olor de mi propio vómito me saca del estado de inconsciencia por unos segundos, pero mi mente decide que no hay nada alrededor por lo que merezca la pena abrir los ojos.

Nada.

Me vuelvo a sumergir en un profundo sueño del que, para ser honesto, daría cualquier cosa por no despertar jamás. Como ella. Tenía una buena maestra. Sin duda.

Dicen que nuestra personalidad y nuestros valores se forjan en nuestra infancia y en nuestra adolescencia. Que somos el reflejo de nuestros padres, el fruto y la consecuencia de sus acciones, y si nuestros pilares son frágiles y no tienen una buena base, los cimientos se vienen abajo y toda la mierda explota en nuestra cara.

Yo nunca tuve una base sólida que me sostuviera. Miento, sí que la tuve, pero la estabilidad fue tan efímera que, a día de hoy, se me hace casi imposible recordarla. Como si esos primeros años de mi infancia se hubiesen esfumado, hubiesen sido arrastrados por una marea de desilusión y de apatía. No me reconozco en aquel niño pequeño que jugaba con su padre en el jardín

mientras su madre, sentada en el escalón del porche, dibujaba retazos de una realidad que solo existía en su imaginación. Mamá siempre apretaba los labios cuando dibujaba. Solo los relajaba cuando alzaba la vista y nos contemplaba a papá y a mí. Entonces, sus labios se curvaban y su sonrisa adornaba su bonito rostro.

Cuando era pequeño, antes de que mi padre muriera, vivíamos inmersos en una especie de ilusión óptica, un falso equilibrio por el cual caminábamos de puntillas sin darnos cuenta de ello. Se podría decir que durante los primeros años de mi infancia rocé la felicidad. Pero no tardaría en escaparse de mis manos. Ese espejismo, ese mundo de color de rosa en el que mis padres y yo formábamos una familia casi perfecta, no tardaría en romperse en mil pedazos. La enfermedad de mi padre provocó una deflagración que se llevó por delante mi inocencia y las ganas de vivir de mi madre.

Mi madre. Ese ser pequeño y frágil que ayer perdió la batalla. Mejor dicho, se rindió. Dio por terminada la lucha antes de haberse iniciado la contienda. No lo intentó. Ni siquiera por mí. Aunque he de admitir que nunca me lo he merecido. Lo que tengo es lo que me merezco.

La soledad. La puta soledad.

Ahora mismo la envidio, no me voy a engañar. Esté donde esté, tengo por seguro que, al fin, estará descansando.

Y yo estoy aquí, tirado, casi nadando en un charco de vómito. Tratando de calcular cuántas rayas más harían falta para terminar con todo y desaparecer de este mundo de una puta vez.

Me incorporo un poco y me dispongo a rebuscar en mis bolsillos una dosis más de droga, pero mis músculos, entumecidos por el frío y la humedad, no responden y mis manos no reciben la señal que les envía mi cerebro.

Un gruñido sale de mi garganta al tiempo que dejo caer de nuevo mi cuerpo contra el suelo. Opto por hacerme una bola, abrazando con fuerza mis piernas flexionadas.

En contra de mi voluntad, comienza a sucederse en mi mente una ráfaga de imágenes difusas de lo acontecido en las últimas horas. Me visualizo a mí mismo roto y vacío, antes de culminar mi gran colocón con el consumo de más sustancias de las que mi cuerpo puede soportar.

Ayer a última hora de la tarde, mi abuelo Jack y yo emprendimos el viaje a Leavenworth. Un par de horas antes, una fatídica llamada anunciaba a mi abuelo el trágico suceso que acababa de tener lugar en mi antigua casa. Fue su amigo Robert, miembro del cuerpo de Policía de nuestro pueblo, el encargado de comunicarnos el fatal desenlace.

El anuncio de la peor noticia que un hijo puede recibir me pilló en la tienda de mi abuelo, donde hacía un tiempo que trabajaba como dependiente y en cuya entreplanta ambos compartíamos vivienda.

En cuanto Jack cortó la llamada que acababa de recibir supe que algo horrible había sucedido. Permaneció unos segundos, que se me hicieron eternos, paralizado. Me acerqué a él a tientas. Temía descubrir el motivo que había teñido su rostro de desolación. No sé por qué, pero tenía la certeza de que algo terrible había sucedido.

Me situé a su lado y apoyé mi mano sobre su hombro. Jack se giró, buscando mi mirada con sus ojos llenos de lágrimas. Se rompió. Volcó su amargura sobre mí envolviendo mi tembloroso cuerpo con sus fornidos brazos. Sollozaba y murmuraba algo que apenas podía comprender. Lo aparté un poco para mirarlo a la cara e intentar adivinar qué era lo que decía entre gemido y gemido.

—Es Sophie. Es Sophie.

Sentí cómo las piernas se me doblaban y me faltó poco para hincar las rodillas en el suelo.

Las arcadas se agolparon en mi garganta y el pulso se me aceleró a marchas agigantadas. Me coloqué frente a mi abuelo y lo agarré por los hombros.

—Abuelo. ¿Qué pasa? Dímelo, por favor.

—Sophie. Es Sophie. —Aquellas eran las únicas palabras que salían por su boca.

Tan escuetas. Tan demoledoras.

Lo sacudí con fuerza. Solo quería que escupiera de una vez por todas qué demonios había sucedido.

—¡Abuelo! ¡Joder! ¿Qué pasa?

Jack se dobló sobre sí mismo y flexionó las piernas hasta hincar las rodillas en el suelo. Así, de rodillas y con los brazos en alto clamando al cielo, me dirigió una terrible mirada colmada de compasión que me partió en dos.

—¡Tu madre se ha quitado la vida!

Dejé de sentir el suelo bajo mis pies. Me desvanecí y fui a parar al frío suelo. Los brazos de mi abuelo me protegieron y evitaron que mi cabeza se estrellase contra el mármol.

Nos abrazamos y derramamos en silencio una cascada de lágrimas hasta quedarnos secos.

Después de unos minutos en los que el aire pareció haber abandonado el local, mi abuelo recuperó una mínima compostura y tomó las riendas de la situación. Yo, en cambio, me escapé. Hui hacia la entreplanta y entré en nuestro modesto hogar. Me introduje en mi habitación y cerré la puerta con un sonoro portazo. Rebusqué en el armario y extraje varias botellas de licor que tenía escondidas. Con ellas, me tiré sobre la cama y ahogué mi dolor en ese líquido que, al contrario de lo que pretendía, solo sirvió para aumentar mi desasosiego y hacerme sentir más frágil.

Mi abuelo permaneció un tiempo, que no sabría cuantificar, en la tienda de discos. Organizó el cierre prematuro de esta antes de subir a mi encuentro. Cuando por fin hizo acto de presencia en mi habitación, yo ya había terminado con todo el contenido que guardaban las botellas.

Me observó unos segundos, estupefacto, y después, sus pupilas se encendieron de una manera que jamás había visto en él. Mi abuelo es una persona muy paciente y tranquila, pero supongo que el hecho de verme allí tirado, borracho como una cuba, tras recibir la noticia de la muerte de mi madre, acabó con los límites de su paciencia y estalló.

—¡Por todos los santos, Kylian! ¿Eso es todo lo que se te ocurre hacer después de lo que ha sucedido? ¿Esa es tu reacción? ¡Espabila de una vez y preocúpate por lo que te tienes que preocupar!

Sus palabras se me clavaron como un cuchillo. Él nunca me había hablado así. Jamás me había levantado la voz.

Me incorporé, tambaleándome, mientras él rebuscaba en los cajones e introducía una serie de papeles en una mochila. No sabía qué hacer. Comencé a dar vueltas por la habitación arrastrando los pies al tiempo que me rascaba la cabeza con nerviosismo.

Tras varios minutos, mi abuelo me indicó que estaba listo y ambos bajamos las escaleras que comunicaban nuestra vivienda con la tienda para dirigirnos hacia la puerta de salida. Revisó que todas las luces estuviesen apagadas y colocó un cartel escrito a mano en el cristal que rezaba:

CERRADO POR ASUNTOS PERSONALES

El trayecto hasta Leavenworth se me antojó interminable. La noche había caído y la oscuridad se cernía sobre nosotros como si nos fuese a devorar. El coche se abría paso hacia el este surcando la angosta carretera que atravesaba los bosques del condado de Chelan. La niebla nos envolvía y hacía muy difícil la conducción. Aunque, para ser sincero, a mí me importaba una

mierda y habría estado encantado de empotrarme contra cualquiera de aquellos robustos árboles. Mi abuelo a duras penas adivinaba el camino, se guiaba por los montículos de nieve que enmarcaban la carretera a ambos lados y hacían un poco más fácil vislumbrar la dirección correcta. Por fortuna en esos momentos no nevaba, si no, la situación hubiese sido aún más complicada.

Un trayecto que apenas duraba una hora y media pareció duplicarse en el tiempo. La tristeza que envolvía el interior del vehículo era tan grande que el ambiente comenzaba a hacerse irrespirable. Pesado. Ni mi abuelo ni yo abrimos la boca en todo el viaje. Supongo que, aunque yo en ese momento solo pensaba en mí mismo, Jack también sentiría un dolor desgarrador por la muerte de mi madre. Sé que él le tenía mucho aprecio. Después de todo, había sido la mujer que había hecho feliz a su hijo y la persona que lo acompañó hasta su lecho de muerte, sin soltarle jamás de la mano.

Porque ella habría dado su vida por él, por papá. No me cabe ninguna duda. En cierto modo, se podría decir que acababa de hacerlo. Once años después. Por él y por mí. Vale, la cruda realidad era que mi madre había dado la vida por mí, pero no en el buen sentido, sino en el peor que te puedes imaginar. Por *mi* culpa.

Durante ese viaje hacia el lugar donde todo empezó y todo terminó, me di cuenta de algunas cosas, pero ya era demasiado tarde.

Enseguida supe que habíamos llegado a nuestro destino. Varias millas antes de llegar a Leavenworth se podían distinguir a la perfección las luces de colores que adornaban cada año en Navidad las calles del pequeño pueblo. Una auténtica orgía cromática para los sentidos. La antítesis de todo lo que nosotros estábamos viviendo ese fatídico día.

A medida que nos adentrábamos en la marabunta de luces, de música y de colores, mi alma se fue ensombreciendo y se fue apagando. Sentía, por momentos, como la poca luz que habitaba todavía en mi interior quedaba prendida en cualquiera de aquellos vistosos árboles de Navidad. Mi corazón dejó de latir por unos segundos cuando el coche se desvió hacia una de las estrechas calles de la población y pude visualizar a lo lejos la casa. Mi casa. Era fácil distinguirla, precisamente por su ausencia de luces de colores. Por su aspecto sombrío e impersonal. Siempre, desde que yo tenía diez años, fue la única casa de la calle que nunca vestía bombillas multicolores en la época navideña.

Excepto el año de Cat.

A simple vista se podría decir que todo seguía igual. El pequeño jardín que la rodeaba estaba bien cuidado. Apostaría a que habían sido las delicadas manos de mi madre las que se habían encargado de que luciese impecable. La jardinería siempre había sido una de las pocas cosas que hacían a mi madre ilusionarse y levantarse de la cama cuando sus ánimos rozaban el suelo. La jardinería y el dibujo.

Recordé, preso de un dolor agudo en el pecho, su pasión por el dibujo. Ella siempre decía que sus musas habían emprendido un viaje al más allá cuando mi padre murió. Que habían acompañado a papá. Sin embargo, el alma de un artista siempre permanece atada a su dueño. El arte es imperecedero y no entiende de tragedias. Es más, se alimenta de ellas. ¿Dónde irían ahora las musas que siempre habían acompañado a mi madre? ¿Dónde quedarían los trazos que nunca dibujó por culpa de su depresión y, más tarde, por culpa de Murray?

El corazón me dio un vuelco al recordar a aquel impresentable. Cuando vivía con ellos, el padre de Cat siempre se empeñaba en recordarle a mi madre que la suya era una profesión de segunda categoría y que se gastaban más dinero en los materiales de su *hobby* que lo que ingresaba con sus encargos.

Fijé mi mirada en el gran ventanal del ático. Los recuerdos me sacudieron y, por unos segundos, me vi inmerso en un mar de nostalgia que me caló hasta los huesos y me hizo estremecer.

Nuestra habitación.

Nunca se borrará de mi mente la imagen de la primera vez que vi a Cat. Sus ojos de gato, su pose de muñeca de porcelana y su cuerpo menudo escondido tras su hermano.

Aparté la vista de la casa tratando de ahuyentar todos los malos recuerdos que me acechaban. Y los buenos. Porque también los hubo buenos, y en esa casa pasaron muchas cosas de las que no me arrepiento, aunque me condenaran a ser la basura que soy hoy.

En el exterior de la vivienda, alineados al borde de la calzada que daba el jardín, se encontraban varios vehículos aparcados; entre ellos, el pequeño camión de Murray. El estómago se me retorció al recordarlo y reprimí una náusea por respeto a mi abuelo.

Aparcamos al final de la hilera de coches y permanecimos unos minutos en silencio. Mi abuelo se giró hacia mí con rostro compasivo e inició un acercamiento, supongo que con intención de abrazarme. Esta vez lo rechacé. Reaccioné a tiempo para evitar el contacto físico. Siempre lo hago ante cualquier muestra de afecto. Huyo. Hace ya algunos años que solo me permito recibir cariño en ciertas ocasiones, en compañía femenina, y prefiero que ese *cariño* no se alargue más allá de un puñado de horas. Puestos a pedir, prefiero que desaparezca antes del amanecer. No me gusta ver a las chicas con las que me acuesto a la luz del día. Prefiero quedarme con su imagen a oscuras, difuminada por el efecto de las drogas e idealizada, durante unas pocas horas —si son minutos, mejor aún—. Porque en todos esos ojos que recorren mi cuerpo algunas noches, siempre he buscado esos ojos de gato, los ojos de Cat.

Salí a trompicones del coche. Jack me siguió. Ambos nos quedamos contemplando la casa paralizados por la pena, como si hubieran clavado nuestros pies al suelo con unas estacas.

Miré a mi abuelo de reojo y me di cuenta de que una lágrima surcaba su mejilla hasta desembocar en sus gruesos labios. Labios que mostraban un ligero temblor, supongo que fruto del frío y, también, del miedo a lo que nos pudiéramos encontrar.

En realidad, la casa que se presentaba ante nuestros ojos era su casa. Nunca dejó de serlo. Él se marchó a Seattle para cumplir su sueño cuando aún éramos una familia feliz. Nos dejó su casa, aquella que había compartido con mi abuela hasta que enviudó y que, después, compartió con mucho gusto con su hijo —mi padre—, su nuera y conmigo.

Yo siempre viví entre esas paredes. Primero, con mis padres y mi abuelo; luego, solo con mis padres; después, solo con mi madre… Hasta que llegaron *ellos* y el mundo se me enredó de tal manera que nunca nada volvió a ser igual.



17
Kylian

Fue Ben quien nos abrió la puerta. No pudo disimular su sorpresa, cosa que me molestó sobremanera, ya que era él el que se encontraba en una casa que no le pertenecía y el que velaba el cuerpo de una madre que no era la suya.

—Hola, Jack —saludó a mi abuelo con semblante serio al tiempo que le ofrecía su mano para estrecharla.

Mi abuelo respondió a su saludo y apretó con firmeza la mano de Ben, que se volvió hacia mí dubitativo. Se veía a la legua que el hermano de Cat no sabía muy bien cómo actuar. Parecía incómodo. Tras unos segundos, se decidió a tenderme su mano.

—Lo siento mucho, Kylian.

Nuestras miradas se cruzaron y tuve que obligarme a contener la ira que comenzaba a trepar por mi interior. Rechacé su mano y, sin cruzar palabra con él, lo aparté con brusquedad y me adentré en el salón, donde el murmullo de la gente que charlaba distendidamente se silenció cuando se percataron de mi presencia.

Ante mí desfilaban varios rostros conocidos. Gente que vivía en los alrededores o que, de algún modo, habían formado parte de la vida de mi madre.

Enseguida, una figura masculina destacó entre todas aquellas personas: Murray. Con el rostro aparentemente descompuesto, se acercó hacia la entrada del salón, donde yo me hallaba de pie delante de mi abuelo.

Murray me miró desafiante, sin decir nada.

—¿Dónde está? —lo increpé con la voz entrecortada mientras desviaba mi mirada hacia las escaleras que conducían a la planta superior. Solo quería ver a mi madre por última vez y despedirme de ella, aunque el último beso que le diera se posara sobre un cuerpo frío e inerte.

De pronto, Murray soltó una carcajada tan fuera de lugar que me golpeó como una bofetada.

—Me parece que llegas un poco tarde, ¿no? Tu madre hace horas que no está aquí.

—¡Quiero verla! —espeté lleno de rabia.

Mi abuelo se adelantó y se colocó entre ambos. Esto pareció amedrentarle un poco y le hizo retroceder un paso.

—¿Dónde está el cuerpo de Sophie, Murray?

Él pareció titubear por unos instantes.

—Hace unas horas que se lo han llevado al tanatorio y ha sido incinerada.

La ira me inundó de una manera incontrolable. Una corriente de fuego me atravesó y mis terminaciones nerviosas sufrieron un cortocircuito que me hizo perder la razón por completo. Mi abuelo se dio cuenta de mi estado y me agarró el brazo en un intento de frenarme.

Dudé unos instantes. Busqué entre la gente esos ojos que en ese momento eran la única medicina que, si bien no podrían curar mi alma, al menos, harían más leve aquel dolor. No los encontré.

—¿Cómo habéis podido hacerlo sin nosotros? —mi abuelo no daba crédito—. Sin… su hijo.

—¡Vamos, Jack! ¿Me vais a dar ahora vosotros lecciones de moralidad? ¡Cuando Kylian lleva años sin preocuparse por su madre!

Me desprendí de la sujeción de mi abuelo dando un fuerte tirón que le hizo tambalearse y me encaminé hecho una furia hacia las escaleras. Subí los escalones de dos en dos, trastabillando por el efecto del alcohol, pero empujado por una fuerza sobrehumana que me llevó hasta la habitación que mi madre compartía con Murray.

Entré en ella y contemplé la estampa incapaz de mover ni un solo músculo de mi cuerpo. La cama deshecha, un montón de ropa desparramada por todo el dormitorio y una maleta abierta y medio vacía tirada en el suelo junto al armario.

Mis piernas se rindieron y tuve que sentarme sobre el colchón para no caerme. Hundí mi cabeza entre mis brazos y me rompí en un sollozo desgarrador que salió sin permiso de mi garganta.

De pronto, sentí una calidez sobre mi hombro a la que hacía tiempo que no estaba acostumbrado. Un aroma dulce impregnó el aire que yo trataba de respirar, no sin dificultad. Un olor que conocía muy bien. Coco. Alcé la cabeza y mis pupilas se enredaron en una mirada penetrante y compasiva que me acarició el alma. Esos ojos de gato, salpicados de lágrimas, me transmitieron calma e hicieron que mi llanto se detuviera.

Cat se puso de cuclillas junto a mí y nos fundimos en un abrazo. Hundí mi nariz en su cuello e inhalé su aroma, como si de una droga dura se tratase. La estreché tan fuerte entre mis brazos que por un momento pensé que se podría romper.

«Mi Cat. Mi niña».

Se separó de mí.

—Kylian, te estuve esperando —acertó a decir—. Y ella también.

Señaló con la vista la cama deshecha. Yo no pude más que negar con la cabeza y me aferré a ella de nuevo con fuerza.

Se escucharon unas zancadas que se aproximaban por la escalera desde la planta inferior.

Una mano arrancó a Cat de mis brazos. Elevé la vista y me encontré con una cara que me resultaba familiar. De repente, lo recordé. Se trataba de Henry, un chico del pueblo que iba a la misma clase que Cat. El joven la rodeó con sus brazos, como si quisiese protegerla de mí.

—¿Estás bien, Cat? —pronunció mientras le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano y depositaba un suave y fugaz beso sobre sus labios. No me cabe duda de que Henry estaba marcando su territorio.

Si algo quedaba vivo en mí, murió en ese preciso instante.

La pregunta quedó flotando en el aire, ya que ella no contestó. Se limitó a lanzarme una última mirada furtiva, pero cuando nuestros ojos se encontraron, desvió la vista hacia otro lado.

En esos momentos estalló una bomba en mi interior. Me levanté como un resorte y me dirigí de nuevo hacia las escaleras, empujando a mi paso a Cat y a su amigo.

Bajé a la planta principal y, antes de llegar al salón, me topé con mi abuelo y con Murray, que me observaban expectantes desde el umbral de la puerta.

Antes de que ninguno de los dos abriera la boca, comencé a escupir toda la rabia que tanto tiempo llevaba guardando. Todo explotó.

—¡Tú! ¡Tú tienes la culpa de que mi madre esté muerta! —me enfrenté a Murray—. ¡Nunca la dejaste ser feliz! ¡Te jodía que disfrutara de las cosas, que comenzara a superar su depresión!

Murray se rio de forma maquiavélica y se colocó frente a mí, poniendo su cara a poca distancia de la mía, ante la atenta mirada de mi abuelo y la de todos los allí presentes, incluida Cat.

—No tienes vergüenza. ¿Tú que sabrás? ¡Si no estabas aquí! Fuiste tú el que la abandonó. ¡Solo pensabas con la polla! ¡Y ahora vienes aquí! ¿Para qué, Kylian? No pretendas aparentar ser un buen hijo a estas alturas.

Las palabras de aquel indeseable me golpearon como un puñetazo en la cara. Lo peor de todo es que, en parte, tenía razón. Me porté mal, lo sé. Fui un puto cobarde, pero ella era mi madre. Debería haberme buscado. ¿No era eso lo que hacían las madres?

La ira se apoderó de mí y nubló mis pensamientos de tal forma que vi cómo mi puño se estampaba contra el rostro incrédulo de Murray. Tenía la respiración agitada y el pulso me latía en las sienes. Me llegaron unos murmullos de estupefacción de los allí presentes. Mi abuelo intervino antes de que Murray me devolviera el golpe.

—¿Te has vuelto loco? —me increpó mientras nos separaba.

Lo observé con los ojos inyectados en sangre. La misma sangre que se deslizaba desde el tabique nasal de Murray hasta su barbilla. La rabia me corroía por dentro y el alcohol no había ayudado en absoluto a calmar mis ánimos. Al contrario, me había otorgado una valentía de la que, en otro caso, carecía.

Sí. Cojonudo. Por una vez, me sentía orgulloso de mí mismo.

—¡Sois todos unos hipócritas! —Di unos pasos atrás y miré a toda aquella gente con desprecio, incluida a Cat—. Nunca os preocupasteis por mi madre cuando os necesitó. Y ahora venís todos aquí… ¿A qué? ¿A calmar vuestra conciencia? —El salón permanecía en el más absoluto silencio—. ¡Ojalá os pudráis todos en el infierno!

Me dirigí a la puerta de la casa y salí de allí como alma que lleva el diablo, sin mirar atrás. Corrí hacia el coche de mi abuelo y me introduje en él. Sentí un gran alivio al ver que se había dejado las llaves puestas en el contacto, como solía hacer casi siempre cuando vivíamos en Leavenworth. Allí no había amigos de lo ajeno. Algo bueno tenía que tener aquel maldito lugar.

Antes de que mi abuelo y Murray me alcanzaran, arranqué el coche y salí de allí a toda velocidad, haciendo chirriar las ruedas sobre el asfalto.

Ni siquiera miré por el espejo retrovisor. Solo pensaba en avanzar. Avanzar y alejarme de aquel infierno. No estaba en las mejores condiciones para conducir, pero daba igual.

Ya todo me daba igual.



18
Kylian

—Vamos, tío. Despierta, por favor.

Una voz que me resulta familiar me saca del estado de semiinconsciencia en el que estoy sumido. El dueño de esa voz me zarandea por los hombros y aprieta mi rostro con una de sus manos, sacudiéndolo a un lado y a otro.

—¡Kylian, por favor, tío! ¡Abre los ojos!

Su tono de desesperación me hace reaccionar y mantengo una lucha interna contra mi voluntad, que se niega a permitirme abrir los párpados. Finalmente, lo logro y, al hacerlo, la imagen borrosa de la silueta de mi mejor amigo, recortada por la luz que irradia la luna tras él, provoca en mí una sensación reconfortante.

Estoy vivo.

Luke relaja los músculos de su rostro y deja escapar de sus pulmones una bocanada de aire acompañada por un profundo suspiro de alivio. Inclina su cuerpo sobre el mío y me rodea con sus brazos mientras apoya su cabeza sobre mi pecho, como si quisiese comprobar que mi corazón sigue latiendo.

Mi aversión por el contacto físico provoca que lo aparte a un lado con brusquedad e incorpore ligeramente mi busto.

Luke me mira, ahora con los ojos llenos de rencor y de rabia.

—¡Mierda, tío! ¡Pensaba que estabas muerto! ¿En qué coño estabas pensando para venir

aquí con la helada que está cayendo?

Me encojo de hombros y noto que mi amigo fija su mirada en mis pupilas dilatadas y chasquea la lengua mientras niega con la cabeza con un gesto de desaprobación. Yo evito su mirada y clavo los ojos en el suelo.

Luke me golpea el pecho con sus puños mientras refunfuña y tira de mi cuerpo para ayudarme a levantar. Mis piernas no tienen la fuerza suficiente para ponerme en pie, por lo que me quedo sentado sobre la hierba. Luke, incapaz de levantarme, se rinde y opta por sentarse junto a mí.

—En cuanto he recibido la llamada de tu abuelo he imaginado que estarías aquí.

Lo escucho, pero no lo miro. Mantengo la vista perdida en el horizonte. Las siluetas de los rascacielos de Seattle, al otro lado del lago Union, dibujan una línea irregular, llena de altibajos, sobre el manto negro que reposa sobre nosotros. Desde que vine a vivir a esta ciudad, este ha sido siempre mi lugar favorito, mi refugio. Quizás sea porque encuentro en la decadencia del Gas Works Park un fiel reflejo de lo que podía haber sido y no fue. Como yo. El resultado de lo que un día tuvo cierto valor y, con el tiempo, pasó a ser algo prescindible.

La vieja planta de gasificación de carbón se impone sobre la colina. A pesar de llevar decenas de años abandonada, es uno de los lugares más emblemáticos de Seattle. Durante el día, el parque en el que descansa la fábrica abandonada es testigo mudo de múltiples actividades. Las asombrosas vistas al lago y al *skyline* que conforman los puntiagudos rascacielos lo convierten en un lugar atrayente para todo tipo de gente: familias con niños, grupos de estudiantes que se han saltado sus clases, paseadores de perros, etc. Además, no es difícil encontrar, en el interior de esta vieja estructura de tubos oxidados que se alzan apuntando al cielo, a niños jugando a esconderse o, ya en la noche, a adolescentes practicando *parkour*, teniendo sexo o bebiendo a escondidas.

Este es el lugar al que me dirijo cuando me derrumbo o cuando estoy demasiado colocado para volver a casa.

Luke me observa con preocupación.

—¿Qué te has metido, tío?

Agacho la cabeza. No estoy orgulloso de lo que he hecho. De nada, en realidad. Al tiempo que van apareciendo retazos de las escenas de las últimas horas, antes de perder la consciencia, me invade una sensación de vergüenza que me hace sentir aún peor.

—Todo lo que he podido. Quería desaparecer —susurro en voz baja.

—Joder, Kylian. —De pronto, se levanta y grita, exasperado—: ¡Mierda! ¿Es que eres gilipollas? ¿Acaso crees que así ibas a arreglar algo?

Parece cabreado y los remordimientos comienzan a invadirme. Al mismo tiempo, como si mi cuerpo despertase de una pesadilla, comienzo a temblar de los pies a la cabeza. Los latidos de mi corazón azorado hacen presión en mi garganta y las ganas de vomitar regresan a mí. Miro a mi amigo y consigo reprimir las náuseas por respeto hacia él. Me toco el pantalón vaquero. Está húmedo y frío. Luke se da cuenta enseguida de mi estado.

—Estás helado, tío. Vamos. Te llevo a mi casa. Tu abuelo me ha dicho que se tiene que quedar un día más en Leavenworth para arreglar algunos asuntos.

Mi abuelo.

Al pensar en él, un nudo se forma en mi garganta y me impide casi respirar. ¿Cómo he podido ser tan gilipollas? De todas las personas que presenciaron ayer el espectáculo del que fui protagonista, él es el único que me importa. Los demás me dan igual. Incluso me alegro de haber ratificado la imagen que toda esa gente tiene de mí. Ni siquiera me importa ya Cat. Al menos, de

eso trato de convencerme. Ella está con otra persona. Me repatea, pero, en el fondo, me alegro por ella. Nada bueno podía haberle deparado la vida si ella y yo… Bueno, *ella y yo,* esa era una combinación imposible. Tan imposible como que la luna y el sol se encontrasen en el cielo, como tantas veces habíamos imaginado tumbados sobre el tejado de nuestra casa. En aquellas eternas escapadas nocturnas en las que compartíamos susurros y sueños que se escapaban a lo moralmente aceptable.

Luke me tiende la mano de nuevo. Esta vez intento poner algo más de mi parte. Me cuesta un mundo mantener el equilibrio, el peso de la ropa mojada no ayuda mucho, pero estoy cansado de dar tumbos y quiero alejarme de este lugar, así que hago todo lo posible por mantenerme erguido y avanzar.

—He visto en el aparcamiento el coche de tu abuelo.

Mierda, ni me acordaba de cómo había llegado hasta aquí.

—Creo que no puedo conducir —le digo avergonzado a mi amigo.

—Ya lo sé, imbécil. Pero eso podías haberlo pensado hace unas horas —me reprende Luke—. Te podías haber matado. Vamos en mi coche.

Caminamos unos minutos hasta llegar al aparcamiento. Distingo el coche de mi amigo aparcado junto al de mi abuelo. Solo hay un par de automóviles más en el lugar, a cierta distancia, y ambos con los cristales empañados. Me alegro de que, por lo menos, alguien esté disfrutando de esta mierda de noche.

Luke me abre la puerta del copiloto y me dejo caer en el asiento, derrotado. Sigo temblando y mi amigo se dirige al maletero para buscar algo. Regresa junto a mí y me ofrece una vieja manta de cuadros corroída por el uso y llena de manchas. No puedo evitar elevar una ceja y comentar:

—Dios, Luke. No sé si quiero saber en qué circunstancias has utilizado esta manta. Está hecha un asco, por favor.

Hundo mi nariz en la manta para olerla, solo con el fin de provocar a mi amigo. Pongo cara de asco y consigo sacarle de sus casillas.

—Veo que no has perdido tu sentido del humor. Pues nada, congélate si quieres —afirma con desdén mientras me arranca la manta de las manos—. Tú mismo.

Después de un tira y afloja con el dichoso pedazo de tela, consigo hacerme con él de nuevo y me envuelvo tapándome hasta las orejas. Luke se introduce en el coche y se acomoda en su asiento.

Llegamos a su casa unos minutos después. Mi mejor amigo vive en Fremont, el mismo barrio donde se sitúa la tienda de discos de mi abuelo, en la que ambos trabajamos y vivimos. De hecho, fue allí donde nos conocimos Luke y yo, poco después de mi destierro a esta ciudad, hace ya cuatro años.

Al principio, nos unió la pasión por la música. Ambos, al igual que mi abuelo, somos unos fanáticos del *rock* y esto hizo que congeniáramos al poco tiempo de conocernos. Esa misma pasión compartida hizo que creáramos nuestra banda, The Bad Thing, junto con dos colegas más, Jason y Will.

Luke, en su papel de guaperas y protagonista, es el cantante, el que da la cara y hace de relaciones públicas. Con esa melena desaliñada de color dorado que le llega hasta los hombros y esos llamativos ojos azules, él es quien se lleva a las chicas de calle. A veces me pregunto si, realmente, vendrán a escucharnos, en los pocos bolos que hemos ofrecido, o solo querrán verlo a él. Yo siempre procuro pasar inadvertido. Soy el que se oculta detrás de la batería. Lo que no sabe casi nadie es que yo soy el autor de la mayoría de las letras de nuestras canciones. Siempre

he sido yo, pero prefiero que Luke disfrute de su papel de líder, que sabe gestionar bastante mejor que yo.

Luke, además, se suele encargar de conseguir las drogas que nos ponen a tono las noches de concierto. Se le dan bien los negocios. A mí me engañarían.

Sin embargo, su relación con las drogas es muy distinta a la mía, aunque empezamos a consumir hierba, y algo más, casi a la vez. En su caso, es algo esporádico. Sabe controlar y siempre para a tiempo. A mí, en cambio, la cosa se me está yendo un poco de las manos e intuyo que, tanto mi amigo como mi abuelo, se están dando cuenta de ello.

En cuanto entramos en su casa, un pequeño estudio en un viejo edificio de apartamentos, Luke me ofrece ropa limpia y me obliga a darme una ducha.

Le hago caso. Me introduzco en la ducha y dejo resbalar el agua ardiendo sobre mi piel. Me froto la cara con ambas manos, sacudo la cabeza con fuerza y me doy cuenta, en ese momento, de que mi rostro está empapado, pero no solo de agua. El sabor amargo de las lágrimas se me cuela a través de los labios y me arde en la garganta.

Me rompo por completo. De repente, se me viene el mundo abajo. El peso de la culpa por la muerte de mi madre me hunde y hace que caiga de rodillas sobre el plato de ducha. Me acurruco como un niño indefenso y mi voz desgarrada solo es capaz de repetir en bucle una palabra una palabra: «Perdón».

¿Cómo he podido caer tan bajo? ¿Cómo he dejado que se marchara? He sido cruel, muy cruel. He permitido que el rencor me domine y he cargado sobre mi madre la culpa de todo. La culpa de mi cobardía. Todo este tiempo me he limitado a dejar la pelota en su tejado y salir corriendo. Sí, eso se me da de cojones. Huir y mirar hacia otro lado. Y autocompadecerme. «Bravo, Kylian».

Luke intuye que algo está sucediendo en el baño y empuja la puerta con fuerza. Entra y me observa con el rostro impregnado de tristeza y compasión. Esta vez no me importa que se compadezcan de mí. Necesito ayuda y es lo siguiente que sale de mi boca.

—Ayúdame, por favor —suplico entre sollozos a mi amigo.

Luke entra en el cubículo de la ducha, cierra el grifo, me sujeta por las axilas y tira de mí hacia el exterior. Abraza mi cuerpo desnudo y yo comienzo a temblar una vez más. Consigue sacarme del charco que se ha formado debajo de nosotros y me lleva a rastras hasta el sofá cama del salón, que está abierto y preparado con las sábanas puestas, como si Luke tuviese planeado que yo terminara hoy mi *fiestón* en su casa.

Tiende mi cuerpo desnudo sobre la cama y sale de la estancia. A los pocos segundos regresa y me lanza una toalla para que me seque.

—Vístete, anda, que no eres mi tipo.

Yo reacciono ante su comentario y dejo asomar una leve sonrisa que hace que el semblante de Luke se relaje.

—Ni tú el mío, joder.

Ambos nos reímos haciendo que el aire del salón se vuelva un poco más respirable.

Me seco la piel sin apenas fuerzas y me acuesto sobre el duro colchón. Me cubro el rostro con la manta y aprieto los ojos. Estoy tan abatido que apenas tardo unos segundos en caer en un profundo sueño.



19

Kylian

Han pasado dos días desde que Luke me trajo a su casa, como si fuera un perro abandonado. Cuarenta y ocho horas en las que mi cabeza no ha dejado de bullir y en las que he sentido una profunda necesidad de meterme en el cuerpo cualquier tipo de droga que me hiciera evadirme de la realidad y calmara la sed que me quema por dentro.

No sabía que estaba tan enganchado. No sabía que la adicción podía doler tanto, y de verdad que duele. Tengo sudores fríos. Hay momentos en los que me falta el aire y otros en los que tengo alucinaciones. Incluso he visto a mi madre. Una imagen ficticia fruto del dolor que se ensaña conmigo sin piedad. Sí, es jodidamente triste, pero el síndrome de abstinencia me ha regalado la última imagen de mi madre, en la cual ella llenaba una maleta con toda su ropa y venía a buscarme.

Joder. Cómo duele.

Soy consciente de que Luke ha permanecido en contacto con mi abuelo en todo momento. Esta casa es demasiado pequeña y las paredes son finas. Durante todo este tiempo que he permanecido hundido en el sofá cama de mi amigo, he escuchado varias conversaciones telefónicas entre ellos dos.

Tengo claro que mi abuelo no quiere hablar conmigo porque Luke ni siquiera me lo ha preguntado. Lo entiendo. Soy una escoria que lo avergoncé delante de sus antiguos vecinos y, encima, le robé el coche para conducir hasta Seattle totalmente borracho.

Además, me he desentendido de todo lo relacionado con la muerte de mi madre: de los trámites, el funeral, la casa…

Entiendo a la perfección que mi abuelo me odie y que no quiera saber nada de mí. Si ni siquiera me aguanto a mí mismo, no puedo pretender que otra persona cargue conmigo y con todas mis miserias.

Luke y yo no hemos hablado demasiado en estos dos días. Supongo que él está esperando a que recobre mi lucidez para darme una charla. No me cabe duda de ello.

Parece mentira que, cuando nos conocimos, él era el bala perdida, el que me enseñó lo peor de esta ciudad y me dio a probar todo tipo de sustancias. Pero las drogas no nos afectan a todos por igual, está claro. Se ceban con las personas débiles, les regalan una falsa felicidad y les hacen creer que son los amos del mundo.

Y a débil no me gana nadie.

—Kylian, tengo que salir a hacer unas compras —anuncia mi amigo a eso del mediodía y percibo un atisbo de desconfianza en su forma de mirarme.

—Claro, vete. No me voy a ir a ningún sitio —afirmo tratando de sonar despreocupado.

—Espero que no hagas ninguna tontería —añade—. También tengo que pasarme por el restaurante a coger unas cosas.

Luke tiene un empleo a media jornada en el restaurante más famoso de la ciudad. Nada más y nada menos que en el restaurante giratorio del Space Needle (o Aguja Espacial), una torre de observación de más de quinientos pies de altura, que se ha convertido en un icono de Seattle por sus espectaculares vistas a través de las paredes acristaladas de su cúpula con forma de aguja.

Es un lugar bastante pijo, en el que una cena para dos le costaría el salario de todo el mes. Luke odia ese trabajo con toda su alma, pero, como dice él, es lo que le ayuda a pagar el alquiler. El poco dinero que ganamos en nuestros bolos no nos da casi ni para pagar los gastos del material y el local de ensayo.

Luke se despide un rato después cerrando la puerta tras de sí. Me quedo tumbado mirando al techo, indeciso.

Y hago lo que no debería de hacer.

Me levanto de un salto, como si me hubieran inyectado una dosis de adrenalina, y comienzo a inspeccionar cada rincón de la casa. Abro el armario de Luke y busco en los bolsillos de todas sus prendas algún resto de droga que pueda meterme en el cuerpo… o fumármela, me da igual.

Mi desesperación va en aumento al no obtener ningún resultado en mi búsqueda. Abro cajones, revuelvo incluso los botes del cuarto de baño, pero nada.

Está claro que Luke se ha cuidado bien de no dejar ninguna tentación a mi alcance. Me siento como un prisionero y comienzo a notar que el corazón se acelera más de la cuenta. Me asusto. Quizás no esté tan seguro de querer morir tan joven y con tantas cosas por resolver.

Busco mi teléfono, del que ni me he acordado en los últimos días, con la intención de llamar a mi amigo para pedirle ayuda. Yo solo no puedo con esta mierda.

Cuando lo localizo, me dejo caer en la cama y desbloqueo la pantalla. Me encuentro con decenas de mensajes de personas que me muestran sus condolencias por la muerte de mi madre. Me recorre un escalofrío. «¿De verdad que tengo a mi alrededor a tanta gente que se preocupa por mí?».

Hay varias llamadas que realizó mi abuelo durante las horas que transcurrieron desde que hui de la casa de Leavenworth hasta que Luke me encontró en el Gas Works Park.

Deslizo mi dedo tembloroso por la pantalla y detengo la vista en un mensaje que me llama la atención al provenir de un número que no tengo guardado en la agenda de contactos.

Lo empiezo a leer y noto cómo el corazón se me va encogiendo con cada palabra.

Kylian, no sabes cómo siento todo lo que ha pasado. Tu madre te quería mucho. No lo dudes nunca. Yo también, Kyl. No me llames, por favor, no podría soportarlo. Cuídate mucho y vuelve a ser esa luna que brillaba con luz propia cuando todo estaba oscuro.

13:24

Mis labios se curvan al leer la última frase.

Estoy tan tentado de contestarle que tengo que obligarme a tirar el móvil al otro lado de la cama para no hacerlo. Dejo pasar unos minutos hasta que noto que mi corazón vuelve a su ritmo habitual.

Quizás merezca la pena intentar salir de este agujero, aunque solo sea por volver a ver esos preciosos ojos de gato de mi niña, mi Cat.



20

Kylian

—Es lo mejor para ti, Kylian. No te quepa duda de que, si no lo pensara así, no habría tomado esta decisión.

Mi abuelo me observa expectante, como si temiera por mi reacción. Miro a Luke, que se encuentra sentado junto a él. Parece nervioso y no para de frotarse las manos.

Luke ha regresado alrededor de una hora después de haberse marchado y ha venido acompañado de mi abuelo quien, para mi sorpresa, no me ha echado ningún rapapolvo —para mi sorpresa— y eso, más que aliviarme, aumenta mi sentimiento de culpa

No me ha dado ninguna explicación sobre lo sucedido en Leavenworth y yo tampoco he reunido el valor suficiente para preguntarle.

Mi abuelo trae consigo una proposición que, aunque me cueste reconocerlo, no me sorprende y voy asimilando poco a poco, a medida que él me va explicando los detalles.

Jamás hubiese pensado llegar hasta este punto. Siempre me he engañado pensando que tenía el control y que podía parar cuando quisiese, aunque, pensándolo bien, a lo mejor no es tan mala idea dar un paso al frente y aceptar su propuesta: ingresar en una clínica de desintoxicación.

Hace tiempo que es un «mañana lo dejo»; «mañana dejo de atormentarme con la puta imagen de Cat en mi cabeza». «Hoy, no. Primero me voy a correr la fiesta del siglo y ya mañana, si eso, siento la cabeza y maduro de una vez».

—Está bien —asiento, ante la expresión incrédula de los dos.

Mi abuelo y Luke cruzan una mirada fugaz y yo aguardo, cabizbajo y resignado, sus siguientes palabras.

Es Luke el primero en levantarse y se lanza hacia mí para darme un fuerte abrazo. Yo me revuelvo incómodo y me separo de él.

—No me importa que os busquéis otro batería, tío. Lo entiendo.

Luke suelta una carcajada y me da unas palmaditas en el hombro.

—¡Ni de coña! La banda somos todos. Ni uno más ni uno menos. Te esperaremos.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto desviando la mirada hacia los ojos de mi abuelo.

—Depende de ti, Kylian. El programa dura un mes como mínimo. A partir de ahí, depende solo de ti.

Dudo por unos instantes y me rasco la nuca con preocupación.

—¿Y de dónde vamos a sacar el dinero, abuelo? Esa clínica debe de costar un pastón.

—Tú por eso no te preocupes, chaval. Tengo mis ahorros.

—Pe-pero ese dinero era para tu jubilación. Para cumplir tu sueño de vivir en California.

Él me mira con condescendencia y se aclara la garganta para decir:

—Esos eran los sueños de un viejo loco sin ningún propósito en la vida. Ahora, Kylian, tengo un objetivo claro que cumplir antes de irme al otro barrio. Tú.

Me regala una sonrisa que deja entrever su estropeada dentadura. Nunca se ha preocupado demasiado por su aspecto. Sin embargo, ha cuidado de mí sin esperar nada a cambio y con una paciencia que ya la quisiera para mí. Es un viejo entrañable, a pesar de su rudo aspecto, con sus camisas de cuadros, sus camisetas negras con estampas de grupos de *rock* y su melena blanca siempre recogida en una coleta. Creo, mejor dicho, estoy convencido de que, si sigo vivo y no he acabado tirado debajo de un puente, es solo gracias a él. Nunca me ha fallado, a pesar de haberme portado como un capullo durante demasiado tiempo.

—Además, Kylian, pronto recuperaremos la casa de Leavenworth y tendré por fin un lugar donde estirar la pata como Dios manda.

—¡Joder, abuelo, deja de decir tonterías!

Los tres nos reímos. Sin embargo, un escalofrío se adueña de mi columna vertebral cuando pienso en aquella casa y… en Cat. ¿Dónde irá ella si ya no va a vivir allí? ¿Se marchará de Leavenworth? Su padre nunca ha tenido un lugar fijo de trabajo; Cat y Ben le han ido persiguiendo por medio país, según la procedencia de la mujer con la que estuviese liado.

Dios. No soportaría la idea de no volver a verla.

Recogemos las pocas pertenencias que tengo en casa de Luke y este nos acompaña hasta la puerta. Me despido de él con un fuerte abrazo, que esta vez sale de mí.

—Te espero, colega —me dice con la voz entrecortada.

—Haré todo lo que pueda —respondo con sinceridad. No estoy seguro de poder superar esta crisis, pero juro que voy a hacer todo lo posible por salir de esta mierda.

Por mi madre, aunque ella ya no lo pueda ver, por Cat y por su sonrisa, pero, sobre todo, por mí mismo.

Unos minutos después nos encontramos en nuestra casa. Mi abuelo y su amigo Robert charlan en la cocina mientras yo lleno la maleta con las pocas cosas que voy a necesitar en la clínica de desintoxicación. Meto ropa de abrigo. Estamos en enero y en el estado de Washington no deja de hacer frío hasta bien entrado el verano.

Tacoma, la ciudad en la que se encuentra la clínica, está a apenas cien millas de Seattle, por lo que dudo si meter ropa de verano en la maleta o no, pero me niego a pensar que voy a pasar allí tanto tiempo, así que opto por llevar solo ropa de abrigo.

Robert, el amigo policía de mi abuelo, nos ha recomendado ese centro y ha arreglado los papeles para que mi ingreso sea inmediato. Además, ha ayudado mucho a mi abuelo estos dos días que ha pasado en Leavenworth. De hecho, fue él quien lo trajo de vuelta a Seattle en su coche, después de haberle dejado yo tirado en el pueblo.

Cuando estoy listo me acerco a ellos.

—¿Estás preparado? —me pregunta mi abuelo al tiempo que se pone en pie.

—Supongo que sí —asiento encogiéndome de hombros.

Arrastro mi maleta hasta la puerta y descendemos la escalera que nos lleva hasta la tienda de discos. De pronto, siento un impulso que me obliga a detenerme y deshago mis pasos hacia nuestra casa.

—Ahora mismo vengo.

Entro casi sin aliento, aún me siento demasiado débil y las piernas no me responden del todo bien. Me dejo caer sobre el colchón y extraigo mi teléfono móvil del bolsillo.

Y lo hago. Marco su número.

Espero unos segundos que se me hacen eternos y, cuando estoy a punto de colgar, escucho un hilo de voz al otro lado de la línea.

—Te dije que no me llamaras —susurra Cat con la voz temblorosa.

Trago saliva y, al momento, me arrepiento de haberla llamado, pero ya no puedo echarme atrás.

—Solo quería escuchar tu voz, Cat —consigo decir.

El silencio se hace demasiado incómodo hasta que, por fin, ella habla.

—No puedo hablar, Kyl —musita—. Lo siento, de veras.

Cuelga el teléfono dejándome un vacío que no sé cómo voy a ser capaz de llenar.

Escucho pasos acercarse y salgo de allí intentando no hacer visible la tristeza que me invade en estos momentos. En el umbral de la puerta, me cruzo con mi abuelo que me mira con gesto serio.

—Kylian, te tienes que tomar esto en serio. Es por tu bien.

—Lo sé. No te preocupes, solo se me había olvidado coger una cosa.

Él suspira aliviado y ambos descendemos de nuevo las escaleras hasta reunirnos con Robert en la tienda. Echo un último vistazo rápido a todo lo que me rodea y la intranquilidad comienza a apoderarse de mí.

—¡Vámonos! —exclamo y me encamino a la puerta de la tienda.

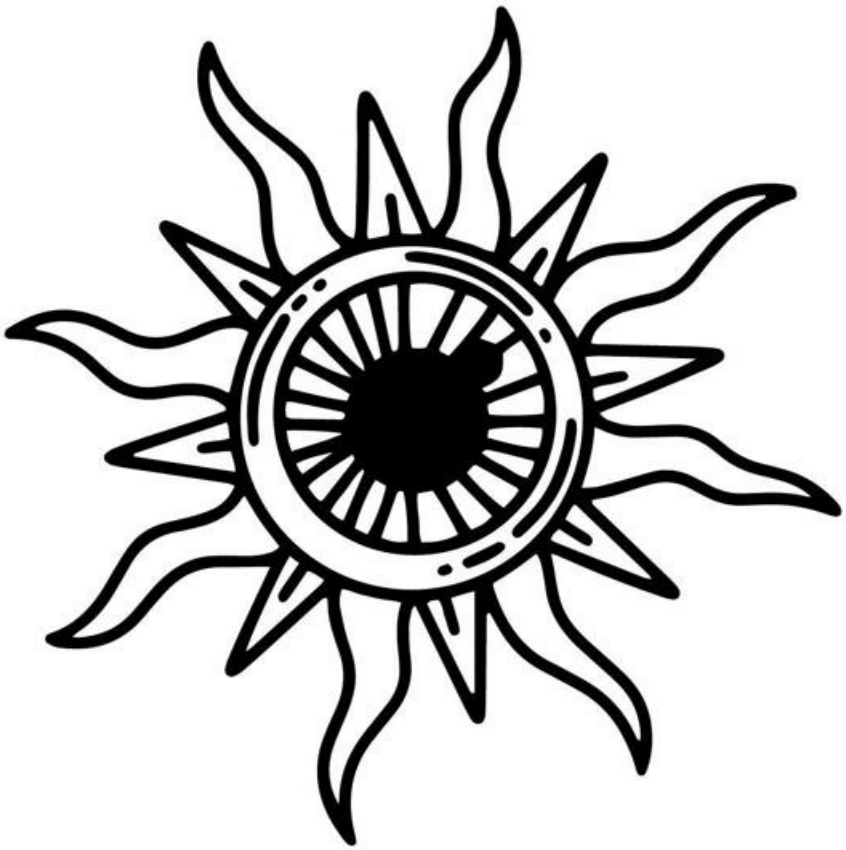
Salimos de allí y llegamos hasta el coche que se encuentra aparcado a escasa distancia. Supongo que Robert habrá acompañado con anterioridad a mi abuelo al aparcamiento del Gas Works Park para recogerlo.

Antes de montar, saco el teléfono del bolsillo trasero de mi pantalón y se lo entrego a mi abuelo. Tarde o temprano tenía que hacerlo. Soy consciente de que en la clínica no está permitido utilizar el teléfono móvil. Será que he visto demasiadas películas…

Durante la escasa hora que dura el trayecto no dejo de pensar en cómo he llegado hasta aquí. El sinfín de tropiezos y de desaciertos que me han arrastrado a esta espiral de mierda de la que no me veo capaz de salir. Sin embargo, no todo ha sido sufrimiento. También hubo un tiempo en el que me sentía feliz, aunque me estaba moralmente prohibido demostrarlo y compartirlo con el resto de los mortales.

Me muerdo una sonrisa cargada de nostalgia que brota en mis labios y sacudo la cabeza para expulsar los pensamientos que contraen mi pecho.

No quiero sentir. No podría soportarlo.



21
Cat

Apenas han transcurrido unos días desde la muerte de Sophie. Todavía no me puedo creer lo que ha sucedido. Cómo te puede cambiar la vida de un día para otro. Cómo la tristeza es capaz de cegarte y no dejarte ver las cosas bonitas que te rodean. Aún a día de hoy, me paro a pensar en qué hice mal. El sentimiento de culpa me golpea a cada minuto. Me oprime el pecho. Ojalá me hubiera dado cuenta antes de lo mal que estaba Sophie. ¿Cómo había estado tan ciega?

Cuando Kylian desapareció de nuestras vidas nos costó remontar. A ambas. Su ausencia dejó un vacío que pesaba demasiado. Aunque lo que de verdad dolía era la forma en la que Kyl nos había abandonado.

Sin previo aviso. Por la puerta de atrás.

La vida siguió su curso como si Kylian no formara ya parte de la familia. Como si su existencia hubiera sido un espejismo. Sophie se tragaba las lágrimas. Ahora lo sé. Yo actuaba como una marioneta. Callaba y agachaba la cabeza, avergonzada por mi aventura con mi hermanastro. Tenía pavor a que saliese a la luz. Me sentía sucia. Y engañada. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua y haberme tragado las palabras bonitas que Kylian me regalaba con la intención de llevarme a la cama? ¿Por qué me había elegido a mí? Supongo que desvirgar a una niña de catorce años sumaría puntos en el *ranking* del tío más machito del instituto. Dios, qué tonta fui.

Las heridas tardaron en cicatrizar. Jamás volvió a salir el tema de lo sucedido aquella noche y yo me obligué a borrarla de mi mente. Sin embargo, lo sucedido demuestra que Sophie no lo

había superado y me odio a mí misma por no haber sido capaz de darme cuenta.

Estoy sentada sobre la cama inferior de la litera echando un último vistazo a la habitación que fue testigo de mi primer encuentro con Kyl. Entre estas cuatro paredes se gestó la historia de amor más bonita que una adolescente de catorce años puede vivir. Su primer amor. Y también la más dolorosa. El desamor.

Suspiro al recordar a Kylian. Su sonrisa. Traviesa. Melancólica. El brillo de sus ojos bajo el influjo de la luna llena. Aquellas veladas interminables envueltos por el manto negro que nos cubría y bajo el que nos besábamos hasta quedarnos sin aliento.

Una punzada de dolor me atraviesa al pensar en la última vez que nos vimos. Es difícil describir el cúmulo de sentimientos que me embargaron cuando mis ojos se encontraron con la mirada rota de Kyl el día en que incineramos a su madre. Por un instante, todo lo sucedido volvió a mi mente. Cayó como un jarro de agua fría. Había odiado tanto a Kyl cuando nos dejó, que imaginaba nuestro reencuentro como algo frío, carente de sentimientos. Pero en cuanto sentí su presencia en la casa que años atrás habíamos compartido, algo explotó de nuevo en mi pecho. Esa sensación perdura. No desaparece con el paso de los días. La nostalgia ha anidado muy dentro de mí. Hasta el punto de hacerme cuestionar mi relación con Henry.

Todo se ha convertido en un interrogante. Mi vida, mi futuro. Mis deseos flotan suspendidos en el aire. La incertidumbre nos ha golpeado fuerte.

Debemos abandonar la casa de Leavenworth, ya que el plazo que nos ha dado el abuelo Jack ha llegado a su fin. Sophie ya no está. Ya no hay ningún motivo para que nosotros permanezcamos en su casa. Jack ha sido duro, pero lo entiendo. Él nunca ha tenido en gran estima a mi padre. Y, menos ahora que ya no hay nada que los una. El lazo que sostenía la forzada relación entre Jack y mi padre se ha roto. Ya no hace falta fingir.

Papá, Ben y yo estamos cargando el camión con nuestras pertenencias, dispuestos a abandonar el que ha sido nuestro hogar durante los últimos años.

Mi padre no parece haber entendido demasiado bien la imposición de Jack y así lo demuestra a cada minuto, maldiciendo y echando pestes sobre «el viejo y su puta familia de mierda». Tiene un cabreo monumental. Parece más afectado por nuestro inminente desahucio que por haber perdido a su mujer, cosa que tampoco me extraña después de todo lo vivido los últimos meses.

Ben no vive con nosotros desde hace algo más de tres años. Se marchó a estudiar a la Universidad de Minnesota, poco después de la tormenta que estalló en nuestro hogar tras la marcha de Kylian, así que no le afecta demasiado el hecho de que mi padre y yo nos veamos de nuevo en la calle.

Hago un pequeño parón para dirigirme a la cocina con intención de beber un trago de agua. El ajetreo con las maletas para arriba y para abajo me ha dejado exhausta. Cuando voy a entrar en la cocina me detengo en seco al escuchar, al otro lado de la puerta, una conversación entre mi padre y mi hermano.

—Y ahora viene el puto viejo a reclamar su casa, cuando hacía siglos que no nos venía a visitar —profiere mi padre.

—Bueno, papá, tampoco creo que le hubieras recibido muy bien después de lo de Kylian. Al fin y al cabo, él es su protector. Y no creo que te tenga mucho aprecio después de la paliza que le diste a su nieto. ¡Casi te lo cargas!

Ambos sueltan una carcajada.

—Si Kylian no se hubiese metido en las bragas de mi hija nada de eso hubiese sucedido.

El latigazo que siento me hace tambalear y a punto estoy de caerme al suelo.

—No digas que no te avisé —continúa hablando mi hermano—. Lo vi venir desde el principio.

—Lo sé, Ben. Y no sabes cuánto te agradezco lo que hiciste aquella noche.

—Fue casualidad que me encontrara el puto teléfono, pero hacía tiempo que tenía la mosca detrás de la oreja, papá.

—Joder, no sé cómo no me di cuenta antes.

—Ese cabronazo disimulaba muy bien. Se tiró a medio instituto mientras se camelaba a mi hermana para follársela.

—No sigas, hijo. Que me entran ganas de vomitar. No quiero volver a oír hablar de ese malnacido. Fui demasiado compasivo con él. Tenía que haberle cortado la polla.

Ben se echa a reír.

—Tranquilo, papá. Creo que lo que ha hecho su madre le ha dolido bastante más. Por fin ha tenido lo que se merece.

Una ráfaga de náuseas se apoderan de mi garganta y siento mi cuerpo petrificado. Me cuesta horrores alzar mi mano agarrotada para sujetar el pomo de la puerta. Lo sujeto con fuerza y empujo con sigilo la puerta de la cocina. Mi padre y mi hermano se giran hacia mí y su rostro palidece al darse cuenta de que lo he escuchado todo. Con los ojos inyectados en sangre, me dirijo a ellos.

—Hasta aquí ha llegado nuestra relación, papá. No me pienso ir contigo a ningún lado —afirmo con contundencia tras plantarme cara a cara con mi padre.

Mi padre me coge del brazo con fuerza dejando sus bastos dedos marcados en mi piel.

—Tú te vienes porque te lo digo yo. Recuerda que eres menor de edad.

—¡Ja! Me quedan dos semanas para cumplir dieciocho. Y no me iría contigo ni muerta. Te odio.

—Ah, ¿sí? Y qué vas a hacer. ¿Llamar a tu Kylian? Ya viste que es un puto drogadicto. Y ya se habrá tirado a medio Seattle. No creo que se acuerde ni de tu nombre.

Mi padre me agarra de nuevo, esta vez por el antebrazo. Puedo sentir sus uñas hundiéndose en la fina piel de mi muñeca y un agudo escozor se instala en la zona que él se empeña en presionar.

Clavo mis pupilas, convertidas en témpanos de hielo, en sus ojos y sostengo su mirada sin vacilar.

—Como no me sueltes ahora mismo voy a llamar a Jack y le voy a contar lo que acabo de escuchar. Dudo que Kylian se lo haya contado, si no, te aseguro que estaríais muertos.

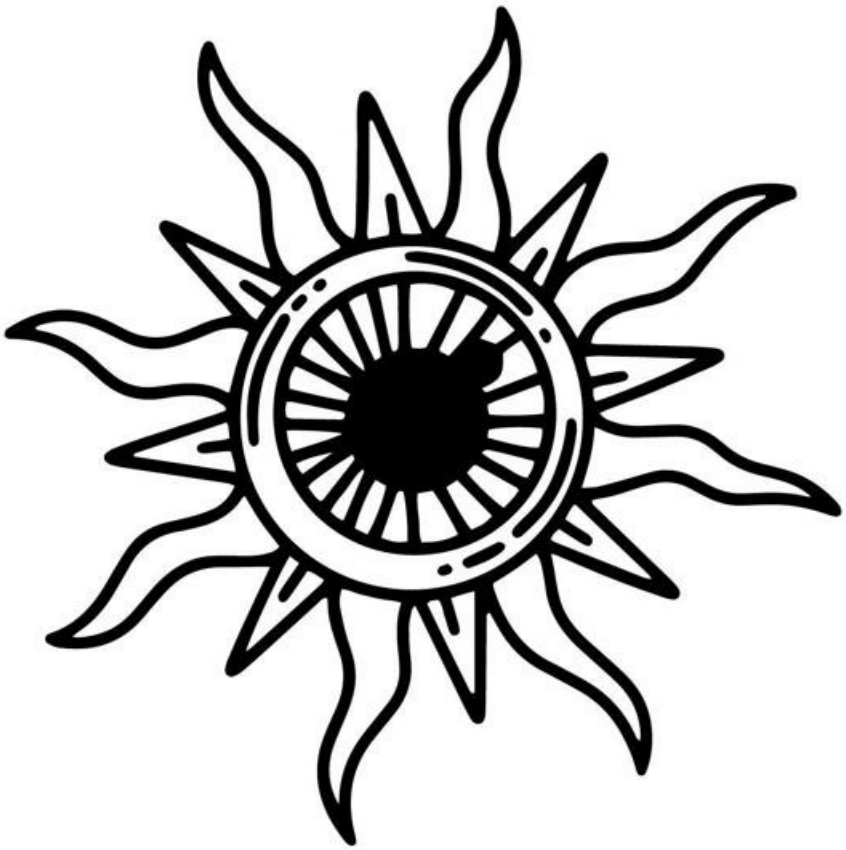
Mi padre me suelta al instante y se da la vuelta para echar un escupitajo en la fregadera. Ben permanece inmóvil. Y mudo. Siempre con esa pasividad, esa cara de no enterarse de nada. Menudo zorro está hecho mi hermano. Le odio en este momento tanto o más que a mi propio padre. Su traición me duele más que nada en el mundo. Por cruel. Por inesperada.

Me doy cuenta en este instante de los celos enfermizos que Ben siempre ha sentido hacia mí. Supongo que Kylian, en el pasado, habría sido la gota que colmó el vaso e hirió de muerte el ya maltrecho ego de mi *querido* hermano.

Después de la escena tremebunda que acabo de presenciar, saco mis cosas del interior del camión y las subo a mi habitación ante la insólita mirada de esos dos desgraciados. La casualidad ha hecho que me quitara la venda con la que ellos mismos habían cubierto mis ojos la noche de la graduación de Kyl.

Maldigo mi incapacidad para darme cuenta de la verdad. Mi padre y mi hermano han alimentado mi inseguridad durante los últimos años. Han manipulado mi percepción y han

construido a nuestro alrededor una realidad paralela, completamente falsa, en la que Kylian solo era el chico cobarde y egoísta que había abandonado a su madre para hacer el golfo por la ciudad.



22
Cat

Los días se suceden con lentitud. La decepción da paso a la tristeza. La soledad se ha convertido en mi aliada y me he acostumbrado a vivir aquí encerrada como una ermitaña.

Soy consciente de que esta situación es insostenible. Por suerte, Jack se ha portado muy bien conmigo. Bastó una simple llamada para que me permitiese quedarme en su casa hasta que decidiera qué hacer con mi vida, sin preguntas: «Quédate el tiempo que necesites, Cat. No tienes que darme explicaciones».

La única condición que me ha puesto ha sido que mantenga la casa recogida y no deje que las flores del jardín se echen a perder.

Y eso he hecho. Me he tomado su petición al pie de la letra y he dedicado todos estos días a limpiar cada rincón de la vivienda y a ordenar el caos que se había adueñado de la ella desde que Sophie nos dejó.

No tengo palabras para agradecer a Jack lo que ha hecho por mí. Desde luego, si no llega a ser por él, quizás ahora estaría vagabundeando por las calles del pueblo.

Con el alma rota, me enfrento al momento de entrar en la habitación que compartían mi padre y Sophie. La ropa ya no está tirada por el suelo, sino que reposa sobre una silla, y la maleta se encuentra en un rincón, ya vacía. Contemplo la cama y un nudo se me queda atravesado en la garganta impidiéndome casi respirar. Borro de manera instintiva la imagen del cuerpo inerte de Sophie sobre el colchón. Fui yo quien descubrió el macabro final que ella misma había elegido.

Y jamás seré capaz de apartar de mi mente esa imagen.

Comienzo a recoger la ropa, a doblarla y a guardarla en el armario. De momento, no puedo hacer nada más. Yo no soy nadie para decidir qué hacer con todo eso.

De pronto, al ir a guardar una de las prendas en una balda del armario, diviso algo que me llama la atención. Parece una caja. La palpo y la atraigo hacia mí. No hay duda. Se trata de una caja de cartón, de tamaño mediano y con el fondo de color negro brillante. Toda la superficie está decorada con dibujos de soles y lunas de un ligero tono plateado. Es preciosa. Abrazo contra mi pecho el misterioso objeto y me siento en el suelo, con las piernas cruzadas. Apoyo la caja sobre mis muslos y la abro, empujada por una curiosidad descomunal que eleva el ritmo de mis latidos.

Lo primero que encuentro es una hoja plegada. La desdoblo con sumo cuidado. Compruebo, atónita, que se trata de un billete de autobús. Miro la fecha y mi corazón se salta un latido. No doy crédito a lo que veo. El billete corresponde al día posterior a la muerte de Sophie. Un billete de ida a Seattle. Las lágrimas se agolpan sin permiso en las cuencas de mis ojos hasta que brotan de estos como un manantial, empapando el papel que sujetan mis manos.

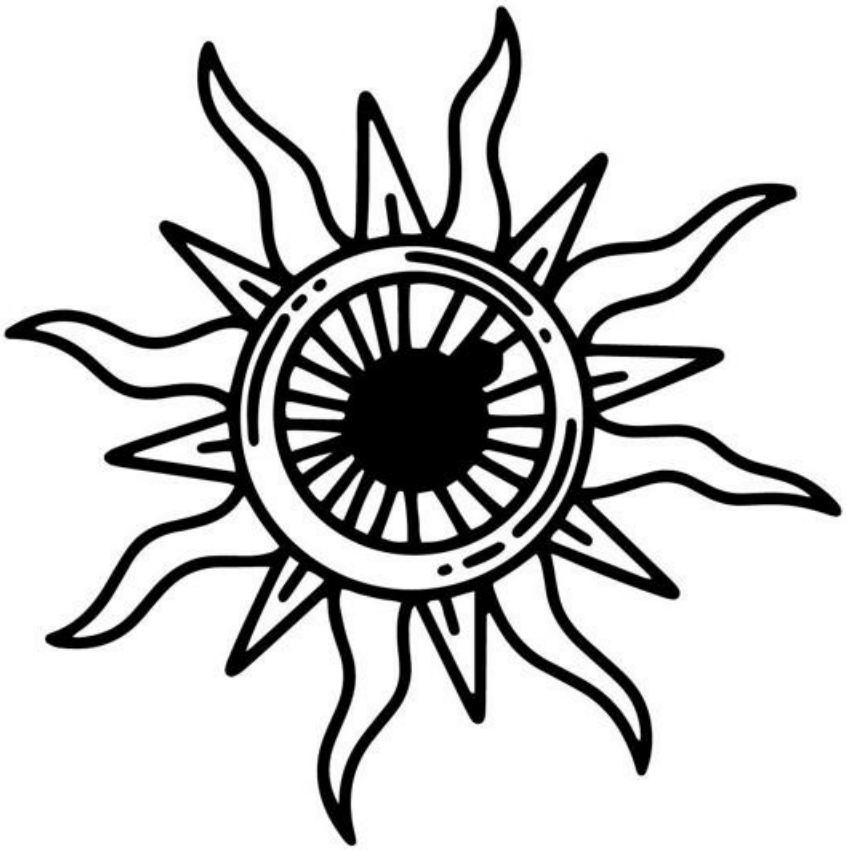
Cuando mis ojos se secan, examino con detenimiento el contenido de la caja. Una cartulina gruesa, tamaño folio, reza el título: *Si la luna brilla*. Curioseo el resto del contenido: bocetos de dibujo, todos ellos relacionados con la luna, el sol y las estrellas; ilustraciones impresas; una figura masculina y una femenina presentes en gran parte de las hojas; notas escritas a mano, y una tableta gráfica.

Lo que tengo ante mí es una especie de borrador. Un intento de *algo*. Una historia por terminar.

Esbozo una sonrisa al darme cuenta de la similitud que muchos de los bocetos tienen con la historia que Kylian me había contado durante nuestra primera noche sobre el tejado: la leyenda de Malina y Annigan, dioses del sol y de la luna. Me limpio las lágrimas con la manga de la sudadera y suspiro hondo. Recuerdo que Kyl me contó que su madre adoraba esta antigua leyenda.

¿Era posible que Sophie nos estuviera lanzando una señal? ¿Por qué me veo reflejada, con total certeza, en esos trazos? ¿Por qué aquella figura difusa que vuela tras el sol me recuerda tanto a Kylian?

Tengo una corazonada. Quizás Sophie siempre había conocido nuestro secreto. Quizás esta era su manera de demostrarlo. No me cabe duda de que si la madre de Kylian hubiese tenido fuerzas suficientes para seguir arrastrando su miserable vida, habría hecho todo lo posible por escribir un final feliz para la historia. Nuestra historia. La historia de un amor secreto que quizás nunca fue tan secreto como Kylian y yo pensábamos.



23
Cat

Cuatro meses después

Mi móvil comienza a sonar justo cuando acabo de emprender la marcha para realizar la siguiente ruta que marca mi PDA. Es tal el presentimiento de que se trata de él, que tengo que detener la marcha sobre mi patinete eléctrico en medio de Broad Street, a riesgo de ser arrollada por la marabunta de vehículos que circulan a estas horas por la avenida. Me echo a un lado con rapidez y, una vez a salvo, apostada en el arcén, extraigo el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón y compruebo con frustración que el tono de llamada ha dejado de sonar.

«Mierda, mierda y mierda», me repito a mí misma recriminándome no haber sido más rápida. Desbloqueo la pantalla y mi rostro se ilumina al comprobar que mi intuición no ha fallado.

Sin pensármelo ni un segundo, marco con mi tembloroso dedo índice el número de Jack.

—Hola, Cat.

—¡Hola, Jack!

—Ya está. Ha vuelto a casa.

Por unos instantes cierro los ojos, compongo una amplia sonrisa y aprieto el teléfono contra mi pecho. Me embarga una mezcla de sentimientos que no sabría definir muy bien. Por un lado, siento una inmensa felicidad, acompañada de una pequeña dosis de esperanza, pero, por otro

lado, una amarga sensación de miedo se adueña de mis entrañas y me produce un escalofrío.

—Muchísimas gracias, Jack.

—Gracias a ti, bonita —responde Jack con tono amable—. Ahora haz lo que tengas que hacer.

—No tardaré —afirmo con rotundidad, al tiempo que muerdo con nerviosismo mis labios sonrientes.

Me despido de Jack y guardo de nuevo el teléfono en el bolsillo. Me ajusto bien las cintas de la mochila portaobjetos y salgo disparada para realizar el último reparto de la tarde. No veo la hora de llegar a casa para poder contárselo a los chicos y para tumbarme sobre mi cama y tratar de ordenar el torbellino de sentimientos que me golpean el pecho con tanta fuerza que parece como si mi corazón fuese a estallar en mil pedazos.

Llego a la cita a la hora acordada y me veo gratificada con una generosa propina por parte del cliente. Soy buena en mi trabajo y, además, he comprobado que con una bonita sonrisa las propinas llueven sin necesidad de hacer nada. Quizás este no sea el trabajo de mis sueños —sin duda, no lo es— pero me permite poder vivir sin depender de nadie. No me quejo, hoy en día no es muy habitual ver a una chica de mi edad —dieciocho años recién cumplidos— sacarse las castañas del fuego y vivir de forma independiente.

No ha sido un camino de rosas y no podría haberlo conseguido sin la ayuda de Jack. Le debo todo a ese hombre y a su infinita bondad.

Cruzo media ciudad a toda velocidad montada en mi patinete. Cuando me trasladé a esta ciudad, me vi obligada a comprar este cacharro con los pocos ahorros que tenía para conseguir mi actual empleo como repartidora. Y he de reconocer que se ha convertido en mi medio de transporte habitual, no solo para trabajar, sino también para mi día a día.

Seattle es una ciudad grande, mucho más grande que cualquiera de los pueblos en los que he vivido hasta ahora. Mi pequeño apartamento se encuentra en el distrito Universitario, al noreste de la ciudad, un poco alejado del centro, con lo cual el patinete me es muy útil tanto para mi trabajo como para mis trayectos diarios a la academia, donde me estoy formando con el fin de alcanzar mi sueño: ser tatuadora.

Llegué a esta ciudad hace apenas dos meses, en febrero, con dos objetivos muy claros: uno de ellos era conseguir la certificación necesaria para trabajar como tatuadora; el otro… el otro aún no lo he conseguido, pero la llamada de hoy me hace pensar que puedo estar un poco más cerca de ello.

Llego a casa y me sorprendo gratamente al encontrar a mis dos compañeros trasteando en la cocina.

—¡Buenas noches, Cat! —saluda Lizzy con alegría.

Lizzy es el alma de esta casa. Sin ella las noches de manta y sofá —cuando logramos coincidir los tres— no serían lo mismo. Es nuestra asesora televisiva, siempre elige ella las series y tiene un don para ello, porque, hasta ahora, ha acertado con todas las que ha elegido. Quizás sea porque Lizzy posee una extraordinaria empatía y tiene una especie de radar mental con el que disecciona todos tus pensamientos, tu estado de ánimo… todo.

—¡Hola, chicos!

Kevin, muy concentrado mientras amasa con tenacidad la base de la *pizza* —como si tuviese la cabeza puesta en sus insufribles fórmulas matemáticas y sus algoritmos—, levanta la vista un segundo por encima de sus gafas y me saluda con un ligero movimiento de cabeza.

De pronto, tuerce la boca en una mueca seria y refunfuña:

—Jodeeer, es que basta que tenga las manos ocupadas para que empiece a picarme todo.

¡Mierda!

Lizzy y yo intercambiamos una mirada cómplice y soltamos una carcajada.

—¡Lizzy! ¡Ráscame la nariz, por favor, que me va a dar algo!

La rubia se acerca, pizpireta, hasta Kevin mostrando una sonrisa divertida.

—Voooy, chico, voy… No seas impaciente. Si no nos dices dónde te pica no pretendas que corramos a frotarte todo el cuerpo.

Kevin la mira con los ojos como platos, aún más dilatados tras el cristal de sus gafas. Lizzy le frota la nariz con ganas, haciendo que este, con las manos hundidas en la masa de *pizza*, sacuda la cabeza de lado a lado para desprenderse de ella.

—¡Yaaa! ¡Bruta!

Contemplo esta escena con cara divertida hasta que decido intervenir:

—Nada, ¿eh? Vosotros a lo vuestro. Podéis seguir haciendo como que no estoy.

—Vaya, la princesita se siente ignorada —se burla Lizzy haciendo un mohín con los labios.

Lizzy se aproxima a mí con la intención de darme un abrazo y yo me dejo querer. Mi compañera es la reina de los abrazos y de los mimos y, aunque a veces es un poco empalagosa, no puedo negar que en el fondo me encanta sentirme así de querida. No son buenos tiempos para mí y es bonito —y necesario— tener un hombro en cual apoyarse cuando lo necesitas.

—¡Te quiero, mi niña! —exclama Lizzy.

Al separarse de mí se detiene un instante, escudriñándome con la mirada, a la vez que arquea una ceja de manera suspicaz.

—Estás rara.

Kevin levanta la vista, hasta ahora concentrada en la manoseada masa de *pizza* y siento cómo ambos me estudian con la mirada.

—¡No me digas que te ha llamado! —Lizzy sujeta mis manos con las suyas y cuando asiento con la cabeza me aprieta con fuerza y comienza a dar saltitos de alegría.

—Me alegro mucho, Cat —dice Kevin.

—Bueno, a ver, eso no quiere decir nada. No tiene por qué salir bien —declaro en voz baja, como si estuviese tratando de frenarme a mí misma, de reprimir ese pequeño atisbo de ilusión que ha nacido en mí hace apenas unas horas.

—No digas eso ni en broma. Es un primer paso. El paso que necesitabas para quitarte esa espinita que tienes clavada aquí. —Lizzy posa su dedo índice sobre mi corazón y da unos golpes suaves sobre este.

Mi compañera, mi gran apoyo. Esta rubia loca con mechas multicolores ha sido mi salvación desde que caí en esta ciudad un frío día de febrero, hace apenas dos meses.

Jack se encargó de buscarme un lugar donde vivir. Tras una ardua investigación y varios contactos con potenciales compañeros de piso, el destino o la casualidad hicieron que una tarde Lizzy apareciera en su tienda de discos y le preguntara si podía poner un cartel en el tablón de anuncios que posee el comercio.

BUSCAMOS COMPAÑERO O COMPAÑERA DE PISO QUE SE DUCHE TODOS LOS DÍAS Y AMANEZCA CON UNA SONRISA EN LOS LABIOS

Cuando, días después, me enteré de lo que ponía en dicho anuncio, me pregunté por qué Lizzy y Kevin me habían escogido a mí. Obviamente, me ducho todos los días. Pero lo de amanecer con una sonrisa… Eso ya es otro cantar. Supongo que algo verían en mí para aceptarme como a una más en su micromundo.

—¿Cuándo vas a ir? —pregunta Kevin.

Agacho la cabeza. Ahora que ha llegado el momento, el miedo comienza a invadirme y tiemblo solo de pensar en un posible rechazo. Me doy cuenta de que he idealizado tanto este momento que hasta ahora no me he parado a pensar en ello con objetividad. Y eso me asusta.

Me encojo de hombros y Lizzy, que se percata de mi inseguridad, intenta quitarle hierro al asunto.

—Déjate llevar por tu instinto, por tu yo interior. Nunca falla —afirma con solemnidad—. Y si falla, ¡pues aquí nos tienes a nosotros!

En estos momentos me gustaría ver el mundo a través del prisma de color rosa desde el que lo contempla Lizzy. Siempre tan positiva, tan llena de energía…

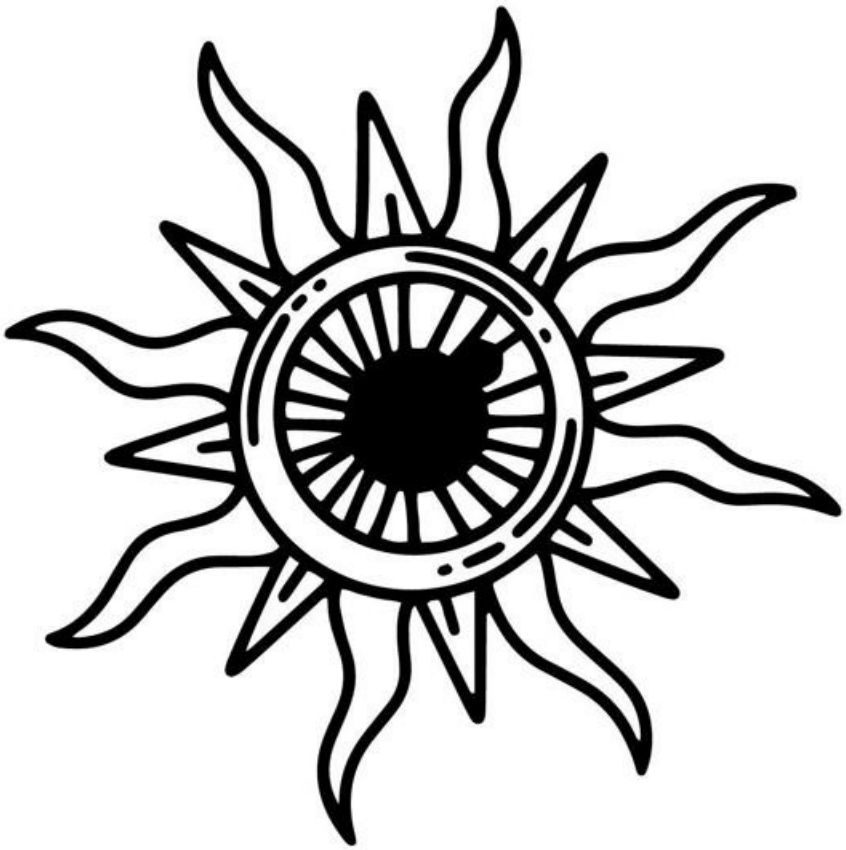
No hay duda de que el día que aterricé en esta casa, en cierto modo, me tocó la lotería. Mi mundo dejó de ser un océano de sombras oscuras y unos, apenas perceptibles, rayos de luz comenzaron a iluminar mi camino.

Pasado un tiempo, después de devorar la exquisita *pizza* y permanecer un rato tirados en el sofá, me despido de mis compañeros y me voy a mi habitación.

Me tumbo sobre la cama, con los pensamientos sobrevolando mi cabeza como pájaros recién sacados de la jaula. Intento ordenarlos, planificar mis próximos pasos, pero la sangre fluye a borbotones por mis venas y me late tan fuerte el corazón que soy incapaz de concentrarme. Me incorporo y, acto seguido, me arrodillo en el suelo, estirando las manos por debajo de la cama.

La toco. Ahí está. Atraigo hacia mí la caja y me levanto sosteniéndola entre mis manos. Esta caja es el segundo motivo por el que, cargada con un saco rebosante de penas y desilusiones, he venido a parar a esta húmeda y oscura ciudad. La Ciudad Esmeralda. Así la llaman. Verde esmeralda. Verde ¿esperanza? Ojalá.

Paseo mis ojos por la brillante tapa y deslizo mis dedos temblorosos sobre su superficie. Quién sabe si en su interior se hallará la llave para enmendar lo que se resquebrajó en mil pedazos aquella maldita noche de verano.



24

Cat

Han pasado varios días desde me llamó Jack para anunciarme la salida de Kylian de la clínica de desintoxicación.

Durante este tiempo he imaginado este momento de mil maneras diferentes. He soñado despierta con cómo sería nuestro reencuentro, he sufrido pesadillas mientras dormía, he vacilado y decidido no venir, al menos, media docena de veces.

Sin embargo, aquí estoy, dispuesta a reescribir la historia, esta vez, siendo la protagonista y tomando las decisiones que haya que tomar. Por mí misma. Me equivoque o no.

He dudado mucho. Por un momento pensé en traer conmigo la caja. Al fin y al cabo, es el motivo por el cual estoy hoy aquí. Al menos, de eso trato de convencerme a mí misma. Finalmente, he decidido no hacerlo. Si la situación ya me parece un tanto brusca y forzada, el hecho de soltarlo todo así, de sopetón, podría arruinar nuestro encuentro. No tengo prisa. Después de todo, han pasado tantos años que ahora no es el momento de querer pisar el acelerador. No sé lo que me voy a encontrar, cómo me va a recibir… Quizás Kylian haya pasado página. Quizás me haya olvidado y no quiera saber nada de mí. Lo entendería. Tampoco es que yo haya puesto demasiado de mi parte estos últimos años. Aquí la mierda nos salpica a todos.

A pesar de mis inseguridades, no me amilano. He de hacerlo. Sé que no puedo continuar mi camino si no cierro este capítulo de mi vida. Si no lo intento. Un capítulo que se vio interrumpido por culpa de personas ajenas a lo que él y yo sentíamos. A lo que éramos.

No he dudado ni un segundo de que debía traer a Rocky conmigo. Ese singular gato de peluche fue testigo mudo del momento en el que Kylian y yo construimos los cimientos de nuestra relación. Es un símbolo. Lo llevo escondido en el amplio bolsillo interior del anorak.

Abro la puerta de la tienda muy despacio, como si no quisiese que se percatara de mi presencia. Enfundada en mi anorak de plumas negro y con la capucha de la sudadera puesta, comienzo a caminar por los pasillos, entre filas y filas de discos. El local es aún más bonito de lo que recordaba. La luz tenue y de un tono ambarino le confiere un aspecto muy íntimo y le aporta calidez. La música, sin estar demasiado alta, envuelve el lugar de un modo sutil y te transporta a la década de los noventa, en pleno apogeo de la música *grunge*.

Hay poca gente en el interior de la tienda. Observo de reojo a las personas que tengo alrededor hasta que mis ojos alcanzan una figura que permanece de pie al fondo del local. Su silueta, bañada por los hilos de sol que penetran a través de la puerta, se me hace inconfundible pese al tiempo que ha transcurrido desde el día en que nos separamos —sin contar los escasos minutos que permaneció en casa el día que murió su madre—. Sus hombros rectos y sus brazos fornidos enmarcan a la perfección ese torso que tantas veces deseé acariciar y que en tan contadas ocasiones tuve el valor para hacerlo. La garganta se me reseca y me veo obligada a tragar saliva.

Lo observo con disimulo. Se encuentra tras una hilera de expositores repletos de vinilos. Parece concentrado. Con los dedos de su mano derecha va pasando uno a uno los discos de una de las bandejas, como si estuviese buscando algo. Me aproximo a él, sigilosa. Mi corazón está a punto de atravesar mi garganta y salir expulsado por mi boca. Las piernas me flaquean y las manos me tiemblan.

Me coloco frente a él, al otro lado de la fila de discos. Antes de ejecutar mi siguiente movimiento, detengo mi vista en su rostro. Sus pómulos marcados hacen que sus pequeños ojos azules parezcan dos puntitos negros en medio del océano. Su mentón, cubierto por una incipiente barba de color oscuro, le da a Kylian un aspecto tremendamente atractivo. Más maduro. Más hombre. Kyl retira su mano un segundo para revolver su pelo castaño y yo aprovecho para alzar mi mano temblorosa y posarla sobre la fila de discos. Deslizo mi dedo índice por el mismo vinilo en el que Kylian tenía apoyada su mano y, cuando él retoma de nuevo su búsqueda, nuestras pieles chocan. Lo vuelvo a sentir. La misma electricidad. La misma conexión. Es increíble cómo las sensaciones que nacen de lo más profundo de nuestro corazón permanecen ahí, nunca se marchan. Aunque en el plano físico la distancia nos haga parecer que ya no hay nada, que el fuego que se desató se ha extinguido, los sentimientos verdaderos siempre se quedan. Las cenizas permanecen intactas. Humeantes. Vivas.

Sus ojos se abren de par en par al reconocerme y se clavan en mi rostro, como dos puñales, rasgando todas las cicatrices que cubren mi piel, aún abiertas.

Le sostengo la mirada y una sonrisa triste se dibuja en mis labios que solo aciertan a decir:

—Elige siempre el que más te haga sentir.

Kylian palidece y noto cómo traga saliva con dificultad.

—Siempre —pronuncia con voz ronca.

Los recuerdos caen sobre mí como una pesada losa que me corta la respiración. Me asalta la imagen de aquel instante en el que Kylian y yo sellamos, sin saberlo, un pacto de complicidad que no tendría fin.



25
Kylian

Me cuesta un mundo reaccionar ante la inesperada aparición de Cat. No puede ser. ¿Cat en Seattle?

Me quedo petrificado.

A pesar de su atuendo, camuflada en un anorak oscuro y con la capucha de su sudadera puesta, habría reconocido esos ojos aunque ella no hubiese pronunciado ni una sola palabra. Esa mirada felina, achispada y profunda, que me atrapó la tarde en la que sellamos nuestro trato, no se olvida así como así. De hecho, la llevo grabada a fuego y siempre la busco en los ojos de otras chicas. Sin resultado.

—¿Cat? Pe-pero ¿qué haces tú aquí?

—Pues… —A pesar de ser ella la que ha aparecido en la tienda como caída del cielo, dejándome descolocado, parece estar más nerviosa que yo—. Tu-tu abuelo me dio la dirección. Ahora vivo aquí.

—¿En Seattle? —interrogo con sorpresa.

—Sí. Hacía tiempo que pensaba venir a verte. Pero…

Por un momento, siento vergüenza de mí mismo, de lo que he pasado estos últimos meses, de la basura en la que me convertí antes de tocar fondo.

—Bueno, he estado fuera —titubeo apartando la vista.

—Lo sé —responde. Me pregunto hasta qué punto sabrá Cat dónde he pasado este tiempo.

Un incómodo silencio se instala entre ella y yo. No sé cómo actuar. Después de todo lo que pasó entre nosotros, de mi bochornosa actuación el día que murió mi madre, de verla con Henry…

De pronto, la puerta de la tienda se abre y ambos nos giramos hacia ella. Mi abuelo hace acto de presencia en el local de la manera más oportuna. Suspiro aliviado y me separo un poco de Cat para permitir que el aire, que se había estancado entre nosotros, fluya de nuevo.

En un primer momento, parece no reconocer a Cat, pero cuando esta se baja la capucha de la sudadera, Jack le muestra una amplia sonrisa y se acerca para estrecharla entre sus brazos.

—¡Cat! ¡Qué agradable sorpresa!

Ambos se funden en un abrazo y yo no puedo evitar sentirme como un imbécil por mi falta de iniciativa.

—¿Qué tal estás, Jack? —pregunta Cat.

—Muy bien. Ya sabes, chocheando un poco, pero no me puedo quejar. ¡Por suerte ya tengo aquí a mi chico de nuevo para que me eche un cable!

Mi abuelo me revuelve el pelo con la mano y pasea su mirada interrogante entre mi rostro y el de Cat.

—Kylian, puedes salir un rato, si quieres. Ya me quedo yo atendiendo esto. Cat y tú tendréis muchas cosas que contaros.

La morena y yo cruzamos una mirada fugaz y es ella la que toma las riendas de la situación dirigiéndose hacia mí.

—Si quieres, podemos tomar un café… o algo.

Me observa expectante y puedo leer la inseguridad en sus ojos, aunque intente hacer como si nada, como si fuésemos dos amigos que hace tiempo que no se ven, como si nuestra historia no hubiese terminado como terminó. Es imposible borrar todo aquello, aunque lo deseemos con todas nuestras fuerzas.

Por fin, pongo los pies en el suelo y reacciono.

—Está bien. Si me esperas un segundo, voy a coger mi cazadora.

—Sí, claro.

—Puedes echar un vistazo a los discos. Creo que te gustarán.

Ella asiente con la cabeza y curiosea por el interior del local. Sonrío para mis adentros porque tengo la certeza de que Cat estará impresionada ante la imponente colección de discos que se amontonan por cada rincón de la tienda de mi abuelo.

Me dirijo a las escaleras que conducen a la entreplanta y las subo camino a mi habitación. Cuando entro, cierro la puerta tras de mí, de un portazo, y apoyo mi espalda contra ella durante unos segundos. Cojo aire y lo expulso de inmediato en un fuerte resoplido. Tres veces repito el mismo gesto hasta que, por fin, espabilo y rebusco mi cazadora de cuero entre la ropa que se acumula sobre la silla.

Antes de regresar a la planta inferior, me meto en el baño, donde me lavo la cara con la intención de bajar un poco mi temperatura corporal. Me miro al espejo. Estoy colorado y mis pupilas brillan como si tuviese fiebre. Siento un sudor frío que recorre mi cuerpo y las palpitaciones trepan sin piedad por mi garganta. La ansiedad vuelve. A pesar de haber superado supuestamente mi adicción, aún es pronto y me da la sensación de que mi cuerpo aún necesita alguna sustancia que aplaque los nervios, algo que me haga no sentir.

Gruño en voz alta, lleno de rabia. Este demonio que habita en mí no puede ganar la batalla. No sería justo para las personas que me quieren.

Salgo del baño con prisa y desciendo de dos en dos los escalones huyendo de mis propios

pensamientos, a la vez que me coloco la cazadora de cuero.

—¿Vamos? —propongo a Cat, mientras me despido de mi abuelo con la mano.

—Vale —asiente ella—. Adiós, Jack.

—Adiós, preciosa. Ven cuando quieras y te invitamos a cenar.

—Lo haré —responde la morena sonriendo a mi abuelo con complicidad.

Salimos de la tienda. Permanecemos unos instantes callados, indecisos, mirando a ambos lados de la calle.

—¿Dónde quieres ir? —pregunto.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

«Vaya con la preguntita». Se me forma un nudo en la garganta.

—Dudo que lo tengamos —afirmo dejando escapar un suspiro y clavando mis ojos en el asfalto.

Cat me taladra con su tierna sonrisa y no puedo evitar elevar la vista. Es ella, pero, a la vez, está diferente. Ya no es esa niña flacucha que deambulaba por nuestra casa con su gato de peluche a cuestas. Joder, me avergüenzo de mí mismo al recordar todo lo que ese cuerpo en pleno desarrollo me hacía sentir. Entonces no lo veía, pero ahora, al ver de nuevo a la chica de los ojos de gato, me doy cuenta de que quizás había corrido demasiado con ella. Madre mía, catorce años. Es cierto que la edad nunca fue más que un absurdo número para nosotros, pero, visto desde la distancia, siento cierto vértigo por todo lo que ella y yo hicimos —y por lo que no llegamos a hacer—.

Ahora Cat está distinta. Su cuerpo sigue siendo menudo, pero su ropa amplia no consigue disimular las sutiles curvas que se dibujan a la altura de su pecho y de sus caderas. Paseo sus ojos por su figura hasta que termino perdido en las facciones de su rostro, que lucen un poco más marcadas, aunque sigue teniendo esa cara angelical que desborda dulzura.

Se me hace difícil dirigirme a ella porque no sé muy bien cómo tratarla. ¿Debería actuar como si no hubiese pasado nada? ¿Como dos viejos amigos que se reencuentran unos años después? ¿O, quizás, como la persona a la que amé rompiendo todas las barreras de la moralidad?

Me sacudo la cabeza y ella se mantiene en silencio, sin dejar de mirarme con una mezcla de compasión y afecto.

—No digas eso, Kyl. Estoy aquí y no me voy a ir a ningún lado.

Arqueo las cejas, y una ilusión que no deseo sentir se va apoderando de mí. Pienso en el afortunado de Henry, en su hermano y en el maldito Murray. Pienso en mi madre. No me atrevo a preguntar. No quiero saber.

—¿Conoces el barrio? —la interrogo, en un intento de romper el hielo.

—¿Fremont?

Asiento con la cabeza.

—No. Bueno, en realidad, se podría decir que he recorrido toda la ciudad, pero… sobre ruedas.

Yo arqueo la ceja y la miro con gesto interrogante.

Cat da unos pasos hacia la derecha invitándome a seguirla. Doblamos la esquina y nos situamos frente a un patinete eléctrico un tanto deteriorado.

—¡No! —exclamo con incredulidad—. Este cacharro ¿es tuyo?

—¡Oye! ¡No es ningún cacharro! —responde dándome un codazo—. El cacharro, como tú dices, me costó todos mis ahorros y, ahora mismo, es el que me da de comer.

Frunzo el ceño mostrando mi confusión, pero Cat no me da opción a preguntar.

—Vamos donde tú quieras. Tú me guías y yo conduzco —propone risueña.

Siento un miedo irracional, y no precisamente al patinete eléctrico, sino a lo que este encuentro está despertando en mí a pasos agigantados. No puedo. No quiero revivir el pasado.

—¡Vamos, Kylian! Solo es un rato, te prometo que te devolveré sano y salvo a tu abuelo.

Cat se aproxima al patinete y se sube sobre él.

—¿Vienes o te quedas?

«Por supuesto que voy».

Me subo tras ella y le rodeo la cintura con mis brazos. Aspiro el aroma de su cabello y me estremezco. Sentir su cuerpo tan cerca me obliga a contener la respiración durante unos segundos.

—Guíame —me apremia—. Tú mandas. Pero ¡no te acostumbres!

«Joder, sería muy fácil acostumbrarme a esto».

Cat arranca el patinete y escucha con atención las indicaciones que le susurro al oído.

A los pocos minutos, llegamos a nuestro destino y aparcamos el patinete en una zona acondicionada para ello.

—¡El famoso Trol de Fremont! —exclama con los ojos abiertos de par en par.

—Si quieres, podemos pillar unos perritos calientes y nos sentamos por aquí. Total, ya es la hora de comer y hasta la tarde no tengo que volver a la tienda.

—Perfecto —acepta Cat risueña. La observo embobado un instante. Y pienso que esa sonrisa suya podría iluminar esta ciudad desde su extremo norte hasta el sur. Me obligo a apartar la vista. No quiero que se dé cuenta de mi vulnerabilidad y de lo que provoca su presencia en mí. Cat es tan bonita que hasta duele.

Compramos un par de perritos en un puesto ambulante y dirigimos nuestros pasos hacia la estatua.

El Trol es una gigantesca obra esculpida en piedra, anclada bajo el puente Aurora, que atrae a gente de todas partes por su rareza y su originalidad. Nunca he tenido muy claro qué pinta semejante monumento en este lugar, pero reconozco que, desde que mi abuelo me trajo aquí por primera vez, siempre me ha parecido un sitio muy peculiar con bastante encanto.

Me dispongo a escalar por los dedos de piedra del famoso trol, pero antes le tiendo la mano a Cat para que me acompañe. Ella acepta y en unos segundos los dos nos encontramos sentados sobre la fría mano del monstruo de piedra. Saco de la bolsa los perritos calientes y le ofrezco uno a Cat.

Tras unos segundos de silencio, vuelvo mi rostro hacia ella, que tiene la mirada perdida en el infinito.

—No sé qué haces aquí, ni para qué has venido, pero me alegro mucho de verte.

Cat traga saliva y clava sus preciosos ojos verdes en los míos.

—Hay muchas cosas que te quiero contar. He esperado demasiado tiempo.

—Siento mucho lo que hice el día que murió mi madre. Fui un patán. Cada día que pasa, cada mañana, cuando abro los ojos, me avergüenzo de mi comportamiento. Y me arrepiento. No solo de eso, de muchas cosas más.

—Mi padre te provocó, Kylian. No te culpes solo a ti. Yo también estaba ahí y lo vi todo.

Me encojo de hombros y me paso una mano por el pelo. Es verdad que estaba allí. Tan cierto como que estaba acompañada. Al pensarlo no puedo evitar sentir de nuevo una punzada en el corazón. No tengo derecho a echárselo en cara. Fui yo el que desapareció. El que huyó. Fue una marcha forzada, pero echando la vista atrás y con el peso de la madurez y la experiencia sobre mis hombros, me doy cuenta de que, quizás, me rendí demasiado pronto. En su día me

convencí a mí mismo de que había sido la mejor opción, pero, ahora, teniendo delante esa carita, aún aniñada, y esos ojos que me acarician el alma, tengo dudas. Dudo de todo, de cada uno de los pasos que he dado los últimos años y que me han traído hasta este momento y este lugar.

Un silencio nos envuelve durante unos segundos, pero para nada es una situación incómoda. Podría pasarme así horas y horas. Días. Meses. Toda la vida.



26
Kylian

—Kylian.

—Dime.

—Mi padre no solo fue un capullo el día del funeral.

—Ya lo sé. Yo también vivía allí.

—Ya, bueno, me refiero a después de…, ya sabes.

Trago saliva con dificultad. Me cuesta tanto rememorar aquella maldita noche. Agacho la cabeza y me masajeo las sienes con ambas manos, como si buscase, de este modo, expulsar los pensamientos que me aturullan.

—¿Te refieres a después de que yo me marchara?

—Sí. Tu madre… Tu madre se derrumbó. —Elevo las rodillas para hundir mi cabeza entre estas—. Nunca volvió a ser la misma.

—Pero no hizo nada para que yo volviera. Ella pudo elegir y lo eligió a él —sostengo haciendo un gran esfuerzo por controlar la ira que comienza a trepar por mi garganta.

—¡No hables así! No sabes nada, Kyl. Tú no eras el centro del mundo. ¡No todo giraba en torno a ti! —El tono de Cat es duro. Sin embargo, su voz tiembla y sus ojos comienzan a adquirir ese brillo especial que precede al llanto y del que tantas veces fui testigo.

—Nunca lo pensé.

—Nosotras —titubea— estábamos engañadas. Y Sophie vivía como un pájaro enjaulado.

Mi padre la tenía anulada por completo.

Por un momento, se me pasa por la cabeza que, quizás, el capullo de Murray hubiese usado la violencia física contra mi madre. «Igual, por eso, ella nunca vino a buscarme».

—¿Murray le pegaba?

—Nunca llegó a las manos, Kyl. Pero, a veces, las palabras y las malas formas hacen más daño que los golpes —sentencia Cat cruzándose de brazos y frunciendo el ceño.

Elevo el torso y mantengo mi espalda erguida en un intento de relajar los hombros. Su respuesta me produce alivio, por un lado, pero, por otro lado, me causa una siniestra decepción. Mis pensamientos son oscuros, crueles. Sacudo la cabeza. «¿Es posible que esté pensando que preferiría que Murray hubiese pegado a mi madre solo para poder justificar, así, que ella no hubiera corrido a por mí cuando hui de casa?». Soy un ser mezquino. Deplorable.

Con el peso de la culpa aplastándome contra el suelo, decido dar por terminada esta conversación. No necesito esto ahora. Mi madre está muerta y nunca va a volver. Yo me tengo que curar. Olvidar. Los recuerdos duelen demasiado y siento que necesito atajar este dolor de la forma en que lo he hecho durante los últimos años. No conozco otra vía. Solo las drogas son capaces de calmar los demonios que se apoderan de mí.

Y Cat… Ella tiene que alejarse de mí y borrar todo lo que pasó. Empezar su vida desde cero. Sin mí. Yo ahora solo soy escoria. No quiero complicarle la vida.

Me levanto y la miro sin pestañear. Con los puños apretados y sintiendo que algo se quiebra dentro de mí, bufo:

—Cat, si has venido para revolver el pasado, será mejor que lo dejemos así. No quiero, no puedo escucharte.

Ella, con una mirada que denota una mezcla de estupor y decepción ante mi reacción, se pone en pie y se coloca a mi altura.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —respondo evitando su mirada.

Comienzo el descenso por la resbaladiza piedra de la estatua, sin siquiera echar la vista atrás, y aguardo, de espaldas a Cat, a que ella haga lo mismo.

—Me tengo que ir —afirmo lanzándole una mirada de soslayo. «Ni siquiera te atreves a mirarla a la cara. Puto cobarde», me increpo a mí mismo.

—Así lo arreglas tú todo.

Yo niego con la cabeza y lanzo un fuerte suspiro al aire.

—Es mi especialidad. —Finjo frialdad con el fin de ahuyentar a Cat. Necesito que se aleje. No quiero que me vea caer.

—No me esperaba esto de ti —dice con desdén para después añadir—: He sido una ingenua al pensar que en todos estos años habrías tenido tiempo para reflexionar, que estarías preparado, pero ya veo que no. Eres un egoísta. Mi padre tenía razón cuando lo decía.

Sus palabras se hunden en mi pecho como un puñal afilado. No le falta razón y eso es lo que más me duele.

Andamos a paso ligero hacia el lugar donde se encuentra el patinete. Me giro hacia ella y le digo:

—¿Sabes el camino a…? —Me doy cuenta de que ni siquiera sé dónde vive. Ni con quién—. A donde vivas.

—No soy idiota. Sé cuidarme sola, Kylian.

Cat se monta en el patinete y me lanza una última mirada. Una mirada suplicante. Una última oportunidad.

—Me voy andando —murmuro.

—Muy bien.

—Que te vaya bien, Cat. Aunque no te lo creas, me ha gustado verte. Ver que estás bien.

Ella endereza con fuerza el manillar del patinete y, antes de emprender la marcha, se introduce una mano por dentro de su chaqueta y extrae de su interior un objeto que me resulta muy familiar. Se trata de Rocky, el peluche de Cat al que yo me había comprometido a cuidar tras nuestro pacto. No cumplí mi palabra. También lo abandoné. Cat me lanza el muñeco y yo estiro los brazos con rapidez para cogerlo al vuelo.

—Toma, Kylian. Pensaba que te gustaría tenerlo, aunque si te soy sincera ahora mismo dudo hasta de eso.

Permanezco en el lugar, ni sé el tiempo, petrificado como la estatua que acabamos de visitar. Abrazado al gato de trapo. Pensando. En mi interior se ha desatado una lucha que hace que la adrenalina haya alcanzado niveles máximos, de alto riesgo para mí. Necesito canalizarla o me volveré loco.

Miro el reloj. Debería ir a la tienda, aunque estoy seguro de que, si le digo a mi abuelo que me cubra él esta tarde, no me pondrá ningún impedimento. Marco su número y, cuando me coge el teléfono, me invento una bonita película en la que estoy con Cat y voy a pasar la tarde con ella. Mi abuelo se muestra encantado y él mismo me propone que no vaya a trabajar en lo que queda de día. Él se ocupará de todo. Como siempre ha hecho.

Acto seguido, marco el teléfono de Luke.

—¿Qué tal, capullo? —responde mi amigo. Él siempre tan cariñoso.

—Ehhh, bien —titubeo—. ¿Lo has pillado ya?

Luke parece sorprendido, pero no dice nada al respecto. Se limita a contestar con un escueto «sí», con el que yo me conformo.

—Voy ahora. Lo necesito.

—De acuerdo, como veas. Donde siempre.

Emprendo el camino hacia mi destino a paso ligero. Por un momento dudo si acercarme a la parada de autobús o no, pero decido recorrer el trayecto hasta Belltown a pie. Después de todo, supongo que caminar me vendrá bien para despejar mi cabeza, que bulle como una olla a presión a punto de estallar en mil pedazos.

Subo el sendero de tierra que desemboca en el puente Aurora. La imponente estructura de acero, que descansa sobre el canal del lago Union, acoge mis pasos, que avanzan a marchas forzadas hacia el sur de la ciudad.

Cruzo el puente a través de su pasarela peatonal y, a cada paso que doy, noto cómo se me va encogiendo el estómago de manera lenta y tortuosa. Hace tiempo que no realizo este camino a pie y creo que he elegido el peor momento para hacerlo. La barrera antisuicidios —construida hace pocos años para impedir la ola de muertes que se venían sucediendo en el lugar—, se extiende a lo largo de todo el puente y engulle mis pensamientos devolviéndome las palabras que ha pronunciado Cat hace escasos minutos.

«Tu madre se derrumbó».

«Tu madre se derrumbó».

«Tu madre se derrumbó».

Y yo no hice nada. Ni siquiera lo había pensado. Porque solo pensaba —y pienso— en mí mismo.

Me detengo un instante, junto a uno de los postes de socorro. Observo el teléfono que cuelga de él. Un aparato con un número grabado —supongo que el número al que deberían de

llamar los potenciales suicidas en busca de consuelo o de desahogo— y tres letras: SOS. Me pregunto si alguna vez lo habrán utilizado. Si, una vez que decides quitarte de en medio, habrá alguna manera de que retrocedas, de que algo o alguien te haga cambiar de opinión.

«¿Y si mi madre me hubiese llamado aquella fría mañana? ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué se olvidó de mí?».

Casi sin aliento, bajo la vista y clavo mis ojos en el agua del canal. Me separan poco más de cien pies de altura. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y noto las lágrimas pugnando por salir de mis ojos. Algo explota en mi cerebro y, de repente, el dolor se convierte en ira. Sacudo la cabeza con rabia y me froto los ojos con las mangas de mi cazadora. Yo jamás haría algo así. No porque no tenga motivos. Lo que no tengo son agallas.

Casi una hora después llego, por fin, a mi destino. Contemplo el viejo edificio antes de entrar. Un lugar singular, de eso no cabe duda. Confieso que la primera vez que vine aquí con los chicos, nuestra cara era todo un poema. Un pabellón destartalado, en claro estado de abandono y lleno de pintadas, junto a una de las calles más transitadas de la ciudad. Curioso, cuando menos.

Me acerco al amplio portón —seguro que en una época anterior habría sido la entrada a un garaje— y toco el timbre.

Alguien, desde el interior, pulsa el botón que hace que la puerta se eleve.

Me adentro en el oscuro lugar y, al fondo, diviso a Frankie, apostado tras el pequeño mostrador fabricado con palés de madera apilados.

—¡Hola, Kylian! No te esperaba tan pronto.

—Hola, Frankie. Igual no puedo todavía…

—Sí, claro que puedes. Está pagado desde las cuatro hasta que queráis. Ya sabes que aquí por la noche no se echa el cierre.

—Vale. Perfecto.

—¿El de siempre?

—Sí.

Frankie se gira sobre sí mismo y desliza su mirada por los compartimentos que componen un gran panel sobre la pared. Se detiene en uno de los casilleros e introduce la mano en su interior.

Se vuelve de nuevo hacia mí y me entrega su contenido: una llave y un estuche negro alargado.

—Aquí tienes. Disfrútalo.

—Vale, tío —respondo sin demasiado entusiasmo.

Me alejo del mostrador y subo las escaleras que me conducen a la planta superior. Atravieso el largo pasillo casi hasta el final, dejando a ambos lados media docena de puertas, hasta que llego a la número siete. La abro con la llave que me ha dado Frankie y enciendo la luz.

Al verla, comienzo a sentir que mis pulsaciones van cogiendo velocidad y me embarga un ansia irrefrenable, tengo unas ganas locas de tocarla.

Lanzo sobre una silla mi cazadora de cuero y me abalanzo hacia ella. Me coloco en el taburete, abro la cremallera del estuche y saco de su interior las baquetas. Tiro el estuche al suelo y comienzo a dar pequeños toques a los platos de la batería. Voy calentando. Mis manos están frías por la humedad del habitáculo, pero, pronto entran en calor. Golpeo los timbales con fuerza, descargando toda la furia que me quema por dentro. Piso el pedal del bombo una y otra vez, sin descanso. Coordino mis pies, mis manos, mi cuerpo entero se mueve como poseído por el ruido, por los ritmos que marco. La rabia se difumina y desaparece entre las ondas sonoras que arranco a la batería. Un, dos, tres. Un, dos, tres.

«¡Dios, estoy tan excitado que casi tengo un puto orgasmo!».

Necesitaba esto. Necesitaba volver a sentirme vivo. La música corre por mis venas como la mejor de las drogas que me haya metido jamás. Sin esto, me sería francamente difícil prescindir de ciertas sustancias. Y, aun así, aunque acabe de alcanzar el éxtasis a golpe de batería en apenas unos minutos, dudo si esto podrá compensar otras necesidades que me persiguen y que suplican mi atención.

Dejo la mente en blanco y continúo aporreando el instrumento hasta que mis piernas flaquean y mis brazos no soportan un golpe más. Me dejo caer sobre la alfombra que reposa bajo la batería, bañado en sudor, y me hago un ovillo. Noto cómo mi corazón vuelve poco a poco a su ritmo habitual y cierro los ojos.

Espero en silencio un tiempo, no sabría precisar cuánto, hasta que oigo a los chicos que se aproximan por el pasillo.

Escucho la llave girar dentro de la cerradura y me incorporo de un salto. Creo que tengo un aspecto lamentable y pretendo disimular ante ellos.

La puerta se abre y ahí están: Luke, Jason y Will.

Depositan en el suelo sus instrumentos mientras yo avanzo hacia la entrada para fundirme en un abrazo con ellos, sobre todo, con Jason y con Will, porque hace meses que no los veo. A Luke sí, ya que él vino a buscarme a la clínica de desintoxicación junto con mi abuelo, hace pocos días. Además, él ha sido el único que ha venido a visitarme durante estos meses —aparte de mi abuelo, claro está—.

—¡Kylian, tío! ¡Qué bien te veo! —exclama Jason.

—Gracias, tú tampoco estás mal. —Le guiño un ojo y nos echamos a reír.

Mi aspecto ha mejorado bastante en comparación con la pinta que tenía antes de ingresar en la clínica. El ejercicio físico me ha ayudado mucho a canalizar mis emociones, a soltar la adrenalina que bullía en mi interior, y ha moldeado mi cuerpo, antes escuálido. Las rutinas, sobre todo en cuanto a la alimentación, también han colaborado en mi nuevo aspecto, más saludable, al menos, por fuera. Porque el interior es otro asunto. Me queda un gran camino por recorrer.

Nos contamos, durante un buen rato, cómo nos ha ido durante estos meses y, después, pasamos a la acción. Me enseñan algunas melodías que han compuesto durante mi ausencia para que les dé el visto bueno.

—Ahora te toca a ti —señala Luke—. Nosotros no nos hemos atrevido con las letras. No serían lo mismo sin ti.

—Gracias, tíos —digo emocionado con tono afable.

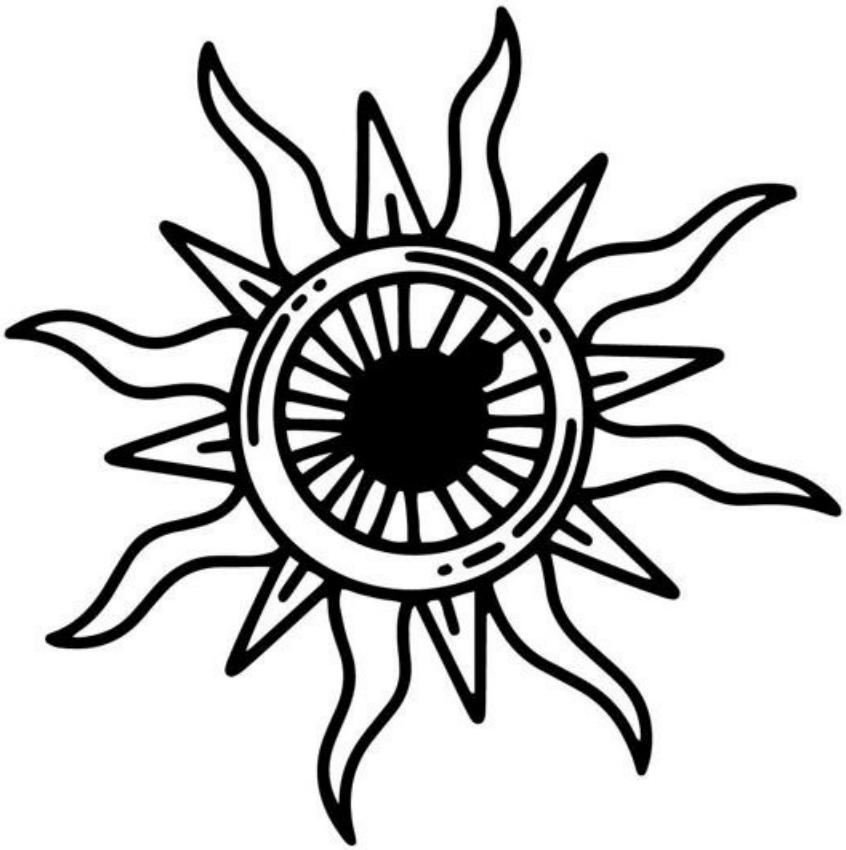
—¡Venga! —Luke da una palmada al aire—. ¡Vamos a darle caña a esto!

Nos colocamos cada uno en nuestro sitio y nos ponemos a tocar las canciones viejas para calentar motores. Después, nos acomodamos en uno de los roídos sofás del habitáculo para dar forma a algunas de las canciones nuevas. Mis amigos beben una cerveza tras otra y yo, no por falta de ganas, me conformo con unas latas de refresco que hay en el minibar del local.

Desde luego, el dueño del pabellón se lo monta muy bien y, aunque tenga un poco descuidado el edificio, el interior de los locales de ensayo está cuidado al detalle. Decoración industrial, habitaciones insonorizadas, minibar en cada local, sofás para las noches que se alargan más de la cuenta, etc.

Nos dan las dos de la mañana entre acordes, risas y charlas sin sentido que actúan sobre mí como una medicina.

Una pena que esto se acabe y toque enfrentarse de nuevo al mundo de ahí afuera.



27
Cat

Al llegar a casa lo primero que he hecho es encerrarme en mi habitación y tirarme sobre la cama. Es tal la sensación de rabia que me invade, que noto cómo me arden las mejillas y el sudor humedece cada capa de mi piel. Me siento como una auténtica imbécil, por haber pensado que las cosas iban a salir de otra manera; que Kylian estaría preparado para afrontar el pasado; que, incluso se alegraría al conocer la historia que tantas ganas tenía de compartir con él, que él y yo…

«Cat, madura de una maldita vez y deja de soñar despierta».

Kevin y Lizzy han tocado a la puerta más de una vez a lo largo de la tarde, pero no tengo ganas de hablar. Ni siquiera he salido cuando Lizzy me ha susurrado, desde el otro lado de la puerta, que había preparado una deliciosa taza de chocolate.

Pasado un tiempo, cuando me doy cuenta de que el sol ya no se cuela por las rendijas de la persiana, me incorporo para mirar el reloj del teléfono móvil. No me voy a engañar. Reconozco que, en el fondo, tengo una pequeña esperanza de encontrarme con un mensaje de Kylian en el que me cuente lo arrepentido que está por haberme hablado así, lo mucho que me ha echado en falta en todo este tiempo.

«Ilusa».

Sin embargo, lo que me encuentro en la pantalla de mi teléfono es una llamada de Henry. Otra más. Henry sigue insistiendo, a pesar de haber intentado hacerle ver, antes de mi marcha de

Leavenworth, que necesitaba mi espacio y un tiempo muerto para reordenar mi vida y enfrentarme a algunas cosas que tenía pendientes. Como no valgo para hacerle daño ni a un mosquito, decido devolverle la llamada.

—Hola, Cat. Te he llamado dos veces.

—Hola, Henry. No podía cogerte. Lo siento.

—¿Qué tal estás? Pareces apagada.

—Bien. Estoy muy bien.

—Va-vale. —Henry no parece muy convencido—. Oye, ¿te has pensado lo de la fiesta de graduación?

Yo resoplo de la manera más suave posible para que él no se dé cuenta.

—Henry, ya te dije que, de momento, no voy a volver a Leavenworth. Quiero quedarme aquí.

—Ya, ya. Lo sé. Pero solo sería un fin de semana. Mi madre estaría encantada de que te quedases aquí a dormir. Y yo también, claro.

Puedo imaginarme las mejillas sonrojadas de Henry al pronunciar estas palabras. Llevábamos saliendo casi un año antes de que yo me viniera a la ciudad. Sin embargo, en ese tiempo no habíamos llegado a acostarnos. En parte, por su falta de decisión, de iniciativa. Aunque, por otro lado, reconozco que tampoco yo tenía prisa por llegar hasta el final con él. Entonces lo veía normal. Tenía asumido que nuestra relación se había cocido a fuego lento desde que éramos solo amigos. Pero ahora, desde la distancia, comenzaba a plantearme muchas cosas. Quizás no fuera muy normal que con mi primer amor, con Kylian, no hubiese tenido ninguna duda al respecto. Porque no las tuve. Deseaba sentir su tacto. Sentirlo dentro de mí. Lo deseaba con tanta fuerza que me bloqueé cuando llegó el momento. Fue el miedo lo que me frenó, no las ganas. Era solo una chiquilla, joder.

¿Y con Henry? ¿Por qué en todo ese tiempo no había experimentado esa sensación de volar cuando sus manos se colaban por debajo de mi ropa, cuando sus besos de deslizaban por mi piel hasta rozar mis partes más íntimas? Odiaba sentir lo que sentía. Mejor dicho, odiaba no sentir. Odiaba no querer a Henry como se merecía, pero era algo tan evidente que hasta me avergonzaba.

«Seguramente, ambos estábamos reservándonos para la noche de la graduación», reflexioné para mí misma, en un intento de justificar la falta de química que reinaba en nuestra relación.

Fuera como fuera, la muerte de Sophie lo había precipitado todo. Otra mentira más que me decía a mí misma. Porque, en el fondo, sabía que era Kylian el que había provocado que se rompiera la delgada línea sobre la cual me sostenía desde hacía años y hacía equilibrios para no desmoronarme y romperme de nuevo. La reaparición de Kyl en mi vida, en mi cabeza, prometía terminar con la estabilidad que había logrado alcanzar a base de adormecer mis sentimientos. Los hechos que se acontecieron los días posteriores al suicidio de Sophie solo fueron el detonante que me hizo explotar, despertar, quitarme la venda que cubría mis ojos y que por tanto tiempo me tuvo cegada.

Y Henry había sido el daño colateral por excelencia de mi caída al vacío. No podía seguir jugando a quererlo, a amarlo. No era justo para él. Supongo que, si tan fácil me había resultado desprenderme de su cariño, si las veces que le había echado de menos se podían contar con los dedos de una mano… sería por algo.

Cuando hace unos meses le conté que me iba a marchar del pueblo cometí el error de dejar la puerta abierta. Evité tomarlo como una ruptura definitiva y di pie a que él siguiera ilusionado. No me siento bien por ello y trato de hacérselo ver cada vez que hablo con él, cada vez que me

llama y no le cojo el teléfono, cada vez que no contesto a sus mensajes. Pero Henry no parece darse cuenta y no ceja en su empeño de volver a verme.

—No puedo, Henry. Tengo clase. Y tengo que trabajar. Además, yo no me voy a graduar. Dejé el instituto.

—Pero eso no importa. Vendrías conmigo. Serías mi pareja.

Sonrío por la cautela que emplea en sus palabras. Siempre tan comedido. Tan precavido. Tan… ¿aburrido?

Sacudo la cabeza. No quiero ser cruel después del gran apoyo que he recibido siempre por su parte, incluso mucho antes de que fuéramos pareja. Porque, eso sí, siempre ha sido un gran amigo.

—No sé, Henry —me escucho decir en voz alta—. Déjame pensarlo. Aún quedan dos meses.

—De acuerdo, Cat. Tómate tu tiempo.

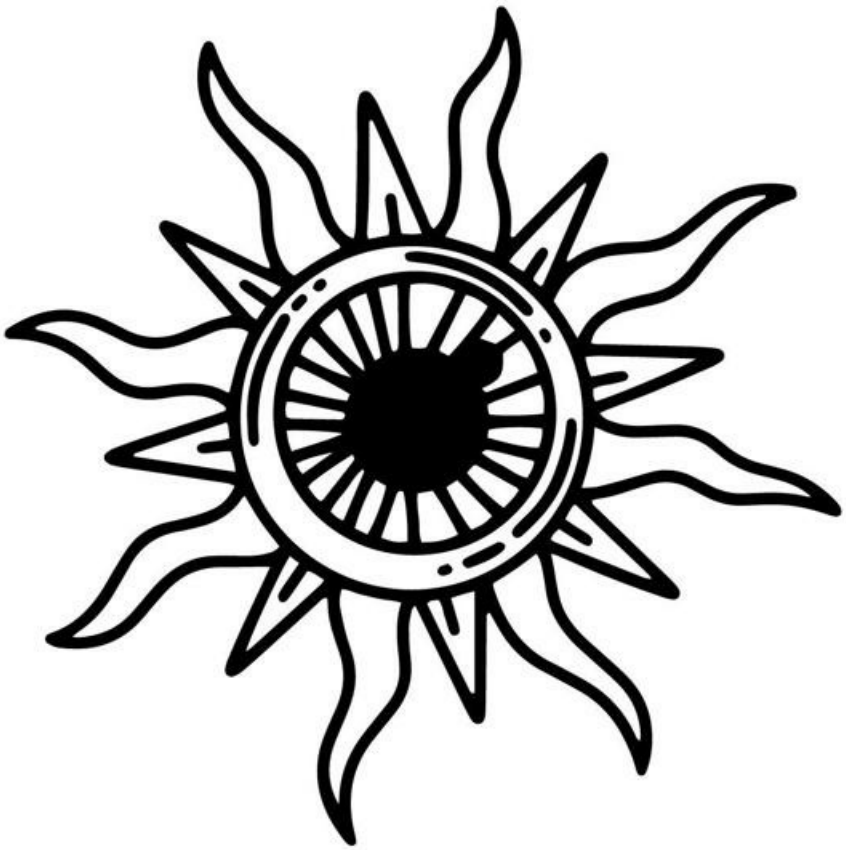
Nos despedimos enseguida. Un sabor agridulce se adueña de mí y me invaden los remordimientos. Ojalá sintiese algo por Henry. Sería todo mucho más sencillo. Sin embargo, a veces, nos empeñamos en complicamos la vida persiguiendo aquello que hace que nuestro corazón bombee más de la cuenta, aquello que nos lleva hasta el límite, aquello que nos lleva hacia el borde del precipicio. En definitiva, aquello que nos daría la felicidad, aunque fuera efímera y autodestructiva.

Y aquello es Kylian.

Mi cuerpo se arrodilla junto a la cama y se inclina hacia los bajos de esta. A pesar de desear pasar página con todas mis fuerzas y olvidarme de la dichosa caja, una fuerza invisible me empuja a llevarla a mis manos una vez más.

Me siento sobre el colchón con la caja sobre mis rodillas y levanto la tapa. Acaricio con mis dedos su interior. No podría contar el número de veces que he realizado el mismo gesto a lo largo de estas semanas de espera.

«Lo haré yo sola», me digo a mí misma. «No le necesito». Estoy segura de que no es lo que hubiese deseado Sophie, pero si Kylian no quiere formar parte de esto, yo misma lo terminaré.



28
Cat

Salgo de mi cuarto y me acerco a hurtadillas a la puerta de la habitación de Kevin. Doy unos golpecitos con mis nudillos y aguardo unos segundos. Es tarde, casi medianoche, pero, conociéndolo, estoy segura de que estará despierto frente al ordenador.

No me equivoco. Kevin me responde enseguida con un «adelante» y yo no me lo pienso ni un minuto. Abro la puerta y lo encuentro frente al ordenador, rodeado de un montón de papeles y de libros. Parece cansado, sin ganas. Kevin estudia Informática en la Universidad de Seattle y esa pasión suya por las tecnologías y los ordenadores le roba tantas horas de sueño que, a menudo, su imagen se acerca más a la de un espectro que a la de un chico de veinte años.

—¿Qué pasa, Cat? Llevas toda la tarde encerrada en tu cuarto. Nos tienes preocupados —asevera Kevin con tono áspero y, a la vez, compasivo.

—Necesito tu ayuda.

—¿Para?

Levanto la caja que sujeto entre mis manos y él se limita a suspirar y a sonreír.

—Por fin me vas a dejar ver qué escondes en esa dichosa caja.

—Verás —agacho la cabeza—, las cosas no han salido como yo pensaba. O deseaba, mejor dicho.

—¿No ha ido bien con el chico?

—Digamos que no.

Kevin frunce el ceño y yo avanzo unos pasos para adentrarme en su dormitorio, sin esperar su invitación.

—Ha sido un completo desastre. Ni siquiera me ha dejado explicárselo.

—Menudo imbécil.

—¡Kevin! ¡No digas eso!

—Estabas muy ilusionada con ese encuentro. Me jode que el pavo no se haya dado cuenta.

—Déjalo estar, Kevin. Quizás todavía no sea el momento.

Mi amigo se encoge de hombros y vuelve la mirada hacia la pantalla del ordenador. Me siento en su cama, con la caja sobre mis piernas.

—¿Entiendes de programas de ilustración, maquetación y ese tipo de cosas?

Él se gira y arquea las cejas, sonriente.

—La duda ofende, Cat. Bueno —titubea durante un par de segundos—, y si no entiendo, pues ya investigaré. Me encantan los retos.

—Lo sé. Por eso he acudido a ti.

—Vaya, comienzo a sentirme utilizado.

Ambos nos echamos a reír. Por unos instantes, la pena que llevo toda la tarde arrastrando como un saco de piedras amarrado a mis hombros se disipa y comienza a brotar en mi interior un atisbo de ilusión.

Kevin se levanta y se sienta junto a mí sin apartar su mirada, llena de curiosidad, de la caja. Yo la abro y empiezo a sacar todo lo que hay en su interior, excepto la hoja de papel doblada en cuatro partes que no creo que sea necesario mostrar a mi compañero.

—Pero esto lo sabrás usar, ¿no? —pregunta él señalando la tableta gráfica que encierra la caja—. Supongo que os enseñarán estas cosas en el curso ese de tatuadora que estás haciendo.

—Sí, bueno, estoy aprendiendo. De eso me puedo encargar yo, pero no sé cómo juntarlo todo. Hacer algo con ello.

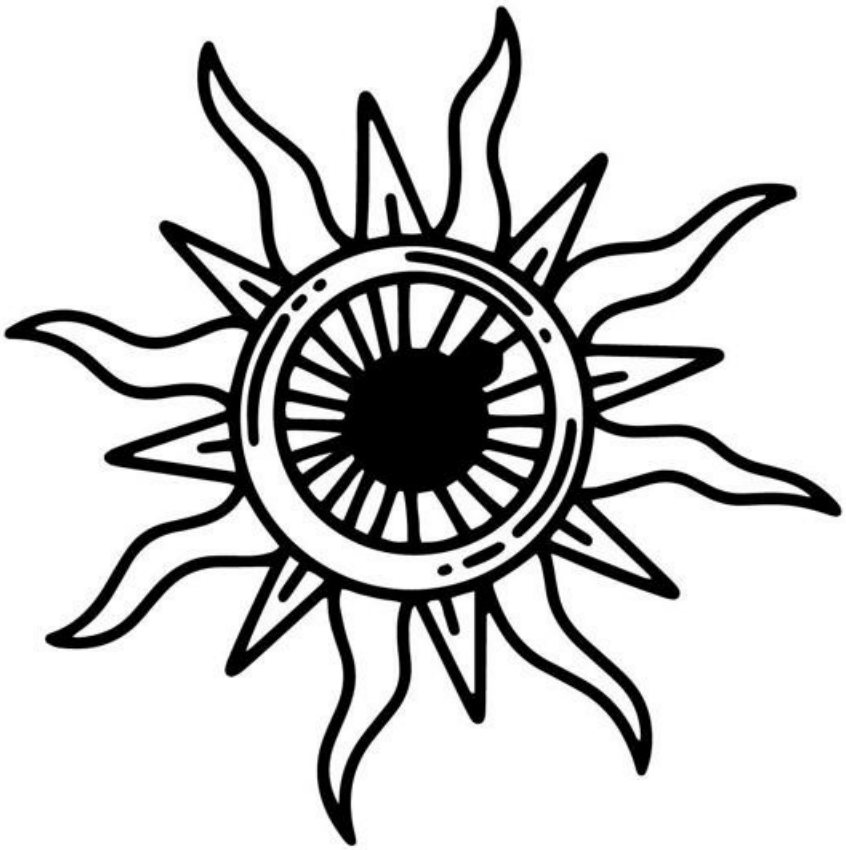
—Vale. Te ayudo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me lo cuentes todo.

Me encojo de hombros y cojo aire. Me revuelvo sobre el duro colchón y me preparo para compartir con mi mejor amigo la triste historia de un desamor anunciado.

Sin entrar en demasiados detalles, le cuento lo importante que es este proyecto para mí. Lo veo como una deuda pendiente que tengo con Sophie. Estoy segura de que ella, antes de tomar la irrevocable decisión de quitarse la vida, supo que alguno de nosotros encontraría la caja. Sophie confiaba en que, si la encontrábamos Kyl o yo, entenderíamos a la perfección el significado de aquellos bocetos y me atrevería a decir que su última voluntad tenía mucho que ver con encontrar un final para la triste historia que esas ilustraciones representaban.



29
Cat

—¿Así que te enrollaste con tu hermanastro? ¿Ese es el chico al que has ido a ver?

—Kevin, prefiero no hablar más sobre ello. ¿Me vas a ayudar?

—Claro que sí.

—Creo que Sophie lo sabía todo. Lo pensé en cuanto vi el contenido de la caja.

—¿Nunca hablasteis de ello? —pregunta Kevin.

—En esa casa había demasiados secretos, pero, sobre todo —inhalo una bocanada de aire para después suspirar—, había mucho miedo.

Kevin se levanta para dirigirse al escritorio y coger la lata de refresco que estaba bebiendo antes de mi visita. Se vuelve hacia mí de nuevo y me tiende la bebida. Se lo agradezco infinitamente porque los nervios me han dejado la garganta seca.

—La noche en que Kylian se fue de casa, Sophie no supo lo que había sucedido —prosigo—, mi padre también me manipuló a mí y me convenció de que si Kyl me hubiese querido de verdad no se habría marchado. Que era un cobarde. De hecho, reconozco que llegué a convencerme a mí misma de que mi padre decía la verdad, aunque en mi interior me negaba a creer que lo nuestro hubiese significado tan poco para él como para desaparecer del mapa y no dar señales de vida.

Kevin me escucha con extrema atención y me mira con compasión. Contar nuestra historia en voz alta me está sirviendo para darme cuenta de la gravedad de todo lo que pasó. Cuanto más

lo pienso y lo revivo, más me doy cuenta de lo injusto que fue nuestro final y del daño irreversible que aquel cúmulo de mentiras hizo a Sophie.

—Haré todo lo que esté en mis manos para ayudarte, Cat. —Me abalanzo sobre mi compañero y lo abrazo tan fuerte que no tarda en separarse y protestar.

—¡Quita, pegajosa!

—¡Qué tonto eres, Kevin!

En ese momento, Lizzy asoma la cabeza por la puerta. Eleva las cejas como señal de sorpresa y emite un carraspeo.

—Ups, ¿interrumpo algo?

Kevin y yo nos miramos con complicidad y nos echamos a reír.

—¡No, Lizzy! Tranquila. En realidad, te estábamos esperando para hacer un trío —contesto con sarcasmo.

Miro de refilón a Kevin y me doy cuenta de que se ha puesto rojo como un tomate.

—Pues me pilláis con la regla. Qué pena. Ya, si eso, hablamos otro día. —Lizzy y yo soltamos una carcajada, mientras que el rostro de Kevin ha pasado del color bermellón a la palidez más extrema.

La rubia se une a nosotros y me es imposible ocultarle nuestro pequeño secreto. Después de todo, somos un equipo. Se muestra entusiasmada con la idea, aunque no termina de creerse que su amiga, la mosquita muerta recién llegada a la ciudad, haya podido protagonizar una historia tan escabrosa. Lizzy me mira con condescendencia y me sonríe con dulzura. Con su amplia sonrisa rellena todo el espacio de esta habitación y consigue aflojar un poco el nudo que me oprime la garganta desde hace unas horas.



30

Kylian

Han pasado varios días desde mi encuentro con Cat. Una sucesión de horas, minutos y segundos en los que su mirada y su rostro de decepción han anidado en mí. Los fantasmas del pasado, con los que llevo tantos años lidiando, han despertado y me han sumido de nuevo en un bucle de pensamientos autodestructivos.

Ojalá esa preciosa chica de los ojos de gato hubiese entrado en la tienda siendo una desconocida. La perfecta desconocida.

Me habría enamorado de ella al momento. Me habría sido imposible no caer enredado en esa mirada gatuna y mis nervios me habrían delatado. De eso estoy seguro. Me pregunto cómo se puede caminar por la vida siendo poseedora de esa belleza tan salvaje e inocente a partes iguales. Sin ninguna duda, si aquella chica no hubiera sido el centro de mi mundo desde hace años, se habría convertido en él en ese mismo instante. La habría invitado a salir y me la habría comido a besos antes de doblar la primera esquina.

—Hey, tío. ¿Estás en este mundo?

Luke me saca de golpe de mi ensoñación dándome una palmada en el hombro.

Está sentado junto a mí en el sofá del local de ensayo. Nos hemos quedado él y yo solos, después de tocar con Jason y Will durante toda la tarde. La idea es intentar componer algún tema para la nueva maqueta. Juntos, como solíamos hacer. Él a la guitarra y yo bolígrafo en mano.

Luke le da una calada al porro y se recuesta sobre el respaldo con los ojos cerrados. Así nos

hemos inspirado siempre, colocados hasta las orejas. Pero las cosas han cambiado. Ya no puedo entrar en ese bucle. Me empiezo a dar cuenta de que estaba tan acostumbrado a ello que ahora siento que soy incapaz de escribir una sola frase medianamente decente sin estar colocado.

—No puedo, tío. Lo siento.

Luke abre los ojos y se vuelve hacia mí.

—No pasa nada, Kyl. Es normal. Llevas mucho tiempo sin componer.

Me encojo de hombros y me froto las manos humedecidas por el sudor frío que se origina en mi médula espinal. Noto cómo la ansiedad empieza a trepar, una vez más, por mi esófago robándome el aire y cómo empuja por abrirse paso a través de mis cuerdas vocales. Taquicardia.

—Dame una calada —musito con la voz temblorosa.

Luke abre los ojos de par en par y, por un momento, se queda paralizado. Se muestra indeciso.

—No jodas.

Se levanta de un salto y apaga el canuto en el cenicero.

En silencio, se levanta, coge nuestras cazadoras y me lanza la mía desde la puerta.

—Vámonos. Creo que ya sé lo que necesitas.

Recojo las baquetas y las introduzco en su estuche. Bajamos a recepción, donde entregamos las llaves y el estuche, y le sigo sin preguntar. Estoy tan apático que, si me dice que me tire con él por el puente, lo haría sin pensármelo dos veces.

Caminamos por la Primera Avenida a paso ligero. Mi amigo parece tener prisa por llegar y a mí me la resbala todo, así que me dejo guiar por él. Supongo que, en el fondo, confío en él. Es mi mejor amigo. Si no fuese por él, ahora mismo estaría paseando de puntillas por la cuerda floja, jodiendo todo lo que tanto esfuerzo me ha costado lograr.

—Vamos, si nos damos prisa llegamos a ver al segundo grupo.

Me detengo en seco provocando que Luke eche el freno y me mire de manera interrogante.

—No tengo ganas de ir de fiesta.

—¡Solo vamos a escuchar buena música, tío! —me rebate Luke haciendo oídos sordos—. Hoy tocaban dos grupos locales en el Hardy. El primero ya habrá terminado, pero el segundo estará a punto de comenzar.

—No sé, de verdad que no me apetece ir, tío.

Estoy parado, en medio de la acera, encogido de hombros y con las manos en los bolsillos. Algunos transeúntes me miran enfadados, otros se limitan a esquivarme e ignorarme. Luke, lejos de perder la paciencia conmigo, me da una leve palmadita en el hombro y dice:

—Venga, Kylian, te vendrá bien un poco de distracción. No eres el mismo desde que has salido de la clínica. Y mucho menos desde que viste a tu…, a Cat. —Mi amigo trata de infundirme ánimos, pero que haya nombrado a Cat no me ayuda demasiado.

Luke conoce, no con demasiados detalles, mi historia con Cat. Mejor dicho, mi *no* historia con Cat.

Son muchos años compartiendo nuestra amistad y se podría decir que mi amigo guarda bajo llave mis mayores secretos. En cierto modo, no sería ninguna locura pensar que Luke me conoce casi mejor que yo mismo.

Lo que no le he contado es la sarta de gilipolleces que le dije a Cat el día que la vi, de las que cada vez estoy más arrepentido; mi rechazo tajante a todo lo que ella deseaba compartir conmigo; mi negativa a avanzar, y mi puta cobardía. La misma de siempre.

Tampoco me he atrevido a contárselo a mi abuelo porque intuyo que él siente un cariño especial hacia Cat. Al menos, eso me pareció el día que ella apareció en la tienda y ambos se

encontraron. Había algo en sus miradas. No sabría decir el qué, pero me pareció percibir cierta complicidad entre ellos que hasta entonces desconocía. Supongo que es lo que tiene vivir en tu propia burbuja, mirándote a tu propio ombligo, sin enterarte de que el mundo no gira solo en torno a ti.

—Está bien. Pero no me dejes solo. No me fío de mí mismo.

—Bueno, bueno. Tampoco voy a ser tu niñera, ¿no? Estará Sheryl y su amiga, Paty. Ya sabes que la rubia te tiene fichado desde hace tiempo.

—Venga ya. ¿Por eso quieres ir al Hardy? ¿Para montártelo con Sheryl?

—No, hombre, yo lo hago por ti —contesta Luke guiñándome un ojo.

—Ya, claro —sostengo con resignación. Pongo los ojos en blanco y arranco de nuevo a andar. Que sea lo que tenga que ser.

A los pocos minutos llegamos al club. Está repleto de gente que espera a que comience la actuación del segundo grupo. Nos acercamos a la barra a pedir y yo me tengo que conformar con una cerveza sin alcohol.

Nos apartamos a un rincón de la sala y nos sentamos en uno de los sofás tapizados de cuero que se encuentran en los reservados. No tarda en comenzar la siguiente actuación. El grupo me resulta conocido. En este mundo de la música alternativa nos conocemos casi todos, al menos, los grupos de la ciudad.

Guitarras estridentes, letras corrosivas y un baterista espectacular hacen que, por unos minutos, me olvide de mis problemas y disfrute de verdad. Como hacía tiempo que no me pasaba. Me dejo envolver por el sonido de la música y vacío mi mente de pensamientos. Ojalá pudiese hacerlo más a menudo, pero, por desgracia, no somos los dueños de lo que nuestro cerebro se empeña en recordar, como un molesto anuncio de Google, que te bombardea cada vez que la pantalla de tu móvil se enciende. Ojalá pudiera darle al botón de «eliminar» o —¿por qué no?— formatear mi cerebro.

Luke recibe un mensaje en su teléfono al que contesta de inmediato. Como era de esperar, las chicas no tardan en llegar. Me apuesto el cuello a que lo tenía todo planeado para que esta noche no termináramos solos ni él ni yo.

Sheryl no se anda con rodeos y se sienta sobre las piernas de Luke, que no parece en absoluto molesto por la situación. Ambos llevan un rollo bastante liberal desde hace tiempo. Se podría decir que son buenos amigos a los que les gusta follar de vez en cuando. Sin compromisos. Sin ataduras.

Paty se sienta junto a mí, aunque se muestra bastante prudente. Nos vimos en un par de ocasiones cuando yo era un bala perdida —«me encanta hablar en pasado, como si de verdad me hubiese reformado»—, pero siempre me ha pillado ocupado con alguna otra chica y apenas hemos cruzado palabra alguna. Parece una tía agradable, además de muy guapa.

—¿Qué tal estás, Kylian? Se te ve muy mejorado —la rubia me hace ojitos mientras se arrima cada vez más a mí.

Me preocupa, o más bien, me cabrea lo que pueda haberles contado Luke a las chicas. No me gusta que vayan aireando mis problemas por ahí.

—Yo, bien. ¿Y tú?

—Genial. Y ahora mucho mejor. —Sus labios dibujan una perfecta sonrisa.

Suspiro más fuerte de lo que pretendía. No soy tonto, Paty tiene ganas de jugar y yo he perdido la práctica en los últimos meses. Además, así, tan… sobrio, me siento muy vulnerable. Como si me hubieran quitado la máscara y hubiesen destapado la caja donde guardo todo lo que soy.

Paty le da un trago a su bebida y me lanza una mirada seductora que yo evito clavando la vista en el escenario.

—Son buenos, ¿eh? —comenta la rubia tratando de romper el hielo.

—Sí, suenan muy bien.

—Espero que pronto podáis tocar vosotros en el Hardy.

—Andamos en ello. Luke está haciendo uso de sus habilidades sociales y sus contactos para que toquemos antes del verano.

—¿En serio? Me encantaría escucharos.

De pronto, Luke despega los labios de su acompañante para entrometerse en nuestra conversación.

—Podríais venir un día al local de ensayo a vernos tocar. Y, después, nos montamos una fiesta allí —propone el bocazas de mi amigo dirigiéndose hacia Sheryl y guiñándole un ojo.

—Me encantaría —responde Sheryl dando pequeñas palmadas.

—Y a mí —añade la rubia esbozando una amplia sonrisa.

Los tres dirigen su mirada interrogante hacia mí, pero yo me limito a encogerme de hombros y clavar mis ojos en el suelo.

Un par de rondas después, en las que yo ni me he molestado en pedir nada, Luke y Sheryl anuncian que se van. Estaban tardando. El calentón que llevan está a punto de hacer arder el local. Poco les ha faltado para hacérselo aquí mismo.

El concierto termina. Paty se muestra entusiasmada con la actuación y aplaude con fervor al grupo antes de que abandonen el escenario. Yo la observo de reojo. Es muy atractiva, no lo puedo negar. Su melena dorada le cubre toda la espalda, desnuda por completo. Lleva un vestido negro ceñido que se anuda al cuello y deja la espalda al descubierto, lo que me hace pensar que no lleva sostén y esa visión me hace tragar saliva con dificultad. Parece que mis hormonas no se han visto demasiado afectadas por el tratamiento de desintoxicación. Eso me hace sentir alivio. No lo voy a negar.

Ella, como si hubiese percibido mi mirada clavada en su figura, se gira y me dice con gesto pícaro:

—Si quieres descubrir lo que hay dentro podríamos irnos de aquí.

Más claro no lo puede decir. Mi cara de sorpresa hace que Paty se eche a reír y sus mejillas se adornan con dos preciosos hoyuelos.

—No me mires así. No me digas que te vas a asustar a estas alturas. Me han contado muchas cosas sobre ti…

Supongo que se referirá a mis juergas nocturnas en las que cada noche terminaba en una cama diferente y, muchas de ellas, ni siquiera recordaba el nombre de la chica que amanecía a mi lado.

—Bueno, en realidad…

Antes de que termine la frase, Paty se ha abalanzado sobre mí. Directa a su objetivo: mi boca. Su lengua húmeda se encuentra con la mía haciendo que una ráfaga de aire cálido inunde todo mi cuerpo. Su iniciativa me pilla un poco por sorpresa, pero me dejo llevar sin oponer resistencia.

Paty desliza su mano desde mi cuello hasta mi tórax. Tengo que cerrar los ojos porque se me empieza a nublar la vista. Mi corazón late a mil por hora y parece que va a explotar, como si lo hubiesen sacado de un congelador y, acto seguido, lo hubiesen metido en un horno.

Ya está. No puedo parar. La rubia ha despertado lo que creía dormido y las ganas de llevar ese cuerpo hasta el límite y volver a sentir el mío vibrar, me pueden. Me levanto y la cojo de la

mano. Salimos del reservado en dirección a los lavabos. Sin pensárnoslo dos veces nos introducimos en uno de ellos, el primero que encontramos vacío.

Empujo el cuerpo de la chica contra la pared del oscuro y sucio habitáculo. Recorro su rostro y su cuello con mis húmedos labios y, poco a poco, voy deslizándome desde el cuello hacia su torso. Ella se desanuda el vestido haciendo que la tela caiga sobre mi cara. Tal y como esperaba, no lleva sostén. Retiro la fina tela de mi rostro y continúo el descenso.

Caída libre. Es lo que siento según mis manos se van perdiendo bajo su ropa interior. De repente, todo comienza a dar vueltas a mi alrededor y los sudores fríos aparecen de nuevo. Me detengo y me giro para apoyar mi espalda sobre la pared. Las piernas me tiemblan.

—¿Qué te pasa? Tengo un preservativo en el bolso, si ese es el problema.

Paty se coloca frente a mí. Clavo mis ojos hambrientos de sexo en los suyos, pero algo en mi interior me frena. No es algo físico, mi miembro pide a gritos un poco de guerra, pero mi cerebro ha hecho clic bloqueando cualquier sensación de placer que pueda tener.

De repente, me doy cuenta de que no recuerdo la última vez que tuve sexo con una chica sin estar colocado. Jamás me he sentido tan desnudo como me siento ahora mismo, en este puto antro. Desnudo por dentro. Y muy vulnerable. Demasiado.

No puedo seguir. No puedo terminar lo que hemos empezado. Este no soy yo. Este era el otro Kylian, el que quiero olvidar.

—Lo siento, Paty. Pero no puedo. No me encuentro bien.

Ella me mira perpleja, con los ojos como platos, aunque pronto suaviza su mirada mostrando un gesto compasivo. En ese momento comienzan a aporrear la puerta.

—¡Oye! ¡Vosotros! Marchaos a un hotel. ¡Joder! Que hay gente esperando.

La voz no suena muy amigable. Paty, lejos de enfadarse, se acomoda el vestido con prisa y posa sobre mi rostro la palma de su mano.

—No me sorprende tu cambio de idea, ya intuía que no iba a ser tan fácil, Kylian. Eres un chico complejo, con capas. Y eso me gusta.

—Lo siento, de veras —repito avergonzado.

—Tranquilo, por suerte existen otros métodos para que me alivie. —Me guiña un ojo—. Estaría encantada de poder arrancar cada capa de ti poco a poco. Con calma. Y descubrir quién eres realmente. Pero me temo que primero tienes que descubrirlo tú mismo.

Contemplo su bonita cara y, por una décima de segundo, me arrepiento de haberme perdido el placer que podría haberme supuesto el meterme entre sus piernas. Pero enseguida retiro ese pensamiento de mi cabeza.

Paty tiene razón.

No puedo comenzar una nueva vida sin haber cerrado ciertos capítulos de mi pasado que me arañan por dentro y me impiden avanzar. Pero resulta demasiado doloroso y el dolor no me ayuda a superar mis adicciones. Necesito paz, pero desconozco la fórmula mágica con la que poder lograr el equilibrio.

Salimos de allí aún con la respiración entrecortada y somos el blanco de alguna que otra mirada asesina. Aunque también percibo cierta envidia a mi alrededor. Si ellos supieran lo que *no* ha pasado ahí dentro, quizás no tendrían tanta envidia.

Acompaño a Paty a su casa. Mantenemos una charla distendida por el camino, como si nada hubiese sucedido.

—Cuídate, Kylian —musita la rubia cuando llegamos a nuestro destino—. Y ya sabes dónde vivo. —Posa un beso fugaz en mis labios y me dedica una débil sonrisa. Después, se da la vuelta y desaparece en el interior del portal.

Me quedo unos minutos ahí clavado, inmerso en mis pensamientos y, poco después, emprendo mi camino de regreso a casa.

Las calles de la ciudad, empapadas de un ambiente bullicioso, adornadas con luces de colores, me mecen en sus brazos, construidos de altos y puntiagudos rascacielos. Seattle. Una ciudad con alma que me salvó de ahogarme en ese maldito pueblo, aunque también me hizo descubrir el camino peligroso. Ese camino del que intento desviarme en una lucha sin cuartel contra el enemigo más temible: yo mismo.

Llego a casa un buen rato después y hago todo lo posible por abrir la persiana de la tienda de discos sin hacer ruido. Vivir en el mismo lugar donde trabajas tiene su lado positivo, no lo voy a negar. Pero tener que levantar esta maldita y chirriante persiana cada vez que llego a casa y la tienda está cerrada…

Subo las escaleras y entro en casa de forma sigilosa, tratando de no despertar a mi abuelo.

Entro en mi habitación y, mientras me estoy desvistiendo, su figura aparece bajo el marco de la puerta dándome un susto de muerte.

—Joder, abuelo. ¡Menudo susto!

Él niega con la cabeza, dándome por imposible.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

Intuyo que está preocupado por mí, ya que es la primera vez que salgo de noche desde que me dieron el alta. Según se va acercando a mí, noto cómo me disecciona con la mirada, en busca de algún signo que denote que haya consumido drogas.

—Estoy bien. No hace falta que hagas de policía conmigo —le digo ahogando un suspiro.

Se sienta sobre la cama, a mi lado, y observa mis pupilas. Lo que ve parece causarle cierto alivio y noto cómo sus hombros se destensan y su mirada se relaja.

—Es que me preocupas, Kylian.

—Pues ya ves que estoy limpio. He sido un chico bueno. Ya veo que no confías mucho en mí.

—No es eso. Bueno, no sé —titubea un poco antes de proseguir—. ¿Tú estás bien?

«Vaya con la preguntita. Y yo qué sé lo que es estar bien. ¿Acaso lo he estado alguna vez?».

Sacudo la cabeza y resoplo con fuerza.

—El otro día me mentiste. —Elevo las cejas en señal de sorpresa—. El día que te marchaste de aquí con Cat. Me dijiste que habías estado toda la tarde con ella. Y sé que no es verdad. Me lo ha contado ella.

Me levanto de un bote. Sorprendido. Mis sospechas se confirman. Siempre he pensado que entre mi abuelo y Cat había una relación más estrecha de lo que este me ha querido mostrar hasta el momento.

—¿Y a qué viene eso ahora?

—No me gustan las mentiras. No ayudan a que confíe en ti, Kylian.

—Bueno, no pensaba que fuera tan importante. Sin más.

—Entonces, ¿por qué parece que te estás hundiendo de nuevo desde aquel día?

«Mierda. ¿Por qué tiene que ser tan jodidamente observador?».

—Cat no me trae buenos recuerdos. Solo es eso.

—Los recuerdos son parte de nosotros. Siempre van a estar ahí. Si no es ella, será cualquier detalle insignificante el que te haga volver al pasado. Un olor, una imagen, una canción… Tienes que aprender a vivir con ellos, Kylian.

Trago saliva y hundo mi mirada en el suelo.

—No es tan fácil —replico en un susurro apenas perceptible.

—Lo sé, hijo. —Cada vez que mi abuelo me llama así, siento un latigazo en mi corazón—. Tómate unos días libres si quieres. Puedes ir a la casa de Leavenworth. Está vacía. Y te vendría bien un poco de aire fresco.

—No, no puedo.

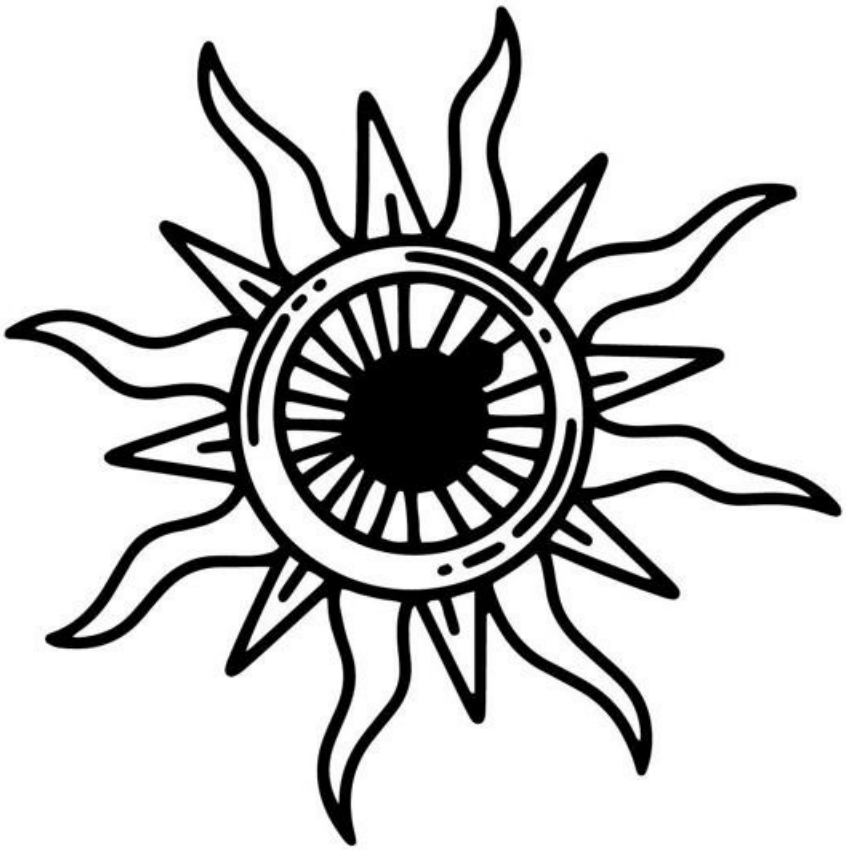
Dudo de que algún día vaya a ser capaz de pisar esa casa de nuevo. Mi abuelo apoya su mano en mi hombro.

—Piénsatelo. —Se levanta y desaparece de la habitación dejándome con una extraña sensación de vacío.

Termino de desvestirme y me acuesto sobre la cama. Miro el móvil. Solo tengo un mensaje de Luke preguntándome si estoy bien. Es un poco irritante tener tantos niñeros, aunque también es cierto que no sé qué haría sin ellos.

Cierro los ojos y me siento abochornado al recordar la lamentable escena con Paty en el Hardy. Desde luego, no sé ni cómo, después de mi desplante, se ha atrevido a mirarme a la cara. Está claro que esa chica se merece algo mejor que un tipo como yo.

«Déjalo, Kylian. Será mejor que te duermas».



31
Cat

—¡Auuu! ¡Cat! ¿No decías que no dolía?

Me detengo y desvío la vista hacia a Mike, mi profesor, que observa la escena con cara divertida.

—Bueno, las naranjas nunca se han quejado.

Mike suelta una carcajada y Lizzy me mira con cara de asesina. Es posible que, si no se encontrase medio desnuda sobre una de las camillas del aula, se hubiese levantado y se hubiese ido corriendo. También puede que otra de las razones, por las que no ha salido espantada, sea que ya he comenzado con el tatuaje y no hay vuelta atrás.

Miro a mi profesor con inseguridad, buscando su aprobación, y él me hace un gesto afirmativo con la cabeza que me tranquiliza bastante.

—¡Cat! ¿No decías que ya habías practicado antes?

—Sí, pero no me preguntaste con qué.

Ella se revuelve sobre la dura superficie hasta que empuño de nuevo la máquina de tatuar y piso el pedal. Apunto con la aguja al dibujo pintado sobre su piel y continúo mi trabajo.

Lizzy ha elegido un símbolo celta que representa el equilibrio entre el cuerpo, la mente y el espíritu: el trisquel. Muy ella. Es un dibujo pequeño, formado por tres espirales unidas por un eje central que conforma una especie de hélice. Ha querido tatuarse debajo de uno de sus pechos, una zona bastante dolorosa, a pesar de las advertencias de mi profesor.

«No pasa nada, Mike. No creo que sea para tanto», había comentado minutos antes con tono despreocupado mientras preparábamos el diseño y los materiales.

Trabajo sumida en un silencio sepulcral. Me da miedo hasta respirar, por temor a salirme del dibujo y perder a mi mejor amiga para siempre. Trazo cada línea con pericia y total concentración dejándome la piel. Cada poco tiempo retiro la sangre que mana de la herida con una toallita.

—Vas muy bien, Cat. Sigue así.

Mike no me quita ojo ni un segundo, atento a cualquier posible fallo por el que tenga que intervenir. Su presencia, en vez de tranquilizarme, lo único que consigue es ponerme aún más nerviosa. Me intimida esa coraza en la que se envuelve. Su porte de tipo duro, con sus ropas negras, su oscura melena y su cuerpo convertido en un lienzo cubierto con un sinfín de tatuajes.

Varios minutos después, finalizo el trabajo y suelto todo el aire que tenía contenido en mis pulmones. Desecho el material que no es reutilizable y llevo el resto a la zona de esterilización.

Lizzy, que tenía la cabeza girada como la niña de *El Exorcista* para no ver lo que estaba haciendo, se vuelve hacia mí y me pregunta con mirada suplicante:

—¿Ya?

—Sí, quejica. Ya puedes mirar.

Mi amiga se incorpora y fija la vista en el pequeño dibujo, aún sangrante, que me afano en limpiar.

Me mira, boquiabierta.

—¡Cat! ¡Es una pasada! —exclama dibujando una O con sus labios.

—Bueno, no es para tanto —contesto restándole importancia.

—Cuando seas una tatuadora famosa podré fardar de haber sido tu primera *víctima*.

—Querrás decir mi primera *víctima humana*.

—Claro, por supuesto, sin menospreciar a las pobres naranjas.

Nos echamos a reír y Mike se acerca a mí para darme una palmadita en la espalda, que alarga algún que otro segundo más de la cuenta. El roce de su mano sobre mi hombro hace que se me seque la boca y, a consecuencia, emito un ligero carraspeo mientras desvío la mirada hacia mi amiga.

—Te he visto muy bien, Cat. Si sigues practicando, pronto te veré en el estudio haciendo tatuajes de verdad.

Lizzy frunce el ceño, ofendida por la insinuación del profesor.

—¿Tatuajes de verdad? —me dice al oído cubriéndose con la mano para que Mike no la escuche.

Yo me encojo de hombros e ignoro las palabras de mi profesor. En realidad, esto es solo el principio de todo lo que tengo que poner en práctica. Es un granito de arena insignificante, pero para mí es mucho más que eso. Es un logro, un sueño que lleva el camino de hacerse realidad. Por fin.

Tras aplicar la crema antiséptica sobre la piel tatuada de Lizzy, le cubro el dibujo, me quito los guantes y comienzo a recoger los materiales que he utilizado.

—Os podéis marchar ya, si queréis, Cat. Ya me ocupo yo.

Lizzy y yo nos miramos.

—Vale. Muchas gracias, Mike.

—No hay de qué, *artista*.

Las palabras de mi profesor hacen que me ruborice por completo. Desde que empecé el curso para sacarme la licencia de tatuadora profesional, Mike no ha dejado de decirme lo buena

que soy, lo bien que dibujo. «Tienes un don. Y eres muy especial», me soltó un día mientras ojeaba mi cuaderno de dibujos con una sonrisa de satisfacción impresa en sus gruesos labios.

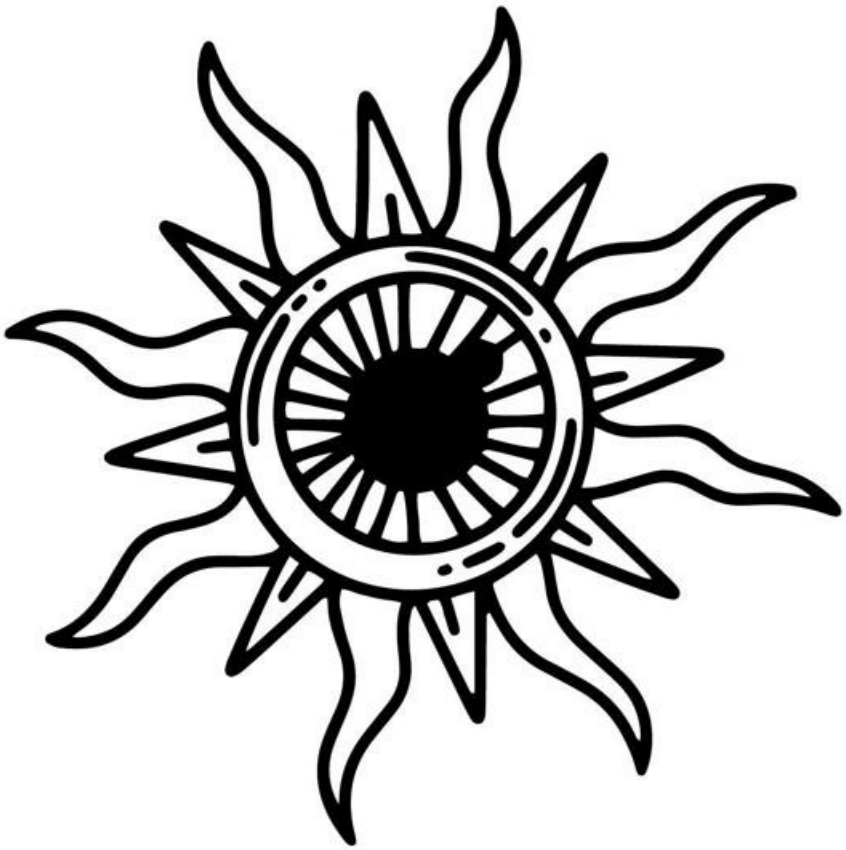
Sin duda, si a alguien tengo que agradecerle mi pasión por el dibujo y mis conocimientos técnicos es a Sophie. Ella fue mi maestra. La madre de Kyl dedicó horas y horas a compartir conmigo sus conocimientos de dibujo. Fue la primera persona a la que me atreví a confesar mi deseo de ser tatuadora.

La pena es que nunca lo hice. No pronuncié un «gracias», al menos, no de forma explícita.

Es muy triste que tengamos que sufrir la pérdida de un ser querido para darnos cuenta del tiempo que hemos dejado escapar, de las palabras de afecto que han quedado sin pronunciar. A veces, por puro orgullo. Otras veces, por dar por sentado que el otro conoce nuestros sentimientos. Y no siempre es así. Algunas personas, consciente o inconscientemente, no son capaces de intuir lo que para nosotros resulta tan evidente.

Cuántos «te quiero» no pronunciados flotarán en el aire sin haber sido escuchados. Sin haber sido sentidos.

En el que fue nuestro hogar durante esa época estaba mal visto sentir. Mi padre ahogaba cada muestra de afecto con su socarronería y su superficialidad. No entiendo cómo Sophie se pudo enamorar de él. Supongo que, al principio de una relación, todos hacemos un poco de teatro y pintamos nuestra vida de colores que ni por asomo se aproximan a la realidad. Ahora me doy cuenta de que mi padre era un gran actor. Un vendedor de humo que engatusaba a las mujeres con su verborrea y su aspecto apuesto.



32
Cat

Lizzy y yo salimos de la academia emocionadas, cada una por sus propios motivos. Ella, por su flamante, y minúsculo, primer tatuaje. Yo, presa de una euforia contenida ante mi primera obra de arte sobre piel de verdad. Parece mentira que una cosa tan diminuta pueda producir tanta felicidad.

Cuando llegamos a casa, Lizzy atraviesa el pasillo como un cohete en dirección al cuarto de Kevin. Sin llamar a la puerta, la empuja y entra en el dormitorio dando gritos de emoción.

—¡Kevin, Kevin! No veas qué pasada. Es precioso.

Kevin, que se encuentra apostado en su escritorio —supongo que estudiando—, la contempla con el ceño fruncido y su rostro pierde el color cuando mi compañera se sube la camiseta para enseñarle el dibujo.

—No se ve muy bien con el plástico que lo cubre, pero es precioso.

Kevin no reacciona. Me da la sensación de que se ha quedado sin palabras.

—Si quieres, me lo quito para que lo veas mejor.

Él abre los ojos como platos y yo, desde el marco de la puerta, intervengo antes de que le dé un infarto.

—Nooo, Lizzy. Todavía no te lo puedes destapar.

Ella se vuelve hacia mí, disgustada.

—Jo, pues vaya. ¡Y, encima, no veas lo buenorro que está el profesor de Cat!

—¡Lizzy!

Nuestro compañero se revuelve en su silla y, por fin, abre la boca.

—Lizzy, ¿cuántas veces te he dicho que llames a la puerta antes de abrir? —protesta con el ceño fruncido.

—Hijo mío, mira que eres soso —afirma Lizzy ofendida.

Sale del dormitorio resoplando y yo me adentro y me siento en la cama de Kevin.

—Ya veo que lo de la intimidad en esta casa es ciencia ficción.

—La intimidad está sobrevalorada.

Kevin pone los ojos en blanco y dice:

—Bueno, ya que estás aquí, te diré que he avanzado bastante en nuestro proyecto.

—A eso venía —le digo poniendo cara de corderito.

—Me lo imaginaba.

Kevin enciende el ordenador y se levanta de la silla para ofrecérmela a mí. Yo acepto y me siento, con la mirada clavada en la pantalla. Se coloca junto a mí, de pie, ligeramente inclinado para manejar el ratón.

A medida que me va enseñando sus progresos, mi boca se va abriendo cada vez más. Ni siquiera parpadeo.

Magia. Eso es lo que ha hecho Kevin con el material que contenía la caja.

Mi amigo me muestra, una a una, las páginas que forman esa maravillosa composición. Primero, la increíble cubierta; con el título que Sophie había elegido: *Si la luna brilla*. Un dibujo de una luna redonda, brillante e imponente, que se funde con un cálido sol al amparo de sus rayos. El fondo negro y las letras plateadas del título le confieren a la ilustración un aire muy profesional.

Hace pasar las siguientes hojas en la pantalla de su ordenador. Kevin ha conseguido plasmar con maestría lo que los dibujos de Sophie, ahora digitalizados, representaban. Para mí. Para Kylian. Y, al parecer, también para ella.

Las figuras de una niña y un joven; los momentos de paz, de calma; juegos entre hermanos; la tensión en aumento; el acercamiento, el fuego; la conversión en la luna y el sol. Y, finalmente, la explosión, el vacío.

Mis lágrimas resbalan por mi rostro al contemplar el gran trabajo que ha realizado. Él, abochornado e impotente, me mira con preocupación.

—¿Está mal? ¿No te ha gustado?

Yo quiero hablarle, decirle lo que estoy sintiendo, pero no encuentro palabras para expresarlo. Kevin coloca una mano sobre mi hombro y lo acaricia con suavidad. Yo apoyo mi palma sobre su mano y hago girar la silla para mirarle a los ojos.

—No podías haberlo hecho mejor, Kevin. En serio.

—Gracias. —Se sonroja y puedo ver cómo un nudo se queda atascado en su garganta.

—Ojalá Sophie pudiese verlo.

Un silencio se interpone entre nosotros, cada uno sumergido en sus propios pensamientos.

—Cat. Faltan las palabras —afirma Kevin con tono serio—. Una historia necesita ser escrita, no vale solo con los dibujos.

—Lo sé —admito con la cabeza agachada.

Pienso en Kyl y en su deseo de ser compositor. «Joder, ¿por qué la vida se empeña en hacerme ver cuánto necesito a ese chico?».

—No digo que no se entienda así, pero las palabras hacen magia, si se eligen las adecuadas. Imagina tu canción favorita sin palabras… —sugiere Kevin lanzándome una mirada interrogante.

Me transporto en el tiempo, a toda velocidad. Mi canción favorita…

—Llámalo, Cat. —Mi amigo me lee la mente—. Sabes que es la única manera. Esta historia es de los dos. Es para los dos. Y él sabrá adornar cada dibujo con las palabras adecuadas. No hay nadie más que lo pueda hacer porque esta es su historia. La vuestra.

—Kylian no está preparado. Perdió su oportunidad.

Kevin chasquea la lengua y opta por no añadir nada más. Permanecemos unos minutos más conversando sobre ciertos detalles técnicos del borrador, hasta que me da por mirar el reloj. Mierda. Es tardísimo. Se me ha echado el tiempo encima sin darme cuenta.

Esta promete ser una noche bastante complicada porque se han juntado todos los factores posibles: hay partido, es viernes y, encima, la predicción meteorológica anuncia lluvias. Me espera una velada bastante movidita en el trabajo.

Kevin guarda en el ordenador los cambios que hemos realizado y cierra el archivo. Desecho la idea que tenía de cambiarme de ropa y ponerme algo más cómodo, ya que, no me puedo permitir el lujo de perder ni cinco míseros minutos. Rezo para que no baje demasiado la temperatura porque solo llevo un pantalón corto vaquero con unas medias de rejilla, vamos, como si no llevara nada. Complemento mi atuendo con una de mis sudaderas favoritas, negra con una calavera mejicana multicolor impresa en la pechera.

Me dirijo a la cocina donde Lizzy intenta cocinar algo, no sé muy bien lo que es.

—Me tengo que ir —anuncio con resignación.

—¿No vas a probar mi guisado de pavo?

—No, gracias, Lizzy. Lo haría con mucho gusto pero no me da tiempo. Ya me compraré algo luego con las propinas que me den.

Ella me mira haciendo un mohín y Kevin, que acaba de entrar en la cocina y ha visto el panorama, me lanza una mirada suplicante. Creo que esta vez le va a tocar a él hacer de conejillo de Indias con Lizzy.

—Lo siento, Lizzy. Otra vez será.

Entro un momento a mi habitación a coger la mochila portaobjetos y, a continuación, me dirijo hacia la entrada donde se encuentra colgada mi cazadora vaquera tamaño extragrande.

—¡Va a llover! —me grita Kevin desde la cocina.

—Bah. Da igual. No creo que sea para tanto.

Kevin siempre tan responsable. A veces parece mi padre.

—¡Portaos bien! —vocifero antes de cerrar la puerta de un portazo.

Cojo el patinete del trastero de la planta baja. Se trata de una zona compartida con el resto de los ocupantes del edificio.

Salgo a la calle y me estremezco al comprobar el notable descenso de la temperatura. Intento no darle mucha importancia y emprendo el camino hacia la oficina de la empresa de mensajería para la que trabajo. Se dedican a todo tipo de repartos, pero los viernes por la noche me suelen asignar encargos relacionados con la hostelería, por lo que algo me dice que se avecina una noche movidita.

Acelero la marcha todo lo que da de sí mi patinete. Chasqueo la lengua con fastidio. Es más tarde de lo que pensaba. Y, si llego la última, me tocará repartir los pedidos de los clientes rezagados y voy a terminar muy tarde. Con lo cansada que estoy.

Cruzo media ciudad hasta llegar a Capitol Hill, donde se encuentra la sede de la empresa. Como me temía, han repartido ya las rutas y los pedidos; solo quedan los más lejanos y los de última hora. Genial. Está claro que, en esta empresa, el que no corre vuela. Al final va a resultar que mi padre tenía razón. ¡Cuánto me queda por espabilar!

Un buen rato después de comenzar a repartir pedidos por media ciudad, la predicción de Kevin se cumple.

«Va a llover», me ha dicho antes de que cruzase el umbral de la puerta para salir de casa. Y yo, para qué voy a hacerle caso?

Cuando estoy a punto de salir del portal del penúltimo domicilio de mi extensa lista —en el que me han recibido con cara de pocos amigos, debido a mi tardanza—, casi se me cae el alma al suelo.

Boquiabierta, contemplo el tremendo aguacero que se ha desatado en lo que he tardado en subir y bajar las escaleras de la casa.

Maldita ciudad. La Ciudad Esmeralda, la llaman. No entiendo por qué. Yo la llamaría la Ciudad Gris. De todos los lugares a los que me podía haber ido a vivir, he tenido que venir a una de las urbes más húmedas del país. Se dice que llueve aquí más de ciento cincuenta días al año, que no es poco.

Un trueno resuena sobre mi cabeza y me hace dar un respingo.

Odio las tormentas desde que era una niña. Siempre me dieron miedo. Sobre todo, por las noches. Por alguna extraña razón, los truenos y los relámpagos no me intimidaban tanto si se daban durante el día, pero por la noche era otro asunto.

Cada noche de tormenta, cuando era pequeña, mi madre acudía a mi cama y se acurrucaba junto a mí hasta asegurarse de que me había dormido. Ben siempre se burló de mi miedo restándole importancia. A escondidas, cuando sabía que nadie podía oírle, me decía que yo era una niña mimada y que solo lo hacía para llamar la atención.

Jamás pude abrazarme a él cuando mi madre ya no estaba. Pasé muchas noches agarrada a mi gato de peluche tratando de retomar la respiración que se me paraba con cada relámpago que caía sobre nuestra casa. Así crecí, tragándome mis miedos y sintiéndome como una cobarde malcriada.

Hasta que él me abrió los ojos y me hizo verlo todo diferente. Kylian me enseñó muchas cosas, pero, la más importante fue, sin duda, a aceptar mis miedos como un reto por el que luchar.

Ojalá él se aplicase todas aquellas palabras y tuviese el valor de enfrentarse a su dolor.

Un relámpago hace que el cielo se ilumine por un segundo y mi piel se eriza al tiempo que siento un escalofrío. «No me puede estar pasando esto a mí. Si solo me queda un reparto por realizar…». Permanezco cobijada en el portal durante varios minutos esperando a que amaine la tormenta. De pronto, noto una vibración proveniente de mi bolsillo. La maldita PDA. Saco el dispositivo y desbloqueo la pantalla para ver la notificación que acabo de recibir. El dichoso aparato me apremia a finalizar mi último reparto en menos de quince minutos. Me siento vigilada. Mis jefes pueden ver mi ubicación, los pedidos que llevo repartidos, a qué velocidad circulo. Vamos, solo les falta controlar cuántas veces voy al baño. Aunque lo tienen difícil, ya que no me da tiempo ni siquiera a eso.

Muerta de miedo, salgo del portal al encuentro de mi patinete. Ojeo la PDA para ver la dirección de la última entrega de la noche. Joder. Está, por lo menos, a quince minutos de aquí. Me prometo a mí misma no volver a llegar tarde al trabajo para no tener que tragar con los peores servicios.

Y así, con una mochila cargada con varias *pizzas* y una tonelada de miedo, arranco mi marcha, bajo una intensa lluvia y el sonido infernal de los truenos rebotando en mis oídos.



33

Kylian

Los vasos de plástico rebosantes de champán corren por el local como la pólvora. Se llenan, se vacían. Se llenan, se vacían.

Yo, resignado y en mi papel de chico bueno, solo me he permitido brindar en la primera ronda y darle un trago a la burbujeante bebida. Nunca ha sido mi bebida favorita, pero esa sensación de ardor atravesando mi garganta me ha reconfortado de una manera demasiado peligrosa.

Me he querido apartar un poco de mis compañeros y me he sentado en un puf que se encuentra en un rincón del local de ensayo.

Los chicos han subido el volumen a tope y agitan los brazos arriba y abajo al ritmo de la estridente música electrónica que proyecta el altavoz. Obviamente, la música la han elegido las chicas. Sheryl y Paty se contonean junto a ellos, enloquecidas; ya van entonadas. Yo los observo con envidia. Daría cualquier cosa por poder unirme a ellos y volver a ser el chico descerebrado y juerguista que era hace unos meses.

Estamos de celebración porque, tras mucho esfuerzo, Luke ha conseguido que nos contraten para dar un concierto en el Hardy el próximo mes. Mi amigo tiene mucha labia y un poder de convicción al que es difícil resistirse, aunque quiero pensar que los promotores nos han contratado por nuestra música, no solo por el don de gentes de nuestro líder. Para nosotros, tocar en el club como banda principal, es un objetivo que llevábamos tiempo persiguiendo. Tocaremos

el repertorio habitual, aunque nuestra intención también es presentar varias de las canciones nuevas. Depende de mí, de la prisa que me dé con los últimos arreglos de las letras.

Es la primera vez que veo a Paty desde el desencuentro —o encuentro, según se mire— que tuvimos aquella noche en el club, aunque alguien le dio mi teléfono y hemos intercambiado unos cuantos mensajes. Paty no me guarda rencor por lo que pasó, pero tampoco se da por vencida y, de vez en cuando, me lanza algunas palabras bastante insinuantes. Es una chica simpática, despreocupada, alegre. Vamos, todo lo contrario a lo que soy yo —sobre todo, últimamente—, quizás ese es el motivo por el que siento cierta atracción por ella, atracción sexual —para qué nos vamos a engañar—. Pero no tanta como para repetir el bochorno de la última vez. Prefiero continuar tonteando con los mensajes, guardando la distancia, aunque, claro, tenerla ahora aquí tan cerca me tiene un poco alterado.

—¿Qué haces aquí tan solo?

Parece que la rubia me ha leído el pensamiento. Se sienta en el borde del puf, ya que su superficie es demasiado pequeña para los dos, provocando que este se hunda y esté a punto de dar con su trasero en el suelo. La sujeto por la cintura y ella se impulsa hacia arriba y se acomoda, como puede, junto a mí. Se parte de la risa y yo enarco una ceja y la observo con expresión divertida, aunque distante.

—Reírme de vosotros —contesto esbozando una sonrisa burlona.

—Pues yo no te veo muy alegre.

—Me rio por dentro.

—¡Jaaa!

—No, en serio. Estoy bien.

—Deberías. No todos los días se celebra algo así.

Paty se levanta y se dirige de nuevo hacia el grupo, pero antes de llegar, se da la vuelta y regresa al lugar donde me encuentro.

—Vente a bailar, anda —propone Paty tirando de mi mano y poniéndome ojitos—. No seas soso.

—Nooo, Paty. —Me resisto.

—Venga, vamos, Kylian. Solo una y te dejo en paz.

Unos débiles golpes resuenan al otro lado de la puerta. Paty y yo nos miramos desconcertados hasta que Luke exclama:

—¡La cena! ¡Por fin!

Es cierto. Ni me acordaba de que habíamos pedido unas *pizzas* hace más de una hora. Últimamente no tengo demasiado apetito. Mi amigo se aproxima hasta la puerta del local mientras rebusca unas monedas en su billetera para darle al repartidor una pequeña propina.

—¡Joder! —Escucho exclamar a Luke cuando abre la puerta—. ¿Estás bien?

Una voz apagada y temblorosa contesta al otro lado de la puerta.

—He tenido días mejores.

El tiempo se para.

Ese sonido, esas cuatro palabras, me sacuden por dentro como si me hubiesen dado un puñetazo. Alargo el cuello para ampliar mi campo de visión, reducido por la sinuosa figura de Paty, que continúa frente a mí y no me ha soltado la mano.

—Pasa y sécate. Somos buena gente —dice mi amigo haciéndose el simpático.

Me levanto de un salto, zafándome del agarre de la rubia y me aproximo hacia la puerta. Los ojos de Cat barren el interior del local hasta que, como si un imán ejerciese una atracción incontrolable entre ella y yo, nuestras miradas colisionan y su rostro palidece por momentos. No

sabría decir quién está más sorprendido de los dos.

—¿Cat?

—Hola, Kyl.

La chica de los ojos de gato más bonitos que he visto en mi vida agacha la cabeza, y da un paso hacia atrás.

—¡Tú eres Cat! —exclama Luke con excesivo entusiasmo. Me doy cuenta de que no sé hasta qué punto conoce Luke mi historia con Cat. Hemos compartido demasiadas borracheras y un sinfín de confesiones de las que ni me acuerdo—. ¡No me lo puedo creer! Por fin te conozco. Pasa, por favor, no te quedes ahí.

Cat permanece unos segundos quieta e indecisa bajo el umbral de la puerta. Alguien ha apagado la música y el silencio pesa como una losa en el ambiente, creando una atmosfera un tanto enrarecida. Me fijo en ella. Está empapada, desde la cabeza hasta los pies. Su pelo mojado se apelmaza sobre su rostro y la máscara de pestañas se le ha corrido por las mejillas dibujando dos ríos de tinta negra bajo sus preciosos ojos.

—Tra-traigo unas *pizzas* del Pizza King —acierta a decir con la voz entrecortada. Tiembla y se abraza a sí misma frotándose los brazos por encima de la cazadora empapada. Sus pupilas emiten destellos de tristeza y brillan como si hubiese estado llorando.

En dos zancadas me coloco frente a ella, que permanece cabizbaja con la respiración entrecortada. Le retiro de la espalda la mochila portaobjetos y me giro un instante para pasársela a Luke.

Apoyo mis manos sobre sus hombros y puedo sentir el temblor de su cuerpo. Le elevo la barbilla con una mano, obligándola a que me mire a los ojos. Por unos segundos, me invade una ola de calor que hace que me flaqueen las piernas.

Tan cerca. Y tan lejos. «Dios, la misma puta sensación de siempre. De tenerla a tan corta distancia y, a la vez, ser tan inalcanzable».

—Cat —susurro.

—Hay tormenta.

No lo puedo evitar. Envuelvo su delicado cuerpo con mis brazos y le acaricio la nuca con suavidad alojando su cabeza en mi clavícula. Cat tiembla de forma descontrolada, pero parece que mi abrazo mitiga su ansiedad y sus temblores se debilitan.

Un carraspeo me devuelve a la realidad y hace que me separe de ella y me dé la vuelta.

—Ejem, ejem. —Luke nos está mirando, con el ceño fruncido, la boca torcida y una mano apoyada en su mentón—. Dile que pase, ¿no, capullo?

—Sí, claro.

Me giro hacia Cat que permanece inmóvil bajo el umbral de la puerta.

—Entra. Estás tiritando.

—No, gracias. Me voy a casa. Ya he terminado mi jornada.

—De eso nada. —Luke se interpone entre ambos—. Mira la que está cayendo. —Señala a una pequeña ventana que hay en el pasillo a través de la cual se puede adivinar que la lluvia cae a plomo en el exterior—. ¿Dónde vas a ir así?

En ese instante se aprecia, al otro lado del ventanuco, un destello de luz que ilumina el tenebroso pasillo durante unas milésimas de segundo, al que le sigue un estruendo ensordecedor.

Cat pega un brinco y Luke, ni corto ni perezoso, se acerca a ella para pasarle el brazo por los hombros e introducirla, casi a empujones, en el local. Jason y Will le hacen un hueco en el sofá mientras Sheryl vuelve a poner la música, esta vez más bajita, y comienza de nuevo a bailar. Paty observa la situación, con cara de curiosidad, sentada en el puf que minutos atrás

ocupábamos los dos.

—Ya que Kylian no nos presenta, yo soy Luke, su mejor amigo. Bueno, nunca me lo ha dicho, pero no creo que haya otro que soporte sus rayadas tanto como lo hago yo.

Jason y Will sueltan una risotada al tiempo que asienten con la cabeza.

—Yo soy Cat.

Yo permanezco inmóvil frente a ellos, sin saber muy bien qué decir.

—Sí, es Cat. Mi…, una… —«Dios, no sé cómo seguir».

—Su hermanastra —añade ella lanzándome una mirada gélida y desconcertante que me hiela la sangre.

Paty, como si esas palabras la hubiesen dejado más tranquila, se aproxima y saluda a Cat tendiéndole la mano.

—Encantada, Cat. Yo soy Paty, la *amiga* de Kylian —dice poniendo énfasis en esa palabra—. Y de Luke, claro.

—Y la mía, ¿no? —pregunta Sheryl que, al parecer, está más atenta a la situación de lo que trata de aparentar.

—Bueno, de todos —concluye Paty mientras sonríe de una manera un tanto forzada.

Cat esboza una tímida sonrisa y clava sus ojos en el suelo del local.

—Estás chorreando. Será mejor que te seques —declaro con toda la firmeza que la tensión de mis cuerdas vocales me permite.

Cat se encoge de hombros y se quita la cazadora. Yo se la cojo y la apoyo en una mesita. Pesa casi una tonelada a causa de la cantidad de agua que ha absorbido. Echa una mirada fugaz a su alrededor, en busca de algo con lo que quitarse esa humedad que no le permite dejar de temblar.

Sheryl le ofrece un pañuelo gigante que ha extraído de su bolso.

—No es una toalla, pero, por lo menos, te valdrá para secarte el pelo. También tengo un cepillito —dice mientras rebusca en su bolso un pequeño cepillo de pelo plegable—. Toma.

—Gracias.

Cat se incorpora y busca un lugar un poco más apartado para intentar secarse el cabello con el pañuelo de Sheryl. Da unos pasos hacia la zona donde se encuentran nuestros instrumentos y se detiene justo al lado de la batería. Esa imagen suya compartiendo el mismo espacio con mi bombo, mis platos, mi charles… se congela en mi cerebro como un fotograma con un encuadre jodidamente perfecto. Me cuesta tragar el nudo que se me ha formado en la garganta.

Estoy a punto de avanzar hacia ella cuando Luke se anticipa y se planta a su lado para ofrecerle una porción de una de las *pizzas* y un vaso de champán.

—Toma. Que estás muy flaca. Y esto —señala el vaso rebosante de bebida—, para que entres en calor.

—¿Champán?

—¡¡¡Sí!!! Estamos de celebración.

—¿Y qué celebráis?

—Dentro de unas semanas actuaremos en el Hardy.

—Vaya. Enhorabuena. —Cat me lanza una mirada fugaz en la que creo advertir un atisbo de alegría y de orgullo.

—Gracias. Toma, bebe.

—No, en serio. No puedo. Tengo que volver en el patinete eléctrico y no creo que sea buena idea.

—¿En patinete?

—Sí.

Luke se vuelve hacia mí, que contemplo la escena paralizado.

—No irás a dejar que la chica vuelva a casa en el patinete, ¿no?

Mi amigo me guiña un ojo mientras yo lo miro con cara de circunstancias. No sé qué está intentando. Me encojo de hombros.

—Cat, te puedo acompañar, pero yo no tengo coche.

—Calla, anda —dice Luke sacándose del bolsillo del pantalón un juego de llaves—. Toma. Pero te quiero por aquí antes de que amanezca, ¿eh? Me vendrá bien para que se me vaya pasando el pedo.

Cojo al vuelo las llaves del coche de Luke y la mirada de Cat y la mía se cruzan un instante hasta que ella desvía la vista hacia Luke.

—Gracias, Luke —musita la morena con timidez.

Sin saber ni qué hacer me siento en el sofá con los chicos, que devoran las *pizzas* como si no hubieran comido en un mes, a la espera de que Cat termine de arreglarse el pelo. Paty y Sheryl danzan ante nosotros al ritmo del odioso tecno. Paty se vuelve hacia mí e insiste, una vez más y tirándome del brazo, en que baile con ella. Yo procuro hacerle ver, sin parecer grosero, que no tengo ninguna intención de bailar con ella.

—Ya estoy.

Cat vuelve al lugar donde estamos todos. Tiene mejor aspecto. Los mechones negros de su corta melena acompañan sus movimientos sin pegarse a su cara y se ha retirado los restos de maquillaje con un pañuelo de papel. Se dirige hacia Sheryl.

—Muchas gracias por el pañuelo. Si quieres lo lavo en casa y te lo devuelvo otro día.

—De nada, bonita. Como veas. Se lo puedes dar a tu hermano cuando quieras y él me lo devolverá.

Luke y yo cruzamos una mirada furtiva. Mi amigo se encoge de hombros, en un gesto de resignación y pone los ojos en blanco.

—¿Y por qué no vienes a nuestro concierto? —propone Luke, supongo que con la intención de arreglar las cosas o, al menos, desviar la conversación hacia otro punto. «Un punto en el que no vuelva a tener que escuchar la palabra *hermano* de la boca de ninguno de los aquí presentes».

Cat parece sorprendida por la invitación. No más que yo, que no sé ni dónde meterme.

—Sí, Cat —me escucho decir—. Sería genial.

—Puedes venir con alguna amiga —añade Luke elevando las cejas dos veces mientras mira de reojo a Sheryl.

Ella se lo piensa unos segundos y, después, contesta:

—¿Y con algún amigo?

Yo me revuelvo por dentro y clavo la vista en mis zapatillas. Creo que una llamarada está trepando por mi columna vertebral. Lo sabía. Sabía que Cat seguía con él.

Luke, que se ha quedado con cara de tonto, me mira de reojo antes de responderle.

—Claro, por supuesto. Con quien tú quieras.

Ella sonríe con timidez y se cruza de brazos a la expectativa de que yo dé el siguiente paso.

Por fin, me decido y me dirijo hacia Cat. Aun sintiendo esa astilla que se me acaba de clavar en el corazón, me levanto y me dirijo hacia ella.

—Entonces, ¿quieres que te acerque a casa?

—Si puedes. Si no, tranquilo, no pasa nada.

—Puedo y quiero —respondo con firmeza, pero con un tono de voz apenas perceptible para el resto.

—Está bien.

Antes de marcharnos, Luke me lleva a un rincón con la excusa de decirme algo sobre el coche.

—No la cagues, Kylian. Esa chica es un diamante en bruto. No la dejes escapar.

Suelto un profundo suspiro y le hago un gesto a Cat, que coge su mochila portaobjetos y se despide de todos.

Por fin, nos encontramos al otro lado de la puerta. Solos, ella y yo. Sostengo en mis manos su cazadora vaquera empapada. Sin pensármelo dos veces me quito la mía y se la ofrezco.

—Toma. Ponte esta. Al menos está seca.

—¿Y tú?

—No tengo frío —me abstengo de decirle que más bien estoy ardiendo por dentro— y tú estás mojada.

Cat aguanta una sonrisita divertida y yo me pongo como un tomate cuando me doy cuenta de lo que he dicho. «Vaya, parece que mi Cat ha aprendido bastante estos últimos años. Puto Henry».

Tras bajar las escaleras, saludamos a Frankie, que se encuentra pertrechado tras el mostrador y apenas levanta la vista de la pantalla del ordenador para devolvernos el saludo. Salimos al exterior del pabellón donde Cat ha aparcado su patinete muy cerca de la entrada. Continúa lloviendo, aunque ahora las gotas son finas y flotan en el aire como si resistiesen a llegar al suelo.

—Al menos, parece que la tormenta ha cesado —señala Cat tras soltar un suspiro.

—¿Lo has pasado muy mal?

—Sí, ya sabes que me pongo como una tonta.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—No lo es.

—¡Kyl!

—¿Qué?

—¿Me estás buscando la boca?

Sus palabras hacen que mi mirada se desvíe por un instante a sus labios, los cuales ella mordisquea nerviosa, mientras enreda su mirada con la mía.

De repente, como si ella hubiese recordado nuestra situación actual, nuestro último encuentro, aprieta con fuerza los labios y aparta la mirada.

Caminamos en silencio hasta el coche y abro el maletero para guardar el patinete, una vez plegado, mientras ella se acomoda en el asiento del copiloto. Encuentro la manta con la que me tapó Luke el día que me encontró tirado en el Gas Works Park y la cojo para ofrecérsela a Cat.

—Toma, tápate las piernas. Tienen que estar heladas —le digo obligándome a mí mismo a no bajar la vista en esa dirección. No sé si lo consigo, porque Cat se revuelve en el asiento y prácticamente me arranca la manta de las manos para cubrirse con ella.

—Gracias, no tenías por qué hacerlo.

—No es nada, un viejo trapo de mi amigo del cual prefiero no saber su uso habitual.

Ella se ríe, pero enseguida se cubre la boca con la palma de la mano, como si tratase de evitar mostrarse bien ante mí. La noto muy tensa y lo entiendo perfectamente porque yo mismo tengo los músculos tan agarrotados por la tensión que no sé si voy a poder conducir.

—Me refiero a acompañarme. Las cosas quedaron bastante claras entre nosotros la última vez que nos vimos.

—Bueno, ya. Lo sé. De hecho, he pensado mucho en ello, Cat.

—¿Y has cambiado de opinión?

—En realidad, no. Creo que no.

Ella me dirige una mirada gélida.

—Lo respeto Kyl. Pero tú reniegas de tu pasado y parte de ese pasado soy yo. Y tu madre también. Es algo indivisible. No podemos borrar los recuerdos a nuestro antojo. Ojalá. Ojalá tuviéramos ese superpoder.

—Ya te dije que no puedo. No es tan fácil.

—Ella dejó cosas pendientes.

—Se fue porque quiso.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—Yo te ayudaría, Kyl.

—No puedo.

—Pero, hay cosas que deberías saber.

—¡Te he dicho que no puedo, joder!

Un manto de sudor frío empapa cada trozo de mi piel. Siento que el corazón late a mil por hora y unas intensas ganas de vomitar trepan por mi esófago. Dios, necesito meterme algo o mi cuerpo va a estallar en cualquier momento.

Cat me mira asustada. Su mirada, antes fría como el hielo, se suaviza.

—¿Estás bien, Kyl? Me estás asustando. —Rodea mi rostro con las palmas de sus manos—. Dios, estás muy pálido —susurra—. ¿Qué puedo hacer por ti?

La miro, abatido y avergonzado y disparo:

—Irte.

—¿Qué?

—Por mí y por ti, Cat. Esto no es bueno para nosotros. Yo ya no soy el que era. Aléjate de mí, por favor.

Mis propias palabras me resquebrajan por dentro. Me gustaría poder expresar todo lo que guardo en mi pecho, lo que bulle como la lava y no me deja dormir. Los putos remordimientos que están acabando conmigo y la necesidad insoportable que tengo de consumir cualquier droga solo para evitar enfrentarme a una realidad demasiado dolorosa.

Y Cat es eso. La realidad. El dolor. Los recuerdos. No quiero arrastrarla a la cloaca de oscuros pensamientos en la que llevo nadando tanto tiempo.

Ella no se lo merece. Yo no la merezco a ella.

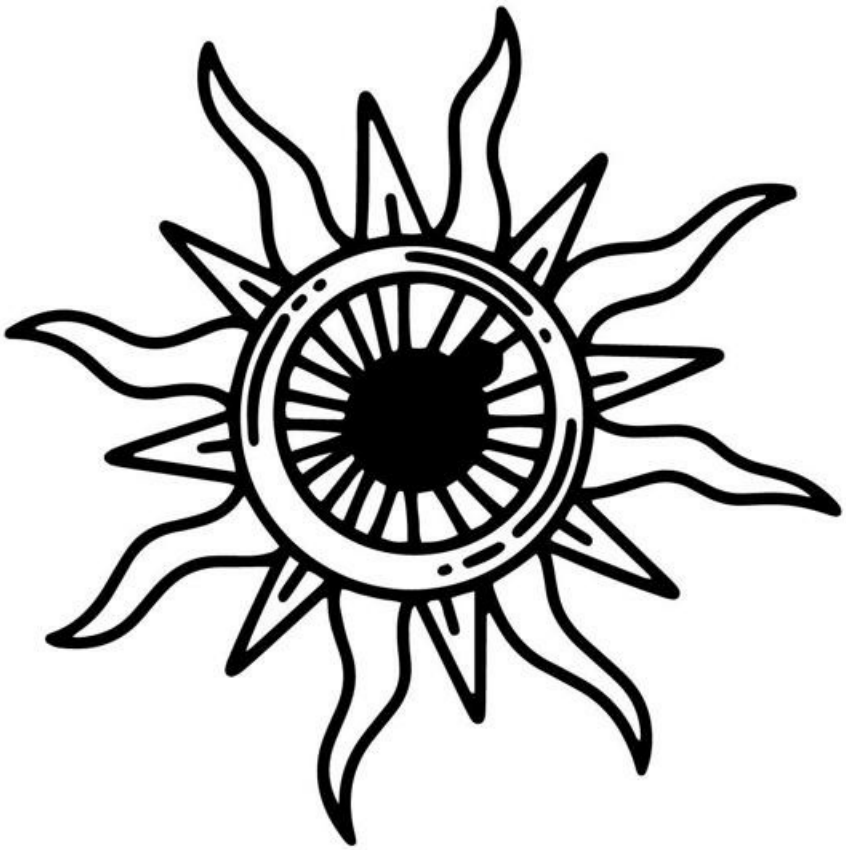
Cat me suelta de golpe, temblorosa, y se acomoda en su asiento mirando al frente.

—Avenida Brooklyn, número 26 —inquiere con un tono de voz áspero como una lija.

Arranco el motor, lleno de rabia. Por ser un mierda y porque voy a perder otra vez a lo mejor que ha pasado por mi vida.

«Bravo, Kylian».

Conecto la radio para suavizar el ambiente y se me forma un nudo en el estómago cuando reconozco la canción que sale por los altavoces. Los acordes de *All apologies*, de Nirvana, resuenan en el estrecho habitáculo llenando de recuerdos el vacío que se cierne entre ambos. Noto cómo ella respira de forma agitada y traga saliva. La miro de reojo y veo que se frota las manos con nerviosismo mientras apoya la frente sobre la ventanilla del coche y tararea la canción en voz baja. Nuestra primera canción.



34

Cat

Maldita la hora en la que nuestros caminos se han vuelto a cruzar. Si pudiera borrar de un plumazo los recuerdos, las palabras, las caricias…

Empezaría desde cero. Subiría a mi casa, cogería la caja y la quemaría. No necesitaría fuego para ello porque yo misma soy, en este momento, fuego. Puro fuego. Me arde la sangre de rabia, de dolor, de pena. Escuchar la canción —nuestra canción— me ha roto. Me gustaría odiar a Kyl por su frialdad, por su indiferencia. Pero no puedo, porque creo que lo conozco demasiado y siento que está pidiendo ayuda a gritos.

Kylian se ahoga. Igual que lo hizo Sophie y yo no fui capaz de darme cuenta. Hasta que fue demasiado tarde.

¿Pero qué puedes hacer por una persona que se hunde, se desvanece delante de tus narices y, cuando le tiendes la mano, corre? Sentir impotencia. Eso es lo único que hago. Y rabia. Mucha rabia.

El trayecto hasta mi casa se ha convertido en una batalla campal contra mi cordura, contra mis sentimientos y contra mis ganas de hacerle parar el coche en cualquier esquina, abalanzarme sobre él y hacerle saber, entre beso y beso, que estoy aquí, que me tiene a mí y que, en realidad, nunca me ha perdido, aunque él así lo crea.

Kylian detiene el coche donde puede, a dos manzanas de mi portal. Ambos nos mantenemos quietos, en silencio, con la vista anclada en el ondulante movimiento de los limpiaparabrisas que luchan contracorriente por evitar lo inevitable: que la fina lluvia choque contra el cristal y se

desintegre hasta desaparecer.

Como nosotros.

Somos dos gotas de agua que se derraman desde la oscuridad del cielo sabiendo que es inevitable su caída, que, tarde o temprano, colisionarán contra la superficie y se desintegrarán en partículas microscópicas y se separarán para siempre. Si nadie lo evita. Si no lo evitamos.

—Te acompaño hasta el portal.

—No hace falta. No me voy a perder.

—No era una pregunta.

Salimos del coche y espero, cubriéndome bajo el toldo de un comercio, a que Kylian saque mis cosas del maletero y se acerque. Se coloca a su espalda mi mochila portaobjetos y se acerca hacia mí empujando el patinete. Comenzamos a caminar hacia mi portal.

—¿Vives en el barrio de los universitarios?

—Sí. Pero, por si lo piensas, no estudio en la universidad. Ya sabes que lo mío nunca fueron los libros.

—Lo sé, aunque, bueno, la gente cambia.

—Sí, así es. Estoy haciendo un curso para obtener la certificación profesional de tatuadora. Es mi sueño desde hace un tiempo.

—¿Tu sueño? —Kylian abre los ojos con asombro.

—Sí, uno de ellos. Si algún día quieres volver a saber de mí, puedo tatuarte lo que quieras.

—Ni loco. Tengo pánico a las agujas.

—Lo sé.

Kylian suspira y se queda pensativo unos segundos mientras yo comienzo a rebuscar mis llaves en la riñonera.

—Ya estamos. Es aquí.

Me detengo frente al portal. Kylian mira hacia arriba, con curiosidad. Me atrevería a decir que se está preguntando cuál de las pequeñas ventanas que salpican la fachada será la de mi habitación. Me estremezco.

—Es una zona cara. Luke estuvo buscando piso aquí y eran inasequibles.

—No tanto si lo compartes.

Percibo cierta incomodidad en el gesto de Kyl, que se revuelve y cambia el apoyo de su cuerpo de un pie a otro. Me quito su chaqueta y se la devuelvo, a la vez que le ayudo a quitarse la mochila portaobjetos. Abro la puerta del portal y él entra conmigo para dejar el patinete en el trastero.

Tras depositarlo en su sitio, volvemos al recibidor del portal. Ha llegado el momento de decir adiós. Kylian se coloca frente a mí. Es la primera vez en todo este tiempo que lo tengo tan cerca. Mis ojos recorren las facciones de su rostro, mucho más afiladas que cuando era un chaval. La barba de tres días que se ha dejado le da un aspecto muy varonil y el pelo rapado detrás de las orejas le hace estar, sencillamente, irresistible. Kylian se ha convertido en un hombre muy atractivo.

—Me tengo que ir —manifiesta.

Apoya la palma de su mano en mi mejilla y desliza el pulgar sobre mi pómulo en un gesto lleno de cariño. Cubro su mano con la mía y respondo:

—Cuídate, Kyl.

Él asiente con la cabeza, chasquea la lengua y, de repente, nuestros ojos hablan, en ese lenguaje que conocemos muy bien él y yo. Se cuentan que tienen miedo, que se echan de menos, que esto no es un adiós definitivo. Sin pensarlo, aproximo mi cuerpo a él y rodeo su cintura con

mis brazos. Aprieto con fuerza, sintiendo el choque de sus latidos contra mis costillas y apoyo mi cabeza en la base de su cuello. Él responde abrigándome con su cuerpo.

Permanecemos así, fundidos en uno solo, durante algunos segundos. En silencio. Solo se escucha el leve sonido de la lluvia.

Mi cabeza no para de dar vueltas hasta que mi amor propio me obliga a separarme de él y retroceder unos pasos. Está todo dicho entre nosotros.

—Adiós, Kyl. —Me giro para dirigirme a las escaleras.

Kylian se da también la media vuelta y oigo el ruido de sus pasos hasta que, de pronto, se detienen. Nos giramos al mismo tiempo, como si ambos quisiésemos decir algo, pero es él quien toma la palabra.

—Cat.

—Dime.

—Me gustaría que vinieras al concierto.

—No tienes por qué invitarme.

—Me gustaría de veras. Puedes traer a quien quieras. —Veo la tristeza en sus ojos.

—Uhm, no sé. —Me llevo la mano al mentón, en gesto pensativo—. ¿Me firmarás un autógrafo?

—Tendrías que hacer cola. —Su mirada cambia; me está siguiendo el juego.

—Vaya, ¿no tengo pase vip? Por los viejos tiempos, ya sabes.

—Cat, no empieces —me regaña y pone los ojos en blanco.

Nos reímos. En el fondo, no hemos cambiado tanto. Seguimos siendo los mismos chiquillos que se reían del mundo para olvidar la catástrofe que, ellos mismos, estaban provocando a su alrededor.

—Está bien. Iré. Me pondré en un rinconcito para no perturbarte y después desapareceré como la Cenicienta. Así que puedes estar tranquilo.

—Caaat. No seas…

—Adiós, Kyl. Nos vemos en el Hardy. Bueno, mejor dicho, te veo.

Kyl hace un gesto de negación con la cabeza y trata de esconder una media sonrisa agachando la cabeza. Pero yo lo veo. Y eso me hace sonreír a mí también. Tengo la sensación de que aún no está todo perdido y no me pienso dar por vencida.

Esta vez, sí. Nos damos la vuelta y tomamos cada uno nuestro camino.

Cuando entro en casa, tiro la mochila en una esquina del recibidor y me asomo al salón para ver qué se cuece por aquí.

La estampa que me encuentro es muy divertida. Lizzy está tumbada en el sofá, panza arriba y con sus largas piernas estiradas sobre los muslos de Kevin, que se mantiene postrado en el sofá, atrapado bajo las piernas de la rubia. Lizzy solo lleva puesta una de esas camisetas extragrandes de colorines que ella misma destiñe para lograr el efecto *tie dye*. Kevin se gira hacia la puerta cuando percibe mi presencia y me lanza una mirada suplicante. Su postura denota tensión. Sus brazos agarrotados se extienden bien pegados a su tronco y las palmas de las manos se hunden en el asiento. Está quieto como un palo.

—¿Cuánto tiempo lleváis así? —pregunto tratando de reprimir una carcajada.

—Una película y media.

—¿Y hasta cuándo piensas quedarte en esa posición?

—No sé. Se me han dormido las piernas, pero no quiero despertarla.

Ambos fijamos nuestra mirada en Lizzy, cuyo pecho se eleva y desciende al compás de su respiración. Su boca está entreabierta y observo un hilillo de saliva que se desliza desde esta

hacia la barbilla.

—Kevin, ¿cuándo te vas a lanzar?

—¿De qué hablas?

Yo sonrío, pero no le respondo, al menos, con palabras. Hay veces que los ojos y los gestos lo dicen todo. Las mejillas de mi compañero se encienden y me aparta la mirada para dirigirla al rostro de Lizzy.

—Está más guapa así, ¿verdad? Callada.

—La verdad es que sí. —Suelto una risotada—. Pero ¿qué sería de esta minifamilia sin su alegría y sus locuras?

—Ya te digo, Cat. Tú y yo no somos precisamente la alegría de la huerta.

—Bueno, yo creo que hacemos un buen equipo. Tú pones la cabeza, yo el corazón y Lizzy la adrenalina.

—El tándem perfecto.

Con el escándalo que estamos formando, Lizzy comienza a desperezarse. Primero sacude la cabeza y, poco a poco, comienza a mover sus brazos y sus piernas. Kevin se tensa y espera, con cautela, a que despierte por completo.

—¡Kevin, tío! ¿Por qué no me has despertado? ¿Cuánto tiempo llevo así? —bufa, mirando el reloj.

—Un buen rato.

Lizzy pone cara de asombro al percatarse de que son más de las doce de la noche.

—Joder, que mañana tengo que madrugar.

Kevin la mira, molesto, y replica:

—Vaya, no me digas. No eres la única.

Nuestra amiga se levanta del sofá a trompicones, aún atolondrada por el sueño. Se estira la camiseta hacia abajo como si no hubiéramos visto todavía sus bragas verdes con corazones multicolores.

—Me he quedado helada. Me voy a la cama.

Lizzy desaparece tras la puerta de su habitación y Kevin y yo intercambiamos una mirada cómplice. Él se encoge de hombros y yo me siento a su lado y paso mi brazo por encima de su hombro.

—No te lo tomes a mal, hombre. Ya sabes que no tiene muy buen despertar.

Desde luego, Lizzy es una de esas personas que no se llevan nada bien con su despertador. No entiendo cómo no la han echado todavía del trabajo. La mitad de los días se queda dormida y sale de casa despavorida, sin desayunar, y vestida con lo primero que pilla. Menos mal que en la *boutique* donde trabaja les hacen llevar uniforme, porque si no, mi compañera habría tenido un serio problema. Todas las mañanas, se recoge su cabello dorado salpicado de colores en un moño alto y se aplica un labial rojo. Todo esto de camino al trabajo. Ella es así. Es un terremoto. Pero la adoramos.

—¿Qué tal en el trabajo, Cat? Te dije que iba a llover.

—Ya. Me he acordado de ti y de tus palabras.

—Te has empapado, ¿no?

—Sí, bueno… —dudo. No sé si continuar y contarle a Kevin la manera tan surrealista en que ha terminado mi jornada laboral.

Termino por contárselo, porque Kevin sabe escuchar. Creo que no conozco a nadie sobre la faz de la tierra con más paciencia que él y con una predisposición tan grande para ayudar y entender a los demás.

Cuando termino de desahogarme con mi compañero de piso, lo miro, impaciente, aguardando sus sabios consejos.

—Entonces, nos vamos de concierto, ¿no?

—¡Kevin! —Le doy un manotazo en el hombro—. ¿Eso es lo único que se te ocurre?

—Bueno, eso y que ese chico necesita un psiquiatra.

Lo miro con la boca abierta, estupefacta, y él se echa a reír.

—¡No te enfades! Lo digo porque está claro que él no te ha olvidado.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Si no significases nada para él, estaríais cenando una hamburguesa por ahí contándoos batallitas de vuestra adolescencia. O quizás estaríais en su cama dándoos el revolcón del siglo.

—Uhm. ¿Eso es lo que crees?

—Obvio, Cat. Cuando alguien te importa de verdad serías capaz de renunciar a esa persona si piensas que la vas a dañar.

—Pero yo solo quiero ayudarlo.

—Y hurgar en la herida.

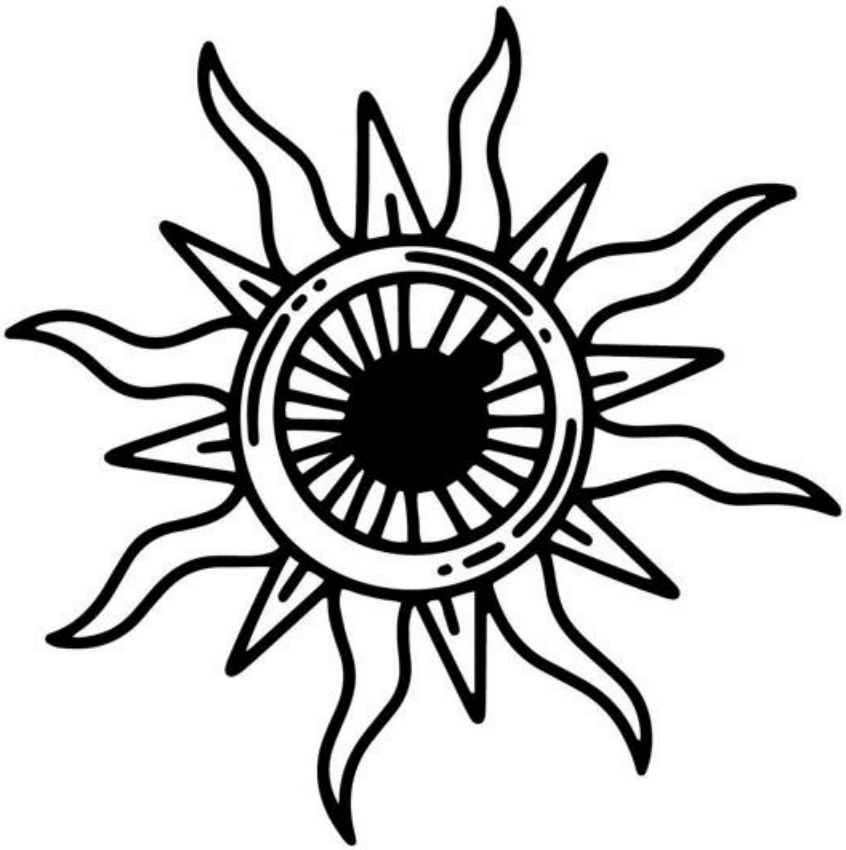
—Sí, pero porque creo que es necesario para que pueda salir del agujero.

—Lo sé, Cat. Yo te entiendo, pero hay personas que son demasiado débiles para enfrentarse a sus fantasmas. Y volver atrás podría destruirlo. Las adicciones son demasiado compatibles con los problemas.

—Yo solo…

—No fuerces las cosas. —Kevin me interrumpe posando su dedo índice en mis labios—. Estoy seguro de que él volverá a ti. Pero dale tiempo.

Me quedo pensativa unos segundos. Con la cabeza agachada y la mirada perdida en el suelo. Quizás Kevin tenga razón. Aunque, en mi defensa, he de decir que el encuentro de hoy ha sido fortuito. Mera casualidad. Sin embargo, también ha avivado mi deseo de volver a intentar un acercamiento con él. Pero tendré que dejarlo estar, mal que me pese. Kevin tiene toda la razón.



35
Cat

El cabreo que tengo en este momento es monumental. Acabo de recibir un mensaje de Jack, en el que me hace llegar el cartel del concierto de Kylian, junto con unas escuetas palabras con las que me anima a acudir a ver la actuación de la banda de su nieto.

Me parece muy bien que Kylian no quiera saber nada de mí, de nosotros, de su madre y de la dichosa caja —bueno, esto último se lo voy a perdonar porque ni siquiera conoce su existencia—. Pero que no haya tenido el coraje de enviarme él mismo el cartel del concierto que van a dar dentro de dos semanas me ha dolido. Y enfadado. Mucho.

Estoy tan decepcionada que lo pago con el pobre Jack castigándole sin dar respuesta a su mensaje. Comportamiento inmaduro e infantil. Lo sé.

Un nuevo pitido me saca de mis pensamientos un rato después y me obliga a fijar la vista en mi teléfono móvil, que había arrojado a los pies de la cama tras recibir el dichoso mensaje. Chasqueo la lengua. Me invaden los remordimientos y agarro el teléfono dispuesta a excusarme ante él y darle las gracias.

Sin embargo, el mensaje que aparece en la pantalla no es de Jack, algo que, por raro que parezca, me hace sentir decepción.

Pertenece a Henry.

Marco su número con desgana. Preferiría no devolverle la llamada. Ignorarlo, como he hecho con Jack. Sin embargo, ya he cometido demasiadas estupideces por hoy. Me reprendo a mí

misma, pues esta actitud de indiferencia hacia las personas que se preocupan por mí no va conmigo.

—¡Cat! ¡Qué alegría escuchar tu voz! No esperaba que me llamaras.

—Hola, Henry. ¿Qué tal estás? —saludo sin demasiada efusividad.

—Ahora, mejor. —Puedo imaginar su sonrisa nerviosa al otro lado de la línea telefónica—. ¿Y tú? Me tenías preocupado.

Por unos segundos, siento lástima por él. Las llamadas entre nosotros cada vez se espacian más en el tiempo. Además, casi siempre es él quien toma la iniciativa. En el fondo, Henry es un buen chico que se merece alguien mejor que yo.

—Bien. Sigo aprendiendo mi futuro oficio, ya sabes.

—¡Sí! Espero que seas tú la que me haga mi primer tatuaje. Bueno, mi madre me matará, pero no pasa nada.

Henry y su madre. Ese apego suyo tan inversamente proporcional al mío con mi padre… Creo que, aunque tenga casi dieciocho años, Henry siempre será el niño de mamá. Cada paso de su vida lo da pensando en las consecuencias que pudiera tener para ella. Por eso, no se marchará a estudiar fuera el curso que viene. Se quedará en Leavenworth y trabajará en el negocio familiar de hostelería. Está escrito en su destino desde el día en que nació. De hecho, no es casualidad que el restaurante alemán que regentan sus padres en el pueblo se llame Heinrichs Haus.

Henry es una persona conformista por naturaleza. Incluso, durante nuestra relación. Él jamás me preguntó por mi historia con Kyl. Sencillamente, se conformó con las ruinas que el huracán Kylian había dejado a su paso, y construyó con ellas una historia bonita y cómoda, en la que él puso bastante más de su parte que yo. Una historia en la que, a día de hoy, ya no tengo puesta ninguna esperanza, más allá de una sincera amistad.

A veces, la cobardía o la lástima —o la suma de ambas— nos hacen dar pasos que, en realidad, no coinciden con nuestra voluntad. Lo compruebo cuando me escucho a mí misma decir:

—Iré contigo al baile, Henry —suelto, sin apenas pensarlo.

—¿En serio? Sabía que no me ibas a fallar.

—Bueno…

Deseo decirle a Henry que no se haga ilusiones, que solo quiero hacerle compañía en un día tan importante para él, que es mi manera de decirle adiós. Pero no lo digo. No tengo valor.

Henry sonríe al otro lado del teléfono. No veo su cara, pero dibujo en mi mente, como si se tratase de uno de mis retratos, su boca curvándose con tanta fuerza que a punto están sus labios de rozar sus orejas.

—Le diré a mi madre que vienes a pasar ese fin de semana a casa.

—¡No! —le interrumpo—. Ya tengo dónde dormir. No te preocupes por eso.

—¿Estás segura?

—Sí.

—De acuerdo. Como tú quieras, Cat.

La voz de Henry se ha apagado un poco. Y, en el fondo, me alegro. No quiero alimentar en él falsas esperanzas. Por eso intento mostrarme fría, aunque no estoy muy segura de que él sepa interpretar mis intenciones.

Hablamos unos minutos más hasta que unos golpecitos en mi puerta me rescatan y aprovecho la ocasión para despedirme de él. Cuelgo la llamada y siento un sabor agridulce bañando mi paladar. No sé si he hecho bien en aceptar su invitación al baile de graduación, Sin embargo, no soy el tipo de persona que rehúye de su pasado y no es capaz de enfrentarse a él.

Mal que me pese, el tiempo me ha enseñado que nuestros actos tienen consecuencias y que nada lo hacemos por hacer. Todo tiene un porqué y cada paso que damos condiciona nuestro futuro y, a veces, sin pretenderlo, también el de las personas que nos rodean. Antes, ahora y después. Ante todo, debemos ser coherentes y no engañarnos a nosotros mismos. Eso es lo que más me duele del comportamiento de Kylian. Su inmadurez, su incapacidad para aceptar los errores, y su cobardía. Aunque, quizás, otra palabra se me escape en esta espiral de verborrea que bombardea mi cerebro en este instante. Algo se ilumina dentro de mí. Su miedo. Creo que esa es la clave de todo lo que nos está pasando. Mejor dicho, de todo lo que *no* nos está pasando. Pero yo no puedo hacer nada por él.

Qué angustioso es sentirte impotente cuando sabes que bastaría una sonrisa para derrumbar el muro de piedra que Kylian ha construido entre él y yo. Entre él y su pasado.

Una sonrisa de las suyas, canalla, pícara, sincera. De esas que él pintaba en su rostro, solo para mí, y de las que solo yo conocía su sabor. El sabor de la felicidad en sus labios. Solo con eso, sería capaz de rasgar con mis propias uñas las ataduras que le impiden avanzar y ayudarle a afrontar todos esos miedos que le tienen sumido en un pozo sin fondo.

Igual que Sophie.

Dios mío, me estremezco solo de pensar en la posibilidad de que Kylian pudiera acabar como su madre.

Me limpio las lágrimas que resbalan desbocadas por mi rostro y dirijo mi vista a la puerta. Los golpes, ahora más enérgicos, se repiten.

—¿Quién es?

—¡Cat! Somos nosotros. ¿Quién va a ser? ¿Estás bien? ¿Podemos pasar?

Sonrío. Mis compañeros, mis amigos, saben que no estoy pasando por mi mejor momentos y han estado pendientes de mí desde el día de la tormenta. El día en que me rendí y decidí seguir el consejo de Kevin y no forzar la situación con Kyl. Dejar que la corriente nos arrastre a donde tenga que arrastrarnos. Juntos o separados. Que el cauce de sentimientos, que flotan a la deriva cada vez que nuestras miradas se encuentran, lo inunde todo. Y dejarme llevar…

Ya no está en mis manos buscar un final para nosotros.

Terminaré el libro de Sophie de modo unilateral, de la manera más digna posible, aunque falten las palabras.

—Pasad. No os quedéis ahí.

Las cabezas de Lizzy y de Kevin asoman por la puerta. La imagen es muy graciosa y no puedo evitar soltar una carcajada al pensar que mis compañeros parecen dos siameses.

—¿De qué te ríes? —pregunta Lizzy tras abrir la puerta y plantarse bajo su umbral con los brazos en jarra.

—Nada, nada. Cosas mías.

—Ya, ya. ¿Con quién hablabas?

—Con Henry.

Tanto ella como Kevin fruncen el ceño y me observan con suspicacia.

—He aceptado su invitación para el baile de graduación.

—¿Estás loca? Pero él va a dar por hecho que quieres algo. Ya sabes lo que pasa en los bailes de graduación.

—Eso es verdad —coincide Kevin.

—¿Ah, sí? Os veo muy puestos en el tema. ¿Lo decís por experiencia?

Kevin, que se ha adelantado unos pasos y se encuentra frente a mí, se rasca la nuca con nerviosismo y se pone rojo como un pimiento colorado.

Lizzy avanza un par de zancadas y se pone a su altura.

—Ay, Kevin. Cuenta, cuenta. Anda. Que nos tienes muy intrigadas con tu vida amorosa. —La rubia de los mechones multicolores le pone morritos a nuestro chico y me da la sensación de que no sabe dónde meterse.

—No os voy a contar nada aquí, ahora. No es el momento, Lizzy. Cuando quieras saber algo de mi pasado sentimental, ya sabes dónde está mi habitación. Hablaremos largo y tendido, si eso es lo que quieres. Aunque no creo que la conversación dure más de cinco minutos.

Lizzy eleva las cejas, sorprendida, y noto cómo sus mejillas comienzan también a adquirir un tono rojizo poco habitual en ellas.

Intervengo antes de que mi habitación comience a arder por combustión espontánea.

—¿Y bien? ¿Qué queríais? Aparte de cotillear, claro.

Lizzy se recompone y vuelve a su habitual tono despreocupado.

—Ya sabes que el lunes es mi cumpleaños y, como me parece una maldición tener que cumplir años un maldito lunes, he pensado que podríamos ir hoy a celebrarlo. Kevin está de acuerdo, ¿verdad?

—Sí, así es. Hemos pensado llevarte a la noria de una vez por todas. Llevas aquí casi cuatro meses y nos parece un pecado capital que aún no conozcas la famosa noria de Seattle.

—Y el Miners Landing. Es un salón recreativo gigante que está justo al lado. En el muelle 57.

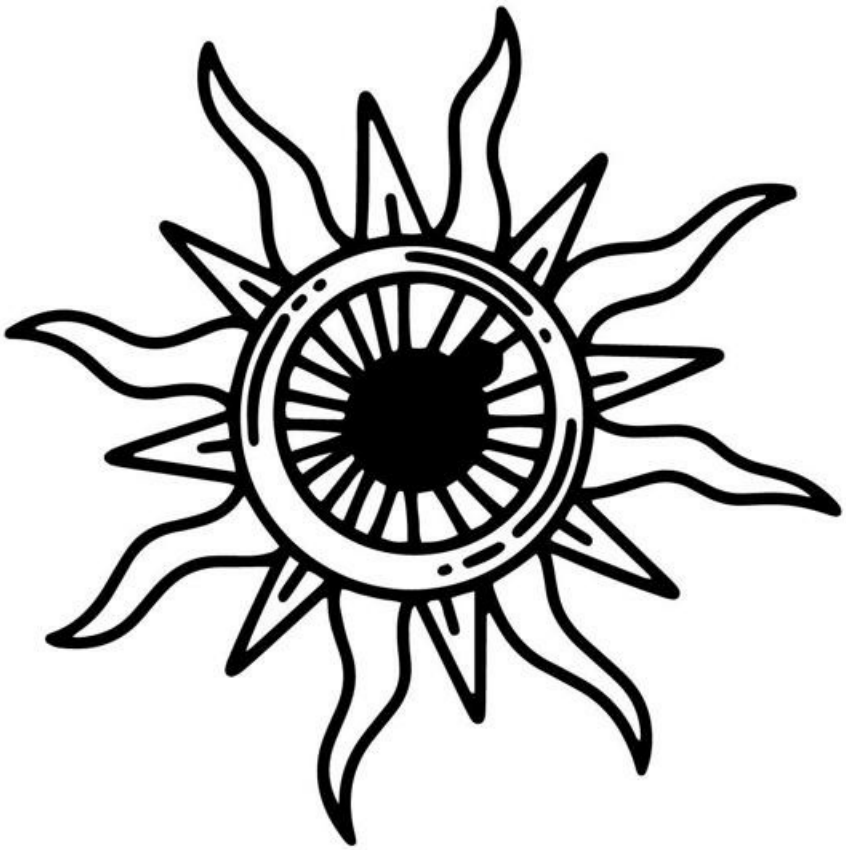
—Ya, me suenan, pero ya sabéis que con mi trabajo no es que haya tenido mucho tiempo para hacer turismo por la ciudad.

—¡Pues hoy es el día!

—Pero, Lizzy, es tu cumpleaños. Deberías ser tú la protagonista, no yo.

—Pero si estoy encantada de hacer de guía turístico. Me chifla la idea. Además, con mis mejores amigos. ¿Qué más puedo pedir?

Lizzy nos agarra a Kevin y a mí del brazo y se funde con nosotros en un abrazo gigante que casi nos hace crujir las costillas.



36
Cat

Logramos llegar sanos y salvos al aparcamiento del Waterfront Park de milagro. Aún no me explico cómo mi compañera ha logrado obtener el permiso de conducción. Kevin y yo tardamos algunos minutos en recobrar el tono natural de nuestro rostro. Lizzy se ha saltado más de un semáforo en rojo y a punto ha estado de llevarse por delante a un pobre abuelo que cruzaba un paso de peatones. Con su risa nerviosa y su cara de no haber roto un plato ha evitado que algún conductor cabreado se bajase del coche para estamparle un puñetazo. El momento más crítico ha sido cuando el pobre Kevin se ha ofrecido, con toda su buena intención, a colocarse él al volante para que Lizzy «se relajara». Creo que poco le ha faltado a la rubia para abrir la puerta del copiloto y tirarlo a la cuneta. Sobra decir que, a partir de ese momento, Kevin ha enmudecido, y tanto él como yo hemos optado por apretar bien los puños y rezar a todos los dioses del universo para llegar sanos y salvos a nuestro destino.

Y aquí estamos.

La rubia de mechones de colores se vuelve hacia nosotros con su despampanante sonrisa y un intenso brillo en los ojos —supongo que provocado por la descarga de adrenalina que acaba de experimentar a nuestra costa.

—¿Qué tal, chicos? —Lizzy frunce el ceño al percatarse de nuestras caras—. ¿Qué os pasa? ¿Queríais ir a otro sitio?

Kevin enseguida salta:

—Nooo, Lizzy. Aquí. Es perfecto.

Mi amigo abre la puerta del coche y sale disparado. Yo lo imito. Lizzy se retoca su maquillaje, aprovechando el retrovisor interior del vehículo, mientras Kevin y yo cruzamos una mirada cómplice.

Por fin, sale del coche y es ella la que toma la iniciativa y nos hace de guía. Yo estoy encantada, porque nunca he estado aquí y no se me ocurre nadie mejor que ella para mostrarme la cara divertida y amable de la ciudad en la que vivo. Esa parte de Seattle que esconde la esencia de sus gentes y que tanto me hubiese gustado conocer de la mano de una persona que ronda por mi cabeza a todas horas. Me reprendo mentalmente por menospreciar a mi compañera e intento desconectar mis pensamientos y hacer todo lo posible por disfrutar de mis amigos y de este entorno tan especial.

Y es lo que sucede en cuanto pongo un pie en el pavimento del paseo marítimo y barro con mi mirada todo cuanto me rodea. La estampa que atrapan mis retinas es de una belleza tal que, por un momento, me olvido de quién soy, de qué hago aquí… La bahía de Elliot inunda todo lo que mi vista alcanza, de izquierda a derecha. Agua, cemento, montañas y, como telón de fondo, la belleza de un cielo teñido de naranja, testigo de la puesta de sol que se cierne sobre nosotros. El sol se esconde. No puedo evitar rememorar la leyenda. «Nuestra leyenda». Un escalofrío recorre mi columna vertebral haciendo que me estremezca, pero se me pasa cuando siento el tirón de una suave mano que me invita a disfrutar de la magia de este momento y a dejar mi mente en blanco.

—Sea lo que sea que estás pensando bórralo ahora mismo de tu mente, Cat. No te veo muy animada. Hemos venido a pasárnoslo bien, ¿no? —. Cambia su expresión y da una palmada al aire—. ¡Que es mi cumpleaños!

—Todavía no —replica Kevin haciendo que Lizzy lance sobre él una mirada con tintes homicidas. Sin embargo, es tan mala actriz como conductora, por lo que Kevin no se siente, en absoluto, intimidado y continúa haciéndola rabiar—. Yo no veo que nos hayas invitado a nada todavía.

—Pues yo no veo ningún regalo.

—Por eso, porque tu cumpleaños es el lunes.

Me echo a reír aguardando la réplica de Lizzy, que no se hace esperar.

—¿A que te tiro al agua, por bocazas?

Lizzy empuja a Kevin hasta la barandilla del muelle en el que nos encontramos y hace el amago de tirarlo. Kevin le sigue el juego y se inclina más de la cuenta sobre la baranda, cosa que hace que Lizzy suelte un grito de horror y lo agarre con fuerza por la cintura.

Kevin se reincorpora de un respingo, con una sonrisa victoriosa y alzando las manos, mientras Lizzy, que todavía se aferra a él con fuerza, se da cuenta de la broma de este y lo suelta de golpe dándole un manotazo en el hombro.

—Eres gilipollas, Kev.

—No aguantas una broma, Lizzy.

Mi amigo parece un poco arrepentido y vuelve a ser el chico silencioso y taciturno al que estamos más acostumbradas. Reconozco que me encanta este lado travieso de Kevin. No sé por qué se empeña en mostrarse como un chico serio e hiperresponsable, que lo es. Sin embargo, de vez en cuando, nos sorprende con algunas de sus bromas y juraría que a Lizzy le hacen los ojos chiribitas cuando Kevin saca ese lado suyo infantil y espontáneo.

—¡Haya paz, chicos! Vamos, Lizz, enséñame los rincones de este lugar. Después ya veremos si tenemos que deshacernos de este chico tirándolo al agua.

—Desde luego. ¡Quién me mandaría a mí irme a vivir con dos mujeres!

—Perdona, guapito, te viniste a vivir conmigo —aclara Lizzy—. Recuerda que, antes de que llegase Cat, vivíamos tú y yo solitos. Y tampoco estaba tan mal, ¿no? No teníamos que compartir sofá con la morena esta. ¡Nos bastábamos los dos solos para calentarnos en las frías noches de invierno!

Lizzy le guiña un ojo y le dedica una sonrisa pícara que provoca el inmediato rubor de sus mejillas. Yo frunzo los labios, haciéndome la ofendida.

—Vaya, si estabais tan bien sin mí. ¿Para qué me buscasteis?

—Por dinero. ¿Por qué va a ser?

Kevin vuelve a sonreír y poco a poco va destensando sus músculos. Se quita las gafas y se retira con la manga de la sudadera el sudor que baña su rostro.

Dejamos la entretenida conversación a un lado y proseguimos nuestro camino a lo largo del paseo marítimo. Enseguida se puede divisar al fondo la gran noria de Seattle, The Great Wheel. Pero antes de llegar hasta allí, hacemos varias paradas para deleitarnos con las espectaculares vistas. Cuando anochece, nos sentamos sobre el muelle flotante y nos comemos unos aperitivos que ha comprado Lizzy en uno de los puestos ambulantes.

Sentados al borde de la pasarela, con los pies colgando sobre el mar, se puede sentir el ligero balanceo de la superficie al compás del agua. Me dejo engullir por el ambiente y me invade una sensación de felicidad que hacía tiempo que no sentía. El bullicio que se desata a nuestro alrededor, proveniente de los bares y restaurantes que nos rodean, y de la gente que pasea despreocupada de aquí para allá, me atrapa y me empapa hasta los huesos de energía positiva.

Sin saberlo, creo que acabo de encontrar mi lugar. Es una sensación extraña que jamás había sentido. Un pinchazo que te oprime el pecho cuando tus ojos recorren cada palmo del paisaje que se extiende ante ti y tú te arrancas un pedacito de tu corazón para guardarlo, con sumo cuidado, en cualquiera de los rincones que se esconden de la vista de los menos privilegiados. De los que no lo sienten como lo haces tú.

Ojalá todas las personas pudieran conocer su rincón en el mundo antes de dejarlo. Me siento muy afortunada de haberlo descubierto de la mano de mis mejores amigos, aunque, muy dentro de mí, una espinita se empeña en arañarme y recordarme que me falta una pieza del puzle sin la cual jamás lograré la felicidad. Mi otra mitad. Mi Kyl.

Llegamos al muelle 57 tras caminar un buen rato. La visión de la majestuosa noria de Seattle ante mí no hace más que confirmar el flechazo que he sentido hace unos minutos por este mágico lugar al que nos ha traído mi querida Lizzy.

Varada junto al agua, la gran circunferencia, teñida de miles de luces con tonalidades malva y turquesa, se impone en la oscuridad de la noche. Su presencia parece retar a la perfecta redondez de la luna llena que ilumina hoy el cielo estrellado.

Un pulso entre dos formas que empaña mis pensamientos durante unas milésimas de segundo. A mi mente asoma la encarnizada lucha por encontrarse en el cielo de aquellos hermanos destinados a buscarse de por vida: Annigan y Malina. La luna y el sol.

La imponente luna y la rueda de color se baten en duelo ahí arriba. La noria le hace tanta sombra a la luna llena que es posible que hoy nadie se percate de su presencia. Sonrío para mis adentros, recordando las conversaciones y divagaciones que la luna y sus formas cambiantes provocaban en Kylian y en mí. Pienso en él como esa luna que brilla ahí arriba, pero que se hace tan pequeña ante la luminosidad y el colorido del mundo exterior, que nunca termina de creerse lo grande que es y acaba siempre menguando. Hasta desaparecer.

Impactada por la tormenta de sentimientos que afloran en mi interior sin permiso, suspiro

hondo y sacudo la cabeza en un intento por vaciar mi mente de recuerdos, al menos, por unas horas, y disfrutar de la noche con mis amigos.

Llegamos, por fin, a la noria y, tras comprar los tiques, nos ponemos en la cola. De repente, Lizzy dice algo que nos deja anonadados.

—¡Ah! No os he dicho que tengo miedo a las alturas.

Kevin y yo nos miramos con una mueca de sorpresa y, después, le lanzamos una mirada interrogante.

—¿Y lo dices ahora? —pregunta Kevin.

—Sí, bueno, no quería aguaros la fiesta.

—Pero, Lizzy, si has sido tú la que has elegido venir aquí.

— Me he propuesto cambiar algunos aspectos de mi vida —responde resuelta—. Voy a cumplir veinte años y ya es hora de ir avanzando.

Kevin arquea las cejas y la observa pensativo.

—¿Y no se te podía haber ocurrido algo más normal? No sé, cortarte el pelo o cambiar los muebles de tu habitación.

—Bueno, no os quejéis. Por lo menos, no se me ha ocurrido hacer *puenting* ni nada parecido.

Pongo los ojos en blanco y le doy un suave empujón a nuestra amiga para que avance. Ha llegado nuestro turno. Subimos los escalones que nos llevan a la plataforma de la noria y aguardamos a que el trabajador nos indique cuándo acceder a una de las cápsulas. Mientras esperamos, Lizzy comienza a hiperventilar. Coge aire, lo expulsa a toda velocidad y su tez comienza a perder el color.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Ella se limita a emitir una sonrisa de medio lado y pone cara de circunstancias.

—¿Estás temblando? —le pregunta Kevin.

Lizzy asiente con la cabeza y se encoge de hombros. Kevin le pasa el brazo por encima de los hombros.

—Vámonos de aquí, Lizzy, no tienes por qué hacer esto. No tienes que demostrarle nada a nadie.

El hombre que recoge los tiques nos hace una señal con la mano invitándonos a montar en la góndola que acaba de detenerse junto a nosotros. Miro a Lizzy, que dirige sus pasos con determinación hacia el compartimento.

—¡Vamos, chicos! —Se gira hacia nosotros y nos apremia con voz temblorosa.

Junto a nosotros, se encuentra una familia que se nos adelanta y se cuela en el habitáculo dejando libres tres asientos. Uno en un lado y los otros dos enfrente.

—Tú aquí, chica —me dice el hombre de rasgos asiáticos señalando el asiento que queda libre a su lado—. Pareja junta.

Señala a mis amigos al pronunciar esas palabras y yo me limito a aceptar mientras contemplo a Lizzy y a Kevin acomodándose en el asiento de enfrente. En este momento me siento invisible, pero reconozco que no me importa en absoluto, porque me gusta tanto lo que veo que no puedo evitar que una sonrisa se instale en mis labios.

La noria comienza a moverse, con lentitud. La góndola acristalada se eleva con un vaivén apenas perceptible y nos va regalando las vistas más impresionantes que he presenciado en mi vida: el perfil de la ciudad de Seattle, con sus rascacielos afilados e iluminados, las montañas al fondo —aún con restos de nieve— y la increíble Space Needle, presidiendo la ciudad, con su cúpula puntiaguda apuntando al cielo.

Aparto la vista del cristal del compartimento unos segundos y la fijo en mis amigos. Kevin rodea a Lizzy con su brazo y esta tiene su cabeza hundida en el cuello de mi amigo. Puedo apreciar como un débil temblor recorre su cuerpo y me emociono al ver como Kevin le acaricia el pelo con la otra mano y la besa en la frente. No sé por qué me da que ninguno de esos dos se está empapando del viaje. Reconozco que siento envidia. Mucha.

El hombre asiático se dirige hacia mí y me dice:

—¿Ves, chica? Pareja. Junta. Amor. Momento.

Vamos, que casi me está diciendo que ahora mismo sobro en este triángulo. Pero no me queda más que asentir y sonreír al hombre con complicidad.

Vuelvo a perder mi mirada en la noche y detengo la vista en la luna llena. Pienso en mis amigos y me asaltan un sinfín de imágenes que hacen que me sumerja en un mar de nostalgia y la tristeza se vuelve a instalar en mi corazón.



37
Kylian

—Es perfecta, Kylian. Me encanta.

Paty se echa a mis brazos y me planta un sonoro beso en la comisura de mis labios ante la mirada divertida de Luke.

—Cantas como el culo, tío —sostiene mi amigo.

—Por eso eres tú el cantante del grupo, Luke. Bueno, por eso y porque eres el más guapo, obviamente.

Paty y Sheryl se echan a reír y es Sheryl la que añade:

—Bueno, Kylian. Tú también estás de buen ver. No seas modesto. ¿Verdad, Paty?

La rubia asiente con una sonrisita y se vuelve hacia mí.

—Lo siento, pero no puedo ser objetiva.

Me levanto del sofá, apoyando la guitarra sobre este, y me acerco a la batería. Empiezo a notar palpitaciones en varias partes de mi cuerpo y necesito descargar un poco de adrenalina.

—¡Vamos a darle caña!

Luke se hace con la guitarra y se pone en pie, coge el cuaderno donde he escrito la letra de la última canción que acabo de mostrarles y se acerca al micrófono.

Llevo semanas trabajando en las letras de los temas nuevos y, por fin, puedo decir que tengo escritas todas las canciones que compondrán nuestra próxima maqueta.

Estoy exhausto, pero a la vez me siento lleno, como hacía tiempo que no me sentía. Tocar la

batería me libera y hace que me desahogue y descargue toda la energía negativa que acumulo sobre mis hombros. Mis rayaduras de cabeza, mis bajones… Escribir canciones va mucho más allá de todo eso. Componer siempre ha sido para mí mucho más desgarrador. Un viaje hacia mi interior. Un refugio. Una lucha contra mis propios demonios en la que me dejo la piel, cada canción se lleva un trozo de mi alma. Da igual si habla sobre el desamor, sobre la amistad, sobre algún problema social. Todas llevan impresas mi esencia y en todas me veo reflejado de una manera o de otra. Y todas me roban la energía hasta el punto de dejarme seco.

Luke y yo nos compenetramos de maravilla. Siempre lo hemos hecho. Se podría decir que ambos, en la misma medida, somos el alma del grupo. Ni él ni yo podríamos faltar en la ecuación musical que, con tanto esfuerzo, estamos intentando sacar adelante.

Dentro de una semana tocaremos en el Hardy. Y esta vez, como banda principal. Todavía no me lo creo.

—Vamos, tío. Despierta.

Luke me saca de mis pensamientos. Sostengo las baquetas con firmeza y golpeo los platillos para arrancar la canción.

—Un, dos, tres. ¡Va!

La melodía, acompañada con la voz ronca y profunda de mi amigo, envuelve el ambiente del local volviéndolo más denso. Por unos segundos, me siento embriagado con la potencia del tema que estamos tocando. Las chicas escuchan con atención y, cuando terminamos, rompen en un aplauso.

—Es una pasada —nos felicita Sheryl—. De las mejores que os he escuchado.

—Gracias —respondo con modestia.

—Kylian, eres el puto amo. Sin ti este grupo se iría a la mierda.

—Venga ya, no digas chorradas.

Luke suelta la guitarra y se sienta junto a su chica. Sí, parece que lo suyo con Sheryl va en serio esta vez. Ella se arrima y coloca su mano sobre el muslo de mi amigo, que no duda en hacer lo mismo con la suya y lanzarse sobre ella para comerse su boca.

Paty y yo nos miramos. Me levanto de la banqueta y le hago un gesto a la rubia.

—Paty, creo que tú y yo sobramos.

Ella asiente con la cabeza mientras esboza una enorme sonrisa.

—Yo también lo creo.

Ambos nos dirigimos a la silla donde reposan nuestras chaquetas y salimos de allí, poco después, pronunciando unas palabras de despedida que los tortolitos ni siquiera escuchan.

Ya en la calle, le propongo ir a dar una vuelta. Hace una noche estupenda y, además, me gusta su compañía, no lo voy a negar. Caminamos sin rumbo. Hablamos sobre música, sobre la buena pareja que hacen nuestros amigos, sobre las aspiraciones de Paty. Me cuenta que está estudiando Diseño de Moda y que su gran sueño es trasladarse a vivir a Nueva York y crear su propia marca de ropa.

—Seguro que lo consigues —le digo—. Tienes mucho estilo. Y pareces muy tenaz.

—Lo soy. Aunque, a veces, termino rindiéndome.

Paty clava sus ojos en los míos y cuando le devuelvo la mirada ella aparta la vista.

Unos minutos después, nos encontramos en el callejón de los Chicles. Un lugar bastante pintoresco, en el que he terminado alguna noche loca intimando con alguna chica o vomitando en algún rincón. O las dos cosas. Me queda un vago recuerdo de esas noches de excesos. Por suerte, la memoria es selectiva y, en mi caso, agradezco no acordarme de muchas de las estupideces que cometí en el pasado.

El sitio en cuestión es un callejón de lo más común, solo que sus paredes de ladrillo están cubiertas de chicles mascados de todos los colores. Hace más de dos décadas que este lugar se hizo famoso por su colorido muro forrado de goma de mascar que los transeúntes iban pegando a su paso. Según dicen, has de pedir un deseo al tiempo que pegas tu chicle en la pared y este se te cumplirá. Yo nunca he creído en esas tonterías, aunque, en el fondo, envidio a la gente que alimenta su esperanza con estas leyendas sin sentido. Y, al parecer, en este mundo de locos hay muchas personas que proyectan su fe en supersticiones como esta, pues, con el paso de los años, el pequeño muro de chicles ha dado paso a un callejón entero forrado de repugnantes pegotes multicolores.

El intenso olor de la goma se me mete por las fosas nasales y me entran ganas de vomitar. Es extraño. A veces, echo de menos el efecto anestésico de las drogas. En otras circunstancias, ni siquiera habría apreciado el fuerte olor que estas paredes emiten.

—¿Has pegado tus babas en este muro alguna vez, Kylian?

Paty espera mi respuesta salpicando su bonito rostro con una sonrisa divertida.

—Si te digo la verdad, no estoy seguro.

—¿Lagunas mentales?

—Más de las que quisiera.

—Ya.

Paty se queda unos segundos pensativa con una mano apoyada en su barbilla.

—Bueno, ahora estás sobrio. ¡Qué mejor momento para dejar tu huella en el corazón de Seattle!

—Lo siento, pero me niego a admitir que esto es el corazón de Seattle.

—No entiendo por qué —afirma Paty con sarcasmo.

La rubia me coge de la mano y me lleva hasta una tienda de golosinas ubicada de manera estratégica al final del callejón.

Entramos en el comercio y compramos dos chicles, uno para cada uno.

Una vez en el exterior, Paty desenvuelve las gomas de mascar y coloca una de ellas en mi boca. El roce de su dedo sobre mis labios me provoca un sutil escalofrío que estoy seguro de que ella percibe. Sus pupilas brillan de una manera especial. Es tan bonita. Sin embargo, no puedo evitar sentirme como un miserable porque se merece a alguien mejor que yo y me jode que esté perdiendo el tiempo conmigo.

Se introduce el chicle en la boca y se aproxima a mí peligrosamente. Se detiene a solo un palmo de mi cuerpo y fija sus ojos en los míos.

—Dicen que cuanto más grande es el pegote de chicle, más posibilidades hay de que se cumpla tu deseo.

No puedo evitar soltar una carcajada. Nunca me habían pedido un beso de una forma tan extraña y original. Los sonrosados labios de Paty dibujan una sonrisa que no tardo en atrapar con mi boca. Preso del deseo que esta chica provoca en mí, introduzco mi lengua en su boca y jugueteo con mi goma de mascar y la suya hasta que poso mi chicle en su interior y me separo de ella estudiando su reacción.

Paty me mira sorprendida y afirma:

—Muy bien. Ya veo que me has entendido.

Mastica el chicle con ganas, moviendo su mandíbula arriba y abajo, y forma un globo con él, que estira hasta explotarlo. A continuación, se saca de la boca la goma de mascar y me coge de la mano para recorrer el callejón hasta que encuentra una pequeña porción de pared aún virgen. Lo adhiere sobre el ladrillo naranja y presiona fuerte con su mano, mientras que con la

otra aprieta la mía.

—Pide un deseo —me anima mirándome a los ojos.

Yo la observo con incredulidad y resignación. No me gustan este tipo de supersticiones absurdas, pero no me resisto a imaginar que aquello que tanto anhelo, cuyo nombre empieza por C, pudiera volver a formar parte de mi vida, esta vez, sin miedo, sin sentimiento de culpa, sin cobardía. Después de todo, dicen que soñar es gratis, ¿no?

—¿Ya?

—Síííí.

—Me pregunto qué pasará cuando dos deseos nacidos de un mismo chicle son incompatibles entre sí.

Agacho la cabeza ante la afirmación de Paty y el sentimiento de culpa regresa de nuevo para caer sobre mis hombros. Ella sujeta mi barbilla con su mano y, con sus pupilas chispeantes ancladas a mis ojos, añade:

—Me gustaría saber quién es la afortunada que ocupa esa cabecita, Kylian. —Me da un golpecito en la sien con su dedo índice—. Me da mucha rabia que un chico como tú ande mendigando un amor imposible y perdiéndose las cosas bonitas de la vida.

—Paty. Yo… No quiero que tú…

—No digas nada, Kyl. Nunca te he pedido nada. Solo soy tu amiga. Sé muy bien cuál es mi papel en esta historia. Y me conformo con ello.

Paty habla con sobriedad y firmeza. Es la primera vez desde que nos conocemos que la veo tan seria. Sus ojos se han apagado, aunque ella trate de disimular esbozando una amplia sonrisa.

—Esto no es justo para ti, Paty.

—Ya soy mayorcita. Sé muy bien dónde me meto. —Acorta la distancia entre su cuerpo y el mío y me besa al tiempo que posa sobre mi trasero sus manos juguetonas.

Paty y yo nos hemos besado varias veces desde el bochornoso momento en los baños el Hardy, pero no hemos pasado de ahí. Besos fugaces, espontáneos, mensajes en el móvil un tanto subidos de tono. Y amistad. Eso es lo que somos ella y yo. Amigos que juegan con fuego, atrapados por la desmesurada química que surge entre nosotros. Un juego entre dos adultos en el que alguien saldrá perdiendo. Es posible que esta sea la partida más absurda de la historia, ya que está escrito su final antes, incluso, de comenzar. Ambos saldremos perdiendo. No habrá ganador.

—¿Vamos a mi casa? —pregunta la rubia cuando se separa de mí. Su respiración, al igual que la mía, se ha acelerado.

—Vamos.

Esta vez me puede el calentón. Estoy tan excitado que realizo el trayecto hacia su casa flotando en una nube.

No tardamos en alcanzar su portal. Entramos y cogemos el ascensor. Ciego de deseo introduzco mis manos por debajo de su jersey y rozo sus pechos con mis dedos antes de llegar a su piso.

Salimos del cubículo enredados en caricias, que se transforman en puro sexo en cuanto atravesamos la puerta de su casa. Ni siquiera nos molestamos en llegar hasta su dormitorio. Paty se apoya sobre la pared del pasillo y me agarra por la cinturilla del pantalón hasta que deja de existir la separación entre nosotros. Me acaricia la espalda y baja su mano hacia mis glúteos. Beso su cuello mientras intento desabrochar su pantalón; lo deja caer con un sinuoso movimiento de sus caderas. Busco un preservativo que guardo en la cartera, dentro del bolsillo del pantalón, antes de que este se deslice hasta el suelo junto con mi ropa interior. Me lo coloco y con unas ganas desbocadas me hundo en el cuerpo de Paty, que vibra al compás de mis embestidas. Mis

piernas han dejado de aguantar el peso de mi cuerpo y siento como si flotase. Al ritmo frenético que tomamos, mi cuerpo no tarda en alcanzar el clímax. El placer acumulado durante tanto tiempo estalla dentro del cuerpo azorado de mi amiga que, al igual que yo, respira con dificultad presa de las sensaciones que su cuerpo ha experimentado.

Ambos nos dejamos caer en el suelo, jadeantes y exhaustos. Me siento con la espalda apoyada contra la pared y Paty se sienta a mi lado. Mi corazón tarda unos minutos en recuperar su ritmo habitual. Joder, es la primera vez en mucho tiempo que tengo sexo sin haber tomado nada. Sin embargo, una sensación de vacío se abre paso en mis entrañas. Me castigo a mí mismo pensando en cómo sería hacer el amor. Porque esto solo ha sido algo físico. Siempre ha sido así. Nunca he sabido hacerlo de otra manera. Quizás el problema sea yo. Quizás el problema sea que busco en otras miradas el brillo infinito de esos ojos de gato que nublan mis pensamientos desde que me levanto hasta que me acuesto. Soy un puto desgraciado. No debería estar pensando esto mientras acaricio el cabello de mi amiga, que ha apoyado su cabeza sobre mis muslos y sonríe con los ojos cerrados.



38

Kylian

Los días posteriores a mi encuentro con Paty me he comportado como un auténtico capullo y no he contestado a ninguno de sus mensajes. Quizás suene egoísta, pero me convenzo a mí mismo de que lo hago por su bien. La realidad de nuestra situación quedó clara cuando nos despedimos en su casa la pasada noche, apenas media hora después de haber follado como locos en medio del pasillo. Ni siquiera quise quedarme a cenar o a tomar una cerveza sin alcohol. Vi algo en su mirada que provocó en mí una extraña sensación de asfixia y me empujó a huir de allí como alma que lleva el diablo.

Un cabronazo. Eso es lo que soy.

Además, a dos días del concierto en el Hardy, aún no he reunido el valor para escribir a Cat e invitarla al evento. No sé si habrá visto algún cartel por la ciudad o si se habrá enterado de algún modo. Aunque así fuera, es un detalle horrible por mi parte no invitarla, aunque sea por teléfono. Pero solo la idea de que ella pueda acudir al bolo con su novio me desguaza por dentro. De un modo egoísta he llegado a pensar que verlo con mis propios ojos me podría poner en serias dificultades para darlo todo con mi banda. Y no quiero fallarles en un día tan importante para todos nosotros.

He venido al Gas Works Park porque necesito aclarar mis ideas. Necesito huir de mí mismo. Necesito escapar de la celda que mis pensamientos han construido sobre mi corazón y liberar toda la mierda que llevo dentro.

Sé que no está bien, pero hoy me he rendido. Le he robado a mi amigo Luke un porro que guardaba en su riñonera. Supongo que pronto se dará cuenta y no tardará en caerme uno de sus sermones. Luke es demasiado protector conmigo. Al igual que mi abuelo. No se dan cuenta, pero lo único que hacen es ahogarme con tanto control y tanta preocupación.

Yo no soy como mi madre. Estoy harto de decirlo. Solo estoy atravesando una mala racha. Todo pasará y pronto volveré a ser el chico bromista y alegre que era hace unos años.

Antes de Cat.

Antes de nuestra puta locura.

Me enciendo el canuto y me recuesto sobre la hierba barriendo con mis ojos el cielo estrellado. Deambulo con la mirada por la negrura de la noche en busca de la luna. Pero no hay ni rastro de ella, ni siquiera un atisbo de su luminosidad asoma por el horizonte.

Pronto comienzo a sentir los efectos de la droga, tan leves como placenteros. Es triste que esta sea la única pequeña porción de felicidad a la que puedo acceder. Dañina. Volátil. Irreal. Una inmensa calma se apodera de mis terminaciones nerviosas, nublando mis pensamientos justo en el momento perfecto. Justo cuando el desaliento arrecia con ímpetu e intenta abrirse paso en mi cabeza.

«Maldita luna. Atrincherada detrás de las estrellas consigues plasmar a la perfección la estampa de mis últimos días. Huidizo. Acobardado. Acojonado, más bien. Incapaz de enfrentarme a la vida como se debe hacer: echándole huevos.

»Y, ahora que me tienes escondido y ahogado entre lamentos, te empeñas en recordarme aquellas inolvidables noches en las que la chica de los ojos de gato y yo nos encontrábamos en el tejado. Y te buscaba. Vaya si te buscaba. Pero nunca te encontré, porque yo era esa luna y el sol me quemaba, aunque fuera de noche».

Creo que se me está yendo un poco la cabeza.

Con el sabor de sus labios ametrallando mi memoria decido dar un paso adelante y marco el número de Cat. Los latidos de mi corazón se aceleran a medida que se escuchan los tonos de llamada.

Un tono. Dos tonos. Tres. Cuatro. Cinco. Así, hasta que pierdo la cuenta y desisto. Ni siquiera vuelvo a intentarlo porque, para qué nos vamos a engañar, en el fondo siento un profundo alivio ante la ausencia de contestación de Cat.

Opto por actuar de la manera más impersonal, menos arriesgada, y le escribo un mensaje, frío y directo.

Este viernes actuamos en el Hardy. A las nueve. Puedes venir con quien quieras. La entrada es libre. Un saludo.

19:54

Me chirrían con fuerza cada una de las palabras que he escrito. Es tan asquerosamente formal. Pero, si es esto lo que pretendo aparentar con ella, el mensaje no podría ser más adecuado.

Sin darle más vueltas, pulso la tecla «enviar» y, en menos de cinco segundos, ya me he arrepentido de haber sido tan frío. Para mi desgracia, compruebo en la pantalla que Cat se acaba de conectar y enseguida me golpea su respuesta como si me dieran un puñetazo en el estómago.

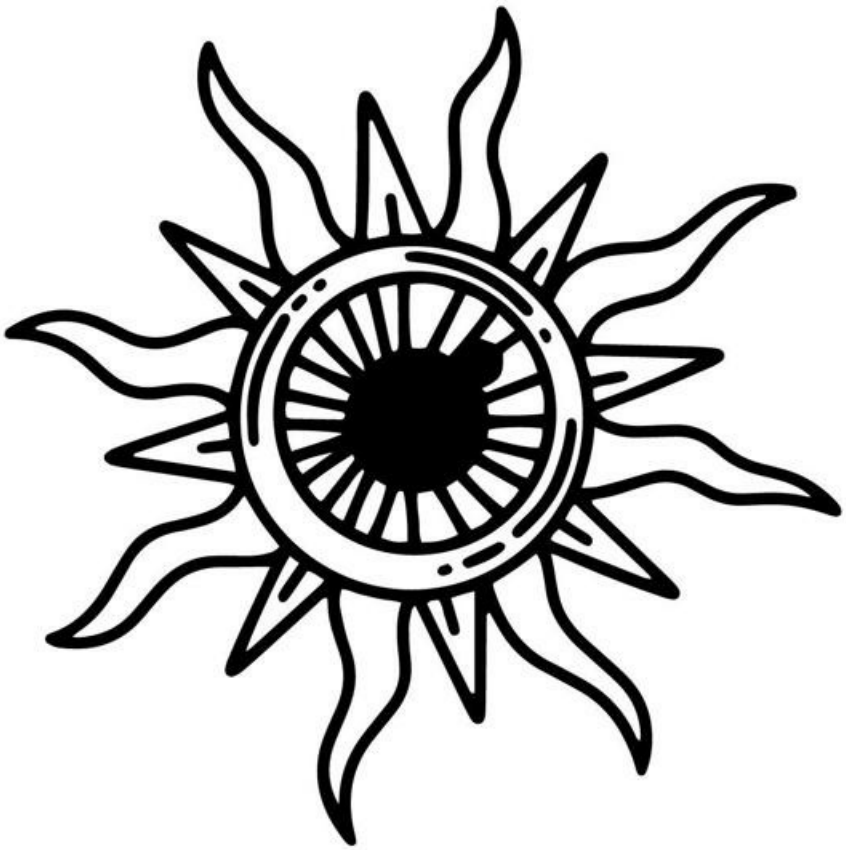
Ok.
19:54

Me doy de bofetadas a mí mismo, mentalmente, claro está, y proyecto en mi mente las palabras que no he sido capaz de escribir:

«Hola, ojos de gato. Este viernes actúo en el Hardy. A las nueve. Me encantaría verte. Te espero».

En fin, será mejor que me tumbe otra vez hasta que se me pase el medio colocón que llevo. No puedo llegar así a casa. Si mi abuelo se entera de que he vuelto a fumar hierba es capaz de meterme otra vez en el centro.

Y tengo demasiadas cosas que resolver aquí afuera. En el mundo real.



39
Cat

Me encuentro tumbada boca abajo sobre la camilla del estudio de tatuajes en las expertas manos de mi profesor.

Mi primer tatuaje.

No sé muy bien cómo describir esta sensación que me recorre con cada trazo que la aguja dibuja, a golpe de tinta, en mi piel. Se entremezcla el miedo con el placer, un cóctel explosivo que me mantiene en tensión desde que Mike ha comenzado a plasmar su delicado arte en mi piel.

Miedo y placer.

Una combinación bien conocida por mí y a la que confieso que me volví, en cierto modo, adicta.

No sé cómo, ni en qué momento, mis pensamientos se trasladan al pasado. Quizás el dibujo que penetra en mi piel y me hace sangrar tenga algo que ver con esta ola de nostalgia que se agolpa en mis pupilas y pugna por derramarse en forma de lágrimas.

Hundo la cabeza entre mis brazos. No quiero que Mike me vea así, pero me temo que es demasiado tarde.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pare?

Ladeo un poco la cabeza mientras me trago las lágrimas y contesto con el tono más calmado posible:

—Estoy bien. Sigue, por favor.

—Eso espero. Porque es un poco tarde ya para arrepentirte.

Le regalo una débil sonrisa. Mike es un buen tío. Siempre se preocupa por mí y algo me dice que me he convertido en una de sus alumnas favoritas. De hecho, nunca antes había tatuado a ninguno de sus alumnos. Mejor dicho, ya no se dedica a tatuar de manera profesional. Se ha volcado en el mundo de la enseñanza y solo lo hace con clientes muy especiales, o con amigos que le imploran un poquito de su buen hacer.

«Ya he derramado demasiada sangre», me dijo un día que nuestra clase se alargó más de la cuenta y terminamos compartiendo reflexiones sobre la vida y sobre nuestros sueños.

Mike es unos cuantos años mayor que yo. Rondará los veinticinco o veintiséis. Tiene el cabello moreno y largo, y casi siempre lo lleva atado en una coleta que le da un aspecto de indio salvaje muy acorde con la imagen de tipo duro que pretende proyectar al resto del mundo. Su incipiente barba de tres días le confiere un aspecto aún más inaccesible y le hace parecer mayor de lo que es. Sin embargo, todos estos detalles sobre su aspecto físico y esa coraza que lo envuelve pasan a un segundo plano cuando lo conoces mejor y te permite adentrarte en su mundo.

—¿Me vas a contar por qué has elegido este dibujo?

—Lo he diseñado yo.

—Ya lo sé. Y si no te haces con los derechos de autor, te lo voy a robar.

—No serás capaz —respondo.

—Es broma. No soy tan capullo. Pero, dime, ¿por qué este dibujo?

—¿No te gusta?

—Me encanta, Cat. Solo es que soy un poco cotilla.

—Pues me temo que te vas a quedar con las ganas.

—¿Por qué un sol y una luna? ¿Y un gato? Tendrá algún significado para ti, ¿no?

—Obviamente, señor profesor. —Lanzo una sonrisa socarrona al aire—. Alguien me dijo un día que un tatuaje sin significado es como un libro con las páginas en blanco.

—Así es. Ya sabes que no soy muy amigo de las modas, de la gente que se tatúa a la ligera, sin pensar que esa imagen le va a acompañar toda la vida.

—Bueno, eso es mucho decir hoy en día. Para eso se ha inventado el láser.

—Bufff, Cat. Ya sabes mi opinión al respecto. El maldito láser le ha robado la esencia al auténtico valor de hacerse un tatuaje. Antes, debías tener muy claro lo que querías hacerte. Lo meditabas, buscabas algo especial, con un significado para ti. Ahora, da igual. Total, si te aburres, te lo borras y listo.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero si te sirve de consuelo, el tatuaje que estás haciendo es el resumen de mi vida. Y te aseguro que no lo voy a borrar jamás.

Mike no puede evitarlo y estalla en una carcajada que le sale del alma.

Yo me incorporo y lo taladro con la mirada.

—¿El resumen de tu vida? ¿Pero tú cuántos años tienes? ¿Ochenta y cinco?

—¡Qué gracioso!

—Aún eres una niña. No te ofendas, pero es la realidad. Incluso yo, que te saco unos añitos, tengo todavía mucho que vivir, mucho por experimentar. La vida no te espera, Cat.

Sacudo la cabeza y la vuelvo a hundir entre mis brazos. Cierro los ojos y medito en silencio las palabras de mi maestro. Es triste, pero es verdad que me siento como si fuese una anciana, como si hubiese vivido ya todas las experiencias que me tocaban. Las malas, las jodidamente buenas, las que volvería a repetir una y mil veces.

Unos minutos después, cuando tengo la piel tan irritada que incluso he dejado de sentir el

dolor, mi teléfono móvil vibra y el estridente tono de llamada retumba sobre una de las mesas del estudio.

Mike detiene la máquina y aguarda mi reacción.

—¿Te lo acerco?

—No, da igual.

—¿Seguro?

Antes de que me dé tiempo a reaccionar, la llamada se interrumpe. Supongo que he tardado demasiado en pensármelo, pero me da igual. No espero a nadie. Sea quien sea, solo tiene que insistir de nuevo.

Dicho y hecho. Escucho de nuevo el sonido de mi teléfono, pero esta vez parece tratarse de un mensaje. Sin darme la opción de decidir, mi profesor alarga la mano para coger mi teléfono y me lo entrega. Lo desbloqueo y mi corazón da un vuelco cuando veo el nombre de Kylian en la pantalla.

Leo su mensaje con el estómago encogido:

«Este viernes actuamos en el Hardy. A las nueve. Puedes venir con quien quieras. La entrada es libre. Un saludo».

Vaya. La sorpresa es doble. Por un lado, a estas alturas, a solo dos días para el evento, ya no me esperaba que Kylian tuviese el detalle de invitarme en persona. Sin mediadores. Sin embargo, su mensaje, lejos de alegrarme, me ha sumido de nuevo en la rabia y en la decepción. Es tan frío. Tan impersonal. El Kylian que yo conocía no era así. Era valiente, espontáneo y no me hablaba como si estuviese dando el parte meteorológico.

Menuda mierda.

Contesto con un escueto «ok», que bien podría decir: «A buenas horas, mangas verdes».

Siento los ojos de Mike posados sobre mi nuca. A la espera. Y hago lo primero que se me viene a la cabeza. Me giro sobre mi cuerpo, propiciando que la toalla que me cubre caiga a un lado y que los ojos de Mike se posen en mi sostén, por unas décimas de segundo, y se abran como platos. Creo que no se lo esperaba. Y, ni corta ni perezosa, le lanzo una pregunta que, sin que yo lo sepa, cambiará sin remedio el rumbo de las cosas.

—¿Tienes algo que hacer este viernes por la noche?

Él me ofrece la toalla para que me cubra y se rasca la oreja, pensativo, como si se estuviese valorando su respuesta, pero no tarda ni tres segundos en contestar:

—Estoy abierto a sugerencias.

Porque la vida no espera…

Un rato después, Mike da por finalizada su «obra de arte», como la define él medio en broma, aunque estoy segura de que ha hecho un trabajo excelente. No me cabe ninguna duda.

Me incorporo, sujetando la toalla con una mano, y me quedo sentada sobre la camilla. Me recojo hacia un lado los mechones que rozan la base de mi cuello, mientras Mi profesor me aplica sobre la herida una crema cicatrizante. Antes de taparlo, me ofrece un espejo para que pueda ver el resultado final.

Las palabras se quedan cortas para poder explicar la cascada de emociones que me inundan cuando veo la imagen de mi tatuaje reflejada en el espejo.

Es un sueño hecho realidad. Desde que mis hormonas se aliaron con mis sentimientos para bailar al son de ese chico con los ojos del color del océano, supe que mi primer tatuaje sería un símbolo. Sería el símbolo de aquel maremoto que arrasó con mi inocencia y me convirtió en mujer de forma prematura. Y no hablo en el sentido físico, sino en el más profundo sentido emocional.

Contemplo embelesada la pieza de arte que aún sangra sobre mi omóplato. El tatuaje cubre la parte superior derecha de mi espalda y baja por el brazo. Un sol radiante preside el dibujo, enredado con una luna que se acoge entre sus rayos y un estilizado gato negro los observa embelesado desde lo alto de un tejado.

No podía gustarme más.

Mi cara debe de ser un poema; cuando bajo del cielo al que he volado en unos segundos, me espera la sonrisa inmensa de Mike, llena de orgullo.

—Gracias, Mike. Es increíble. Me encanta.

—¿Gracias? No, Cat, gracias a ti por prestarme tu piel.

El calor me sube a las mejillas de manera descontrolada. Su mirada penetrante examina mi rostro, en busca de algo. No sé. Quizás un gesto por mi parte. Una señal. Y a mí lo único que me apetece es huir de aquí cuanto antes.

Complicaciones las justas.

Mike retrocede unos pasos y se dirige a la silla donde he dejado tirada mi camiseta. Me la lanza mientras me guiña un ojo.

—¡Anda! Corre a enseñárselo a tu chico. Pero nada de tocar, ¿eh? Todavía no.

Niego con la cabeza, poniendo los ojos en blanco, y le muestro una tímida sonrisa.

Sí, será mejor que me vaya.

Entre los dos recogemos la sala en pocos minutos. Mike se ofrece a acercarme a casa, pero yo lo rechazo. Prefiero ir caminado. Hace un sol espléndido y necesito sentir el aire rompiendo contra mi cara.

Salgo del estudio con un nudo en el estómago y dirijo mis pasos hacia el paseo marítimo. Hacia el muelle 57. Apenas media hora después me encuentro paseando al borde de la bahía. Desde que me trajo aquí Lizzy el otro día, este lugar se ha convertido en mi refugio. Aprieto fuerte los puños y me pierdo en mis reflexiones. Demasiadas sensaciones que no sé muy bien cómo gestionar. Es tan complicado tratar de lidiar con las emociones cuando lo único que quieres es dejar de sentir. Cómo me gustaría poder frenar, mejor aún, poder retroceder. Navegar atrás en el tiempo, darle la vuelta al reloj de arena y comenzar desde cero.

¿Qué habría cambiado?

Si lo pienso bien, nada. No me arrepiento de nada de lo que hice con Kylian. Miento, me arrepiento de lo que pude haber hecho y no hice. Y de las consecuencias que aquello tuvo sobre terceras personas que no merecían verse salpicadas por nuestra locura. Esa es la espina que llevo clavada muy adentro. Sería lo único que cambiaría.

Me siento en el borde de la pasarela de madera y elevo la vista hacia el sol, que me ciega con su intensa luz y me obliga a cerrar os ojos.



40

Kylian

Cuando llego a casa, rezo para que mi abuelo esté acostado. No es que vaya demasiado colocado, podría ser peor. Aun así, estoy seguro de que si nos cruzáramos por el pasillo le bastaría con mirarme a los ojos durante una milésima de segundo para descubrirme.

Y no tanto por mis pupilas dilatadas o por mi sonrisa bobalicona, sino porque siempre se me ha dado fatal mentir. Aunque pueda parecer lo contrario, dado mi historial. Porque lo que hubo entre Cat y yo fue una mentira colosal. Una puta ciencia ficción. De cara al resto del mundo, es evidente. Porque lo que ella y yo compartíamos, los sentimientos que nos tenían atrapados en una espiral de remordimientos y de culpa, era lo más real que había sentido en mi vida.

Me introduzco en el dormitorio de la manera más sigilosa posible y me meto en la cama sin ni siquiera quitarme la ropa.

A la mañana siguiente, me levanto hecho una mierda. Me estalla la cabeza. Qué jodido es tener resaca. Aunque lo peor no es el dolor físico. Es la puta conciencia que te acribilla con sentimientos de culpa.

Me acerco a la cocina. Solo deseo que mi abuelo haya salido a hacer algún recado. O que siga acostado. Cualquier opción me vale. Pero no.

Está desayunando mientras ojea el periódico. Creo que será una de las pocas personas que todavía se molestan en comprar la prensa cada mañana.

Nos damos los buenos días y me dispongo a prepararme una buena taza de café. Me siento

enfrente de él y revuelvo el oscuro líquido con la cucharilla. Me quedo hipnotizado observando el movimiento circular hasta que mi abuelo me devuelve a la realidad con su voz grave.

—¿Va a venir la chica al concierto?

—¿Qué chica?

Me hago el despistado, aunque creo saber a qué chica se refiere.

—La hija de Murray. Cat.

Siento una punzada en el pecho solo con oír su nombre. Me alegra que Jack no haya pronunciado las palabras *hermana, hermanastra*, ni nada parecido. Solo me faltaba eso para hundirme un poco más en la miseria. Si me paro a pensar, él nunca se ha referido a Cat con esas palabras y eso es algo que le agradezco de corazón.

Me encojo de hombros y dejo escapar un suspiro.

—No lo sé.

—¿No la has llamado?

—Síií —titubeo—. Bueno, la llamé ayer, pero como no me contestó, le dejé un mensaje.

—¿De verdad hiciste eso, muchacho?

Agacho la cabeza y pierdo mi mirada en la taza del desayuno. Tengo el estómago cerrado. Los nervios, junto con la sensación de culpabilidad, se han encargado de anular mis ganas de comer.

—¿Y qué querías que hiciese?

Él sacude la cabeza y resopla con fuerza.

—Bueno, eso depende de si lo haces por compromiso o porque, realmente, quieres que vaya al concierto.

—Si no quisiese que viniese no se lo habría propuesto. No soy un hipócrita.

—Pero si de verdad deseas que ella esté allí, deberías haber insistido un poco más, ¿no?

—En la vida no todo es blanco o negro, abuelo.

—Lo sé, hijo. Recuerda que estás hablando con un carcamal que tiene el culo pelado, a estas alturas de la película.

—No digas eso, abuelo. Ni siquiera tienes sesenta y cinco años.

—Es cierto, pero la vida me ha dado tantas bofetadas que me siento como un anciano más veces de las que me gustaría.

—Te entiendo.

—Tengo que confesarte que yo mismo le escribí un mensaje para invitarla al bolo en el Hardy.

—¿Que hiciste qué?

—Quizás me entrometí donde no me llamaban, pero yo también he entablado una relación muy especial con ella y la aprecio mucho.

—Vale, ¿y en qué punto de esa relación entro yo?

—En el punto, querido Kylian, en el que no estoy ciego, ni he nacido ayer, e intuyo que puede que necesites un pequeño empujón.

—¡Sí, claro! Justo lo que necesito para lanzarme al vacío. Un pequeño empujón.

—Creo que ya sabes a qué me refiero.

Me quedo pensativo unos segundos, haciendo un esfuerzo por asimilar lo que mi abuelo está insinuando. ¿Tan evidente es lo mío con Cat? Ahora va a resultar que lo que creíamos guardar como un secreto entre ella y yo, era *vox populi* entre toda mi familia.

Jamás he hablado con mi abuelo del motivo de mi repentina marcha de Leavenworth. Él siempre se ha esforzado en respetar mi decisión y nunca me ha interrogado al respecto. Se podría

decir que me he acostumbrado tanto a esa comodidad de no tener que dar explicaciones que esta conversación me está comenzando a aterrar.

—Cat no contestó a mi mensaje, lo cual me sorprendió, ya que siempre hemos tenido una comunicación bastante fluida. Esto me ha hecho reflexionar y atar cabos. Cat dejó de escribirme poco después de la mañana en la que apareció en la tienda y se encontró contigo. Ella llevaba tiempo planeándolo.

—¿El qué?

—Kylian, ¿acaso crees que Cat aterrizó *por casualidad* en la tienda justo cuando acababas de salir de la clínica de desintoxicación?

—¿Tú se lo dijiste?

—Hijo, abre los ojos de una vez. Cat ha estado pendiente de ti desde el día que falleció tu madre y, más tarde, tuviste que ingresar en la cínica. Me ha llamado todas las semanas para interesarse por tu estado y fue ella quien me pidió que la avisara cuando estuvieses en la calle de nuevo. Por eso me ha extrañado su repentina desaparición y supongo que tendrá algo que ver con tu actitud hacia ella.

—Yo no he hecho nada.

—Eso, hijo. No has hecho nada. Ese es el problema. ¿Es que no has aprendido nada de todo lo que ha pasado estos meses? ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que el no actuar, a menudo, es incluso peor que el cometer un error? Todos nos equivocamos, Kylian, pero la indiferencia es algo irreversible que tiene peor arreglo que el tratar de enmendar un error.

Me revuelvo por dentro, pensando en el significado del discurso que mi abuelo acaba de pronunciar. Si echo la vista atrás, con perspectiva, siempre he escogido el camino fácil, aunque me haya estrellado en el recorrido debido a mi mala cabeza. Siempre he elegido huir. Nunca me lo tomé como un acto de cobardía, sino más bien como un modo de protegerme. Hasta que mi madre se quitó la vida. Entonces me di cuenta de que ella también eligió la huida como solución, solo que lo hizo por la puerta grande. Fue ahí cuando supe que lo mío era cobardía, al igual que lo de ella, o incluso peor, pues yo estaba estancado en un punto en el que ni avanzaba ni retrocedía. La inacción se ha convertido en el motor que impulsa mi vida y las palabras de mi abuelo me dan a entender que se ha dado cuenta de ello. Y no puedo sentirme más avergonzado.

Desplazo la taza hacia delante y cruzo los brazos sobre la mesa. Agacho la cabeza y me enfrasco en una marejada de pensamientos que bombardean mi cabeza. De recuerdos. Noto la mirada sosegada de Jack clavada en mí y percibo la compasión que le inspiro. A lo mejor, en otro momento, esa mirada compasiva me hubiese molestado, pero en este momento la agradezco sobremanera aunque no sea capaz de demostrárselo.

—Tengo que enseñarte algo. —Mi abuelo rompe el silencio que comienza a condensarse a nuestro alrededor.

Se levanta de manera precipitada, me hace un gesto con la mano para que lo espere y desaparece tras la puerta de la cocina. Yo permanezco sentado en la silla, inmóvil y un poco desconcertado.

Al cabo de poco tiempo, Jack aparece de nuevo portando en su mano un extraño paquete. Parece tratarse de unos papeles que, cuando se aproxima un poco más a mí, distingo como un manojo de cartas anudadas por medio de lo que parece un roído cordón de zapatos. Se sienta de nuevo a la mesa y yo comienzo a sentir cómo trepa hasta mi garganta el nudo que se ha formado en mi estómago.

—¿Qué traes? ¿Qué es eso, abuelo? —pronuncio estas palabras con curiosidad y miedo a partes iguales.

Él emite un carraspeo y me ofrece el manojo de sobres mientras me observa con una mirada llena de dolor.

—Lo siento, Kylian. Creo que hace tiempo que deberíamos haber tenido esta conversación, pero nunca encontré el momento oportuno.

—¿A qué te refieres?

Mi abuelo desata el nudo que mantiene amarrados los desgastados sobres y me tiende la mano, ofreciéndomelos. Yo los recojo con los dedos temblorosos y acaricio con suavidad su superficie. Reconozco al instante la letra de mi madre.

—Verás, Kylian. No sé por dónde empezar. Tu madre me estuvo escribiendo desde que viniste a vivir aquí, conmigo. La frecuencia ha sido variable, no más de cuatro o cinco cartas al año. Tengo la sensación de que era para ella una vía de escape, una manera de desahogarse. Me hizo prometer que no te enseñaría las cartas. Ella solo deseaba materializar de alguna manera su frustración, canalizarla e interesarse por ti, claro está. Siempre pensó que tú estabas molesto con ella por haber rehecho su vida con Murray y ella no se atrevía a iniciar un acercamiento por miedo a tu rechazo.

—Abuelo, ¿cómo habéis podido ocultarme esto durante todo este tiempo?

—A eso voy, hijo. A veces damos cosas por sentadas, nos rendimos sin ni siquiera hacer un intento. Nos dejamos llevar por nuestro instinto. Pero nuestra intuición falla, Kylian. No es infalible. En realidad, nada lo es.

—¿A dónde quieres llegar?

—Quiero pedirte perdón por haber permitido todo este tiempo que cargases tú solo con el peso de la culpa por lo que sucedió con tu madre. En cierto modo, todos la tuvimos. No supimos ver las señales desesperadas que nos lanzaba. Tú, desde tu voluntaria ignorancia, y yo, aún peor, que conociendo su infelicidad no hice nada por ayudarla. No estuve a la altura de las circunstancias.

—Eso no es cierto. Tú me cuidabas a mí. Y estoy seguro de que mi madre sabía que estaba en las mejores manos posibles. Aunque me odiase por haberla abandonado.

—¿Cómo te iba a odiar, Kylian? ¡Por el amor de Dios!

No aguanto ni un segundo más la tensión que atenaza mis hombros y dejo caer mi cabeza hundiéndola entre mis brazos.

—Escucha, hijo. Si he decidido armarme de valor ahora y darte estas cartas es porque quiero que te des cuenta de que no todo está perdido.

—No te entiendo.

—Tu madre no siempre se sintió deprimida. No siempre estuvo sola. Tu madre se apoyó en Cat durante una temporada de su vida y eso la ayudó a resurgir de las cenizas. Sophie enseñó a Cat a dibujar y logró alcanzar con ella una conexión muy especial que, por un tiempo, la hizo sentirse bien. Sentirse útil. —Esboza una amplia sonrisa y prosigue—: Se notaba en sus cartas. La ilusión afloraba en cada palabra de aquella época. En una de las cartas, Sophie se refiere a ella como su ángel de la guarda. Tu madre quería a Cat como una hija. Así lo dice en otra de sus misivas —Jack se aclara la garganta y suelta un débil suspiro—, pero Cat también le falló. Comenzó a salir con el chico ese y se fue alejando poco a poco de ella. No digo que hiciera mal, es lo normal a su edad, pero a Sophie aquello le llenó el corazón de tristeza y a partir de ahí comenzó a caer en picado.

Incorporo lo cabeza y fijo mis ardientes pupilas en el rostro de Jack. Me quema la sangre y se amontona en mi yugular. Lleno de rabia, aprieto el puño con fuerza y doy un golpe sobre la mesa.

—¡No! Me niego a que insinúes que Cat tuvo la culpa de lo de mi madre.

Mi abuelo se levanta y coloca una mano sobre mi hombro.

—Kylian, no me entiendes.

—¡Por supuesto que no te entiendo! ¡No metas a Cat en esto!

—Lo que intento decirte es que no estás solo en esto. Todos tenemos nuestras heridas, nuestros fantasmas que nos persiguen, y un sentimiento de culpa que nos pesa como una losa y no nos deja avanzar. Cat, tú y yo. Y seguro que al imbécil de Murray y a su hijo también les reconcome la conciencia y no pueden dormir por las noches. Pero, a mí, los que me importáis sois vosotros. De mí ya me ocuparé más adelante. Kylian, hazme caso por una vez en tu vida. Habla con Cat, no le cierres la puerta, porque juntos tenéis la llave que necesitáis para resarcir esa culpa. Ella quiere intentarlo. Doy fe de ello. Pero te necesita a ti. Solo a ti. Y Cat estuvo ahí en uno de los momentos en los que tu madre estaba hundida en lo más profundo. Fue la última persona que la hizo sonreír. Y, aunque solo sea por eso, creo que merece una oportunidad.

Trago saliva y me froto los ojos, con los puños apretados, con la intención de borrar las lágrimas que emanan bajo mis párpados de un modo tan salvaje que escapa a mi control.

Pienso en mi niña, en esa mirada cargada de decepción que me dedicó el día en el que no quise escucharla. Para colmo, Cat, supongo que, tragándose su orgullo, volvió a ofrecerme una oportunidad la noche de la tormenta y yo la empujé todavía un poco más lejos de lo que ya estaba.

«¿Cómo podía haber sido tan estúpido, tan egoísta y tan ciego?».

Mi abuelo se coloca tras de mí y apoya ambas manos sobre mis pesados hombros. Actúa con tiento, al ser conocedor del rechazo que siento por el contacto físico, pero, esta vez, para mi propia sorpresa, soy yo el que se gira y se abraza a su cintura como un niño perdido que ha encontrado el camino de regreso a su hogar.

Ambos lloramos. Dejamos escapar a los demonios que nos habitan y nos desahogamos juntos.

Unos minutos después, me retiro a mi cuarto. Necesito procesar todo lo que bulle dentro de mí. Me despido de mi abuelo y me marcho con el manojo de cartas en mi mano. Ya en la cama, hago un intento de abrir el primero de los sobres, pero me tiemblan tanto las manos y el corazón corre a tanta velocidad por mi pecho, que decido posponerlo para otro momento en el que me sienta con un poco más de fuerza.

Abandono las cartas en la mesita de noche y me aferro al peluche de Cat mientras intento tranquilizarme.

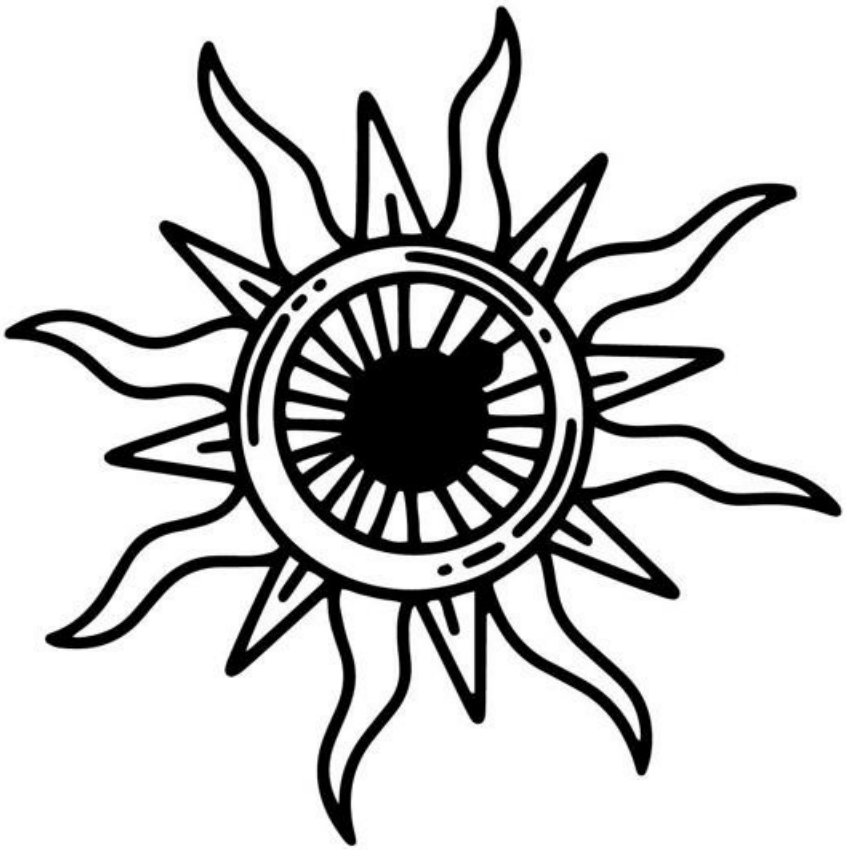
Mañana es el gran día. Por fin vamos a cantar en el club para bandas principiantes más conocido de la ciudad. Debería estar eufórico, pero, la verdad es que estoy acojonado, porque las palabras de mi abuelo no podían haber llegado en peor momento.

La tan ansiada calma, en busca de la cual trato de encaminar mis pasos, me ha abandonado por completo y la ansiedad me abruma hasta niveles insospechados. Se me pasa por la cabeza llamar a Luke e inventarme cualquier excusa para no tocar en el Hardy, pero le defraudaría tanto que creo que no me lo perdonaría jamás.

Con toda seguridad, si mañana fuese un día cualquiera, cogería ahora mismo mi teléfono y llamaría a Cat para poder verla y hablar con ella. Lo necesito. Pero sé que, si lo hago, me arriesgo a perder la poca estabilidad emocional que aún me queda, y que necesito para hacer frente al reto al que nos enfrentamos mi banda y yo.

Decido aplazar la conversación que tengo pendiente con ella para después del concierto. Si es que viene. Y si no viene, iré a buscarla a donde quiera que sea y trataré de recuperar el tiempo

perdido.



41
Cat

—¿Estoy guapa, Cat?

Lizzy me lanza esa pregunta mientras me mira expectante y risueña. Yo la observo, con gesto serio, y asiento con la cabeza.

—Estás preciosa, Lizz. No creo que haya en el concierto ninguna chica tan bonita como tú.

Ella esboza una amplia sonrisa y se coloca junto a mí, frente al espejo. Voy por el tercer conjunto y aún no he decidido qué me voy a poner. Mi compañera me dedica un gesto de aprobación con la mirada y extrae de su bolsillo su teléfono móvil para sacar una foto de nuestra imagen reflejada en el espejo. Pone morritos, coloca los dedos de la mano en uve y dispara. A continuación, observa en la pantalla el resultado y resopla con intensidad.

—¡Cat! Estás muy seria. ¿Saco otra foto?

Yo me encojo de hombros y Lizzy me observa con detenimiento durante unos segundos.

—¿Qué sucede? ¿No te apetece ir?

—No sé. Creo que no fue buena idea pedirle a Mike que me acompañase.

Lizzy me coge la mano y tira de mí hasta que ambas nos dejamos caer sobre mi cama y nos sentamos al borde de esta.

—A ver, Cat, no has hecho nada malo. Tú eres libre de ir con quien te dé la gana. Vale, Mike es tu profesor, te lleva unos cuantos añitos, está cañón…

Yo le lanzo una mirada asesina al tiempo que me levanto de un respingo.

—Jolín, Lizzy. ¡Vaya ánimos que me das!

—Bueno, vale, dicho así suena un poco mal. Pero es la verdad. Si el Kylian ese no te hace ni caso estás en tu derecho de salir con quien quieras.

—¡Lizzy! —exclamo horrorizada—. Nadie ha hablado de salir con nadie. Solo se lo propuse como amiga. Nada más.

—¿Entonces? ¿Por qué estás tan rara? Parece que has hecho algo malo.

—No sé. Es que —titubeo— creo que, en el fondo, estoy utilizando a Mike para darle celos a Kylian.

Lizzy tira de mi muñeca hacia abajo haciendo que mi trasero caiga de nuevo sobre el colchón.

—Vaya. Eso no es muy propio de ti, ¿no?

—Por eso. Yo no soy así. No me gusta manipular a la gente. Creo que voy a llamar a Mike y a decirle que no venga. Que lo han cancelado, o algo así. O mejor me quedo en casa. Puedes ir tú con Kevin. No me voy a enfadar.

—De eso nada, Cat. No le vas a decir eso a Mike y no te vas a quedar en casa. Haz el favor de maquillarte un poco esos ojos tan preciosos que tienes y cálzate unas deportivas, que esta noche lo vamos a dar todo.

»Y por Mike no te preocupes. Si te ves en peligro hazme una señal y ya me inventaré algo para rescatarte. Y si quieres acercarte a Kylian, yo te cubriré. —Me guiña un ojo y se levanta para dirigirse hacia la puerta.

—Te espero en el salón dentro de diez minutos. ¡Ah! Y no se te ocurra cambiarte de ropa otra vez que estás espectacular.

Lizzy abandona la habitación. Me planto frente al espejo y observo la imagen que se refleja. Me he enfundado en un minivestido negro ajustado de manga larga y no me desagrada en absoluto cómo me queda. Es más, creo que me favorece mucho y si no hubiese sido porque Lizzy me ha visto con él puesto, me lo quitaría ahora mismo y me pondría unos vaqueros y una camiseta amplia. No quiero parecer demasiado arreglada. No quiero que Mike se haga una idea equivocada. Me arrepiento de haberle propuesto que me acompañase esta noche, pero ya no hay vuelta atrás, y ahora me toca apechugar con las consecuencias de la mejor manera posible.

Poco tiempo después, Lizzy, Kevin y yo bajamos al portal a la espera de que Mike nos pase a recoger. Mi profesor es puntual a la cita y antes de que hayan pasado cinco minutos aparca su flamante coche frente a nosotros.

Lizzy me da un codazo al contemplar el vehículo. Se trata de un deportivo rojo con el techo panorámico y los cristales traseros tintados. Un señor cochazo. Y no es que yo sea una entendida en la materia, pero no estoy ciega y el bólido de mi profesor llama la atención a la legua.

—No sabía que el sueldo de un profesor daba para tanto —me susurra Lizzy al oído tapándose la mano con la boca.

Kevin, que no ha podido evitar escucharla, le da un codazo y esta suelta una risita nerviosa que hace que se sonroje. A mí no me pilla por sorpresa. Es cierto que nunca le he visto acudir al trabajo con este cochazo, pero sé que Mike ha sido uno de los tatuadores más cotizados de todo el estado y es obvio que el chico no tiene problemas económicos.

Mike se baja del coche para saludarnos. Hace un gesto de regocijo al ver mi atuendo y eso solo provoca que me entren unas tremendas ganas de subir a casa corriendo a ponerme el pijama y meterme en la cama con mis gatos. Le presentamos a nuestro Kevin, que se muestra un tanto cohibido ante la planta de mi profesor. Kevin es un chico tímido y, sobre todo, muy inseguro. Estoy convencida de que él también está deseando salir pitando y desaparecer en su cuarto, como

casi todas las noches.

Mike lo saluda y le muestra una amplia sonrisa al tiempo que le revuelve el pelo con su mano, como si se tratase de un niño pequeño. Lizzy y yo nos miramos durante un segundo. Ella pone los ojos en blanco y le da a Kevin un empujoncito hacia la puerta del automóvil. La mirada divertida que me lanza Mike hace que me encoja de hombros.

Me parece que la noche va a ser más interesante todavía de lo que pensaba.

Mike y yo nos introducimos en el vehículo y, antes de arrancar el motor, me lanza una mirada nada disimulada de arriba abajo y me dice:

—Estás muy guapa, Cat.

—Gracias —contesto con timidez.

A medida que nos acercamos al local, mi corazón va tomando un ritmo bastante superior al habitual. Observo de reojo cómo conduce Mike. Su talante, sus manos firmes sobre el volante, esa seguridad que transmite… Él se hace grande a medida que avanzamos y yo me voy achicando. Cada minuto que pasa siento más remordimientos por atreverme a aparecer en el concierto con semejante monumento.

No quiero llegar. ¿Por qué no se nos pinchará una rueda? Otra opción sería abrir la puerta y bajarme del coche en marcha, pero no lo veo, la verdad. Además, no querría dar plantón a Lizzy y a Kevin, aunque quizás no les vendría mal a esos dos un pequeño empujoncito. Fijo la vista en el retrovisor interior del coche y aprecio la silueta de mis compañeros de piso, bien juntitos e inmersos en un profundo silencio.

Poco después, Mike me hace una señal indicándome que ya hemos llegado. El corazón me da un vuelco y comienzo a entrar en pánico. Diviso, a lo lejos, la puerta del local atestada de gente que aguarda para entrar. Distingo, también, un gigantesco cartel junto a la entrada con la foto de los miembros de la banda. Detengo mi mirada en la figura de Kylian. Su silueta semiescondida tras sus compañeros. En segundo plano. ¿Por qué será que no me sorprende?

Kylian siempre ha sido de esas personas *para adentro*. De aquellos que desean pasar inadvertidos, que se tragan su frustración y nunca comparten sus mierdas con el resto del mundo.

A pesar de haber sido siempre uno de los guaperas del instituto, él no era el típico líder, al menos, no era consciente de ello. Quizás a ojos de los demás podría parecerlo. Incluso, me atrevería a decir que hasta mi hermano lo idolatraba en silencio y ansiaba parecerse un poco a él.

Sin embargo, Kyl escondía —bajo ese aspecto de joven triunfador que se va a comer el mundo—, un halo de derrotismo que, ahora mismo, mientras diseccionо con mi mirada la fotografía impresa en el cartel del concierto, sospecho que ha llevado al extremo.

Es posible que yo fuera, en aquella época, la única persona capaz de descubrir al verdadero Kylian. Al Kylian inseguro. Débil. Y también es más que probable que a él le pasara lo mismo conmigo. Porque, en el fondo, éramos iguales.

Supongo que cuando dos almas tan parecidas vagan por la vida perdidas, sin terminar de encontrar su sitio en este mundo, y, de repente, sin buscarlo, sus caminos se cruzan, es inevitable que surja esa conexión tan arrebatadora, como la que surgió entre Kylian y yo.

Trago saliva, como si así lograse deglutir también mis oscuros pensamientos, y mi cuerpo se tensa cuando Mike sale del coche y lo rodea para abrirme la puerta del copiloto. Me abruma ese gesto suyo y una aguda sensación de culpa se apodera de mí en cuanto pongo un pie en la calzada. Lizzy y Kevin salen también del vehículo y los cuatro nos dirigimos hacia el Hardy. Aguardamos unos minutos en la fila que se ha formado en la entrada y, cuando accedemos a su interior, las palpitaciones de mi corazón son tan fuertes que, por un instante, me preocupa estar sufriendo alguna especie de ataque de ansiedad.

No dejo de preguntarme por qué demonios me habré metido en este lío. No debería haber venido con Mike. Es más, ni siquiera debería haber venido.

Echo un rápido vistazo a mi alrededor en busca de Kylian, o de alguno de los miembros de la banda. No veo ninguna cara conocida y eso me tranquiliza un poco.

Lizzy no me quita el ojo de encima y, cuando tratamos de abrirnos paso entre la gente para alcanzar la barra, ella me aprieta la mano muy fuerte y no me suelta hasta que llegamos. Nos hacemos un hueco, pegados a la barra del club, y Mike nos pide una cerveza a cada uno.

El local está abarrotado de gente y eso que aún queda un rato para que comience el concierto. Según me dice Lizzy, el Hardy se ha hecho un hueco muy importante en el panorama de la música en vivo de Seattle y sus conciertos son como un imán para los fanáticos del *rock* y todos sus derivados; no solo de la ciudad, sino de toda la costa oeste.

El buen ambiente es indiscutible, y la música, junto a las cervezas que caen una detrás de otra, me envuelve y comienzo a experimentar una extraña sensación de irrealidad que hace que por unos minutos me olvide de por qué estoy aquí. Sobre todo, de por *quién.* Suena la canción de *Smells like teen spirit* de Nirvana y mi compañera —que empieza a mostrar evidentes síntomas de embriaguez— se vuelve literalmente loca, contagiándonos su alegría. Lizzy hace que Mike, ella y yo protagonicemos un momentazo botando como locos y cantando a grito pelado. Kevin nos observa en silencio, con una sonrisa ladina, y posa sus labios en el botellín de cerveza para darle un trago extralargo. Lizzy lo anima a seguirnos el rollo y hace un puchero con sus labios. Después tira hacia abajo de su mano, que sujeta la botella, haciendo que el líquido ambarino se derrame sobre la camiseta de este y provocando un estallido de carcajadas en Mike y en mí.

Mi compañero pone los ojos en blanco y grita:

—¡Lizzy! ¿Qué demonios haces?

—Ups. —Lizzy se tapa la boca con una mano y pestañea con cara de no haber roto un plato —. Jo, Kevin, era una broma. Para que te animes un poco. No pensaba que se te iba a caer encima.

—Me voy a lavar. Ahora vengo. —Kevin chasquea la lengua, enfurruñado.

Se despega de la barra, donde permanecía apoyado hasta ahora, y se separa de nosotros para dirigirse a los lavabos del club. Lizzy me mira durante un segundo, antes de deslizarse entre la gente y desaparecer detrás de Kevin.

Mike y yo intercambiamos una mirada fugaz. Yo me encojo de hombros y pongo los ojos en blanco.

—¿Estos dos tienen algo? —me pregunta el profesor arqueando una ceja.

—¡No! —contesto sin poder reprimir una carcajada.

—Pues se nota que entre ellos saltan chispas. No hay más que verlos.

—Menos mal, pensaba que era la única que lo veía.

Mike esboza una sonrisa que le llena todo el rostro, pero de repente, su gesto se pone más serio y observo perpleja cómo da un paso hacia mí y estira la mano para colocarme un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja.

—¿Y tú?

Yo me quedo paralizada y presa del pánico. Mike me penetra con su mirada mientras espera mi contestación.

—¿Yo? ¿Qué? —Me hago la tonta.

—Si tienes algo. Ya sabes.

Mi corazón se salta un latido y mi boca se seca por momentos.

De pronto, eso que tanto había temido, se hace real en el momento más oportuno —o

inoportuno, según cómo lo mires— posible. El sonido de unas baquetas repiqueteando sobre los platos de la batería y el murmullo en aumento del público, nos hacen girar nuestras cabezas hacia el escenario. El mundo se cae a mis pies cuando contemplo la figura de Kylian atrincherado detrás de la batería. Los nervios atenazan mi garganta y tengo que tragar saliva para deshacer el nudo que se me ha formado.

—Creo que va a empezar el concierto —digo.

Mike se rasca la oreja. Sin duda, se ha quedado con las ganas de escuchar mi respuesta, pero no insiste, cosa que yo le agradezco en el alma.

—Todavía no. Están con las pruebas de sonido. ¿Cuál de ellos es tu amigo?

—El batería.

—Parece bueno. Si quieres, nos acercamos un poco más al escenario. Igual puedes saludarlo.

Yo reprimo una exclamación de angustia.

—¡No! Tranquilo. Mejor que nos quedemos aquí, no vaya a ser que Lizzy y Kevin no nos encuentren.

—No sé yo si tus amigos van a volver.

Desplazo mi vista hacia la zona de los lavabos en busca de algún rastro de mis compañeros, pero es como si se los hubiese tragado la tierra. Acto seguido, no puedo evitar desviar los ojos de nuevo al escenario.

Kylian se encuentra sentado sobre un taburete y empuña las baquetas con firmeza mientras habla con los demás integrantes del grupo. Supongo que estarán concretando los últimos detalles de la actuación.

Al cabo de pocos minutos recibo un mensaje de Kevin en el que me dice que Lizzy se encontraba indispuesta y han salido a que le dé el aire. Le transmito a mi profesor el contenido del mensaje e insiste en que nos aproximemos un poco más al escenario.

Le hago caso, a regañadientes, y Mike me coge de la mano y comienza a abrirse paso entre la multitud. Tira de mí hacia delante y yo me siento como si fuese a lanzarme desde un precipicio.

No logramos llegar hasta la primera fila, la gente de nuestro alrededor nos mataría si intentásemos avanzar un poco más. Desde nuestra posición distingo con total nitidez el torso sudoroso de Kylian, enfundado en una camiseta blanca sin mangas, y mi corazón bombea a toda velocidad, al ritmo de los golpes de Kyl sobre la caja de la batería. Luke y el resto conversan ahora con los técnicos de sonido.

—Desde aquí le ves mejor, ¿no? —me susurra Mike al oído inclinándose sobre mí.

—Sí —respondo entre dientes.

Al poco tiempo, es requerido por Luke e interrumpe el ensayo; cuando se levanta, ocurre lo inevitable. Como si el cable invisible que nos unió hace cuatro años tirase de nosotros, nuestras miradas se encuentran y se chocan. Mi cuerpo se revoluciona y la sangre corre hasta mis mejillas, que se convierten en dos llamaradas. Trago saliva, me separo de Mike y saludo a Kylian con una sonrisa tímida y llena de miedo. Él sostiene mi mirada unos segundos y me devuelve el saludo, después lanza una mirada fugaz a mi acompañante y su gesto se recrudece al instante. Desvía la vista de inmediato, dándome la espalda, y se dirige hacia el rincón del escenario donde se encuentran sus compañeros junto con algunos de los técnicos.

Me quedo helada. Siento como si me hubiesen echado un jarro de agua fría por encima y me lamento por haber sido tan estúpida y haberme presentado allí con Mike. Sé que es un día muy importante para Kyl y no quiero ensombrecerlo con mi infantil idea de hacerle sentir celos.

Para colmo, Mike acorta cada vez más la distancia entre nosotros y pasa su brazo por encima de mis hombros.

—Te ha saludado —me dice al oído.

—Sí. —Trato de mostrarme indiferente.

—Luego, cuando termine, nos acercamos a hablar con él. —Mike me observa con una mirada interrogante y al ver mi rostro circunspecto añade—: Si tú quieres, claro.

—Ya veremos —respondo al mismo tiempo que dejo escapar un suspiro.



42

Kylian

Desde que he divisado a Cat entre el público, con su apuesto acompañante, estoy hecho un manojo de nervios. Me ha costado un triunfo terminar con la prueba en el estado en el que me encuentro.

No por esperado ha sido menos doloroso. Me lo imaginaba. Algo en mi interior me decía que Cat vendría al concierto en compañía. De hecho, yo mismo la empujé a ello.

«Imbécil».

Comprobar que, no solo ha venido con un tío, sino que la persona que la acompaña no es su novio del instituto, me ha sentado como si me hubiesen dado una patada en el estómago. Un tipo mayor, apuesto, con una presencia que incluso desde mi posición destaca entre el resto del público. Me ha jodido de verdad.

Si a eso le sumamos que mi abuelo ha venido a vernos actuar y anda camuflado en algún rincón del local vigilando mis pasos, la situación no puede resultarme más tensa. Para colmo, he sido testigo de cómo Luke se perdía, según él, porque necesitaba *algo* para entonarse y, conociéndolo, estoy seguro de que ha ido en busca de alguno de sus camellos habituales.

Paty aparece en el camerino poco después. Me explica que Sheryl no encuentra a Luke.

—Hemos visto a los demás yendo hacia el escenario y, no sé por qué, me he imaginado que aún estarías aquí.

Paty se sienta junto a mí sobre el desgastado sofá y apoya su mano sobre mi rodilla

haciéndome pegar un bote. Se echa a reír ante mi reacción y me acaricia la pierna con suavidad.

—No te asustes, Kyl. Vengo en son de paz.

Yo no puedo evitar mirarla confundido. He percibido en sus ojos un halo de ternura y de complicidad que hacen que me sienta como un auténtico desgraciado. Paty es una buena chica y no me explico cómo aún me sigue dirigiendo la palabra después de lo mal que me he portado con ella desde el día que nos acostamos.

—Solo quería que supieras que me tienes aquí para lo que necesites.

Asiento con la cabeza, pasándome una mano por el pelo. Los latidos de mi corazón comienzan a retumbar en mis oídos y el peso de la culpa me oprime el pecho.

—Gracias, Paty —respondo con sinceridad.

—Eres un gran tío, Kylian, pero necesitas encontrarte a ti mismo para que los demás podamos meternos en ese caparazón tuyo y echarte una mano.

—Es posible que tengas razón.

—Y que conste que lo de la otra noche me gustó. Demasiado. —Paty se humedece sus labios resecos con la lengua—. Pero no estás preparado para tener nada con nadie y yo, aunque parezca lo contrario, también tengo mis sentimientos. Si repitiésemos lo de mi casa podría engancharme a ti. Y no quiero eso.

—Yo tampoco. Lo siento, Paty. He sido un capullo.

—Como amigos, Kylian. —La rubia me planta un beso en la mejilla y se pone en pie para dirigirse a la puerta.

De repente, me invade una desazón tan profunda que provoca que una cascada de lágrimas descontroladas se deslicen por mi mejilla mientras observo la imagen de Paty desaparecer tras la puerta.

Me quedo inmóvil. Encogido. Hasta que vienen los chicos en mi busca para informarme de que salimos en diez minutos. Por fortuna, los he escuchado a tiempo para limpiarme con la mano la humedad de mis mejillas.

Antes de que arranque el concierto, me las apaño para escabullirme unos minutos con la excusa de ir a saludar a mi abuelo.

Mentira.

Mi abuelo es la última persona que quiero que me vea en este estado lamentable de ansiedad. Me siento muy inseguro. Ni siquiera la adrenalina generada tras aporrear con ganas el bombo de mi batería me ha sacado de esta angustia que me está devorando las entrañas.

Rebusco entre la gente que se agolpa al fondo del garito. Sé muy bien en qué zona se suelen apostar los camellos en este tipo de eventos. Camino deprisa, con la respiración agitada, y recorro con la vista los rincones más apartados del local.

Por fin lo veo. Siento un enorme alivio al comprobar que no está hablando con ninguno de mis conocidos. Camino decidido hacia el chico de las rastas que permanece apostado junto a los reservados. Logan, el camello, está al acecho, en busca de potenciales clientes y esboza una cínica sonrisa al divisarme a lo lejos al tiempo que asiente con la cabeza. Acelero mis pasos en dirección a mi objetivo y, antes de llegar hasta él, me choco con un torso ancho, prominente, vestido con una camisa de cuadros que enseguida reconozco.

—¡Kylian! ¡Por fin te encuentro! He ido a verte a los camerinos y me han dicho que me andabas buscando.

—Eh, sí. Hola, abuelo.

—¿Qué tal estás? Te veo algo pálido. ¿Quieres que te pida una tila o algo así?

«Sí, algo así, abuelo. Algo que deshaga este nudo que galopa en mi estómago y me ayude a

olvidarme hasta de mi nombre».

—No, tranquilo, estoy bien. Estaba buscando los lavabos.

—Pues andas un poco desencaminado, hijo. Están ahí. —Jack señala a los servicios que se encuentra en la otra punta del club.

—Es verdad, me había desorientado.

—Ánimo, chaval. —Me rodea el cuello con su mano y me da unas palmaditas en la espalda —. Sé que lo vas a hacer muy bien. Tú y los demás. He visto por aquí unos cuantos peces gordos en busca de nuevos talentos.

Mi abuelo me guiña un ojo y me revuelve el pelo mientras yo le respondo con una sonrisa vacía y fingida.

—Sí, tranquilo. Voy a darlo todo ahí arriba.

Sus ojos centellean cuando vuelve a hablar.

—Si tus padres pudiesen verte, hijo, estarían muy orgullosos de ti.

Aparto mi mirada al verme incapaz de enfrentarme a los ojos vidriosos y esperanzados de mi abuelo. No entiendo por qué tiene tanta fe puesta en mí cuando soy un mierda que la va a cagar en cuanto se dé la vuelta. Está claro que no me conoce tanto como él cree.

—Lo siento, me tengo que ir.

Jack me rodea con sus brazos y yo me deshago como puedo de su muestra de cariño. Me incomoda y me hace sentirme ruin y cobarde.

Nos despedimos y yo, perdido y sin saber para dónde tirar, miro a la puerta y por un segundo se me pasa por la cabeza marcharme de allí. Desaparecer.

El público comienza a jalear nuestro nombre. Echo un último vistazo a las primeras filas, buscando de manera inconsciente la cabecita morena de Cat. Necesito su calor para no congelarme en este mar de frustración en el que me voy ahogando poco a poco. Pero no doy con ella.

Me encamino hacia los baños con la intención de mojarme la cabeza para ver si espabilo de una vez y, allí, tras cruzar la primera puerta corredera, me espera Logan, el camello.

—Vaya, por fin. Cuánto tiempo.

—Hola.

—Antes me ha dado la impresión de que me buscabas. ¿Me equivoco?

—Déjalo, Logan. Déjame pasar.

—Tienes mala cara, chaval. —Logan señala hacia la puerta y sacude la mano—. Madre mía. Qué griterío se escucha ahí afuera.

Yo permanezco cabizbajo. En mi cabeza se gesta una batalla a vida o muerte entre mi deber —mi supuesta y renovada responsabilidad— y el desaliento que engulle mis entrañas y me impide respirar con normalidad.

Y me rindo.

—Dame algo. —Él suelta una carcajada cargada de cinismo y me lanza una mirada triunfal. Su cara de memo me irrita y le grito con todas mis fuerzas—: ¡Que me des algo ya! ¡Joder!

Sin darme cuenta veo mi imagen en el espejo, agarrando de la pechera al traficante, que ha dejado de reírse y me pega un empujón.

—Como vuelvas a hacer eso estás muerto, chaval —sentencia con voz grave.

Caigo en la cuenta de que Luke no me ha dado el anticipo del pago del bolo que me había prometido y de que estoy sin blanca. Trago saliva y le propongo un trato a Logan. Tras una breve negociación, logro sacarle tres papelinas de cocaína y unas pastillas, que prometo pagarle por el doble de su precio en cuanto finalice el concierto y Luke me pague mi parte. El tipo acepta,

aunque no de muy buen grado, y un gesto de desconfianza se imprime en su rostro.

Cuando el camello desaparece, me quedo un rato rebuscando en mis bolsillos. Me da un subidón tremendo cuando encuentro algunas monedas en el pantalón. «Perfecto, por lo menos me llega para una botellita de *whisky*».

Me introduzco en el baño y me meto la que será la primera raya de la noche. Enseguida noto el efecto del polvo blanco como un bálsamo que se apodera de mi cuerpo y una especie de euforia se desata en mi interior. Me mojo la nuca y la cara y salgo de allí con energía renovada, pero con la misma lápida de tristeza aplastando mi pecho con la fuerza de una apisonadora.

Antes de regresar al camerino me acerco a la barra y le pido al camarero una botella del *whisky* más barato que tenga. El chico me mira con condescendencia y me ofrece una botella de licor del bueno a cambio de las pocas monedas que tengo para ofrecerle.

—Toma esta, tío. No es la más barata, pero la diferencia va por cuenta de la casa —dice mientras me guiña un ojo. El camarero dirige la vista hacia el escenario y me hace un gesto con la cabeza—. Yo diría que te están esperando.

Me giro y compruebo que todos los miembros de la banda están tomando posiciones Luke observa su alrededor, buscándome entre la gente.

—Gracias —respondo con tono serio y me despido del camarero.

Me deslizo entre la multitud con dificultad hasta que, por fin, logro alcanzar el camerino. Abro la botella con la mano temblorosa y le doy un trago largo a la bebida, que me quema la garganta y me calienta el cerebro de una manera tan inmediata como dolorosamente artificial. Por un breve espacio de tiempo me siento como un dios. El puto amo del mundo, capaz de salir ahí afuera y demostrarle a toda esa gente que soy el rey de las baquetas.

Me bebo en apenas dos minutos la mitad del contenido de la botella y tambaleándome y riéndome de mí mismo me dirijo a la puerta.

«¿El rey de las baquetas? Lo que eres es un pringado que se esconde tras la batería y no se atreve a enfrentarse a la vida sin estar colocado. Un drogadicto de mierda que ha asesinado a su madre con su indiferencia y pasotismo y que ha perdido a su chica por pura cobardía», me recrimino a mí mismo con crueldad.

Cuando mis compañeros me ven asomar por la parte trasera del escenario distingo en su mirada una buena dosis de alivio, especialmente en la de Luke. Aun así, me percato de que mi amigo frunce el ceño al acercarse a mí para darme una palmadita en la espalda. Luke no dice nada, pero su mirada afilada me devasta y me hace sentir culpable.

Pocos minutos después, damos comienzo al concierto. No tardo en calentar motores y empuño mis baquetas como si fuesen dos pistolas, cargadas de munición, con las que disparo toda mi furia y mi desolación en forma de golpes a los elementos que conforman el instrumento de percusión.

Trato de centrarme en el repertorio, guiado por Luke, y procuro no dirigir la vista hacia el público. Prefiero pensar que estoy yo solo con mi batería, como cuando me desahogo en el local de ensayo. Sin embargo, pese a mis esfuerzos, no aguanto demasiadas canciones sin mirar hacia el lugar donde hace un rato he distinguido a mi querida Cat, a mi niña.

El corazón me da un tremendo vuelco cuando me doy cuenta de que Cat, no solo continúa acompañada del matón de carretera, sino que ahora, además, está charlando con Paty y con Sheryl.

Cat y Paty parecen mantener una conversación a grito pelado, cosa que no me extraña porque el ruido de nuestras melodías es ensordecedor. Paty le dice algo a Cat al oído, ayudándose de la palma de su mano para hacerse escuchar, y el rostro de Cat se tensa. Cometo

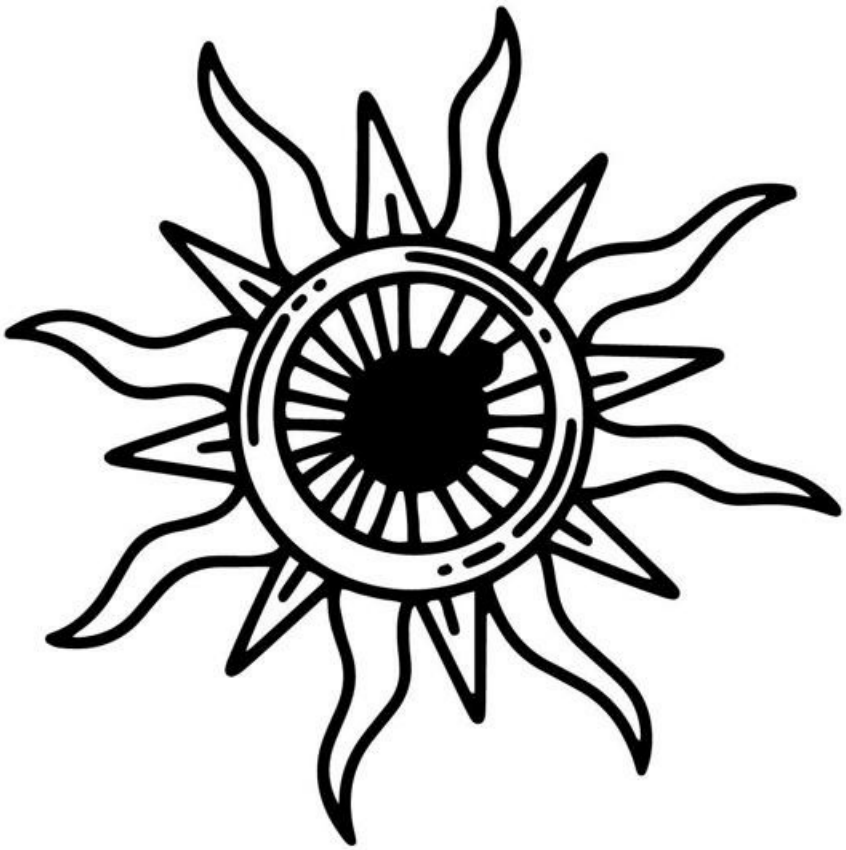
un desliz al golpear los platos y a punto estoy de perder una de las baquetas. Luke se gira hacia mí y me mira interrogante. Yo le hago un gesto con el pulgar de mi mano derecha hacia arriba, dándole mi consentimiento, y prosigo como puedo el repertorio.

Luke comunica al público que vamos a parar cinco minutos y todos nos dirigimos hacia el camerino. Con el fin de evitar que mi amigo me someta a un tercer grado, me disculpo diciendo que tengo que ir al servicio y, allí, me meto la segunda fila de cocaína.

«Claro que sí, campeón, así arreglas tú las cosas», me reprendo.

Regreso al camerino exultante y eufórico y, antes de que Luke me diga nada, cojo las baquetas y vuelvo al escenario. Me acomodo en el taburete mientras espero a que vengan mis compañeros y con una sonrisa estúpida en mis labios mis ojos vuelan de nuevo hacia el mismo lugar.

Lo primero que veo es a Sheryl y a Paty, que continúan clavadas en el mismo sitio como dos estacas. Paty me saluda con la mano y me sonríe. Yo no me digno a contestarle porque mis pupilas buscan sin descanso la figura de Cat entre la gente. Tardo unos segundos en descubrir su silueta, de espaldas, alejándose entre el público. El tipo que la acompaña rodea sus hombros con un brazo conduciéndola hacia el exterior. Cat desaparece tras el portón metálico, y con ella, mis ganas de respirar.



43
Cat

Me veo obligada a abandonar el recinto tras la llamada que acabo de recibir. Camino agitada hacia la salida del local, presa de una marea de sentimientos que afloran con rabia desde mi interior y hacen que me cueste reprimir las ganas de llorar.

Ilusa.

Culpable.

Vulnerable.

Estas tres palabras definen cómo me siento en estos momentos, mientras empujo la puerta e intento dejar en el interior de local todos los fantasmas que se empeñan en desestabilizarme y abocarme hacia el abismo.

«Ilusa», porque la confesión de Paty sobre lo bien que se lo había pasado con mi *hermano,* lo bien que besaba y lo mucho que le ponía —palabras textuales de la rubia—, había despertado en mí un sentimiento tan abismal de impotencia y de rabia que me quemaba por dentro. «Tu hermano es increíble, bonita. Es una pena que no termine de creérselo». ¿Cómo se me había llegado a ocurrir que, tal vez, nuestro reencuentro pudiera haber despertado en él sentimientos hacia mí que creía olvidados? ¿Qué pensaba? ¿Que solo con verme de nuevo se iba a volver a enamorar de mí y a dejar de disfrutar de su apreciada soltería?

«Culpable», por utilizar a Mike para darle celos a una persona que ni siquiera se merece tanta atención por mi parte. Por haberle besado, allí, en medio de aquel bullicio de gente,

empujada por la ira y por el resquemor. Porque sí, cuando Paty me ha soltado su increíble *experiencia* con Kylian, lo único que se me ha ocurrido ha sido darme la vuelta y lanzarme a los brazos de Mike. Este, anonadado y con los ojos abiertos como platos, no ha opuesto resistencia cuando he rodeado su cuello con mis manos y me he acercado a su boca peligrosamente. He clavado mis ojos inyectados en sangre en sus carnosos labios. Él se ha humedecido la boca y ha inclinado la cabeza hasta ponerse a mi altura. Estaba tan cerca que era capaz de percibir su cálido aliento dentro de mi boca. Una punzada me ha quebrado el pecho y he tenido que cerrar los ojos para acoger el salvaje beso de Mike sin terminar de romperme.

Han sido solo unos segundos. Un breve espacio de tiempo en el que mi corazón galopaba a toda velocidad. La felicidad ficticia, favorecida por la ingesta de alcohol, me ha hecho sentir mariposas en el estómago. No lo voy a negar. Pero desde que nuestros labios se han unido he sido consciente de que no era eso lo que quería. No era él. Afortunadamente —cosas del destino, quizás—, he sentido vibrar mi teléfono móvil en el interior de mi bolso y me he apartado de golpe. Ese par de segundos que he tardado en extraer el aparato de mi bolso ha bastado para darme cuenta de la estupidez que estaba cometiendo y hacerme sentir todavía peor de lo que me sentía minutos atrás.

«Vulnerable», porque en ese breve periodo de tiempo en el que Mike y yo nos hemos besado, me he confirmado a mí misma que soy demasiado vulnerable y que nunca voy a poder superar lo mío con Kyl, la muerte de Sophie y la traición de mi propia familia.

Mike y yo nos desplazamos hasta el callejón próximo a la salida de emergencia del local, como nos ha indicado Kevin que hiciéramos. La llamada que he recibido hace apenas unos minutos —y que he agradecido más de lo que debería— era de mi compañero. Kevin me ha explicado, de manera atropellada, que nuestra querida Lizzy ha cogido una borrachera de espanto y han tenido que salir a la calle para que le diera el aire.

—¿Desde cuándo está así? —pregunta Mike dirigiéndose a un nervioso e inseguro Kevin.

—No sé. Por lo menos, media hora.

—Pero si no estaba así cuando habéis desaparecido.

—Ya, bueno, Lizzy se ha empeñado en pagarme unos cuantos tequilas, para compensar lo de mi camiseta. Y se los ha terminado por beber ella. —Kevin se ruboriza y se rasca la nuca—. Lo siento, Cat. Es que a mí no me gusta el tequila.

Chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco. No sé si reírme o llorar. Agacho la vista y clavo mis ojos en el cuerpo enmadejado de Lizzy, que está sentada en el suelo con la cabeza escondida entre las piernas. Eleva la vista un segundo y nos contempla con una sonrisa bobalicona.

—Holaaa, chicosss, ¿quéé́é taaal? —masculla la rubia arrastrando las palabras.

Lizzy estira el cuello y mira a ambos lados de forma brusca, como si fuera la niña de *El Exorcista*. Mike está agachado frente a ella, de cuclillas.

—¿Do-dónde está mi gafosillo?

Mike y yo clavamos la mirada en Kevin, que está de pie detrás de Lizzy, y niega con la cabeza a la vez que suspira.

—¿Te refieres a nuestro Kevin? —interrogo a mi amiga con tono divertido.

—Nooo, guapita —puntualiza Lizzy antes de soltar un hipido—. Es *mi* Kevin. —Se señala el pecho y se da unos golpecitos con el dedo índice en la zona del corazón.

Kevin, que permanece fuera del campo visual de la rubia, abre los ojos como platos y enarca las cejas.

—Tú ya tienes a tu *hermanito.* —Lizzy suelta una débil carcajada y clava sus pupilas

brillantes en Mike, que tensa los labios y me dedica una mirada inquisitiva—. ¡O a tu profesor! ¡Que está bien bueno!

Mi compañera dibuja en su rostro una sonrisa maliciosa y hace con su mano un gesto para saludar a Mike. Interrumpe el «hola» que iba a pronunciar, se gira hacia un lado y vomita todo el líquido que ha ingerido.

—Vamos, preciosa. Échalo todo. Te sentirás mejor. —Kevin se agacha y sujeta su melena con su mano mientras con la otra acaricia con cariño su hombro izquierdo.

Cuando la rubia termina, se vuelve hacia Kevin y entorna sus labios para ofrecerle una sonrisa de agradecimiento.

—Eres mi mejor amigo, Kev. ¿Lo sabías? Yo te quiero mucho, ¿eh? —Lizzy se da unos golpecitos en el pecho a la altura del corazón—. ¿Tú me quieres?

Kevin carraspea e ignora la pregunta de la rubia, pero esta no se da por vencida.

—¡Queee si me quieeeresss!

—Sí, Lizzy, claro que te quiero.

—¡Quééé mono eresss!

—Vale, muchas gracias. —Le sigue la corriente.

Kevin me lanza una mirada desesperada y decido que ha llegado el momento de abandonar el lugar.

—Será mejor que nos vayamos a casa —anuncio.

—No, Cat, quedaos vosotros a ver el concierto. Lizzy y yo cogeremos un taxi.

—De eso nada. Yo os he traído y yo os llevo a casa —zanja Mike con un semblante más serio del habitual—. A no ser que te quieras quedar tú para ver a tu *amigo.*

—No. Gracias, Mike. Prefiero irme a casa, si a ti no te importa.

Él asiente con la cabeza y extiende sus brazos corpulentos para ayudar a la borrachuza a ponerse en pie, que se levanta despacio, con los ojos semicerrados, y se tambalea hacia los lados. Se agarra al cuello de Mike y cuando abre los ojos y se topa con el rostro de mi profesor, tan pegado al suyo, solo se le ocurre echarse a reír y buscar a Kevin con la mirada. Mike le cede el cuerpo desmadejado de Lizzy a mi compañero, que se acerca a la rubia con tiento y esta se agarra a su brazo como una lapa mientras caminamos hacia el lugar donde hemos aparcado el coche.

El trayecto a casa me resulta un tanto incómodo. Mike se halla sumido en un inusual silencio y Lizzy dormita en el asiento trasero con su cabeza apoyada en el hombro de Kevin. Al llegar a nuestro destino, Kevin y Lizzy se despiden de nosotros y se introducen en el edificio. Mike y yo nos quedamos en el interior del coche, en silencio. Mi corazón late a mil por hora y no sé qué decir, qué hacer. No sé por dónde empezar a intentar arreglar el desastre de velada que le he regalado a mi profesor.

Antes de que comience a hablar, es Mike el que abre la boca en primer lugar.

—Creo que hay algunas cosas que deberíamos hablar.

Por su tono de voz diría que está disgustado. Esa percepción hace que me sienta aún peor.

—Verás, Mike —titubeo mientras intento sostener la mirada expectante de mi interlocutor. Un intenso calor trepa hacia mis mejillas y noto que, incluso, mis orejas parecen estar a punto de arder—. No te dije toda la verdad respecto al concierto de hoy.

—¿No me digas? No me había dado cuenta —replica con sarcasmo.

—En realidad, el chico al que veníamos a ver tocar no es solo mi amigo.

—Ya, Cat. Me ha parecido escuchar algo cuando has hablado con la rubia y su amiga. Pensaba haber entendido mal, pero tu amiga me lo acaba de confirmar. Si me lo hubieses dicho antes, podría haberme ahorrado la cara de idiota que se me ha quedado.

—Perdona.

—Es que, no sé, Cat. Hay algo que se me escapa. —Se acomoda en el asiento y dirige su mirada al frente, mostrándose pensativo.

Yo junto mis manos y comienzo a frotarlas, con nerviosismo. Aclaro mi garanta y me dispongo a sincerarme con él.

—Kylian es mi hermanastro. Bueno, lo fue por un periodo de tiempo, cuando nuestros padres decidieron formar una familia y mi hermano Ben y yo vivimos bajo el mismo techo que él y su madre.

Mike hace un gesto de negación con su cabeza y se gira hacia mí, para clavar sus ojos en mi rostro sonrojado.

—¿Y por qué no me has dicho la verdad? No tiene nada de malo acudir a un concierto de tu hermanastro con un amigo, ¿no?

Agacho la cabeza y me hundo en el asiento. Me gustaría encogerme hasta convertirme en una mota de polvo y desaparecer de aquí.

—Cat, ¿a ti te gusta ese chico?

—Es una historia muy larga. No lo entenderías.

Mike mira el reloj y, con una sincera sonrisa que deja a la vista sus blanquecinos y perfectos dientes, afirma:

—No tengo prisa.

Su gesto relajado me hace sentir cómoda y noto cómo, poco a poco, los músculos de mi cuerpo, que permanecían agarrotados e inflexibles, vuelven a su estado natural.

Desde lo más hondo de mi corazón, le narro a Mike la historia de Kylian. Nuestra historia. Y las desgarradoras consecuencias que nos trajo. No entro en demasiados detalles, pero sí los suficientes como para hacerle entender que lo que existió —me duele hablar en pasado— entre Kyl y yo, fue mucho más allá que un encaprichamiento entre dos chiquillos. También le doy a entender que mis intenciones de esta noche eran hacer despertar a Kylian. Provocar en él celos para que se acercase de nuevo a mí. Quizás esa parte hubiera sobrado, pero Mike es una persona íntegra que no se merece que lo engañe. Dicen que rectificar es de sabios y, si tengo alguna posibilidad de enmendar la relación con mi profesor, no quiero desperdiciarla. Cuando termino mi confesión, Mike me busca con la mirada y sujeta mi barbilla con su mano.

—Bueno, en cierto modo, me siento halagado. Nunca me había sentido un hombre objeto.

Me sorprenden sus palabras y hacen que se me escape una carcajada a la que él se une.

—Lo siento mucho, Mike.

—Yo sí que lo siento. No me hubiese importado repetir ese beso, Cat, pero no me va eso de ser el segundo plato.

Sus pupilas recaen sobre mi boca y una especie de corriente comienza a recorrer mi cuerpo.

Mike suelta mi barbilla y se echa hacia atrás.

—Aunque yo tampoco he ido de frente contigo. Siempre me has gustado y no te voy a negar que mis expectativas de hoy eran altas. Estaba bastante convencido de que tú y yo terminaríamos enrollados. Y tampoco es que haya estado muy desencaminado. Pero no así, Cat.

»Es mejor que hagamos como si no hubiese pasado nada. Por ti y por mí. Eres mi alumna favorita, supongo que ya te habrás dado cuenta. Y no lo digo por esos ojos hipnotizantes que volverían loco a cualquiera, sino porque eres buena. Eres trabajadora, fuerte, constante. Además, estás dotada de una sensibilidad muy especial que solo los artistas de verdad poseen.

—Gracias. Tengo el mejor profesor.

—Puede ser.

—¡Creído!

—No, en serio. Eres muy buena y tienes que empezar a creértelo. Y, bueno, tú y yo… Viendo la cara de imbécil que tengo ahora mismo, lo mejor es que sigamos como hasta ahora. Arregla ese lío que tienes en la cabeza, sé sincera contigo misma y verás como todo fluye y se va poniendo en su sitio. Ese tío tiene mucha suerte y sería un gilipollas si no lo sabe ver.

—Eres una gran persona.

—Mira que me han dicho piropos a lo largo de mi vida, pero este se acaba de convertir en mi favorito.



44

Kylian

Una tremenda sensación de alivio me invade cuando escucho a Luke anunciar el final del concierto. El público vocifera disgustado, pero ya hemos ofrecido el repertorio completo e, incluso, hemos repetido un par de temas.

Mi cuerpo y mi mente, sobrexcitados por el efecto de las drogas, han tocado el cielo durante los últimos minutos de la actuación. La marcha de Cat del local ha disparado mis niveles de adrenalina hasta rozar el límite y he golpeado los elementos de mi batería con tanta fuerza que, por un momento, me creía capaz de destrozarla, de hacerla añicos con mis batacazos llenos de ira y de resentimiento. Sin embargo, ese subidón se ha esfumado tan pronto como ha venido y se me ha hecho muy cuesta arriba aguantar hasta el final del recital.

Escucho cómo Luke inicia la presentación de los miembros del grupo —tal cual habíamos acordado para el cierre del bolo—, pero siento que se me nubla la vista y la cabeza me va a estallar. Decido que ha llegado el momento de largarme y me escabullo aprovechando la distracción de mis compañeros.

Vuelo hacia el camerino, vacío la botella de *whisky* en mi paladar e ingiero una de las coloridas pastillas que me ha pasado el camello.

Salgo del local por la puerta de emergencia como alma que lleva el diablo. Necesito dejar de escuchar los gritos ensordecedores de la gente. Aunque me doy cuenta, una vez en el exterior, de que los gritos perduran dentro de mi cabeza. Me apoyo en una de las paredes mugrientas del

oscuro callejón e inclino mi torso hacia abajo, con la cabeza rodeada por mis brazos. La sacudo con fuerza, tratando de vaciar de ruido mi mente.

De pronto, noto unos dedos que tiran de mi cabello hacia arriba. Obligado por las garras que sujetan mis mechones, elevo la cabeza y mis ojos se topan de bruces con la mirada afilada e inquisitiva de Logan.

—¿Dónde te crees que vas? ¿Te piensas que soy idiota?

—Lo-Logan. Verás. Me ha surgido un contratiempo y…

Antes de que termine la frase, el camello me clava su puño en el estómago haciendo que una arcada se instale en mi garganta.

—Dame la pasta ahora o te juro que no te vas a olvidar de esta noche.

Yo me agito con fuerza y trato de deshacerme de las manos que aprietan mi cuello y aumentan la presión por momentos.

—Te lo doy luego, solo he salido a que me dé un poco el aire.

—¿Ah, sí? Pues parece que ahí dentro todos te están buscando. ¿No te has despedido de tus amiguitos?

—No me encontraba bien.

El camello me asesta otro puñetazo en la boca del estómago que hace que me doble sobre mí mismo. Después, lanza una patada hacia mis genitales que me deja retorcido de dolor en el suelo. Mi cuerpo yace sobre el asfalto en posición fetal cuando recibo el primer golpe seco en la cara. El sabor metálico de la sangre invade mi paladar y todo a mi alrededor se tiñe de rojo.

Los recuerdos de la peor noche de mi vida me asaltan y bombardean mis ganas de vivir. El pasado es tan doloroso que me olvido de los golpes físicos y dejo de sentir.



45

Kylian

Empujado por un ansia irrefrenable de terminar con este sufrimiento, dirijo mis pasos hacia un claro objetivo. Las luces de la ciudad se ciernen sobre mí y las miradas de los transeúntes me acechan. Me tambaleo y tengo el rostro ensangrentado. Lo sé por mi ropa, por las manchas de mi camiseta, y por la tirantez que siento en la piel que recubre mi nariz.

Sin embargo, nadie hace nada. Nadie se inmuta. Ni siquiera el coche patrulla que circula por la carretera a escasa distancia de donde me encuentro. Ni siquiera ellos se percatan de que soy un muñeco roto en busca de un final anunciado.

Llego a mi destino un buen rato después. Sin aliento, con el corazón bombeando a mil por hora y el cerebro deshecho, incapaz de procesar la realidad que me rodea.

Un único pensamiento ocupa mi mente.

Pagar por lo que he hecho. Por lo que he sido. Admitir, de una vez, que solo yo soy el culpable de que mi madre no esté viva. Que no fue Murray, ni Cat, ni el indeseable de Ben.

Yo elegí mi camino. Y me equivoqué desde el principio.

Elegí lo prohibido. Lo intocable. Elegí a Cat sobre todas las cosas, incluso, sobre mi propia madre. Y cuando perdí a Cat, al amor de mi vida, no solo no luché por ella, sino que arrastré por el camino a mi madre, con mi ausencia y mi cobardía. Podía haber actuado de otra manera. Podía haberme hecho valer, haber gritado al mundo qué era lo único que deseaba. Yo no quería hacerle daño a nadie. Simplemente, no lo veía. Estaba demasiado ciego.

Si hay algo que no puedo soportar es el hecho de que mi abuelo haya insinuado que Cat, o él mismo, tenían parte de culpa también en la muerte de mi madre.

No puedo soportar esa idea. Yo comencé esta pesadilla y yo voy a terminar con ella.

Avanzo arrastrando los pies sobre la pasarela peatonal con un objetivo claro: la parte central del puente Aurora. Compruebo que todo el lateral del puente está vallado con un enjambre de alambres de una altura ligeramente superior a la mía. Doy tanta pena que hasta esto me tiene que salir mal.

Agarro los hierros que conforman la barandilla con tanta fuerza que la piel de las palmas de mis manos se desgarra y la sangre comienza a brotar de estas. Hinco las rodillas en el suelo, abatido, y comienzo a sollozar como un niño pequeño. Me llevo las manos a la cabeza y la sacudo con fuerza a la vez que mi garganta clama una palabra mientras mis pupilas se pierden bajo el brillo de la luna.

«Mamá. Mamá».

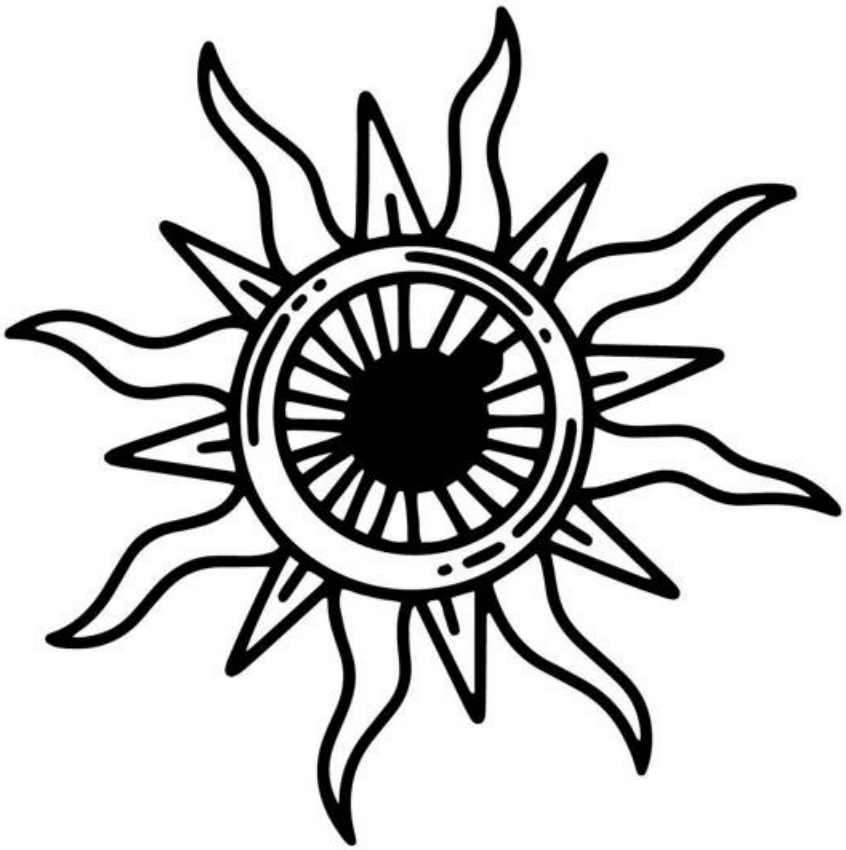
Las demás palabras han dejado de existir. Me paso el brazo por la cara para retirar las lágrimas que abandonan mis ojos a borbotones y saco de mi bolsillo la última papelina. Sobre el duro asfalto, vierto el polvo blanco y agacho mi cabeza hasta el suelo para esnifar la droga. La cocaína hace que me levante con energía desmesurada e intento trepar por la barandilla para lanzarme al vacío de una vez por todas. Llego hasta la mitad más o menos, pero las piernas me fallan y caigo al suelo, golpeándome la cabeza. Mareado y exhausto logro alcanzar uno de los teléfonos de emergencia que se disponen a lo largo del puente. Lo descuelgo y escucho una voz de mujer que dice:

—Hola, ¿puedo ayudarle? ¿Está bien?

Un hilo de voz sale de mi garganta y se va apagando, poco a poco, hasta que pierdo la consciencia y caigo desmayado.

«Perdón. Perdón. Perdón».

No recuerdo nada más. Mis pensamientos viajan por última vez a aquella noche, en la que mi mundo se vino abajo, y mi cuerpo permanece inmóvil sobre el asfalto del puente de la Muerte. Haciendo honor a su nombre.



46
Cat

—Cat, bonita, soy Jack.

Alejo el teléfono de mi oreja y leo, incrédula, el nombre que aparece en la pantalla. En efecto, se trata del abuelo de Kylian. Veo algo borroso, debido al estado de somnolencia en el que me ha pillado la llamada. Con cierta dificultad, logro distinguir en mi teléfono la hora que marca su reloj. La seis de la mañana. Pego un bote en la cama y siento como un escalofrío recorre todo mi ser, de los pies a la cabeza.

—¿Jack? ¿Ha pasado algo?

—Estoy en el Grace Hospital. Tienes que venir.

Una bofetada de realidad me sacude con fuerza y me empuja hacia el borde de la cama.

—¿Es Kylian? ¿Qué ha pasado?

—Sí, pequeña. Se trata de Kyl. Ven, por favor. Te necesitamos.

Me lanzo al armario y me pongo lo primero que pillo. Salgo embalada de la habitación y me dirijo hacia el cuarto de Lizzy para decirle que me marcho, pero, cuál es mi sorpresa, que me encuentro la cama intacta y vacía. Voy al dormitorio de Kevin y empujo la puerta con cuidado, pues no estoy demasiado segura de si estoy actuando bien o no. Lo que veo provoca que una sonrisa se asome a mi rostro. Lizzy y Kevin duermen a pierna suelta sobre la cama de mi compañero. El brazo de ella descansa sobre el vientre de él y la pierna de este se enreda con los muslos de la rubia haciéndome difícil ver dónde empieza uno y dónde acaba el otro. Con la

máxima discreción cierro de nuevo la puerta y abandono mi casa sin despedirme.

Si se pudiese medir la velocidad en latidos de corazón, podría decir que vuelo a unos ciento cincuenta latidos por minuto hasta el hospital que Jack me ha indicado. Atravieso media ciudad sobre mi patinete eléctrico y durante el trayecto desfilan ante mí decenas de imágenes de Kylian.

Kylian en sus buenos tiempos. Kylian, el seductor. El graciosillo. Elocuente. Sensible. Roto.

Kylian roto. Todas las imágenes desembocan en una: Kylian roto. Acabado.

Llego a la puerta principal del centro sanitario y marco el número de Jack. Tarda unos segundos, que se me antojan eternos, en descolgar y, cuando lo hace, su voz suena aliviada ante mi llegada.

—Estamos en Urgencias. En un *box*. Pregunta en recepción.

Cuelgo y recorro la estancia con la vista hasta que doy con un pequeño mostrador tras el cual se aposta un celador casi más dormido que despierto. Me dirijo hacia allí con paso firme.

—Perdona.

El chico entreabre los ojos y sus mejillas se ruborizan al darse cuenta de que se ha quedado dormido.

—Ho-hola. ¿Qué querías?

—Busco el área de Urgencias.

El joven se acomoda en la silla y suelta un profundo suspiro.

—Por aquí no se entra. Tienes que salir y entrar por la tercera puerta que hay en la parte trasera, frente al aparcamiento. Desde la derecha. Por la izquierda irías a otro sitio un tanto más desagradable.

Chasqueo la lengua y comienzo a dar golpecitos con mi dedo índice sobre el mostrador. El chaval pone los ojos en blanco y suspira de nuevo.

—Está bien. Te acompaño. A ver si así me espabilo. —Se levanta, rodea el mostrador y emprende la marcha haciendo un gesto para que lo siga.

—¿Malas noticias?

Me encojo de hombros. No sé qué decir.

—Tranquila. Seguro que todo sale bien. Si fuesen las peores noticias no te habrían dejado venir hasta aquí tú sola. Créeme. Sé de lo que hablo.

El celador suelta un bostezo y me lleva por un sinfín de pasillos que sería incapaz de recordar si tuviese que deshacer mis pasos y regresar por donde he venido.

—Aquí es, chica de los ojos bonitos.

Me sonríe y, aunque parezca mentira, hace que mis labios se curven ligeramente. Esas palabras me traen tantos recuerdos…

—Te deseo suerte. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy. —Mira el reloj y rectifica—. Bueno, solo hasta dentro de un par de horitas. Después, espero estar en mi cama. Durmiendo, no pienses mal.

Me echo a reír y me despido de él. Desde luego, el muchacho dormirá hoy solo, pero con ese desparpajo y lo apuesto que es, estoy segura de que no le faltarán candidatas para hacerle compañía.

Un poco más relajada, debido a la extraña compañía del celador, barro con mi mirada todo lo que me rodea. Una sala de espera casi vacía y un mostrador alargado se disponen a un lado. Enfrente, una gran puerta corredera de cristal tras la cual deduzco que estarán los boxes.

Me dirijo hacia el mostrador y, tras identificarme, indago sobre el paradero de Kylian. La mujer que me atiende, bastante más despierta que el chico de antes —aunque mucho más antipática—, me indica el número del *box* donde está Kylian y me proporciona una tarjeta

magnética para acceder a la zona.

Suspiro aliviada. Al menos sé que Kyl está… vivo.

Hago uso de la tarjeta para abrir la puerta de cristal y busco en los carteles que cuelgan del techo el número que me ha indicado la trabajadora.

Por fin, doy con el número veintiuno. Una opaca cortina de color gris delimita el acceso al habitáculo. Con el alma encogida y las manos temblorosas, agarro la gruesa tela y la aparto hacia un lado para abrirme paso.

Lo primero que veo es la silueta de Jack, de espaldas, postrado frente a una cama, con la cabeza inclinada hacia abajo y los hombros abatidos. Parece hundido.

—Jack —susurro asustada.

El abuelo se gira sobre sí mismo y abre los ojos como platos al reconocerme. Se funde conmigo en un reconfortante abrazo y rompe a llorar desconsolado. Yo, con mi cabeza apoyada en su hombro, le acaricio la espalda y clavo mis pupilas en el lecho donde yace Kylian con los ojos cerrados.

—¿Qué ha pasado? ¿Se pondrá bien?

—Está en observación.

Jack se aparta para permitir que me acerque a Kylian. Me coloco en un lado de la cama y tomo con sumo cuidado la mano que reposa sobre su regazo y que, al contrario que la otra, está libre de cables, agujas o cualquier tipo de aparato. La acaricio y me la llevo a los labios para depositar un beso sobre su piel. Observo con detenimiento el cuerpo de Kylian, hipnotizada por la manera en la que sus costillas se elevan y descienden a un ritmo lento y acompasado. Siento un profundo alivio al percibir su pulso bombeando débilmente en el dorso de su muñeca. Se me parte el alma cuando reparo en su rostro magullado y observo su nariz cubierta por una especie de férula, como si estuviese rota. Detengo mi mirada en una zona de su cabeza en la que le han rapado el pelo dejando al aire un trozo de cuero cabelludo cubierto por unas grapas.

—Vamos afuera y te cuento, Cat.

—¡No! —exclamo—. No quiero dejarlo solo.

El abuelo me mira con compasión y se deja caer sobre el incómodo sillón que hay junto a la cama. Apoyo la parte superior de mi cuerpo sobre el colchón y, sin soltar ni un segundo la mano de Kyl, me dispongo a escuchar el relato de lo sucedido.

Jack me cuenta que recibió la llamada un agente de policía a eso de la una de la madrugada. Luke lo acompañaba, puesto que ambos llevaban desde el final del concierto tratando de dar con el paradero de Kylian.

—Pensé que lo había perdido, Cat. —Jack se echa las manos a la cabeza, pero reprime el llanto para continuar su discurso.

Al parecer, Kylian fue víctima de una agresión al salir del local. Pero, eso no era lo peor. Kylian estaba hasta arriba de cocaína y de otras sustancias. Y en esas condiciones, había dirigido sus pasos hasta el puente Aurora.

«No, por favor».

Se me revuelve el estómago al escuchar la narración de Jack. Según el parte policial, Kyl habría intentado lanzarse al vacío trepando por la barrera antisuicidios que se extiende a lo largo de todo el puente. En su fallido intento, habría caído al suelo y recibido un fuerte golpe en la cabeza.

—Según el agente, el traumatismo craneal es consecuencia de esa caída. Sin embargo, todo indica que alguien se cebó con él con anterioridad. De ahí las magulladuras que se extienden por todo su cuerpo.

Un mar de lágrimas escapa de mis ojos empapando la sábana que cubre a Kylian. Lagrimas descontroladas, desesperadas. Lágrimas de impotencia.

—Pero ¿cómo ha podido hacer algo así? Nosotros lo queremos. No está solo.

—Lo sé, Cat. Yo también he pensado lo mismo. Pero, a veces, la mente es muy traicionera. Los malos pensamientos son poderosos y hay personas que no son capaces de gestionar el sufrimiento.

—Y nosotros le hemos fallado.

Jack se levanta y se acerca a mí para rodearme con sus brazos. Me acaricia la cabeza que yo hundo en su pecho y me susurra al oído:

—No llores, mi niña. Kylian va a estar bien. Le han hecho un lavado de estómago. Además, le han realizado unas pruebas para estudiar los posibles daños que haya podido acarrear la conmoción cerebral que ha sufrido. Parece que no han encontrado secuelas graves. Está sedado y le han medicado para evitar posibles convulsiones, pero se halla fuera de peligro. Necesita reposo y, por supuesto, mucha terapia.

—¿Tendrá que ingresar otra vez?

—Sí, sin duda. Y esta vez no tendremos tanta prisa. Creo que no hemos hecho las cosas bien. Me dejé llevar por las ganas que tenía de volver a tener a mi nieto en casa y, tanto él como yo, nos engañamos a nosotros mismos creyendo que la adicción estaba superada. Pero no solo es la adicción. Es muchísimo peor el dolor que Kylian arrastra desde hace demasiado tiempo.

Asiento con la cabeza. Las palabras se atascan en mi garganta debido a la maraña de nervios que anidan en mis cuerdas vocales. El abuelo suspira de nuevo y se aproxima a la roñosa cortina que hace las veces de puerta.

—Necesito un café. ¿Quieres algo de la máquina?

—No, gracias. Tómate tu tiempo, Jack. Necesitas descansar.

Jack desaparece dejándome plantada en medio del estrecho *box*, sin saber muy bien qué hacer. Me siento en el sillón y extraigo el móvil de mi bolsillo para enviar un mensaje a mis compañeros de piso. No quisiera que se preocupasen por mí, aunque, visto lo visto, me da la impresión de que no me van a echar demasiado de menos.

Me recuesto en el sillón y cierro los ojos. Necesito recapacitar, asimilar todo lo que ha sucedido en las últimas horas. ¿Cómo se puede complicar tanto la vida en tan corto espacio de tiempo? ¿O quizás esto solo es el desenlace de un desastre anunciado, gestado bajo nuestra única e inexorable responsabilidad?

El vacío que gobierna mi corazón ahora mismo me es tan familiar que me duele solo de recordarlo. Solo he sentido este abismo en mi interior una vez en la vida: la noche en la que Kylian desapareció de nuestra casa.

Aquella maldita noche, mi padre y Ben me hicieron creer que Kylian se había marchado por su propia voluntad. Todavía me avergüenzo cuando pienso cómo pude ser tan ingenua y cómo pude desconfiar tanto de la persona que me lo había dado todo.

Un ruido me sobresalta y me doy cuenta de que me he quedado dormida. Alguien ha apagado la luz y el *box* está casi a oscuras, apenas iluminado por el monitor que vigila las constantes vitales de Kylian.

—¡Mamá, mamá!

Escucho la voz quebrada de Kylian y distingo su silueta en la penumbra. Se ha incorporado y mira desorientado a su alrededor. Se echa las manos a la cabeza y deja escapar un gemido de dolor que le hace cerrar los ojos y arrugar la frente. Sin dudarlo ni un segundo, me levanto y me lanzo hacia la cama. Abre los ojos y nuestras miradas se encuentran durante un instantes en el

que mi corazón clama por saltar por los aires. Kylian frunce el ceño en un primer momento, pero enseguida su tez se relaja y me dedica una débil pero preciosa sonrisa. Me inclino sobre él y lo envuelvo entre mis brazos sin ser capaz de evitar echarme a llorar. Kylian ahoga un suspiro en la curva de mi cuello y aloja su cabeza en ella.

Permanecemos así, sin mediar palabra, varios minutos. Solo sintiendo el calor de nuestros cuerpos, la paz que cada uno transmite al otro.

—Lo siento, Cat. —La disculpa sale de su garganta en un apenas perceptible hilo de voz.

—Yo también lo siento.

Pueden parecer palabras manidas, repetidas hasta la saciedad, vacías. Sin embargo, el significado que ese conjunto de letras adquiere para nosotros va mucho más allá que una frase hecha, un tópico.

Es triste, pero, a veces, hace falta hundirse en lo más hondo del fango para darse cuenta de lo jodidamente vulnerables que somos y del poder que cualquier acto que llevamos a cabo, cualquier frase, cualquier gesto, puede ejercer sobre la vida de otra persona y, en consecuencia, sobre la nuestra. Por supuesto que somos dueños de nuestro destino, siempre lo he pensado. El problema es que, en ocasiones, la línea temporal que rige nuestra vida se nos desordena y nos damos cuenta demasiado tarde de las consecuencias de nuestras acciones y de nuestras no acciones.

Nuestros cuerpos permanecen acoplados, en un cómodo y acogedor silencio, hasta que un hombre vestido con bata blanca hace acto de presencia en el interior del *box*, junto con el abuelo de Kylian. Jack enarca las cejas al vernos abrazados y una amplia sonrisa adorna su fatigado rostro.

Me separo a regañadientes de su cuerpo para escuchar al doctor con atención. El sanitario utiliza palabras técnicas que no llego a comprender del todo bien. Siempre he sido una chica de letras. Lo único que retiene mi cerebro es que está fuera de peligro y en pocas horas podrá abandonar el hospital.

Cuando el médico abandona el lugar, Jack inicia una conversación con su nieto con la intención de hacerle entender la situación a la que se enfrenta, pero antes de que prosiga, Kylian se aclara la garganta y nos mira con gesto serio.

—Voy a ingresar de nuevo en el centro, abuelo. No hace falta que me lo pidas. Quiero curarme, quiero estar bien y volver a ser el que era. —Su mirada recae sobre mí cuando pronuncia estas palabras y aprieta con fuerza mi mano.

Jack asiente con la cabeza y se seca con el puño apretado una lágrima que se desliza desbocada por su mejilla. Fija la mirada en mí y me da una palmadita en el hombro.

Decido salir al pasillo para darles intimidad. Ellos también necesitan su espacio. Su tiempo. Me dirijo a la sala de espera y permanezco allí hasta que observo cómo un enfermero se introduce en el interior del *box*.

Jack sale a mi encuentro. Se le ve mucho más relajado que hace unas horas.

—Nos vamos, Cat. Van a quitarle la vía y a darle el alta médica.

—¿Ya?

—Sí. Al parecer, todas las pruebas han sido favorables.

—Dios, cuánto me alegro.

—Pasaremos por casa a recoger sus cosas y, de allí, iremos directos a la clínica de desintoxicación. He hablado ya con ellos. Lo tienen todo preparado. Lo tendrán en observación allí durante veinticuatro horas y después podrá instalarse donde la otra vez.

—¿Pero está bien? ¿Puede andar?

—Sí. Solo está un poco aturdido. En el trayecto se irá espabilando. Más le vale. ¿Quieres acompañarnos?

Dudo unos segundos y con todo el dolor de mi corazón rechazo el ofrecimiento del abuelo.

—No, Jack. Será mejor que no. Kylian tiene que empezar a caminar solo.

—Está bien. ¿Y despedirte?

Asiento con la cabeza. Aguardo a que el enfermero abandone el compartimento y me adentro en él. Está sentado, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. Bebe un zumo a pequeños sorbos y parece que el color ha regresado a sus mejillas. Ya no hay tubos a la vista, ni se escuchan los pitidos del monitor. Un silencio apacible envuelve el lugar.

—Pensaba que te habías ido, ojos de gato.

—No, Kyl.

Él sonríe ampliamente.

—Gracias.

—Pero ahora sí que me voy. He venido a despedirme.

Una sombra de tristeza inunda de nuevo su mirada y, por un momento, sopeso la idea de acompañarlo hasta el centro de rehabilitación. Pero no puedo. No debo.

—Kyl, escúchame. Necesito que vuelvas a ser como ese chico del que me enamoré. Necesito que sonrías de nuevo, que vuelvas a brillar como nuestra luna y que me cuentes el final de esa leyenda que tú y yo dejamos a medias.

—Lo haré, Cat. Te lo prometo.

—Prefiero que me lo demuestres.

Kylian se destapa y deja colgar sus piernas por el borde de la cama. Se tambalea un poco hacia los lados, como si se sintiese mareado, y yo corro a su lado para sujetarlo.

Él me atrapa entre sus brazos y se echa a reír.

—Buen truco, ¿eh?

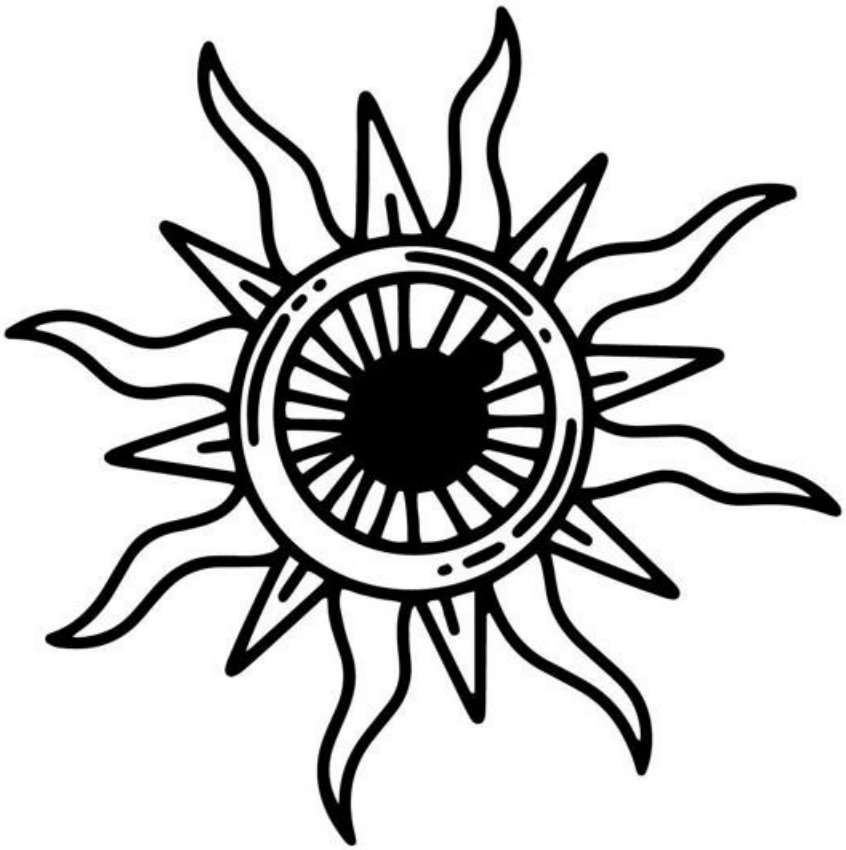
—Serás capullo. Ahora, cuando estés mal de verdad, nunca te voy a creer.

—Si estoy contigo no voy a estar mal.

—Tengo que irme, Kyl.

Pega su frente a la mía y busca mis ojos con los suyos. Siento como la humedad de las lágrimas que bañan sus mejillas roza mi piel. Inspiro profundo hasta que mis fosas nasales se inundan de su aliento entrecortado. Kylian enmarca mi rostro con sus manos y ladea la cabeza. Su boca roza con suavidad mis labios entreabiertos. Acojo un cálido beso que se alarga en el tiempo hasta que escuchamos el carraspeo de Jack a nuestra espalda, que aparece con unos papeles en la mano y nos comunica que ha llegado el momento de salir de aquí. Doy un paso atrás y me desprendo del tacto de Kylian que me mira con ojos llenos de desesperación.

—Adiós —musito, con la cabeza agachada, y salgo de allí con una sensación de ahogo que solo desaparece cuando me subo a mi patinete y emprendo una marcha a toda velocidad hasta el muelle 57. Descargo allí toda mi rabia y mi desolación y absorbo toda la energía que me da ese lugar para poder afrontar los días venideros y seguir con mi vida.



47
Cat

Dos semanas después

—Te voy a echar mucho de menos.

—Lizzy, por favor, que solo me voy tres días.

La rubia de los mechones de colores me estruja entre sus brazos y yo elevo la cabeza para lanzarle a Kevin, que nos observa en silencio detrás de la rubia, una mirada cómplice. Mi compañero deja asomar en su rostro una tierna sonrisa y agacha la cabeza empujado por su timidez.

—Además —añado con cierto sarcasmo—, no creo que estéis tan mal sin mí.

Me separo de mi amiga para guiñarle un ojo y ella resopla haciéndose la ofendida.

—No digas eso, Cat. Que este señor y yo —se vuelve hacia Kevin y le saca la lengua— estemos *liados* no quiere decir que no sigamos siendo una minifamilia.

Dirijo mi mirada a Kevin, que parece disgustado por las palabras de Lizzy. Nuestra compañera define lo suyo como un «lío» con bastante asiduidad y sé que a él le duele en el alma. Lo peor de todo es que estoy convencida de que Lizzy está enamorada de nuestro chico hasta las trancas, pero es tan orgullosa que se niega a admitirlo.

Me adelanto unos pasos para despedirme de Kevin y le doy un beso en la mejilla.

—Cuídala bien, Kev. Pero, sobre todo, cuídate tú. Y ten paciencia con ella, que ya sabes

cómo es —le susurro al oído mientras Lizzy coge mi maleta para acompañarme hasta la puerta.

Poco tiempo después me embarco en el tren que realiza el trayecto desde Seattle hasta Leavenworth. He pedido el fin de semana libre en el trabajo con la intención de regresar al lugar donde todo empezó y cerrar un capítulo de mi vida que debería haber cerrado hace tiempo.

El viaje en tren es una auténtica delicia para los sentidos. El inicio del verano ha teñido de colores las montañas. La vegetación ha cobrado vida y los árboles, junto con la inmensa variedad de flores silvestres, ofrecen una panorámica espectacular. Una imagen inusual, ya que la mayor parte del año es la nieve la que cubre la gélida tierra del condado, tiñendo de blanco las abruptas cumbres que enmarcan el paisaje. Me deleito con las escenas que recorren mis ojos e intento dejar mi mente en blanco y no pensar, por unas horas, en todo lo que ha sucedido durante las últimas semanas y en todo lo que está por venir. Las determinaciones están tomadas, nunca he sido de confiar el futuro al destino, aunque mentiría si dijese que soy una persona decidida.

Me ha costado darme cuenta de ciertas cosas. He logrado dejar a un lado mi obcecado punto de vista y he tratado de ponerme en el lugar de las personas que me rodean. Se podría decir que he conseguido salir de ese círculo vicioso de inacción, de dejarme llevar y de pretender que fueran los demás quienes decidieran por mí, de dejar en mano de los otros lo que solo depende de mí.

Siento que he madurado a marchas forzadas y mi mentalidad está muy lejos de la de aquella niña que se enamoró perdidamente de una persona increíble, pero en el espacio y tiempo equivocados. De todas formas, aunque ahora sea más consciente de todo lo que supuso lo nuestro, de la inmensidad de ese sentimiento que nos arrasó tengo muy claro que volvería a dar cada uno de los pasos que di en su momento; cada uno de los tropezones, y cada uno de los saltos al vacío.

Cuando el tren alcanza su destino final, me apeo de él cargando con mi pequeña maleta. Inhalo una bocanada de aire y ese aroma a pino y a madera, mezclado con la aridez habitual del ambiente, provoca en mí una amarga sensación de nostalgia que, por un momento, me hace flaquear y convierte mi estómago en una maraña de nervios.

Emito un suspiro y emprendo la marcha hacia la parada de taxis. El recorrido hacia la casa de Jack no es demasiado largo, pero se me hace tan intenso que parece que he permanecido horas y horas en el interior del vehículo. Desde el cementerio, que hemos dejado a un lado nada más salir de la estación de tren, hasta los aledaños del que fue nuestro instituto. Todo me quiebra por dentro y convierte mis ojos en dos lagunas a punto de desbordarse.

El taxista me observa extrañado a través del retrovisor interior del taxi.

—¿Está usted bien?

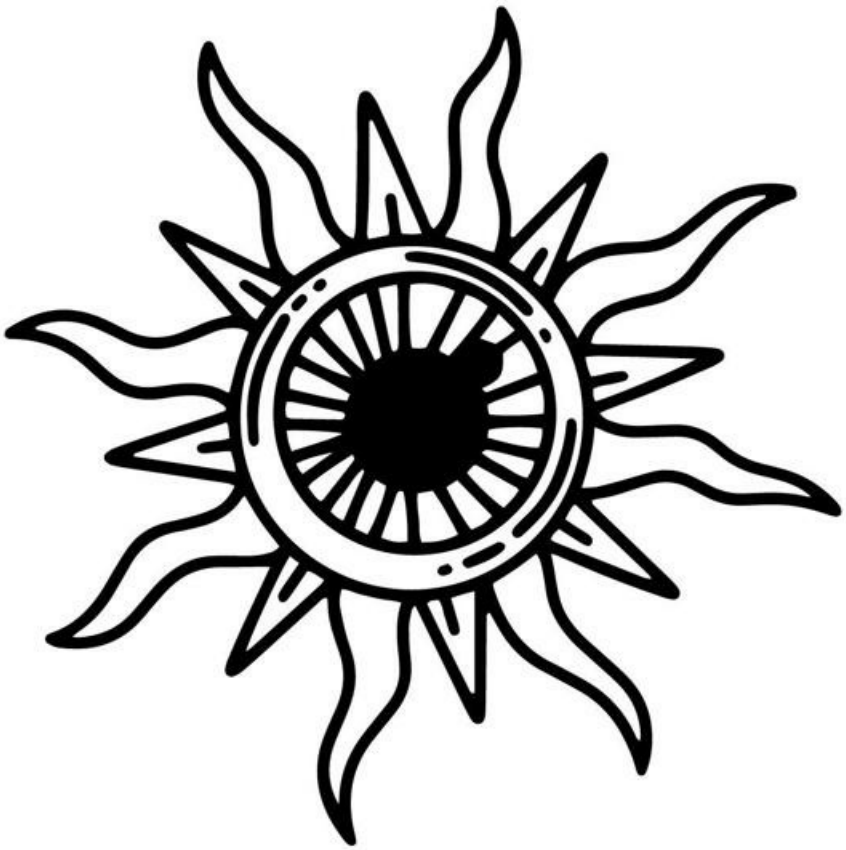
—Sí, creo que se me ha metido algo en el ojo.

El hombre hace un gesto de negación con la cabeza y prosigue su camino en silencio.

El coche se detiene frente a la casa que tantos momentos esconde. Tanto amor. Tanto dolor. Tras pagarle al conductor, cojo mi equipaje del maletero y me giro para contemplar cómo el vehículo desaparece a lo lejos. Vuelvo la vista y me enfrento a la edificación que se presenta ante mí. No puedo evitar desplazar mis ojos hacia el tejado, hacia la diminuta trampilla del desván por la que tantas noches nos escapábamos Kylian y yo para fantasear y dar rienda suelta a nuestra dulce locura.

Me encamino hacia la entrada principal y abro la puerta. Me detengo en el recibidor observando la estancia. Todo sigue igual. Nada ha cambiado desde el día en que abandoné esta casa. Jack ha estado viniendo para arreglar un poco el jardín y que no se convirtiera en un bosque tropical, pero el interior de la casa está intacto.

Subo hacia el dormitorio que compartí con mi hermano y con Kylian y descargo la maleta. Me siento sobre la que fue su cama y me inclino sobre la almohada posando mi nariz en ella en busca de algún resquicio de su olor. No lo encuentro. Hace demasiados años que él abandonó este lugar.



48

Cat

El reflejo que me devuelve el espejo me ha dejado tocada y, por unos instantes, he dudado de si estoy haciendo lo correcto. Quizás no haya sido la mejor idea del mundo utilizar para esta velada el mismo vestido que estrené la noche del baile de graduación de Kylian. Me invaden los recuerdos. La imagen de Kyl desnudándome con la mirada, sus manos deslizándose por mi piel, su extrema delicadeza…

No, está claro que no ha sido una buena idea. Pero ya no hay vuelta atrás.

El sonido del timbre hace que mi corazón pegue un brinco. Henry acaba de llamar a la puerta y es demasiado tarde para elegir otro atuendo. Además, tampoco tengo nada que pueda servirme para un evento como este.

La expresión de Henry, en el momento en el que abro la puerta para recibirle, no deja lugar a dudas. Está impresionado y saltan chispas de sus ojos.

Antes de venir a Leavenworth mantuvimos una prolongada conversación en la que me sinceré con él. La desastrosa cita con Mike, la noche del concierto, me hizo darme cuenta de algunas cosas. No había actuado bien. Había jugado con los sentimientos de otra persona y el resultado no pudo ser peor. En todos los sentidos. Hice daño a Kylian y proyecté en mi profesor un pequeño atisbo de esperanza, en cuanto a su relación conmigo, que jamás debería haber existido.

Por ello, en cuanto me vi con fuerzas —tras el ingreso de Kylian en el centro de

desintoxicación—, decidí aclarar la situación con Henry y sincerarme con él de una vez por todas.

Mi exnovio acogió la noticia con tristeza. Pienso que estaba convencido de que él y yo volveríamos a estar juntos, que lo de irme a la ciudad fue una rabieta, una especie de capricho pasajero.

Accedí a acompañarle a su baile de graduación por pura compasión. Suena horrible. Lo sé. No me parecía bien dejarle plantado, sin pareja de baile, a falta de tan pocos días para el señalado acontecimiento. Hubiese sido injusto por mi parte y, además, me sentía culpable y pensé que, quizás, esta manera de despedirnos tan inusual podría poner un broche de oro bastante digno a la relación tan especial —basada en una sincera amistad— que habíamos mantenido.

—Ho-hola —acierta a decir mi acompañante mientras pasea su mirada con descaro por todo mi cuerpo—. Estás impresionante.

Tuerzo el gesto de manera involuntaria. No me voy a sentir cómoda si Henry se pasa toda la noche mirándome del modo en el que lo está haciendo ahora mismo.

—Hola, Henry. Gracias. Recuerda lo que hablamos.

Él se rasca la nuca, nervioso, y asiente con la cabeza. Se inclina hacia mí y me besa la mejilla. Estoy tentada de echarme hacia atrás. El solo roce de su piel me hace ponerme en alerta. Tengo un mal presentimiento y cada vez estoy más arrepentida de haber venido.

—Te he traído este pastel. Lo ha hecho mi madre para ti. Te he hecho caso y no he traído flores, aunque he tenido que comprar un ramo para que mi madre se quedara tranquila.

—¿En serio? ¿Y qué has hecho con él?

—Tirarlo a la primera papelera que he encontrado.

Enarco las cejas y, sin querer, se me escapa una carcajada.

—Vaya, Henry. Tampoco hacía falta que te lo tomaras al pie de la letra. Te dije que no me compraras flores, pero si ya las tenías las hubiese aceptado de buen grado. No soy tan mala.

Henry se encoge de hombros y se mantiene anclado bajo el marco de la puerta. Estiro la mano para hacerme con el pastel y lo invito a pasar. Según avanza hacia el salón, me regodeo contemplando su esbelta figura. Nunca le había visto de traje. Le sienta como un guante. Me apena que esté malgastando una de las noches más importantes de su vida en mi compañía cuando es consciente de que no tiene nada que hacer conmigo. Henry es un chico apuesto y, además, es una buena persona.

Me dirijo a la cocina donde cojo dos pequeños platos y parto sendas porciones de pastel. No tengo nada más que ofrecerle. Solo he venido a pasar el fin de semana y la nevera está prácticamente vacía.

—Ya lo siento, Henry, pero no tengo nada de beber —le comunico cuando me reúno con él en el salón.

Mi exnovio esboza una sonrisa pícara y se lleva la mano al bolsillo interior de su chaqueta.

—Tranquila, ya me he ocupado yo de eso. —Extrae del bolsillo una petaca y me la enseña como si de un trofeo se tratase.

—Vaya, vaya. Sí que estás preparado.

Me levanto de nuevo hacia la cocina y vuelvo con dos copas. Henry reparte el líquido ambarino en los dos recipientes y da un trago largo a la bebida.

—¿Qué es?

—*Whisky*.

—Vaya, sí que han cambiado las cosas por aquí. Hace unos meses no habías probado el alcohol.

—Hace unos meses no tenía motivos para hacerlo.

«Empezamos bien. Ya estamos con las indirectas. ¿Quién me habrá mandado meterme en este embrollo?», me recrimino.

Henry me habla del instituto, de los amigos que tenemos en común, y de lo poco que han cambiado las cosas en el pueblo. Charlamos unos minutos hasta que me disculpo para subir al dormitorio y terminar de prepararme.

Cuando estoy lista, vuelvo al lugar donde me espera y le indico que nos podemos ir. Observo que se ha terminado su copa y lo animo a que se beba mi licor. No lo he probado. Sinceramente, no tengo ganas de beber, ni de bailar, ni de nada. Solo quiero que termine esta noche para poder regresar a Seattle y continuar con mi vida.

Abandonamos la casa y a los pocos minutos llegamos al lugar donde se celebra el baile. Enseguida comienzan a acercarse compañeros del instituto a saludarnos. Todos se alegran de vernos juntos de nuevo y así lo comentan a cada paso que damos. Observo cómo varios amigos de Henry le dan palmaditas en la espalda y cuchichean con él cuando piensan que no los miro.

Tras los saludos, nos acercarnos a una mesa alargada en la que hay un montón de aperitivos para degustar y varios cuencos de ponche. Henry se dirige sin mediar palabra hacia el bol de bebida y llena dos vasos anchos con el dulce licor. Antes de que yo haya probado el contenido de mi vaso, él rellena de nuevo el suyo. Desde luego, cada vez estoy más sorprendida con el cambio de Henry. Me convenzo a mí misma de que será porque está nervioso e, incluso, me culpo por ello.

La música suena a un volumen tan elevado que apenas podemos mantener una conversación. Pero esto no parece importarle a mi acompañante, que se ha apostado junto a la mesa y no para de beber y beber como un cosaco.

En un momento dado, Henry me invita a bailar; me tira del brazo, sin medir su fuerza, y llega a hacerme daño. Lo miro contrariada y la decepción comienza a hacer mella en mi estado de ánimo.

—No me apetece, Henry. Baila tú. Prefiero quedarme aquí. —Doy un tirón para deshacerme de su agarre.

—Vamos, Cat. Anímate. Ya que has aceptado venir conmigo a la fiesta, aunque sea por pena, por lo menos, no me amargues la noche —comenta mi acompañante con un tono que evidencia su estado de embriaguez.

Sus palabras afiladas me causan un agudo dolor para el que no estoy preparada. No me esperaba esa actitud por su parte. Me duele su victimismo y que me lo haya restregado a la primera de cambio. Desde luego, no es la idea que yo tenía para esta noche. Esperaba un Henry más receptivo, conversador y amigable. Me gustaba el Henry con el que he estado charlando antes de que el alcohol absorbiese sus neuronas y encharcase su cerebro.

Mi compañero se dirige hacia la pista de baile de nuevo y no deja de hacer el payaso tomando protagonismo ante el resto de asistentes. A medida que el alcohol va aumentando su efecto estimulante sobre él, pasa de ser el chico tímido e introvertido que dejé hace pocos meses a convertirse en el alma de la fiesta. Sus —nuestros— amigos lo jalean y se suman al espectáculo sobre la pista. Henry tontea con un grupo de chicas que bailan en el centro de la pista y le ríen las gracias. Uno de nuestros amigos se percata de mi soledad y se acerca a mí.

—¿Estás bien? No pareces muy animada.

—Sí, tranquilo.

—¿Por qué no bailas un poco?

Me encojo de hombros y me quedo sin palabras. No sé qué contestarle.

—Estoy cansada. Ya sabes, el viaje y todo eso.

Nuestro amigo asiente con la cabeza y se aleja hacia la mesa de las bebidas.

Barro con la mirada todo lo que me rodea. Me invade una extraña sensación. Es como si el tiempo se hubiese detenido para todos ellos. Como si estos meses no hubiesen existido. En Leavenworth todo sigue igual. Las mismas rutinas, la misma gente.

Me siento a años luz de las personas que me rodean en este preciso instante. Parecerá una locura, pero es como si todos ellos, este lugar, la casa, *todo* se hubiese estancado. Como si se hubiese detenido el tiempo en este remoto pueblo y, en cambio, la línea de mi vida se hubiese disparado hasta alejarse de una manera extraordinaria. Me doy cuenta, aquí, rodeada de personas que se supone que conozco, de que yo no soy la misma. He madurado. Desde luego que lo he hecho. A marchas forzadas, sin duda. Pero lo he hecho y ese es el motivo de mi incomodidad. Me siento fuera de lugar.

No puedo más. Me rindo.

Con disimulo, llevo mis pasos hacia la salida del recinto y me escondo en una zona apartada, a la vuelta del pabellón. Me siento sobre el duro asfalto, recostada contra una pared. Acabo de echar a perder mi precioso vestido blanco, pero no me importa. No quiero volver ahí adentro. De todas formas, tampoco creo que nadie se percate de mi ausencia. Se lo están pasando en grande. No los culpo por ello. De hecho, ojalá pudiera estar en su piel y dejar, de una vez, de pensar tanto. Dejarme llevar. A lo mejor debería entrar y pillarme una borrachera de las que hacen historia. Nunca he probado. Quizás ese sea el camino. El camino fácil.

«Mierda. ¿Cómo puedo pensar algo así?». La imagen de Kylian derrumbado sobre la cama del hospital me ametralla la cabeza. Ese no es el camino fácil. Es más, es posible que sea precisamente el más jodido. Porque avanzas y avanzas sin ningún tipo de obstáculo, empujado por tu instinto de supervivencia, tu afán de olvidar y borrar todas tus miserias. Pero lo difícil es saber dónde está el final. Cuándo parar. Lo difícil es volver cuando te das cuenta de que ese no era tu camino. No. Quizás lo complicado sea darse cuenta de ello. Ese primer paso. Al menos, tengo la tranquilidad de que Kylian ha dado ese primer paso, que no es poco. Ahora depende de él. Su futuro y, quién sabe, si el nuestro.

Sacudo la cabeza en un intento de deshacerme de esos pensamientos que no me ayudan demasiado a enfrentarme a mi presente. A mi aquí y ahora.

Y la realidad es que una persona, a la que en algún momento de mi vida he querido —a mi manera, eso sí— y con la que me siento, en cierto modo, en deuda, avanza derecho hacia mí, cabizbajo y dando tumbos.

—Estás borracho.

—¿Y? ¿Algún problema? —masculla entre dientes.

—Henry, no te reconozco.

Se echa a reír de manera compulsiva y me lanza una mirada penetrante cargada de rencor.

—¡Venga ya! ¡No digas gilipolleces! Soy el de siempre. A lo mejor es que has olvidado ya todo lo que tenías aquí.

—Henry, no sigas.

—A lo mejor te importa una mierda haberme dejado tirado como un perro en este puto pueblo.

—¡Tenía que irme! Ya lo sabes.

—Claro, la señorita tenía que largarse a la ciudad a conocer mundo, a comenzar una nueva vida. Los de aquí siempre hemos sido insuficientes para ella.

Las palabras salen expulsadas de su boca como poderosos misiles. Cada una que pronuncia

me hace sentir peor y no puedo seguir reprimiendo las lágrimas.

—Encima te pones a llorar. No eres la única, ¿sabes? Me he tirado meses esperando cada noche una llamada que nunca llegaba. Me dormía con el teléfono sobre el pecho con la esperanza de recibir, aunque fuera, un mísero mensaje tuyo.

—Te he llamado, Henry.

—Cat, por favor, llevas fuera cinco meses y creo que se pueden contar con los dedos de una mano las veces que tú me has llamado por teléfono. Además, lo que más me jode ¿sabes qué es?

—¿Qué?

—Que nunca me preguntaste si irme contigo a la ciudad. Solo pensaste en ti.

—Lo siento, Henry. Tenía la cabeza hecha un lío. Lo siento mucho, en serio.

La mirada furiosa de Henry se ablanda de repente. Las arrugas que se han formado en su ceño fruncido se suavizan y sus ojos brillantes se clavan en mí de una manera tan intensa que me obliga a deslizarme hacia el lado opuesto con el fin de ampliar la separación entre ambos.

Este, que percibe enseguida mi movimiento, acorta de nuevo la distancia y estira la mano para apoyarla sobre una de mis rodillas. Yo me tenso al instante.

—Henry. No deberías.

—Vamos, Cat. Concédeme una última noche.

Antes de que tenga opción a contestarle, se inclina hacia mí con la intención de besarme. Me levanto de un brinco, como si me hubiesen puesto un cohete en el trasero.

—¡Joder! No lo estropees. No quiero acabar mal la noche contigo.

Él se levanta y se coloca frente a mí. Sus manos rodean mi nuca y su fétido aliento a alcohol inunda mis fosas nasales revolviéndome el estómago. Cuando Henry ejerce cierta presión sobre mi cuello, para acercarse a mi boca, no puedo más y le pego un empujón que le hace tambalearse durante unos segundos. Me quedo petrificada. Incapaz de reaccionar ni de articular palabra. Henry por fin encuentra la estabilidad y me lanza una mirada seria, mientras se revuelve el pelo con la mano.

—Vale, Cat. Lo pillo. No hace falta que me des una paliza.

Se gira sobre sí mismo y comienza a caminar. Su figura se aleja cada vez más ante mi atónita mirada. Siento rabia. Mucha. Pero, sobre todo, siento pena. Por un instante, estoy a punto de gritar su nombre y pedirle que vuelva. Me falta poco para sucumbir y darle a Henry todo el cariño que le he negado durante los últimos meses.

No es una opción. Esa sería la Cat del pasado. La que nunca supo decir que no, la que se creía todo lo que le decían y la que confiaba en quien no debería haber confiado jamás.

Doy por finalizada la velada y camino presa del desencanto y de la tristeza hacia la casa de Jack.

Me acuesto sin ni siquiera desmaquillarme. Hundo mi cabeza en la almohada y emito un profundo suspiro al tiempo que me obligo a no pensar demasiado en si he actuado bien o no. Me he dejado guiar por mi instinto, por mis sentimientos más puros y, por primera vez en mucho tiempo, he pensado en mí y en mi bienestar. Por supuesto que no era mi intención herir a Henry, pero tampoco se me ocurre una manera mejor de haberme despedido de él. Al menos, esa era mi intención. He cerrado un capítulo de mi vida y pienso que él lo entenderá dentro de un tiempo, cuando sane su herida. Cuando eche la vista atrás y sienta que puede contar conmigo como amiga.

A la mañana siguiente, me levanto un poco más animada. Siento como si me hubiese quitado un peso de encima.

Después de tomar un sencillo desayuno salgo unos minutos al porche y me siento sobre uno

de los peldaños. Inspiro una bocanada de aire y sonrío al darme cuenta de que ya no percibo esa incómoda sensación de ahogo. Inhalo el aroma de los pinos, de los abetos, de toda la vegetación que envuelve este bonito rincón del condado de Chelan.

Medito mis próximos movimientos, durante unos minutos, y me decido a llevar a cabo el último paso de mi plan. Subo a la habitación y saco la pequeña maleta del armario. Me siento en el suelo con las piernas cruzadas y deslizo la cremallera de esta. En un compartimento oculto se encuentra la caja que guarda el manuscrito decorado con lunas y soles. Lo extraigo y lo coloco sobre mi pecho, abrazando el conjunto de hojas con todas mis fuerzas. Le echo un último vistazo con la misma admiración que sentí el día en que Kevin me enseñó cómo había quedado. A la vez, no puedo evitar que una punzada de tristeza se me clave bajo las costillas. Disecciono con la mirada cada hoja, cada ilustración, las pocas palabras que aparecen en el borrador… Está incompleto, le falta el alma. Le falta Kylian.

Me pongo en pie y subo con premura las escaleras que llevan al desván. Abro la puerta y me adentro en la húmeda estancia que tantas veces fue testigo de nuestra historia.

Busco con la mirada la manta de cuadros y la encuentro junto a la pequeña ventana. Me aproximo, me pongo de cuclillas, la estiro y aliso las arrugas con la palma de mi mano. Luego deposito el manuscrito sobre ella y saco de mi bolsillo la carta que he escrito para Kyl. El escrito dice así:

Leavenworth,
25 de octubre de 2020

Querido Kyl:

Estoy segura de que, si has llegado hasta aquí, significa que has logrado dar los primeros pasos hacia tu curación. Sabía que lo conseguirías. Nunca lo dudé.

El manuscrito que tienes delante es el motivo por el que aquella mañana te abordé en la tienda de tu abuelo. Desde que lo descubrí, sentí la necesidad de compartirlo contigo porque estoy convencida de que, en realidad, tú eres su destinatario.

Lo que ves ahora es mi humilde aportación a un proyecto que tu madre comenzó y que, por desgracia, nunca terminó. Siempre he pensado que su deseo hubiese sido que tú escribieras el final de esta historia. Nuestra historia. Nadie podría hacerlo mejor que su propio hijo. Siempre has hecho magia con las palabras, Kyl.

Lo que estaba en mis manos, ya está hecho. Ahora es tu turno de escribir la historia y —¿por qué no?— de cambiar el rumbo de esta, y darles a Malina y Annigan el final que se merecen.

Siempre tuya,

OJOS DE GATO

LUNA LLENA



49
Kylian

Seis meses después

El mismo escenario, el mismo protagonista.

Estoy nervioso. El ligero tembleque de mis dedos al intentar cerrar la cremallera de mi maleta lo evidencia. Tengo la extraña sensación de haber vivido este momento con anterioridad. De hecho, no es la primera vez que realizo esta acción. Sin embargo, algo dentro de mí me dice que esta vez es diferente. Me siento motivado e ilusionado. También estoy acojonado. Lo reconozco.

Ha sido duro. Mucho. Joder, demasiado. Algunos días he tocado fondo y otros, en cambio, me he sentido el rey del mambo. Esta experiencia ha sido como un viaje en una espeluznante montaña rusa que, a veces, parecía estar a punto de desmoronarse por completo. He tenido que viajar al pasado y surcar hasta lo más íntimo de mis pensamientos, en un intento de desatar ese nudo invisible que atenaza mi capacidad de sentir y de percibir el mundo que me rodea. He avanzado mucho en este sentido, pero sé que lo que me queda por hacer no puedo hacerlo estando aquí encerrado. Necesito salir.

Y aquí estoy. En la parrilla de salida. Esta vez mi recuperación no ha sido tan acelerada como la vez anterior. Tan precipitada. No obstante, estos seis meses me han servido para darme cuenta de muchas cosas, y salgo dispuesto a dejarme la piel en cumplir la promesa que le hice a

Cat aquella maldita madrugada en la que casi cometo la mayor gilipollez de mi vida (y la última).

Volveré a brillar.

Kate, mi terapeuta, hace acto de presencia en el umbral de la puerta de la que ha sido mi guarida durante este periodo de tiempo. Me regala una de sus sonrisas cargadas de cariño y adivino en ella un atisbo de compasión que no me gusta demasiado, pero al que estoy más que acostumbrado.

—¿Estás listo, Kylian?

—Supongo que sí —contesto encogiéndome de hombros.

Camino despacio, junto a ella, arrastrando la maleta y tratando de disimular los nervios y unas irrefrenables ganas de llorar que se han apoderado de mí, y que van en aumento a medida que nos acercamos a la sala de espera. Debería estar contento, lo sé, pero este vacío que se ha instalado en la boca de mi estómago me impide disfrutar del momento.

Mentiría si dijese que no albergo una mínima esperanza de que Cat haya venido a buscarme junto a mi abuelo. Mi corazón coge velocidad en el segundo exacto en el que me asomo a la estancia en la que aguardan los familiares.

Una sombra de decepción se adueña de mi pecho cuando veo sentados, al fondo de la sala, a mi abuelo y a Luke. Pobre Luke. No es que tenga nada en su contra, pero me había hecho ilusiones pensando en que una morena de ojos gatunos acompañase a mi abuelo.

Mi abuelo, al verme, avanza hacia mí a pasos agigantados y nos fundimos en un intenso abrazo. Me aprieta tan fuerte que tengo que separarme un poco hacia atrás para coger aire.

—Kylian, hijo. Cuánto me alegro de que haya llegado por fin el día.

Yo sonrío sin decir nada. Me siento colapsado, incapaz de reaccionar. Kate, siempre tan observadora, se acerca a nosotros y me da unas suaves palmaditas en la espalda.

—Kylian, recuerda lo que hemos hablado. Respira hondo y toma el control de la situación.

Me giro para mirar a mi psicóloga.

—Lo intentaré.

—Más te vale, chaval. —Kate me guiña un ojo, a lo que yo respondo curvando mis labios en una débil pero sincera sonrisa.

Mi abuelo me suelta y retrocede unos pasos para dejar espacio a Luke, que tampoco duda en estrujarme entre sus brazos mientras me revuelve el pelo con la mano.

—¡Cuánto te he echado de menos, capullo! Que sea la última vez que nos abandonas tanto tiempo.

—Bueno, seguro que no ha sido para tanto. De hecho, ¡no habéis tardado en buscarme sustituto en el grupo! —reprocho a mi amigo en tono jocoso.

—Ya te expliqué que era provisional, Kyl. Hemos tenido un montón de bolos los últimos meses y no podíamos perder la oportunidad, pero sabes que tú siempre vas a tener las puertas abiertas en la banda.

—Ya hablaremos, Luke. —No estoy muy seguro de querer volver a ese mundo. A los ensayos, los conciertos. Me aterra sufrir una recaída. No podría soportarlo otra vez.

Con una extraña sensación de angustia, me despido de Kate, que me hace prometerle una vez más que, ante cualquier atisbo de debilidad, no dude en contactar con ella. Sus palabras son un bálsamo, aunque espero ser lo bastante fuerte para no tener que necesitarla.

Alcanzamos el coche de Luke e iniciamos el regreso a casa. Durante el trayecto hacia nuestra ciudad, Luke y mi abuelo no cesan de hablar. Se nota que ambos han llevado a cabo el mismo recorrido durante varias veces los últimos meses y es evidente que han entablado una

amistad. Yo los escucho en silencio. Solo intervengo cuando alguno de ellos me hace alguna pregunta.

Un tiempo después, llegamos a casa. Luke nos deja en la puerta de la tienda de discos y se despide de nosotros haciendo que le prometa una próxima visita al local de ensayo.

Accedemos al establecimiento y subimos las escaleras que llevan a la entreplanta. Siento una grata sensación de alivio al entrar en mi casa y dejo escapar el aire que llevaba conteniendo todo el viaje.

Ya en mi cuarto, apoyo la maleta en el suelo y me dejo caer sobre la cama. Mi abuelo me deja solo, cosa que agradezco infinitamente porque no tengo demasiadas ganas de hablar; sin embargo, al poco tiempo, mi abuelo toca con sus nudillos en la puerta y le invito a pasar.

—Toma, Kylian. —Extiende la mano para ofrecerme mi teléfono móvil—. Estoy muy orgulloso de ti, hijo. Descansa mientras preparo algo para cenar. Luego hablamos.

Asiento con la cabeza y me incorporo para coger el móvil. Jack cierra la puerta tras de sí y yo permanezco unos segundos con el teléfono en la mano, sin saber muy bien qué hacer. Han sido muchos meses incomunicado y aterrizar tan de golpe en la realidad me tiene un poco descolocado. Me armo de valor y lo enciendo. No puedo vivir encerrado en una burbuja.

Nada. Eso es lo que me encuentro cuando la pantalla se ilumina. Ni una llamada, ni un mensaje. Nada.

Es como si el mundo se hubiese detenido el día en que ingresé en el centro desintoxicación. No sé ni cómo sentirme. ¿Acaso nadie se ha acordado de mí durante todo este tiempo? Tampoco es que esperara un recibimiento con globos y fuegos artificiales, pero ¿esto?

Lanzo el móvil al otro lado de la cama y me tumbo de nuevo con las palmas de las manos bajo mi cabeza. El peso de la desilusión se cierne sobre mis hombros y, por unos segundos, me siento como el Kylian que ingresó aquella noche en el centro.

Me niego. Esta mierda no va a poder conmigo. Me levanto de un respingo y me dirijo a la cocina en busca de mi abuelo.

—Abuelo, me tengo que ir.

Él me observa con extrañeza mientras sujeta con una mano el mango de la sartén y con la otra una pinza metálica.

—¿Ahora? Pero si vamos a cenar en cinco minutos.

—No, abuelo. No quiero decir eso.

Jack frunce el ceño y me escudriña con la mirada.

—Explícate, hijo.

—Necesito irme de aquí. Una temporada. No creo que nadie me eche en falta. Ya he visto que no se han acordado demasiado de mí.

—¿Lo dices por el teléfono? —Jack niega con la cabeza y suspira hondo—. ¿Entonces es eso? ¿Es por el teléfono? Kylian, por supuesto que se han acordado de ti. Fui yo el que les dije a todos que no intentaran contactar contigo. Era inútil. No disponías de teléfono. Y cuando digo a todos, es a *todos.*

Jack recalca esta última palabra, haciéndome entender en quién estaba pensando. Evidentemente, en Cat. Al igual que yo.

—Vale. Lo entiendo. Pero no es eso. Estos meses me han servido para pensar. Y mucho.

—Claro, hijo. De eso se trataba.

—Necesito hacer algo. Algo para lo que, hasta ahora, no había reunido el valor, pero que creo que es lo único que puede curarme de verdad.

—¿Leavenworth?

—Sí.

—Por supuesto, chaval, contaba con ello. Cuando quieras nos acercamos hasta allí.

—No. Quiero ir yo solo. Mañana.

—¿Mañana? Tengo que abrir la tienda, Kyl. Además, contaba contigo para que volvieses a ayudarme. Pensaba que te vendría bien volver a la rutina.

—Lo siento, de veras, pero esto es importante para mí.

De pronto, Jack pega un respingo al echar un ojo a la sartén y al denso humo negro que sale de ella.

—¡Mierda! ¡El pollo!

Arqueo las cejas al observar la carne chamuscada y ambos nos miramos y nos echamos a reír.

—Veo que hay cosas que no han cambiado.

Jack apaga el fuego y se acerca a mí para darme una palmadita en la espalda.

—Ya sabes que soy un desastre en la cocina. Y a lo que me has dicho, por supuesto que sí, Kyl. Claro que te puedes marchar, ya te he dicho me lo esperaba. No de manera tan precipitada, pero sabía que sería tu deseo tarde o temprano.

—Gracias por entenderme. —Le doy un sentido abrazo—. Mañana cogeré el tren hacia el pueblo. No hace falta que me lleve nadie.

—Como quieras, hijo.

Damos por terminada la breve conversación y me retiro a mi habitación con la intención de vaciar la maleta y rehacerla para mi viaje de mañana. Tampoco es que vaya a variar demasiado el contenido, ya que la ropa que he llevado durante estos meses consiste en ropa deportiva y cómoda y no necesito mucho más para mi estancia en Leavenworth. Eso sí, meto un par de jerséis muy gorditos, unos guantes, bufanda y gorro de lana. No sé cuánto tiempo voy a permanecer allí, pero estamos en diciembre y conozco muy bien el gélido clima de la zona.

Poco después Jack me llama para que acuda a cenar. Durante la cena, mantenemos una conversación agradable sobre lo acontecido durante los últimos meses. Yo no tengo gran cosa que contarle. Nada que él no sepa. Mi abuelo me pone al día de los entresijos de la tienda, de sus salidas a los conciertos de mis amigos, en definitiva, de todo lo que me he perdido este tiempo. Me alegra saber que las cosas siguen igual por aquí, incluso mejor. Sin embargo, un interrogante planea sobre mi cabeza y me mantiene pensativo durante un rato.

—¿En qué piensas? —pregunta mi abuelo.

—En nada.

—Ya, claro.

El silencio nos acompaña durante unos segundos que se me hacen eternos, hasta que Jack rompe el hielo.

—Llámala.

Mi corazón se detiene un instante.

—¿Qué?

—No te hagas el tonto, Kylian. Ya sabes a quién me refiero. Llámala.

Me rasco la oreja como muestra de mi nerviosismo.

—No sé. Yo… No sé nada de ella. No sé si querrá saber de mí.

—Madre mía. Mira que eres… La chica a punto ha estado de colapsar mi teléfono preguntándome por ti todos los días.

Trago saliva y noto cómo mis mejillas y mis orejas comienzan a arder. Me revuelvo sobre el asiento y emito un ligero carraspeo.

—No sé.

Me levanto de golpe ante la atenta mirada de mi abuelo, que me observa con gesto de sorpresa.

—No me seas cobardica, hijo.

—Joder, no es eso. Antes necesito pensar en mí. Solo en mí. No puedo dejar que mi destino penda de un hilo que sostienen otras personas. La quiero mucho, abuelo. Estoy enamorado de ella. Por eso me tengo que ir.

»Tengo que reencontrarme con mi pasado. Enfrentarme a él. A toda la mierda que me hundió e hizo que mi madre se quitase la vida. Necesito ir a verla.

—¿A tu madre?

—Sí.

—Lo entiendo. —Jack se levanta y me acaricia el cabello con su ruda mano.

Recogemos la cocina en silencio y me despido de él. Me acuesto enseguida y me quedo dormido mucho antes de lo que esperaba. Mi cerebro ha decidido que está demasiado agotado para seguir funcionando.

A la mañana siguiente, lo primero que hago es buscar en internet un billete de tren para Leavenworth. Encuentro uno por los pelos, pues estamos en diciembre y en estas fechas el pueblo se abarrota de turistas que acuden a ver el Festival de Luces de Navidad que engalana sus calles desde comienzos de mes.

Una vez organizadas las cuestiones prácticas de mi viaje, me acerco a la mesita de noche y abro uno de sus cajones. Sostengo en mis manos el manojo de cartas que mi madre escribió y, como si me quemaran, me deshago de ellas y las meto en la maleta, que tengo ya preparada. Después, regreso al cajón e introduzco la mano hasta el fondo con el fin de extraer algo que hace tiempo que escondí ahí, como si apartarlo de mi vista pudiese hacer que me olvidase de ella. Acaricio con mis dedos su suave pelaje y extraigo con sumo cuidado el peluche del cajón.

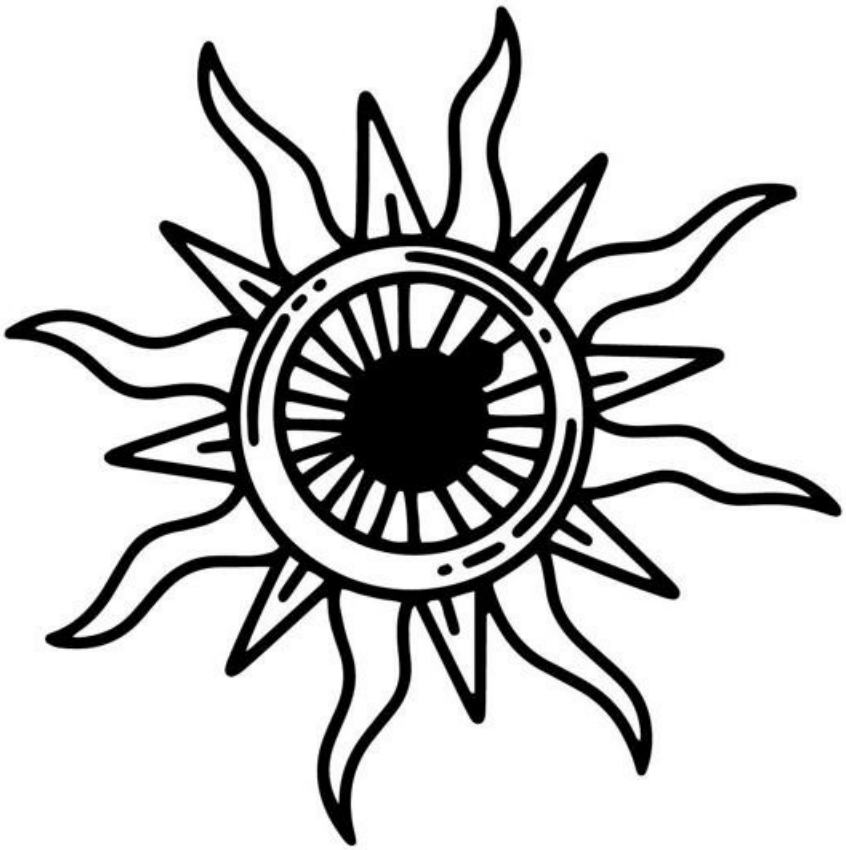
Me siento sobre la cama con el gato de peluche apoyado sobre mis rodillas y permanezco unos minutos en silencio contemplando el preciado objeto. Este muñeco de peluche me llena la cabeza de recuerdos que tenía aparcados en un rincón de mi cerebro. Recuerdos que pugnan por salir. Momentos que quise borrar para anestesiar el dolor que me causaban pero que, en el fondo, siempre han estado ahí.

Resoplo y me incorporo para meter el peluche en la maleta. La cierro, dejando escapar un suspiro, y me dispongo a ducharme y a vestirme. Todo está listo para el viaje.

A media mañana, bajo con mi maleta a rastras a la tienda de discos donde hace rato que mi abuelo está trabajando. Me despido de él y salgo hacia la estación.

El trayecto en tren no es tan bucólico como yo recordaba, ya que el vagón está atestado de familias con niños y la algarabía es notable.

Nada más llegar a mi destino comienzo a notar que mis pulsaciones toman velocidad. Está lloviendo a cántaros —más bien diría que se trata de granizo— por lo que decido coger un taxi. Ya en el coche, contemplo con pesar cómo dejamos a un lado el cementerio, que se localiza a escasa distancia de la estación, y no puedo evitar que mis ojos se empañen. Cojo aire y me prometo a mí mismo no abandonar este lugar, mi hogar, hasta que no haya desatado el enredo de sentimientos que me estruja el corazón.



50
Cat

He dejado pasar dos días desde que supe que Kylian saldría del centro de desintoxicación. No quería avasallar a su abuelo ni molestarle en ese momento tan esperado. Bastante le he incordiado durante estos meses acosándole con mis mensajes casi diarios para interesarme por el estado de Kylian. Sin embargo, ya no puedo aguantar más esta incertidumbre.

Una parte de mí, una muy pequeñita, tenía la esperanza de que fuese él en persona, Kyl, quien se pusiera en contacto conmigo. Pero han pasado demasiadas horas y, si no lo ha hecho ya, me queda bastante claro que no tiene ninguna intención.

Pulso el botón de llamada y aguardo unos segundos hasta que escucho su voz.

—Hola, pequeña.

—Hola, Jack. ¿Qué tal?

—Bien. Aquí ando peleándome con las dichosas facturas. ¡Quién habrá inventado esto de la contabilidad!

Dejo escapar una risita.

—Te comprendo a la perfección. Yo también odio esa parte del trabajo. Los numeritos. A mí dame un lápiz o una máquina de tatuar y déjate de sumas y restas —mantengo a la vez que suelto una risotada nerviosa.

—Estoy contigo —coincide. Luego carraspea y continúa—: Bueno, bonita, supongo que no me habrás llamado para preguntarme por mi estado financiero.

—No —respondo un poco ruborizada.

—Kylian se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? Pero si acaba de volver a casa.

—En realidad se ha ido a casa. La casa de Leavenworth siempre será su hogar, aunque haya tenido que verse alejado de ella por las circunstancias. Aquí solo está de paso.

—No digas eso. El hogar es donde está la familia. Y tú eres su familia.

—Quizás tengas razón. Aunque también pienso que el hogar es donde se anclan tus recuerdos y donde tus raíces soportan la envestida del tiempo y del olvido.

—¡Qué filosófico estás, Jack! Me encanta escucharte.

—Ya ves, pequeña. Me he levantado inspirado. Será la soledad que comienza a hacer mella en mí.

—¿Por qué no te has ido con él?

—No puedo. Tengo que atender mi negocio. Ya sabes, las cuentas no cuadran si no las vigilo. Además, Kylian me dejó muy claro que necesitaba estar solo.

Poco más tengo que decir tras escuchar las palabras de Jack. Parece que Kylian no ha pensado demasiado en mí durante todo este tiempo. Me siento como una tonta por haberme hecho ilusiones y haber esperado que él corriese a buscarme cuando saliera de la clínica. Ilusa. Eso es lo que soy.

Cuelgo la llamada poco después. No tengo muchas ganas de continuar la conversación. Salgo de mi habitación y voy a la cocina, donde mis queridos compañeros se están zampando un plato de espaguetis y, para mi fastidio, llego en el momento exacto en el que Lizzy sorbe de los labios de Kevin uno de los hilos de pasta y se relame traviesa. Madre mía, no pensaba que estos dos iban a ser así de empalagosos. Me alegro mucho de que su relación vaya viento en popa, aunque me siento un poco apartada desde que están saliendo. Soy consciente de los esfuerzos que hacen para que no me sienta así, pero no puedo evitar esta sensación de aislamiento en mi propia casa.

Lizzy me mira de reojo y se limpia los labios con el dorso de su mano mientras con la otra aparta a Kevin con un ligero empujón.

—¡Cat! ¿Qué te pasa? Tienes mala cara.

—Nada.

—¿Has hablado con el abuelo de Kylian?

—Sí —contesto cabizbaja—. Ya ha salido.

—¿Y? No te veo muy contenta.

—Se ha ido a Leavenworth.

—Joder, pero si no le ha dado tiempo ni a deshacer las maletas —interviene Kevin.

—Ya —musito con resignación.

Lizzy se levanta y me coge de la mano para arrastrarme hasta la mesa.

—Siéntate a comer con nosotros, anda.

—No tengo hambre. Además, tengo una cita dentro de un rato en el estudio.

—Vale, como quieras. Pero que sepas que no estás alimentando como es debido. Y no solo hoy. —Me apunta con el dedo con expresión seria.

—Lizzy, por favor. Pareces mi madre.

Ella se encoge de hombros y Kevin se acerca a ella para plasmarle un beso en la mejilla. Yo aprovecho para escabullirme a mi habitación, donde me visto en un abrir y cerrar de ojos y salgo escopetada de casa.

Cojo mi patinete y me dirijo al estudio de tatuajes de Mike. Después del verano comencé las

prácticas en su estudio y no puedo estar más contenta. Dejé el trabajo de repartidora, tras pensármelo mucho, pero es algo de lo que no me arrepiento en absoluto. Dispongo de todo el tiempo del mundo para dedicarme a lo que más me gusta y, ya de paso, seguir aprendiendo junto con un maestro del arte de tatuar. No gano demasiado dinero, lo mínimo que se le puede pagar a una estudiante, pero he aprendido, a la fuerza, a contener mis gastos y, además, muchos clientes satisfechos me suelen dar una propina de vez en cuando.

Un buen rato después, llego a mi destino. Entro en el estudio y me meto en el pequeño almacén donde suelo dejar el patinete. Mike está ordenando las estanterías, repletas de accesorios para tatuar y de botes de pigmentos de todos los colores imaginables.

Está escuchando música con sus auriculares, por lo que no me ha oído entrar, y se sobresalta con mi presencia pegando un bote.

—Vaya, Cat. Casi me da un infarto. Qué sigilosa eres.

—Si no estuvieses todo el día con esos cacharros en las orejas no te pasaría eso.

Mike clava sus ojos en mi rostro y, no sé por qué, adivino lo que va a decir.

—Tienes mala cara. ¿Qué sucede?

Desde luego, ten amigos para esto. Odio a la gente que te dice la mala cara que tienes. ¿No es más sencillo preguntar sin rodeos si estás bien y obviar la frasecita de marras?

—Nada. Estoy normal.

—¡Ja! A mí no me la pegas. Te conozco un poquito, morena.

Mike se acerca, más de lo que me gustaría, y se coloca frente a mí. Rodea mi rostro con sus gigantescas manos y me mira fijamente a los ojos.

—Esos ojitos están tristes. No hace falta que digas nada.

Me revuelvo hasta deshacerme de sus manos. Mike se ha convertido en un gran amigo, sin embargo, aún hay momentos, como este, en los que su actitud cariñosa hace que me sienta incómoda.

Ojalá mi corazón no tuviese grabado ese nombre que empieza con K y que me impide continuar con mi vida como una chica normal de dieciocho años.

Ojalá fuera más desinhibida y me hubiese atrevido a volver a saborear esos labios carnosos que tengo frente a mí y que me ponen tan nerviosa cuando los miro.

Estoy convencida de que mi profesor, ahora casi jefe, tampoco hubiera opuesto resistencia. Pero por mucho que me gustaría, soy incapaz de separar el corazón de lo meramente físico y no podría enrollarme con Mike teniendo, como tengo, los pensamientos puestos en otra persona. Seré una estúpida. Más de una lo pensará, porque el chico en cuestión está para mojar pan y noto que despierta en mí ciertas sensaciones puramente físicas a las que no estoy demasiado acostumbrada. O quizás sea que ya se me ha olvidado.

Salgo del almacén dándole la espalda y me dispongo a preparar la sala para el primer cliente. Mike enciende el equipo de música y me ayuda con los preparativos mientras tararea las canciones que suenan en la sala. Es un tipo alegre. Sobre todo, cuando estamos a solas y se quita la careta de tipo duro e inaccesible que trata de mostrar al resto de los mortales.

El primer cliente no tarda en llegar. Mike me deja a mí casi todo el trabajo, cosa que agradezco infinito. Se nota que tiene plena confianza en mí, porque soy la única de sus alumnos a la que le permite tomar la iniciativa y realizar sola casi todo el trabajo. Después, se suceden varios clientes más hasta que conseguimos terminar la jornada casi a las nueve de la noche.

—¿Te llevo a casa? Se ha hecho muy tarde.

—No, gracias. Prefiero ir en patinete. Así me da el aire.

—Mi coche tiene la cubierta escamoteable. Si quieres que te dé el aire solo tienes que

decírmelo.

—No, Mike. Y conmigo no te tienes que hacer el chulito fardando de coche —manifiesto con una leve sonrisa impresa en mis labios—. Ya sé que tienes un cochazo, un pisazo y seguro que un montón de cosas más que igual a otra le sorprenderían. Pero conmigo ya sabes que no tienes nada que hacer.

—Vaya, Cat. Más clara no puedes ser.

Percibo cierto tono de decepción en sus palabras y trato de arreglarlo.

—Me refiero a que no vas a sorprenderme ni a dejarme boquiabierta.

—Ya sé a qué te refieres. No hace falta que me des explicaciones.

Un silencio incómodo envuelve la estancia y opto por salir del estudio en este mismo instante. Parece que ahora me paso la vida huyendo de situaciones incómodas. Huyendo de mí misma.

A toda velocidad, emprendo el camino hacia el muelle 57. Aparco el patinete y paseo despacio por sus caminos de asfalto y sus pasarelas de madera. Al cabo de un rato, me compro un perrito caliente en un puesto ambulante y camino con desgana, como una sonámbula, hasta que mis pasos van a dar a la gran noria, la Great Wheel. Miro hacia arriba y sonrío al contemplar la belleza de esta construcción. Me fascina el colorido que reviste la gran estructura metálica y permanezco unos segundos hipnotizada ante ella.

Alguien me empuja por detrás.

—¿Vas a montar?

De repente, me doy cuenta de que estoy en la cola para coger los tiques. Por un instante, pienso en marcharme, porque he aterrizado aquí de casualidad, pero al final me animo.

—Sí —contesto tras girarme hacia el hombre.

El padre de familia me sonríe y noto que mira a mi alrededor en busca de un hipotético acompañante. Agacho la cabeza y me doy la vuelta.

Cuando llega mi turno me introduzco en la cabina. Me toca montar con el hombre de antes y con su familia. El señor me mira con pena. Supongo que se preguntará qué demonios hace una chica como yo en este cacharro sin compañía.

Me doy cuenta de que es verdad. Estoy sola. Tremendamente sola. Me arrepiento de haberme montado en la noria y me da vergüenza que la gente *normal* me vea y piense cosas sobre mí, sobre mi miserable vida. Tengo ganas de saltar. Miro al vacío y solo veo negrura. A estas horas la noche ya se ha adueñado del cielo y bajo mis pies solo soy capaz de ver oscuridad. Esta visión del vacío, del que pendo en el aire, me trae a la cabeza la imagen de Kyl y su estúpida idea de lanzarse desde el puente Aurora y dejarme, una vez más, sola.

Te odio, Kyl.

No vuelvas a dejarme sola.

Te necesito.

Las lágrimas escapan de mis ojos sin permiso y el hombre que tengo enfrente extiende la mano y me ofrece un pañuelo de papel. Lo cojo sin atreverme a mirarlo a la cara y rezo para que termine de una vez el viaje surcando el cielo de la Ciudad Esmeralda.



51

Kylian

La temida llegada a mi casa de Leavenworth ha sido menos dura de lo que me esperaba. Una especie de sensación de confort se ha apoderado de mí desde que este mediodía he cruzado el umbral de la puerta y me he dejado empapar del olor a madera que desprenden los suelos de mi antiguo hogar.

Me he instalado en la que era mi habitación, y el pellizco que he sentido al pasear mis retinas por la estancia me ha hecho estremecer y ha producido una oleada de nostalgia en mí. Sin embargo, he dejado escapar una leve sonrisa al recordar el día en el que Cat atravesó por primera vez la puerta de mi cuarto, al visualizar su figura, haciéndose la dormida, aquellas madrugadas en las que yo regresaba tarde a casa. Siempre supe que sus ojos de gato me observaban en la oscuridad de nuestra habitación, cuando yo me acostaba, y aquella sensación me provocaba tal desazón que la mayoría de esas noches era incapaz de conciliar el sueño.

Tras colocar la ropa de la maleta en el armario, me he pegado una ducha y he salido al cobertizo en busca de leña para encender la chimenea. He comprobado la instalación eléctrica y la de agua y, por fin, me he sentado a comer un bocadillo que he comprado en la estación de Seattle.

Mañana iré al centro del pueblo a hacerme con suministros para unos cuantos días. No tengo claro cuánto tiempo voy a estar aquí. Lo que necesite. El inconveniente es que se acerca el día de Navidad y no estoy muy seguro de si me convendrá pasar esos días aquí solo. Me lo

pensaré e iré improvisando.

Entrada la noche, tras un día muy tranquilo en el que he hecho un poco de limpieza, decido que ha llegado el momento de reencontrarme con ese rincón de la casa en el que tantas noches me he guarecido y que tantos momentos inolvidables me ha dado.

Asciendo los escalones que me llevan hacia el desván con paso firme. He venido hasta aquí con un objetivo y no me voy a amedrentar a la primera de cambio. Al entrar, una oleada de humedad y de olor a cerrado me golpean y doy un paso atrás. Me recompongo y dirijo mis pasos hacia la escalera que lleva a la pequeña trampilla.

Sin pensármelo dos veces, me encaramo a la vieja estructura de madera y abro el ventanuco. Asomo la cabeza e inhalo una inmensa bocanada de aire. Me doy un impulso, saco mi cuerpo a través del orificio y me siento sobre el tejado.

Hace un frío de cojones. No dejo de frotarme los brazos en un intento de calentar mi cuerpo. Fijo mis ojos en la luna. Apenas se distingue un semicírculo blanco asomando entre densos nubarrones. Para mi desgracia, esos nubarrones pronto se convierten en un aguacero que estalla de repente sobre mi cabeza estropeando el momento. Mierda, empezaba a encontrarme demasiado bien. Empezaba a disfrutar de los recuerdos, sin que doliesen.

Me introduzco de nuevo en el desván, a regañadientes, y diviso, junto a la escalera, la vieja manta que tantas veces nos sirvió a Cat y a mí para calentarnos o, más bien, para cubrir nuestros cuerpos ya calientes y ofrecernos un poco de intimidad. Me aproximo y me siento sobre ella. Cuando sujeto los extremos de la manta, con la intención de envolverme con ella, noto algo rígido que resbala por su superficie hasta caer al suelo, junto a mis pies. Miro el objeto con extrañeza y frunzo el ceño al ver que se trata de una especie de libro o, más bien, un cuaderno.

La curiosidad se apodera de mí y extiendo la mano para cogerlo. Un manojo de hojas, amarradas entre sí con un cordón color plata y una cubierta muy llamativa, provocan que un escalofrío me recorra de los pies a la cabeza. La tapa negra está decorada con lunas y soles plateados y unas palabras del mismo tono destacan sobre la cartulina.

Si la luna brilla.

Con las manos temblorosas, levanto la tapa. La primera imagen que se despliega ante mis ojos me hace sentir como si me hubiesen pegado un latigazo en la espalda. Reconozco la ilustración. Se trata de uno de los muchísimos dibujos que solía realizar mi madre cuando le salía la vena romántica. Una luna y un sol, separados por unas nubes grises y bastante tétricas, y rodeados de un grupo de aves volando a su alrededor. En esta primera hoja están escritas también unas palabras que me pellizcan un poco más el corazón.

Malina y Annigan.

Me estremezco. Sin duda, el libro pertenece a mi madre. Mi madre adoraba esa leyenda y le encantaba dibujar sus escenarios de la forma en que ella los imaginaba. Alguna vez había visto alguno de esos dibujos, pero ¿esto?

Paso las hojas, una a una, y me quedo embelesado admirando el conjunto de ilustraciones. Sin embargo, hay algo que me llama la atención. A mitad del cuaderno, el estilo de los dibujos da un giro bastante notable. Los trazos son más gruesos, más definidos, y parecen estar dibujados con otro tipo de lápiz. Estudio con detenimiento en los últimos dibujos, en los que va variando la posición de los elementos —aproximándose cada vez más entre sí— y mi corazón se detiene cuando descubro un pequeña letra en cada una de las ilustraciones. Una pequeña C se esconde de un modo u otro en cada dibujo, sin apenas dejarse ver.

¿Cat?

No me lo puedo creer. ¿Mi madre y Cat hicieron juntas el libro? ¿Por qué no lo había visto

antes? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Por unos instantes se me nubla la vista. Los nervios se adueñan de mí y me falta el aire. Apoyo el cuaderno en el suelo y hago el amago de levantarme, con la manta envolviendo mi cuerpo, para estirar un poco las piernas y que la sangre vuelva a circular por mis venas. Al incorporarme, una hoja de papel plegada cae al suelo. Supongo que estaría enganchada a la manta o atrapada en alguna doblez de esta. Estiro la mano para alcanzarlo. Al desdoblarla y comprobar su contenido, mis piernas flaquean y me dejo caer de nuevo sobre el suelo.

La carta, escrita del puño y letra de mi Cat, despeja mis dudas respecto al manuscrito que hace escasos segundos tenía entre mis manos. Como sospechaba, gran parte de las ilustraciones son de mi madre y el resto son obra de Cat.

Ahora lo entiendo todo. Este libro somos nosotros. Es la manera en la que mi madre nos veía. ¿Ella sabía lo que había entre Cat y yo? Indudablemente, sí. Los dibujos no dejan lugar a dudas. ¿Y por qué nunca me habló de ello? «Joder, Kylian. Te fuiste y la dejaste tirada. ¿Ya se te ha olvidado?».

Tengo tantas preguntas… Releo las frases escritas por Cat y una sonrisa ilumina mi rostro. Las palabras de Cat son una invitación en toda regla a terminar lo que mi madre comenzó y, lo que más me asusta y me ilusiona al mismo tiempo, a escribir un final para la historia.

Nuestra historia.

Me levanto con ímpetu, rebosante de energía y, con el cuaderno y la carta de Cat en mis manos, abandono el desván y me dirijo a mi habitación.

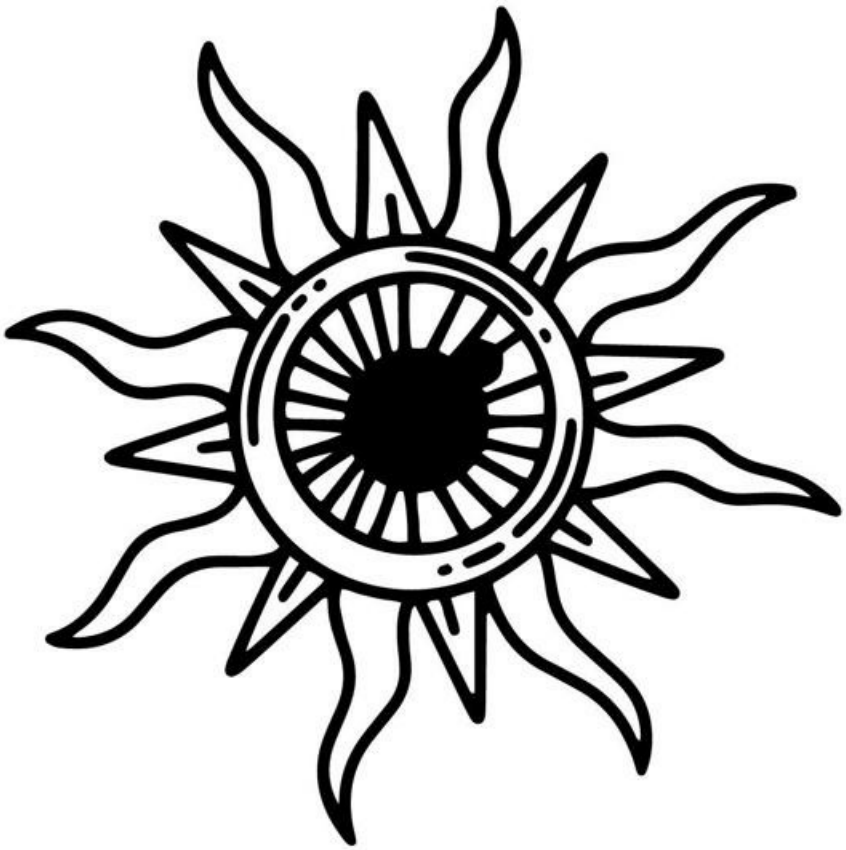
Saco la maleta del armario y extraigo de su interior el manojo de cartas que mi madre escribió a mi abuelo. Desato el nudo que las une con mis dedos temblorosos y las extiendo sobre la cama, junto con el cuaderno y la carta de Cat.

Mi cerebro funciona a toda velocidad y mi corazón parece estar a punto de explotar. Contemplo el montón de papeles que reposan sobre el colchón y me froto las manos mientras asiento con la cabeza.

Se avecina una noche muy larga. Bajo un momento a la cocina a prepararme un café bien cargado y regreso a mi habitación. Tengo una ardua tarea por delante. Pero me siento con una energía desmesurada.

Por unos segundos, se me pasa por la cabeza coger el teléfono y llamar a Cat. Me gustaría tanto que ella estuviera aquí para ayudarme. Pero no. Esto es cosa mía. Ella ya ha hecho bastante.

Esperaré a estar preparado. No pienso volver a defraudarla.



52
Cat

Los fríos días de diciembre se han sucedido sin que apenas me dé cuenta. Nunca he sentido excesiva predilección por la Navidad, pero, este año, la sensación que tengo en un día como el de hoy es demasiado triste. Siento un vacío enorme, una especie de angustia que oprime mi pecho. Los pensamientos negativos se amontonan y vienen a mi memoria retazos del pasado. Navidades rodeada de gente. De mi familia.

Mi padre. Mi hermano. Me hierve la sangre al pensar en ellos. Me siento tan decepcionada… Ninguno de los dos ha dado señales de vida desde el día en que descubrí su mentira y decidí alejarlos de mí. Debería darme igual, aunque soy tan tonta que, a día de hoy, me apena haber terminado tan mal con ellos y una punzada de nostalgia me pincha el pecho cada vez que pienso en los momentos de mi niñez, cuando estábamos unidos los cuatro y nada me hacía sospechar cómo íbamos a terminar.

Estoy sola en casa. Lizzy y Kevin se han ido a pasar estas fechas junto a la familia de Kevin y yo me he quedado aquí, deprimida y más sola que la una, entre estas cuatro paredes.

Mike me ha invitado a celebrar este día en casa de su hermana, pero he rechazado el ofrecimiento pese a su insistencia. Llevo unas semanas que no me aguanto ni a mí misma y no me parece buena idea amargar con mis penurias a las personas que me rodean, más aún, si se trata de desconocidos.

En el fondo, estaba deseando tener unos días libres para encerrarme en casa, sin tener que

arreglarme y sin tener que fingir que estoy bien. Esta última temporada me he enfrentado al mundo luciendo la mejor —y más forzada— de mis sonrisas. Me he vuelto una experta en disimular mi tristeza. Y es agotador sostener una máscara que cada vez pesa más y más.

Estoy tirada en el sofá, con el mando de la televisión en una mano y el teléfono móvil en la otra. Detengo mi mirada en el teléfono por enésima vez. El nombre de Kylian preside la pantalla junto con el icono de llamada. Llevo más de una hora intentando decidir si dar el paso o no. Me había prometido no hacerlo. Esperar. No por orgullo —porque con Kyl pueden más otro tipo de sentimientos que el amor propio—, sino por miedo a que él aún no esté preparado.

En esas ando, peleándome con mi conciencia, cuando el móvil comienza a sonar y a vibrar en mi mano haciendo que pegue un bote sobre mi asiento.

Con el corazón en un puño y una mínima esperanza de que se trate de Kyl, observo la pantalla del móvil y no puedo sentir más decepción, a la vez que sorpresa, cuando veo el nombre que aparece en el aparato. Se trata de Jack.

—¿Sí?

—Hola, bonita. ¿Qué tal estás?

Podría mentirle, como suelo hacer con el resto de los mortales, y decirle que estoy bien. Pero su voz débil me hace pensar que quizás Jack tampoco esté atravesando su mejor momento. Kylian apenas ha mantenido contacto con él durante estas semanas y Jack ni siquiera se ha atrevido a mencionarle que podrían verse el día de Navidad, o sea, hoy.

—He tenido días mejores —me sincero con él—. ¿Y tú?

—No sabría decirte. Me siento raro. No es la primera vez que paso este día en soledad, pero no sé por qué esta vez me siento más sensible.

Un silencio incómodo planea en el aire y me sirve para reflexionar.

—Jack, ¿te gusta la *pizza*?

Puedo imaginarme su sonrisa curvada solo con escuchar su manera de respirar.

—Soy de buen comer.

—¿Quieres venir a cenar conmigo? Si soy honesta, yo tampoco me encuentro demasiado bien.

—Será un placer.

—El placer es mío, caballero. Te paso la ubicación por mensaje.

—Vale, Cat. Gracias. Pero no tengo nada que llevar. A decir verdad, ni siquiera pensaba cenar esta noche.

—Tranquilo, con que traigas tu compañía bastará.

Tras despedirnos, me levanto del sofá y vuelo hacia la cocina para improvisar una cena medianamente presentable. Saco una *pizza* del congelador y un montón de fritangas precocinadas. Creo que va a ser la Navidad más surrealista de toda mi vida. Aun así, me doy cuenta de que una sonrisa bobalicona se ha instalado en mi cara. ¿Estoy contenta? Sí. Lo reconozco. La llamada de Jack ha conseguido hacerme despertar de este letargo y me ha ayudado a darme cuenta de que, a pesar de que me siento sola, siempre hay alguien al otro lado que te necesita y que se siente igual o peor que tú.

Jack y yo, a primera vista, puede parecer que no tenemos nada en común. Somos dos seres dispares, nos hemos visto en contadas ocasiones. Sin embargo, hay un nexo común que nos une y que siempre va a existir entre él y yo. Ambos sufrimos por Kylian y me temo que ambos sentimos el peso de los remordimientos por no haber hecho lo suficiente, tanto por su madre como por él mismo.

Intento distraerme trasteando por la cocina y después me pego una buena ducha y me visto

con uno de mis vestidos para ocasiones especiales.

Se acabó mi sueño de pasar el día en pijama, hecha un trapo, aunque admito que era un plan un tanto patético.

Al cabo de un par de horas, mi invitado hace acto de presencia. Jack no trae las manos vacías, como imaginaba. Me ofrece una botella de vino y algo envuelto en papel, intuyo que es un postre.

—Es lo único que he encontrado. Solo he pillado abierto el chino de la esquina.

—No hacía falta que trajeras nada.

Le hago pasar y le invito a que se ponga cómodo en el sofá de la salita; sin embargo, él se niega y permanece conmigo en la cocina. Ultimamos los preparativos de la cena mientras charlamos animados, envueltos por un ambiente de cordialidad y de simpatía mutua que flota en el aire. Una vez preparada la improvisada cena nos acomodamos en la cocina y descorchamos la botella de vino.

La bebida —que no tardamos en terminar— nos ayuda a soltarnos. Entre bocado y bocado acabamos riéndonos del mundo y de nosotros mismos. Tan a gusto estamos que, aunque parezca mentira, ni siquiera hablamos de Kylian.

Después de cenar y de recoger la mesa nos trasladamos a la sala, donde nos sentamos en el sofá. He encontrado otra botella de vino en el mueble bar y la abro para compartirla con mi acompañante.

Cerca de la medianoche, cuando el abuelo de Kylian y yo estamos tan achispados que hemos perdido la noción del tiempo, suena un teléfono móvil. Yo pego un bote en el sofá ante la inesperada llamada y observo como Jack se lleva la mano al bolsillo y extrae de este su aparato.

Frunce el ceño al mirar la pantalla del teléfono y clava sus ojos interrogantes en mí. Ante mi cara de no entender nada, alza la mano para mostrarme su teléfono y puedo leer el nombre de Kylian en su pantalla.

Jack sacude el teléfono para captar mi atención.

—¿Puedo?

Me encojo de hombros. ¿En serio que Jack me está pidiendo permiso para hablar con su nieto?

—Por supuesto.

Hago el amago de levantarme para no escuchar la conversación —y para que Jack no se percate de la palidez que ha invadido mi rostro—, pero el abuelo me sujeta la muñeca y me hace un gesto para que no me incorpore.

—¿Qué tal, hijo? ¡Feliz Navidad!

Kylian contesta al otro lado del teléfono y un escalofrío me recorre al sentirlo tan cerca… y tan lejos.

Jack cruza unas palabras con su nieto mientras yo siento que se me ha quitado la borrachera de golpe y se me pasan por la cabeza dos opciones: levantarme y huir a la cocina o arrancarle el teléfono de cuajo a Jack y hablar con Kylian.

No me hace falta decidirme por ninguna de las opciones, pues antes de que me dé cuenta, Jack extiende la mano para ofrecerme el teléfono.

Ladea la cabeza y eleva las cejas varias veces instándome a coger el aparato. Mi corazón se salta varios latidos cuando sujeto el teléfono entre mis manos. Me levanto y me dirijo a mi habitación con las piernas temblorosas.

—Ho-hola —titubeo nerviosa perdida.

—Hola, Cat. Feliz Navidad. Qué sorpresa más agradable.

—Lo mismo digo, Kyl.

—¿Cómo estás? —pregunta él.

—¿Cómo estás tú?

—He preguntado yo primero.

—Bien, un poco sorprendida.

Kylian suelta una carcajada que suena a música celestial para mis oídos. Hacía tanto que no escuchaba su risa.

—Dímelo a mí, ojos de gato.

—Te veo bien.

—¿Me ves? ¡Qué miedito!

—No, Kyl. Hablo en serio.

—Vaya. A lo mejor es porque me acabas de alegrar la noche.

—¿Yo? Si no he hecho nada.

—¿Te parece poco aguantar a mi abuelo?

Kylian y yo estallamos a reír al unísono. Lo siento tan cerca que me estremezco al darme cuenta de que solo es una maldita llamada telefónica.

—Tu abuelo es un cielo.

Kyl permanece en silencio unos segundos hasta que añade:

—Y tú eres el sol, Cat. Ya lo sabes.

—Kyl, yo… No sigas. Esto es muy difícil para mí.

—Para mí también, ojos de gato.

—No he sabido nada de ti en mucho tiempo, pero no estoy enfadada. No es eso.

—He estado ocupado.

Silencio.

—Cat, he hecho los deberes que me dejaste.

Me muerdo el labio inferior. Estoy tan nerviosa que las palabras se han atascado en mi garganta.

—Pensaba llamarte, pero imaginaba que estarías pasando las fiestas con tu familia.

—¿Qué familia, Kylian? Yo no tengo familia.

—Vaya. Bueno, te presto a mi abuelo. Es un poco cascarrabias, pero es majo.

—Lo acepto encantada.

—Cat.

—Dime.

—No sé si te parecerá un poco atrevido por mi parte, pero… ¿vendrías a Leavenworth si yo te lo pidiera?

—Yo diría que ya me lo estás pidiendo.

—Me gustaría enseñarte algo.

—No sabes lo que me alegra escuchar esas palabras.



53

Kylian

Nunca había pensado que el cuerpo fuese capaz de aguantar tantas horas sin dormir, sin haber consumido ningún tipo de droga. Estoy reventado. Exhausto. Arrastro los pies por la casa, como un alma en pena, e intento terminar de limpiar todo sin que se me caigan los párpados y me desmaye en cualquier rincón.

Desde que Cat me confirmó ayer que venía a Leavenworth he sido incapaz de pegar ojo. Los nervios no me han dejado descansar y el corazón late taquicárdico sin que pueda hacer nada para evitarlo.

Miro el reloj y emito un suspiro cuando me doy cuenta de que apenas quedan dos horas para su llegada. Se ha empeñado en que no hace falta que la vaya a buscar a la estación; no he querido insistir, para que no apreciase mi nivel de desesperación y las ganas que tengo de verla.

Esta mañana ha amanecido nevando con intensidad y no ha dejado de hacerlo en todo el día. Me preocupa que la línea ferroviaria pueda verse afectada. Sería un palo muy grande ahora que me estoy empezando a creer que esto vaya a suceder. Que Cat y yo, por fin, nos vayamos a encontrar.

No sé lo que va a pasar entre nosotros. No tengo nada planeado. Tan solo voy a dejarme llevar y a hacer lo que dicte mi corazón. Se acabaron las barreras, los secretos. Solo ella y yo.

Después de dejar la casa impecable y encender la chimenea, me dejo caer en el sofá. Cierro los ojos unos segundos e intento que mis párpados se relajen.

El timbre de la puerta principal me saca de la ensoñación en la que debo de llevar un buen rato inmerso. Mi corazón se desboca, preso de los nervios y del miedo.

Cat está aquí. Y yo estoy hecho un flan. Ni siquiera acierto a levantarme del sofá con un mínimo de dignidad y mis piernas me fallan haciéndome hincar las rodillas en el suelo.

«¡Madre mía! Menos mal que la morena se encuentra al otro lado de la puerta y no ha sido testigo de mi torpeza».

Me recompongo y dirijo mis pasos hacia la puerta. Sujeto el pomo con la mano temblorosa y la abro.

Cat aguarda en silencio, apostada bajo el tejadillo del porche y me dedica una sonrisa tímida, adornada por sus preciosos ojos felinos que lucen un brillo aún más extraordinario del habitual.

En este momento, el resentimiento, la desconfianza, el miedo e, incluso, la decepción que haya podido existir entre ella y yo han desaparecido.

Le devuelvo la sonrisa y extiendo el brazo para coger su maleta. No me atrevo ni siquiera a besar sus mejillas. Me siento como un crío en su primera cita.

—Bienvenida a casa.

—Hola, Kyl.

Hago un gesto con la mano para invitarla a entrar y ella da unos pasos hacia delante. Pasea su mirada por el espacio en que estamos e inspira una profunda bocanada de aire.

—Huele bien.

Joder. Ella sí que huele bien. Inhalo profundo, sin disimulo, y mis fosas nasales se llenan del aroma a coco tan característico de Cat. Recuerdo, como si fuera ayer, la primera vez que me impregné de ese olor.

—He estado limpiando —contesto a la vez que me llevo una mano a la nuca para rascarme.

Ella sonríe risueña y sus ojos de color oliva se clavan en mí.

—No. No me refería a eso. Huele a hogar. No sé. A ti.

Trago saliva al escucharla e intento disimular la punzada que he sentido en el pecho. Me siento tan vulnerable. Cat me desnuda solo con su presencia, me devuelve al pasado y me hace sentir como ese chico de dieciocho años al que le arrebataron de un golpe lo que más quería. Las mujeres de su vida. El amor de su vida.

Sin mediar palabra, dirigimos nuestros pasos hacia la que fue nuestra habitación en la planta superior.

—Ponte cómoda. No hace falta que te diga que estás en tu casa.

—Gracias.

Cat agacha la cabeza al hablarme, descolgándose de mi mirada. Me quedo inmóvil, sin saber muy bien cómo actuar.

—Voy a bajar a preparar algo para cenar.

Cat hace un mohín con los labios y se lleva la mano a la barbilla con gesto pensativo.

—¿Y si salimos a cenar fuera?

Su propuesta hace que eleve las cejas, sorprendido.

—¿Tú y yo? ¿En el pueblo?

—Sí. ¿Por qué no? —Me sonríe con complicidad.

—Me encantaría.

La dejo sola para que organice sus cosas y me siento a esperar en el sofá del salón. Me froto las manos con ansiedad mientras pienso en cómo debería actuar. No quiero cagarla. Tengo tantas cosas que decirle. Pero no me gustaría espantarla con mis mierdas. Ojalá no tuviéramos que

escarbar en el pasado para superar los baches que se presentan en nuestro camino.

Cat aparece en el salón un tiempo después.

—Ya estoy lista —afirma mientras se sube la cremallera del chubasquero y se recoloca el gorro blanco de lana que cubre su cabeza y que le resalta esos ojazos que me vuelven loco.

—¿Ya? Espera. —Me levanto como un resorte y subo deprisa las escaleras hacia la habitación. Me pongo un anorak gordo con capucha y cojo unos guantes.

Cuando desciendo las escaleras, está esperándome en la entrada con una sonrisa resplandeciente adornando su rostro. Curvo mis labios y me aproximo a ella.

Abrimos la puerta y una gélida ventolera nos golpea la cara empujándonos ligeramente hacia atrás.

—Vaya, ¿estás segura de que quieres salir?

—Sí —afirma Cat con convicción.

Abandonamos la casa y caminamos en dirección al centro el pueblo. El frío es tan intenso que casi te corta la respiración. La oscuridad de la noche se rompe en cuanto nos aproximamos a la plaza central del pueblo. Las luces de colores inundan nuestras pupilas provocando un gritito de emoción en mi acompañante.

—¡Oh, Kyl! Es precioso.

—Hablas como si no lo hubieras visto nunca.

Cat se detiene y se gira hacia mí.

—Nunca de la manera en que me siento ahora.

Carraspeo sin saber muy bien qué responder. Me rasco la oreja y detengo mi mirada en la suya.

—¿Y cómo te sientes?

—Libre.

Me encojo de hombros y agacho la cabeza. Ojalá yo pudiera experimentar esa sensación, pero aún no he dado el último paso para llegar a ello.

Cat me coge de la mano y me arrastra casi en volandas entre la multitud. Las luces navideñas ofrecen una explosión cromática que inundan nuestras pupilas de todos los colores y hacen que los ojos destellantes de Cat me deslumbren y me hagan estremecer.

Su mano, sujetando la mía, me quema. Me lamento para mis adentros por haberme puesto los guantes y perderme el tacto de la chica de los ojos de gato sobre mi hambrienta piel.

Nos detenemos frente a la pérgola del parque, forrada de lucecitas, sobre cuyo escenario una banda de músicos recita villancicos ante el regocijo de los visitantes que se han acercado.

Escuchamos un par de canciones y proseguimos nuestro paseo, inmersos en la marea de gente, pero sintiéndonos el uno al otro como si estuviéramos solos. Saludamos a algunos vecinos que nos miran con gesto de sorpresa. Ninguno se acerca a darnos conversación, cosa que agradezco. También diviso a lo lejos a algunos de nuestros antiguos compañeros del instituto, pero intento escabullirme y dirijo mis pasos hacia otra zona del pueblo. Para ser honesto, no me siento preparado para dar explicaciones a mis conocidos sobre mi vida, sobre el hecho de que Cat esté aquí. Es pronto para sacar conclusiones y no quiero hacerme falsas esperanzas con ella.

—¿Quieres comer algo?

Las tripas comienzan a rugirme. El hecho de no haber probado bocado en todo el día, debido a los nervios, comienza a pasarme factura.

Cat asiente y ambos recorremos los múltiples restaurantes de la zona en busca de alguno que nos llame la atención. No terminamos de decidirnos. El ambiente festivo es demasiado cargante y el bullicio ni siquiera nos permite entablar una conversación.

—Si quieres, cogemos algo para llevar y volvemos a casa —propongo.

—Me has leído el pensamiento.

—Pensaba que tú estabas encantada en este lugar.

—Y lo estoy, pero es demasiado. Prefiero un poco de tranquilidad.

Elegimos uno de los numerosos restaurantes de estilo bávaro para pedir nuestra cena. Nos decantamos por lo típico del lugar: salchichas *bratwurst* servidas en panecillos recién horneados y acompañadas de encurtidos, chucrut y una buena dosis de mostaza. Tampoco puede faltar la cerveza artesanal típica de Leavenworth, de la cual compramos media docena de botellines, eso sí, sin alcohol.

—Por mí puedes beber cervezas normales.

—Estas son normales —puntualiza Cat guiñándome un ojo.

—Si tú lo dices.

Con nuestro pequeño tesoro gastronómico, emprendemos el regreso a casa.

Lo primero que hago, cuando llegamos, es echar leña a la chimenea mientras Cat sube al cuarto a cambiarse. Preparo la mesita baja con un pequeño mantel y extiendo sobre ella lo que hemos cogido para cenar.

Cat baja a los pocos minutos. Se ha puesto un pijama de franela de cuadros rojos y verdes, muy acorde con las fechas en las que estamos. Yo la miro elevando las cejas y su cara es todo un poema al ver mi reacción.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta mi pijama o qué? —pregunta la morena cruzando los brazos sobre su pecho.

—Sí, claro. Me encanta. Es una monada —respondo dejando escapar una sonrisa burlona.

Nos sentamos a cenar. Al principio, nos cuesta arrancar la conversación, pero pronto se instala un halo de confianza entre nosotros que me hace sentir como si el tiempo no hubiera transcurrido desde la última vez que disfrutamos de nuestra compañía en esta casa.

—Y dime, Kyl. ¿Cómo estás? —Es ella quien rompe el hielo y se atreve a llevar la conversación a un terreno, más íntimo, al cual yo no he tenido el valor de llegar.

—Se puede decir que mejor. Y más ahora que estás aquí.

Cat se sonroja y desvía la mirada hacia el plato.

—Me alegro mucho.

—¿Y tú? No me gusta hablar todo el rato de mí.

—Igual que tú. Ahora, mejor.

—Quiero enseñarte algo. Creo que ya sabes a qué me refiero. —Hago el amago de levantarme y Cat me detiene.

—No, por favor. Esperemos a mañana. Quiero disfrutar de la noche. Como si fuésemos normales.

Me entra la risa.

—¿No somos normales?

—Sabes que no. Nunca lo fuimos.

—Y nunca lo seremos, ojos de gato.

Nos miramos con intensidad, siento un tremendo impulso por acercarme a ella y besar sus labios, pero Cat se levanta de repente y mis esperanzas caen por la borda.

—¿Subimos al tejado?

—¿Estás loca?

—Sí.

—Vale.

Soy un chico fácil de convencer, sobre todo, cuando la proposición provoca un baile de feromonas en mi vientre.

Subimos a la última planta y entramos en el desván. Nos miramos unos segundos y ambos avanzamos hacia la escalera de madera. Subo yo primero los viejos peldaños y abro la pequeña trampilla para asomar la cabeza.

—Está cubierto de nieve.

Cat se gira sobre sí misma y barre la estancia con la mirada. Su vista se detiene en una escoba que se encuentra junto a la puerta. Va a por ella y me la tiende.

Sé lo que tengo que hacer. No es la primera vez que cometemos esta locura. Sacudo la nieve como puedo, ayudado por la escoba y pego un salto para situarme sobre el tejado. Cat sube con un plástico grande y lo coloca sobre la zona del tejado con menos inclinación. Nos sentamos sobre este, encogidos por el frío. Ella se abraza las piernas mientras se balancea adelante y atrás. Yo me froto los brazos con energía y me coloco la capucha del anorak.

—¡Que frío! —balbucea la morena. Su cuerpo comienza a tiritar. La miro de reojo y soy incapaz de reprimir el impulso de pasarle el brazo por encima de sus hombros. Ella me dedica una sonrisa sincera y apoya su cabeza en mi hombro.

—Te echaba de menos —musita en un tono de voz apenas perceptible.

Trago saliva con dificultad. El corazón golpea mi pecho con una fuerza descomunal.

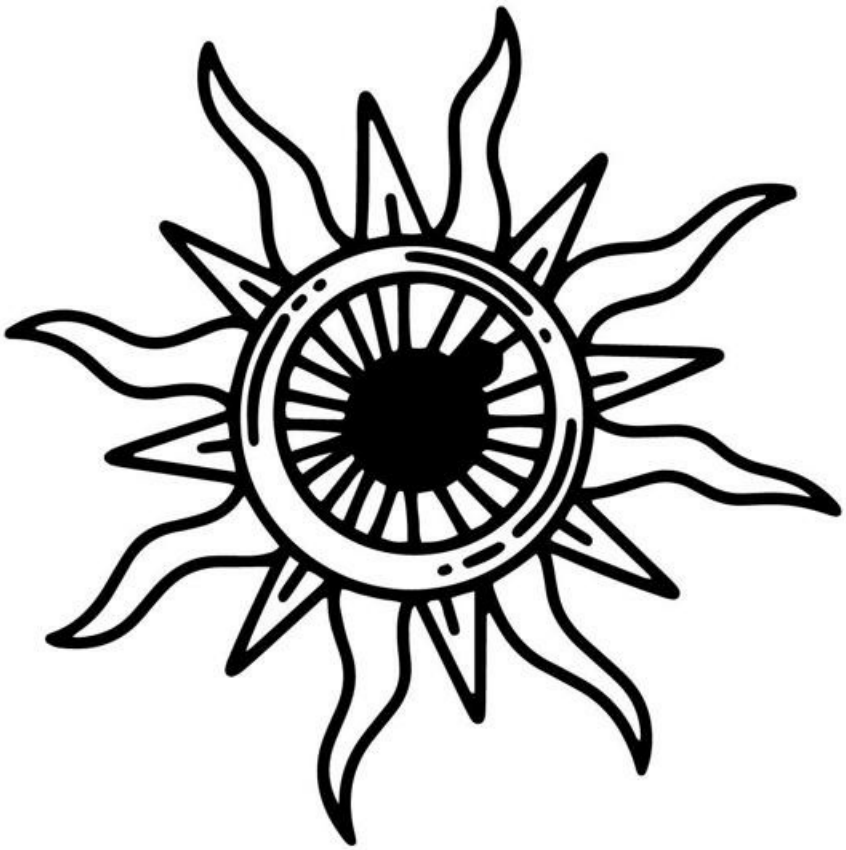
—Cat, tengo tantas cosas que decirte.

—Hoy no, por favor.

Me giro hacia ella y acaricio su oreja mientras le deposito un cálido beso en la sien. Nos tumbamos a contemplar el cielo estrellado. La luna se presenta ante nosotros en forma de semicírculo.

—Está creciendo —observo.

—Lo sé.



54
Cat

Anoche nos acostamos tarde. No sé cuánto tiempo permanecimos tumbados sobre el tejado, solo sé que llegó un momento en que pensé que mis piernas se habían congelado y tuvimos que abandonar el lugar.

Kylian y yo no intercambiamos demasiadas palabras, pero tampoco sentí necesidad de ello. Son tan prescindibles las palabras cuando la complicidad entre dos personas tiene un lenguaje propio; un lenguaje que se alimenta de miradas, de caricias, de suspiros ahogados.

Cuando apagamos la luz de la habitación, una sensación de ahogo me sobrecogió. Sentí como si la barrera invisible, que durante tanto tiempo nos había hecho permanecer separados bajo el techo de nuestra habitación —incluso siendo muy pequeño el espacio entre nosotros—, no hubiera desaparecido. Esa barrera psicológica estaba presente aún entre nosotros y yo no sabía qué podía hacer para romper con ella. Esperar. No me quedaba otra.

Me desperezo y me incorporo en la cama; busco con la mirada la silueta de Kylian en la cama de al lado. No está. Miro el reloj y me doy cuenta de que he dormido más de ocho horas. Me levanto y, presa de una somnolencia muy impropia de mí, desciendo las escaleras que me llevan a la planta principal. Kylian está en la cocina, preparando algo de comer que no sé lo que es, pero que huele de maravilla.

—Buenos días —ahogo mi voz en un bostezo.

—Buenos días, dormilona.

—¿Qué haces? Huele que alimenta.

—Tortitas. Iba a subírtelas a la habitación, pero te me has adelantado.

—Si quieres me voy.

—¡No! Prefiero que estés aquí.

Me siento en una de las sillas mientras Kyl termina con sus preparativos. Me ofrece una taza de café y se sirve otra para él. Se sienta junto a mí y deja el plato de suculentas tortitas sobre la mesa.

—Madre mía, esto es un lujo. Si lo llego a saber no hubiese tardado tanto en venir.

Kylian baja la mirada y un silencio incómodo sobrevuela nuestras cabezas.

—Cat. Tenemos que hablar.

—Lo sé.

Cuando terminamos de desayunar Kylian me invita a que me acomode en el sofá del salón. Echa leña a la chimenea y desaparece durante unos minutos que se me hacen eternos.

Cuando aparece tras el quicio de la puerta, observo que sujeta entre sus manos algo que me provoca un escalofrío. Me pongo en pie y me coloco frente a él, inmóvil y con el corazón en un puño.

Kylian se muerde los labios y una bocanada de aire en forma de suspiro escapa de sus pulmones.

—Aquí está. Lo he hecho lo mejor que he podido. Aunque he de reconocer que me dejaste el listón muy alto.

Kylian coloca varios cojines frente a la chimenea, se sienta sobre uno de ellos y da unos golpecitos en el suelo con la palma de su mano para indicarme que lo imite. Me acomodo junto a él, con las piernas cruzadas, tan cerca que casi puedo escuchar su respiración acelerada acariciando mi oído.

—Toma. Cógelo tú, si quieres.

Kylian me tiende sus manos para ofrecerme el libro. Sí. Sostengo entre mis dedos un libro de tapa dura, con la cubierta de color negro decorada con soles y lunas. Unas letras metalizadas conforman el título que da nombre a la obra: *Si la luna brilla*.

Levanto la tapa y el corazón me da un vuelco cuando leo nuestros nombres en la portadilla del libro: Sophie Reynolds, Kylian Joyce y Catherine Peterson.

Me vuelvo hacia Kylian, que me mira risueño.

—¿Catherine?

—Es tu nombre, ¿no?

—Sí, pero suena muy serio.

—La ocasión lo merece, ojos de gato.

—Eso es cierto, señor Kylian Joyce.

Comienzo a pasar las hojas del libro y lucho conmigo misma para que las lágrimas, que se agolpan en mis ojos, no se derramen y estropeen la obra de arte que tengo entre mis manos.

Reconozco las ilustraciones de Sophie mezcladas con mis humildes dibujos. La niña, el joven, los juegos, los astros revoloteando en el cielo. El libro conserva el formato que le dio Kevin, solo que ahora está encuadernado de manera profesional. La secuencia de imágenes describe a la perfección la evolución de la relación entre Annigan y Malina. La niña y el joven condenados, por un capricho del destino, a vivir como hermanastros. Los primeros encuentros. La negación. El descubrimiento del sentimiento de amor y pasión descontrolada que la chica provocaba en el joven. El dolor. La huida.

Conozco esas hojas como la palma de mi mano. Han sido muchas las horas que he dedicado a estudiarlas, a tratar de interpretar los sentimientos que Sophie intentó reflejar en cada dibujo. Traté de ser fiel a lo que ella comenzó. Intenté plasmar, en su día, la manera en la que yo viví lo mío con Kyl. Lo hice de la forma más auténtica que fui capaz, pero de una manera sutil y no del todo explícita. Después de todo, nosotros somos los destinatarios de este libro y los que sabemos perfectamente lo que cada escena que se representa en él significa —o ha significado— en nuestras vidas.

Y es Kylian el único que podía ponerle la letra a la melodía de este maldito drama que, tanto él, como yo, como mi querida Sophie, vivimos sin haber sido merecedores de un final tan desgarrador. Contemplo, con los ojos anegados en lágrimas, las palabras que ha escrito Kylian a lo largo de toda la historia dando, por fin, forma a lo que Sophie comenzó en su día.

Comienzo a leer en voz baja, pero lo bastante alta para que Kylian me escuche. Este se inclina hacia mí y me pide permiso con la mirada para apoyar su cabeza en mis rodillas. Así, tumbado, con los ojos encharcados y el corazón inundado de tristeza, Kylian escucha de mi boca el relato de Malina y Annigan. La historia está escrita de una manera tan bella que me sobrecoge y me mantiene con el corazón en un puño hasta que llego, sin apenas darme cuenta, a las últimas páginas. Páginas en blanco, como lienzos vacíos, huecos, hambrientos de ser saciados con palabras y con hechos alejados de un mundo de ficción, reales.

Me detengo en este punto, presa de una desazón que me está devorando las entrañas. Cierro el libro de golpe y lo aprieto con fuerza entre mis dedos temblorosos. Me he quedado sin palabras. Kylian gira su cabeza hacia mí y su mirada penetrante se cuela en mi interior buscando una señal, una respuesta. Me quedo inmóvil. Solo se me ocurre enredar mis dedos en su cabello y acariciar su nuca. Tras unos segundos en los que me siento como si flotara, aterrizo de nuevo en el mudo real y consigo arrancar unas palabras a mi garganta.

—Es precioso, Kyl. Tu madre estaría muy orgullosa de ti.

Él incorpora su torso y se sienta de nuevo junto a mí, encogido y abrazando sus piernas para hacerse un ovillo.

—Cat, lo he hecho todo tan mal. Todo —musita con una voz tan baja que me cuesta entenderlo—. Si no hubiese sido un cobarde. Si no me hubiese ido… —Kylian se balancea sobre sí mismo, adelante y atrás—. Mi madre estaría viva si yo no me hubiese ido aquella maldita noche. —Sacude la cabeza en señal de negación—. Yo tengo la culpa de lo que pasó, de su sufrimiento. Os dejé a ti y a ella, las personas que más quería en el mundo.

—Tranquilo, Kyl —susurro mientras acaricio su espalda con la palma de mi mano.

—No sé cómo puedes estar aquí. Soy un cabrón, un egoísta de mierda.

—Pero ¿qué dices? ¿Tú te estás oyendo? Soy yo la que cometí el mayor error de mi vida creyéndome la sarta de mentiras que mi hermano y mi padre me metieron en la cabeza. Estuve ciega.

»Ellos nos manipularon, a tu madre y a mí, a su antojo. Cada día de mi vida me culpo por no haberme rebelado ante ellos mucho antes de… —Me detengo. Soy incapaz de nombrar ante Kylian el desgraciado final que tuvo su madre.

—Cat, nunca debí dejaros solas. Nunca. Me pudo el miedo y, con el tiempo, me convencí a mí mismo de que vosotras no queríais saber nada de mí. Después, terminé por aceptarlo y me metí en la mierda de la droga para poder soportarlo. La puta droga me convirtió en un ser frío, vacío. Solo pensaba en vivir el momento. Renegaba de mi pasado.

—Kyl, por favor. Escúchame. Todos hemos tenido parte de culpa. Yo también renegué de ti. Mucho tiempo. Llegué a odiarte por haberte marchado de esa manera.

—Me lo merezco.

—¡No! ¡No te lo mereces! Kylian, sé lo que pasó la noche de la graduación. Lo supe hace unos meses. Poco después de que Sophie muriera. El animal de mi padre te dio una paliza. Es así, ¿verdad?

Kylian hunde su cabeza entre las rodillas y rompe a llorar como un niño pequeño.

—No quería contártelo, Cat. No podía. Es tu padre —masculla con la voz resquebrajada—. Ellos me amenazaron. Os harían daño si…

—Chsssttt… No sigas. Eso ya no importa. —Hago una pausa para tomar aire—. Los escuché hablar por casualidad. Te juro, Kyl, que si yo lo hubiese sabido, nunca, escúchame, nunca hubiese permitido que te distanciaras de nosotras. Pero fui una imbécil y me creí toda la mierda que echaron sobre ti.

Mis palabras se rompen y se transforman en un sollozo profundo. Kylian, al escucharme, eleva la cabeza y junta su cuerpo con el mío para rodearme con sus brazos. Nuestras respiraciones agitadas se funden entre sí y el ritmo de nuestros jadeos va descendiendo hasta que encontramos la calma unos minutos después.

—Cat, por favor, no te culpes. Ellos sabían muy bien lo que hacían. No les costó borrarme del mapa con sus cruentas amenazas, pero tú fuiste como una medicina para mi madre.

—¿Una medicina? Pero si ella se quitó la vida.

—Cat, mi madre te veía como a una hija. —Kylian se levanta de pronto y me hace un gesto para que lo siga—. Ven, por favor.

Mi mirada interrogante recae sobre él, que se dirige hacia las escaleras. Subimos a la habitación y observo como saca su maleta del armario y rebusca algo en su interior. Extrae un bulto que no sé muy bien lo que es y me lo ofrece.

—Toma. —Me tiende la mano y me da un manojo de cartas anudadas con un lazo.

Me siento sobre su cama y me dispongo a descubrir lo que esconden en su interior. Kylian me detiene y me señala una de las cartas. Me hace un gesto de aprobación con la cabeza y se sienta a mi lado mientras mis manos temblorosas intentan abrir el sobre. Saco el delicado papel color crema escrito con la inconfundible letra de Sophie y comienzo a leer:

Leavenworth,
25 de octubre de 2020

Querido Jack:

¿Cómo estáis tú y mi hijo? Deseo de todo corazón que Kylian se esté convirtiendo en ese hombre noble y generoso que su padre y yo siempre habíamos deseado. No sabes cuánto echo de menos a su padre, Jack. Ojalá él estuviera aquí para tirar de mí, como siempre hacía. Llenaba la casa de alegría con su vitalidad y su energía. ¿Por qué es tan injusta la vida, Jack? ¿Por qué se lo tuvo que llevar?

Por aquí todo sigue igual. Murray viaja mucho. Más que nunca. Apenas le veo, aunque he de confesarte, querido Jack, que la casa respira paz cuando Murray no está aquí.

Tengo algo muy bonito que contarte, no todo van a ser desdichas.

Hace unas semanas, descubrí a Cat dibujando en el desván. Lo hacía a escondidas con el material que hace tiempo enterré en el baúl. Me produjo una gran tristeza porque echo de menos dibujar. Aunque ya no tengo fuerzas. Ni ganas.

Cat se ruborizó un poco, pero, en cuanto se dio cuenta de que yo mostraba un verdadero interés en su obra, se relajó y me mostró sus ilustraciones.

¿Y sabes una cosa? La niña es una artista. En serio. Tiene un don especial, aunque ella no termine de creérselo.

Desde ese día, pasamos muchas tardes en el desván, dibujando. Siempre y cuando no esté Murray en casa, claro. Le estoy enseñando todo lo que sé, aunque ella es mucho más artista que yo, de veras.

Y no te puedes imaginar lo bien que esa niña me hace sentir. Es pura dulzura. Y creo que está muy perdida en esta vida.

¿Tú crees que Kylian pensará alguna vez en nosotras? ¿En lo que ha dejado atrás? Me da miedo preguntártelo. Mejor no me contestes. Ojalá algún día pueda ir a verlo. No sé cómo me recibirá, pero soy su madre, y su ausencia me duele más que nada en este mundo.

A veces pienso en Cat como si fuese mi hija. Y, aunque no te lo creas, eso me hace sentir mal. Es como si quisiese reemplazar a mi Kylian. Y un hijo jamás se puede reemplazar.

Da igual, Jack, no me hagas mucho caso. Hoy tengo un día de esos en los que no tengo fuerzas para levantarme de la cama. Y mi cabeza no deja de pensar.

Estoy deseando que Murray salga de viaje para subir al desván a pintar con mi ángel de la guarda.

Os quiero mucho. Cuida de mi hijo, por favor. Espero poder abrazaros pronto.

SOPHIE

Tengo que secarme las lágrimas que me resbalan por el rostro. Me doy cuenta de lo que supuse para ella, durante esos años sin su hijo, y experimento una doble sensación: felicidad y culpa. Apoyo la carta sobre el colchón y me dirijo a Kylian:

—Me siento abrumada. No sé cómo tomármelo.

—Cat, ella sentía adoración por ti. Deberías sentirte orgullosa. Yo, desde luego, no sé cómo agradecerte que permanecieses junto a ella todo ese tiempo. —Kylian me coge las manos—. Siempre fuiste una persona muy especial. Te hacías querer, Cat. ¿Cómo no iba mi madre a prendarse de ti? ¿Cómo no iba yo a enamorarme de ti?

Una leve sonrisa se asoma a mis labios tras escuchar las bonitas palabras de Kylian.

—¿Te das cuenta de que estamos empeñados en echarnos la culpa por lo que pasó? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Sí —musita Kyl cabizbajo.

—Igual ha llegado el momento de que pasemos página y escribamos ese final que tu madre anhelaba para nosotros.

Kylian acerca su rostro al mío y yo me levanto de un salto, provocando en él una mueca de sorpresa.

—Espera —comento ante la atenta mirada de Kyl—. Quiero que veas algo.



55
Kylian

Un impulso irrefrenable explota en mi pecho y me empuja a sellar con un beso la marejada de sentimientos que llevo tanto tiempo tratando de alejar. Pero mi deseo se ve truncado cuando Cat se pone en pie y dirige sus pasos hacia la mesita que hay junto a la litera. Abre el cajón y saca de su interior una hoja de papel plegada. Se sienta de nuevo a mi lado y me la tiende.

—Creo que esto te gustará.

Desdoblo la hoja y lo primero que me llama la atención es el nombre de mi madre impreso en la cabecera. Deslizo la mirada por las líneas inferiores del texto y reparo en dos palabras que me hacen reconocer enseguida de qué se trata. «Leavenworth» y «Seattle». Me doy cuenta enseguida de que estoy ante un billete de autobús, a nombre de mi madre, con destino Seattle.

—Encontré esto junto con el libro, guardado en una caja. Está claro que Sophie tenía la intención de viajar a Seattle el día en que… nos dejó.

No doy crédito a lo que veo y escucho. Un sinfín de sensaciones bombardean mi mente, desde el desconcierto hasta la rabia más absoluta.

—No me lo puedo creer.

—Creo que algo pasó aquel día. Algo muy feo, de lo que no tengo pruebas y que nunca sabremos con exactitud. La única certeza que tengo es que tu madre te había perdonado. En realidad, estoy segura de que siempre creyó en ti, a pesar de la manipulación a la que se vio sometida. Esta es la prueba de ello.

—¡Maldito hijo de puta!

El silencio inunda la habitación y la oscuridad vuelve a mí durante unos segundos. Mi intuición me dice que la noche en la que mi madre se suicidó, Murray descubrió sus intenciones de ir en mi busca. Estoy convencido de ello y, aunque suene horrible, ese pensamiento desemboca en una extraña sensación reparadora que parchea, palmo a palmo la herida que atraviesa mi corazón.

Ya está. Se acabó. Estrujo el billete de autobús entre mis manos ante la mirada atónita de Cat y lo lanzo contra el suelo. Lo miro durante unos segundos, consciente de que aquel papel representa, en estos momentos, mi pasado. Un pasado cruel e hiriente ante el cual ya no puedo actuar; sin embargo, a mi lado se encuentra la persona que me ha tendido la mano para ayudarme a caminar sobre la cuerda floja sin que mis piernas flaqueen y caiga de nuevo en el abismo.

Deslizo mi mano sobre la superficie de la cama hasta que mis dedos se encuentran con la pequeña mano de Cat. Envuelvo sus dedos con los míos y los aprieto con fuerza. Sus pupilas destellantes se posan en las mías y una tímida sonrisa propicia que sus labios de curven.

—Cat, yo…

—Chsssttt. —La morena me interrumpe posando su dedo índice sobre sus labios.

No puedo aguantar ni un segundo más y la atraigo hacia mí tirando de su mano con suavidad. Ella tensa su cuerpo y cierra los ojos cuando mi aliento se funde con el suyo en un beso, largo y pausado, que alimenta mis sentidos y provoca una ráfaga de fuegos artificiales en mi estómago.

Las reminiscencias del pasado se agolpan en mi mente, pero esta vez son recuerdos hermosos, momentos vividos junto a Cat por los cuales merece la pena seguir luchando, sin olvidar jamás nuestros orígenes, ni todo aquello que se ha perdido por el camino.

Ella es ahora el motor que me impulsa a salir adelante y a reencontrarme con aquel chico alegre y optimista, cuya alma se quedó atrapada en el frío desván de nuestra casa, en la que debería haber sido la mejor noche de nuestra vida.

Nos enredamos en una cascada de besos y susurros que terminan con nuestros cuerpos enmadejados sobre la cama. Al cabo de un rato, no sabría decir cuánto porque he perdido la noción del tiempo, Cat se despega un poco de mí y me susurra al oído.

—Kyl, ¿podemos parar?

—Joder, Cat. Menuda pregunta. Pues claro. ¿Tengo cara de depredador sexual?

Ella se echa a reír y se incorpora.

—No seas tonto. No es eso. —La morena se queda unos segundos pensativa y prosigue—: ¿Qué tal si comemos algo y nos ponemos manos a la obra?

—Yo ya estaba manos a la obra. —Agito los dedos y le lanzo una sonrisa traviesa.

Ella me lanza la almohada y no me puedo resistir a atraparla de nuevo entre mis brazos y depositar un beso en su mejilla.

—Es broma, tonta. Tenemos algo que terminar tú y yo.

Conseguimos despegarnos el uno del otro y bajamos hasta la cocina. La mañana se ha pasado sin darnos cuenta y, aunque ninguno de los dos tenemos demasiado apetito, nos preparamos algo rápido para recargar las pilas antes de enfrentarnos a lo que ambos sabemos.

Después de comer, nos acomodamos de nuevo en el suelo del salón, sentados sobre los mullidos cojines y tapados con la manta de cuadros que he subido a buscar al desván. Bajo el abrigo de las llamas que prenden en la chimenea, Cat desempolva una caja de lápices que hemos encontrado en el desván. Yo trato de reflejar en un viejo cuaderno las ideas que me vienen a la cabeza mientras contemplo con orgullo las ilustraciones que Cat dibuja sobre las hojas en blanco

del libro de los soles y las lunas.

Las horas vuelan sin darnos cuenta. La noche ha debido de caer, pero no somos conscientes de ello hasta que la morena levanta la vista del libro y se percata de que estamos a oscuras, solo iluminados por el fuego que emana de la chimenea.

—Es de noche ya —anuncia ella con cara de sorpresa.

—Ni me he enterado.

Cat me sonríe y asoma sus ojos de gato por encima de mi hombro, tratando de ver lo que he escrito en el contenido. Yo lo cierro con brusquedad, haciendo que ella frunza el ceño y su boca se tuerza en un gesto de desaprobación.

—No es justo, Kyl. Tú llevas toda la tarde viendo lo que yo hago y a mí no me dejas mirar lo que has escrito.

Me encojo de hombros y resoplo. Cat tiene toda la razón, pero, de repente, es como si me hubiese bloqueado. Me da vergüenza compartir con otra persona mis sentimientos recién plasmados sobre las hojas del cuaderno. Ha sido un acto tan visceral que me siento como si me hubieran desnudado y me hubieran arrancado un trozo de corazón. Cat pestañea y encuentro en su mirada signos de decepción que hacen que me sienta como un imbécil. Descruza sus piernas y hace el amago de incorporarse levantando el trasero, pero, antes de que se ponga en pie, la agarro con fuerza de la muñeca y consigo que permanezca sentada a mi lado.

—Espera, Cat. —Chasqueo la lengua y me rasco la oreja con nerviosismo—. Es que… no sé. Me da corte.

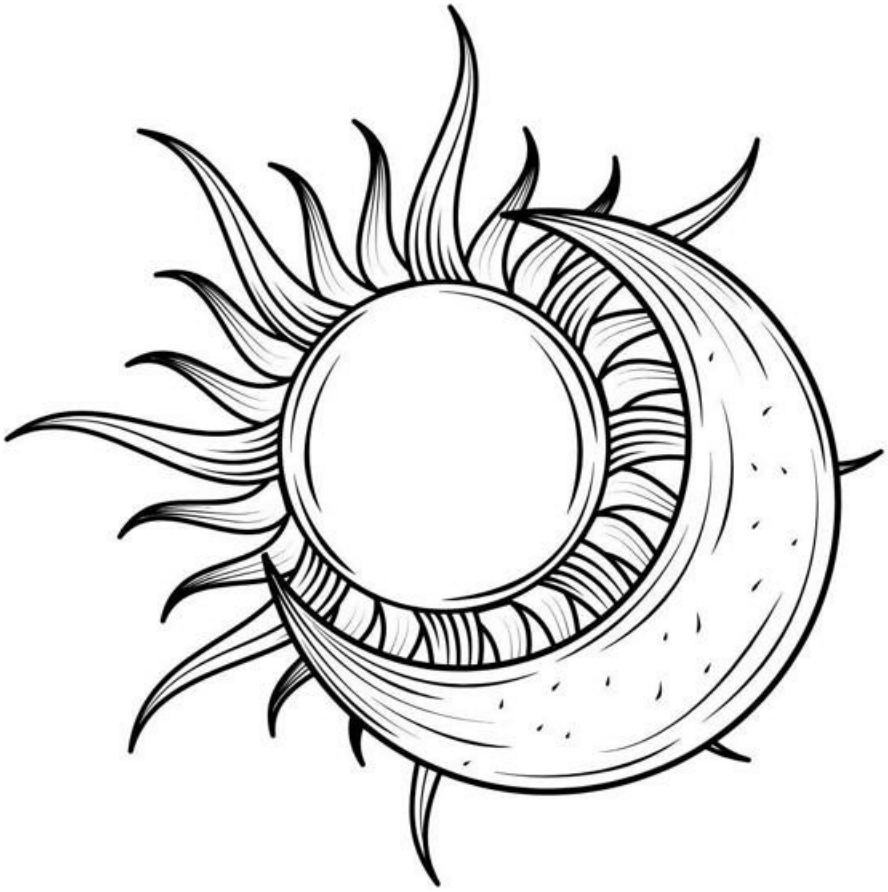
—Kyl, imagínate que es una de tus canciones. Y que yo soy Luke —sostiene ella, con voz socarrona, mientras hace un gesto con la cara imitando la sonrisa de mi amigo.

—No, por Dios. ¡No me digas eso! Tú eres mucho más guapa que Luke —pronuncio con sorna. Cat ha conseguido relajar la tensión que se había acumulado sobre mis hombros, y su risa consigue espantar mis miedos y mi inseguridad—. Está bien. Pero no te burles de mí, por favor.

—Me ofendes, Kyl. —Cat pone los ojos en blanco mientras hace un gesto de negación con la cabeza.

—¿Vamos al sofá? Se me ha quedado el culo como una piedra.

Me siento en el sofá con el cuaderno entre mis manos. Cat se tumba con las piernas estiradas y la cabeza apoyada sobre mi regazo. Cierra los ojos mientras yo sujeto el cuaderno con las dos manos y lo sostengo en el aire para comenzar a leer.



56
Si la luna brilla

Pasaron los años y la distancia entre Malina y Annigan no hizo más que crecer, formando un surco de dolor en la inmensidad del firmamento. El cielo se resquebrajó en mil pedazos, preso de la aflicción, dando lugar a diminutos trocitos de tristeza que las eminencias de la sabiduría bautizaron como «estrellas».

A cada estrella la rodeaba un halo de derrotismo y desesperanza que no pasó inadvertido para Phie, la diosa del amor estelar, pues no tardó en tomar cartas en el asunto. Phie hizo reunir a todos sus subordinados en un intento de terminar con aquella lluvia de tristeza que salpicaba el cielo, y, convino, junto a su séquito, que la única manera de terminar con aquella marejada de melancolía que estaba invadiendo el firmamento había de ser mediante la unión entre el dios de la luna, Annigan, y su amada Malina, la diosa del sol.

Ambos revoloteaban por el cielo, como aves perdidas, sin rumbo, en una eterna persecución que no los llevaba a ningún lado, ya que era su destino terminar como habían empezado, unidos por un lazo invisible.

La diosa Phie ordenó a los relámpagos, las nubes y las centellas acudir en busca de ambos prófugos y las noticias no tardaron en llegar.

Malina yacía tumbada sobre una montaña, despidiéndose de un nuevo y tedioso día, y, tiñendo, sin ganas ni ningún tipo de ilusión, de tonalidades rosáceas y anaranjadas el cielo que gobernaba hasta que caía la noche.

Annigan no se hallaba lejos. El dios de la luna nunca se distanciaba en demasía de Malina. Su persecución siempre llegaba a su fin cuando sentía el calor que emanaban los rayos del sol. Annigan recobraba su brillo durante los escasos segundos en los que parecía rozar con su mano la piel dorada de su amada. Sin embargo, una fuerza irracional empujaba a la diosa del sol a alejarse de Annigan en contra de su voluntad, ya que hacía ya demasiados años luz que la diosa dorada había sucumbido a los encantos de la luna.

Annigan se apagaba y dejaba de brillar mientras contemplaba, sin poder hacer nada, cómo Malina desaparecía en el ocaso, inmersa en un llanto de desconsuelo que le partía el alma en dos.

Sin embargo, aquella velada distaba mucho de ser como otra cualquiera. A medianoche, cuando Malina y Annigan se daban por rendidos una vez más, sucumbiendo a la desilusión y al hastío, un destello en el cielo los hizo despertar de su letargo.

En un breve lapso de tiempo, un cúmulo de detonaciones se desató en la cúpula del universo, como preludio a lo que se avecinaba desde la inmensidad del negro cielo salpicado de estrellas.

Malina abrió los ojos de par en par y desplegó sus rayos con la intención de protegerse del estruendo. Pero de todos es sabido que la noche no está hecha para el sol y que jamás sus rayos podrían iluminar lo que es de la luna. La oscuridad.

Annigan se sobresaltó, aunque no le hizo falta despertar, pues el insomnio se apoderaba de él cada noche. Una inmensa sacudida hizo temblar a todos los astros que descansaban en el firmamento y una tormenta de tintes inimaginables se desató en el cielo. Los rayos lanzaban destellos que le dañaban la vista; los relámpagos le deslumbraban impidiéndole vislumbrar lo que le rodeaba, y los truenos le ensordecían dejándole aislado.

Pese a su angustia por no poder ver ni oír, Annigan advirtió al instante el temblor que invadía cada rincón, y su intuición le hizo levantarse de su lecho y emprender el camino hacia el lugar en el que había visto desaparecer a su amada un tiempo atrás.

La tormenta que se desató cubrió el cielo de neblina, haciendo cada vez más difícil a nuestro dios de la luna llegar a su destino. Al fin, pudo vislumbrar la silueta redondeada de las montañas por las que la diosa del sol se había desvanecido al atardecer.

Un sonido agudo y duradero se instaló en sus oídos, pese al estrépito que lo rodeaba. Pudo distinguir el llanto desconsolado de Malina y no dudó ni un instante en surcar el cielo, luchando contra los truenos, las centellas y los incesantes relámpagos, hasta que alcanzó el lugar en el que se hallaba la diosa.

Malina, despojada de los rayos de sol, que le servían de escudo durante el día, permanecía en lo alto de un precipicio, sentada con los pies colgando hacia el vacío. Su cuerpo temblaba de los pies a la cabeza. Se cubría los oídos con las manos y mantenía los ojos cerrados, pero, aun así, no podía evitar sentir el fulgor de la tormenta sobre sus huesos.

Annigan sintió un escalofrío por todo su cuerpo, como si un rayo lo hubiese atravesado. Al ver a su niña desolada, aterrada e indefensa, decidió retar a todas las fuerzas del universo y acercarse a ella. Sabía que aquello era imposible, ya que la luna y el sol jamás podrían unirse. Pero Annigan se armó de valor y avanzó hacia Malina notando cómo, de una manera insospechada, su brillo aumentaba y aumentaba a medida que la distancia entre ambos se acortaba.

Annigan se colocó frente a su amada y bastó con el resplandor que emanaba de su cuerpo para que aquella abriera sus bonitos ojos de color oliva y una sonrisa cargada de ternura y aceptación asomara en su bello rostro. El miedo se borró de la mirada de la diosa del sol al

tiempo que un inmenso alivio inundaba los sentidos de Annigan.

—Creía que te habías apagado para siempre, Annigan.

—Me apagué, Malina, cuando me alejé de ti. Todo se volvió oscuridad. Te he perseguido durante todo este tiempo en busca de tu luz.

—Annigan, la luz eres tú, querido. ¿Desde cuándo la luna busca el fulgor en aquello que se le escapa de las manos? Debiste entender, cuando nos separamos, que aquella necesidad de luminosidad que creíste ver saciada con mi presencia solo estaba dentro de ti. Si la luna brilla, Annigan, su aura tendrá el poder de iluminar no solo su camino, aun dándolo por perdido, sino el camino de los seres a los que ama, y a los que protege y cuida desde el cielo.

—Me siento diferente.

—Annigan, has vuelto a nacer. ¿No ves cómo brillas? Hasta las estrellas se han dado cuenta. Mira cómo bailan a nuestro alrededor.

Una lluvia de estrellas doradas danzaba de un lado a otro, dejando a su paso estelas de polvo, que dibujan garabatos en el firmamento. Annigan contemplaba el bello espectáculo anonadado. Agachó la cabeza y se miró los brazos, las piernas. El brillo salía de su piel de una manera mágica, incluso podía notar una ligera sensación de calor que invadía su cuerpo.

Con una sonrisa bobalicona y tímida, dirigió su mirada a la diosa que asintió con la cabeza a sabiendas del interrogante que se cocía en la mente de Annigan.

—Ven —susurró ella.

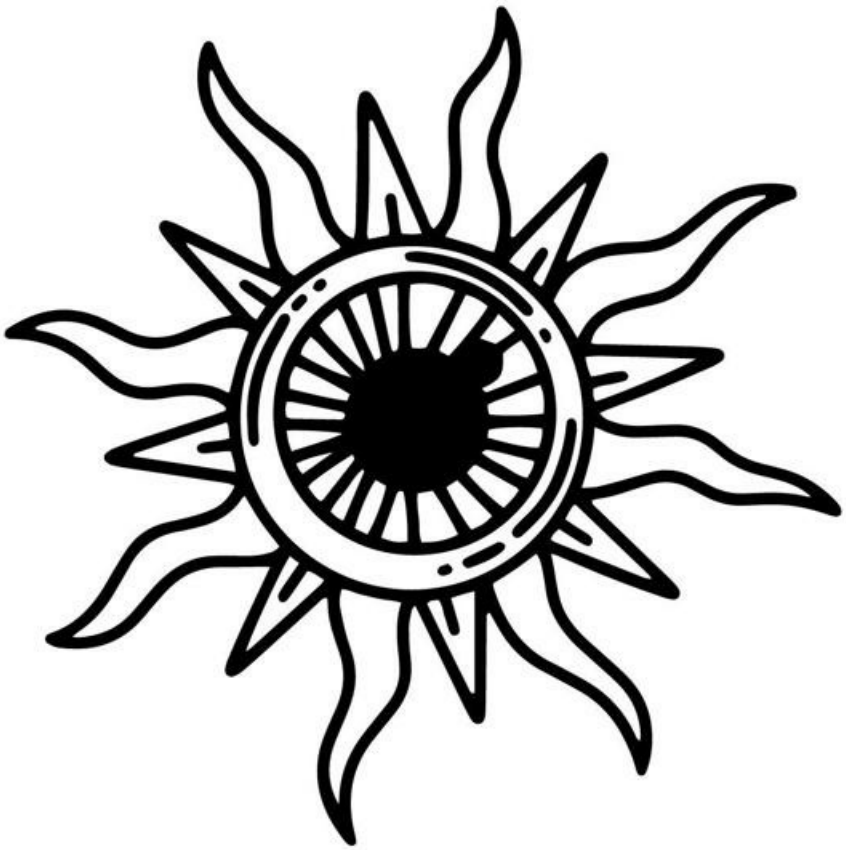
Annigan dio un paso al frente hasta que la distancia entre ellos dejó de existir. Extendió la mano y se arrodilló frente a su querida Malina.

—Malina, diosa del sol y dueña de mi corazón. ¿Deseas caminar conmigo hasta la eternidad y unir tu resplandor al brillo que los dioses me han otorgado?

—Querido Annigan, pensaba que no me lo ibas a preguntar nunca.

La diosa del sol se irguió y, haciendo una reverencia, alargó su mano hasta que sus dedos se entrelazaron y un destello de luz escapó de esa unión haciendo que se sobresaltaran y a punto estuvieran de separarse. Pero eso no sucedió. Ambos intercambiaron una mirada divertida, y una sonrisa de complicidad inundó sus rostros. Annigan y Malina se dejaron llevar por la fuerza de atracción que los empujaba y pronto sus labios colisionaron en un beso, mágico y envolvente, que selló el amor que se profesaban desde el primer día en que sus vidas se cruzaron.

Cuenta la leyenda que, por las noches, si la luna brilla y las estrellas danzan al son de la lluvia en la tormenta, los amantes harán bailar sus cuerpos, allá en el firmamento, hasta fundirse en uno solo y eclipsar con su luz el mundo que se extiende bajo sus pies.



57
Cat

Inmóvil y con los párpados apretados. Así he permanecido mientras escuchaba la voz susurrante y temblorosa de Kylian compartiendo conmigo el maravilloso relato que ha escrito como colofón a esta pequeña obra de arte que Sophie nos dejó a medio acabar.

—Fin —termina Kylian mientras apoya el libro sobre el brazo del sofá. Suspira tan hondo que hace que los pelos de mi flequillo bailoteen sobre mi frente.

Abro los ojos y me acerco unos palmos hasta que mi rostro y el suyo se colocan a la misma altura.

—¿Fin?

—Sí. —Un breve silencio se instala entre nosotros—. ¿No te ha gustado?

Me incorporo por completo y me siento, pegada a su cuerpo. Apoyo una mano en su rodilla y me giro hacia él.

—Kyl, esas palabras… ese final… Es tan bonito. En serio, creo que deberías dedicarte a esto.

—¿A contarte cuentos con final feliz?

—A escribir, Kyl. Tienes un don. Transmites tanto con tus palabras…

—Somos nosotros, Cat.

Agacho la vista, presa de una repentina timidez y Kylian me toma la barbilla para girar levemente mi cabeza.

—Siempre lo hemos sido, ojos de gato.

—Ojalá tu madre pudiese leerlo.

—Ojalá.

—¿Sabes, Kyl? Siempre he pensado que las personas que se van, que nos dejan, se mantienen de alguna manera entre nosotros. ¿Qué sentido tendría la vida si no fuera así?

Kylian emite una débil carcajada que hace que me sonroje.

—¿Por qué te ríes? —pregunto confundida.

—Porque —carraspea— me encanta tu teoría, aunque, precisamente ahora, no me gustaría que ningún ente del otro mundo anduviera por aquí. Y menos, mi madre.

—¿Por? —respondo con una sonrisa ladina. Intuyo sus intenciones solo con percibir las chispas que brotan de esos ojos que hace escasos minutos se inundaban de lágrimas.

Kylian coloca su mano en mi nuca y me atrae hacia él. Nuestras frentes se rozan. Su nariz se apoya sobre la mía con delicadeza y se desliza hacia los lados con una lentitud que me tortura. Un cosquilleo se instala en mi vientre y me invaden unas tremendas ganas de besarlo. Nuestros labios no tardan en colisionar, al principio de forma suave, deleitándonos, saboreándonos con calma. Siento cómo el corazón oprime mi pecho y una necesidad aplastante comienza a gestarse en mi bajo vientre. Kylian acuna mi rostro con sus manos y me colma de besos, pero ese clamor que desciende desde mi ombligo hasta mi zona íntima hace que me arme de valor y soy yo la que se despoja de la parte de arriba del pijama para, después, hacer lo propio con la camiseta de Kylian. Este me mira con cara de sorpresa y, cómo no, de satisfacción. Sus ojos han adquirido un fulgor especial y se pasean por mi cuerpo semidesnudo sin pudor. Kylian rodea mi cintura con sus brazos y me levanta para sentarme a horcajadas sobre sus rodillas. Sus besos recorren mis mejillas y mi cuello mientras sus manos acarician mis brazos, mis hombros… hasta detenerse en mis pechos, los cuales masajea con delicadeza. Solo se detiene unos segundos para coger aire y contemplarme con veneración.

—Eres tan bonita, ojos de gato.

Yo sonrío. No digo nada porque cualquier cosa que dijera no estaría a la altura de este momento tan especial. Tan esperado.

Recorro sus pectorales con mis pequeñas manos, en sentido ascendente hacia sus hombros y paseo las palmas por su espalda hasta rozar la cinturilla de su pantalón. Trago saliva y deslizo mis dedos por debajo de la tela, hacia sus glúteos. Él gime y creo escuchar mi nombre en sus labios. No es la primera vez que Kylian y yo nos deshacemos en caricias, pero esta vez su piel me quema por dentro arrasando con todo lo que el pasado nos ha hecho sufrir y borrando cualquier rastro de rencor o de desconfianza entre nosotros.

Kylian introduce una mano por dentro de mi pijama, todo mi cuerpo se estremece al sentir el calor de su piel invadiendo mi intimidad de una manera tan placentera. Puedo notar bajo mi sexo el bulto que evidencia que él está tan excitado como yo.

Para mi sorpresa, Kyl se detiene un instante dejándome un poco descolocada.

—No pares, Kyl —susurro con voz desesperada.

—Tengo un problema. —Se rasca la nuca y frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —Me separo de él lo suficiente como para comprobar su gesto de preocupación.

—Cat, no tengo… Ya sabes.

Al principio, no pillo lo que intenta decirme, pero enseguida caigo en la cuenta.

—¿Condón?

—Ejem —carraspea y traga saliva—. Sí. A ver. Yo no pensaba… Bueno, sí pensaba,

pero… No sé. No ahora. Joder. Soy un gilipollas.

Me echo a reír y aprovecho el parón para llenar mis pulmones de aire.

—Tengo yo —digo entre dientes notando como mis mejillas arden. Me muero de vergüenza, pero tengo tantas ganas de esto que me esfuerzo por que no se me note demasiado.

—Vaya.

—En realidad, hace tiempo que llevo siempre alguno en la cartera, pero nunca lo he utilizado.

Kylian arruga la frente y noto como palidece por segundos.

—Cat, ¿tú?

—¿Sí?

—¿Nunca has…? Joder, ya sabes.

Desvío la mirada hacia otro lado y contengo la respiración. Me da tanto apuro hablar de este tema con Kylian. ¿Cómo decirle que llevo años esperando este momento y que siempre he soñado que sería con él? ¿Cómo explicarle que los besos y las caricias de mi anterior pareja jamás han conseguido llenarme como las suyas, y que no he sentido con nadie está quemazón que está acabando conmigo?

—Vamos arriba. Estaremos más cómodos.

Nos levantamos del sofá y Kylian me envuelve con la manta. Sigo sus pasos hacia la habitación. Nos quedamos de pie, frente su cama. Ninguno de los dos da el primer paso. Decido tomar cartas en el asunto ante el bloqueo de Kylian, que permanece pálido y con la frente sudorosa. Me dirijo hacia la silla donde descansa mi bolso para coger el preservativo que guardo en mi cartera. Lo dejo sobre la mesilla y miro de soslayo a Kyl, que continúa petrificado, como si de una estatua se tratase.

—¿Estás segura?

—Ya no soy una niña. No podría estarlo más.

Kylian da un paso adelante hasta ponerse a mi altura. Su mirada ardiente me desarma por completo y creo derretirme cuando rodea mi cintura con sus brazos y me empuja muy despacio hacia la cama, dejando caer por el camino la manta que cubría mi torso desnudo.

Nos tumbamos de costado, desnudándonos con la mirada, y la danza de caricias que se desata entre ambos provoca en mí sensaciones que jamás había experimentado. Kylian toma el mando en esta deliciosa aventura en la que nuestros cuerpos hambrientos de deseo se han embarcado. El contorno de nuestras siluetas se difumina hasta convertirse en una única figura y voy perdiendo la noción de todo lo que me rodea a medida que él me hace descubrir, con suma delicadeza, el placer de sentirse deseada y, sobre todo, amada.

La temperatura sube en la habitación, cada vez es más difícil respirar con normalidad. Los besos y las caricias se revolucionan y van cobrando intensidad. Kylian se tumba sobre mí y puedo escuchar sus jadeos retumbando en mis oídos como música celestial. Qué digo, como puta música *grunge* invadiendo mi cerebro. Me mantengo con los ojos cerrados, más quieta de lo que me gustaría, pero los nervios no me dejan disfrutar del momento. Ahogo los gemidos que se escapan de mi garganta en el cuello de Kylian y me dejo llevar por el leve contoneo de sus caderas sobre las mías.

De pronto, Kylian se detiene y me interroga con la mirada. Esta vez no hacen falta palabras. Una complicidad abrumadora se ha instalado entre nosotros.

—Kyl. No pares, por favor. Esta vez no.

Se levanta de un salto para hacerse con el preservativo que descansa sobre la mesita de noche. Se quita el pantalón y el calzoncillo y se acuesta de nuevo a mi lado. Mantengo una lucha

interna con mi pudor para no cerrar los ojos, pero esto es demasiado para mí, y termino por dejar que mis párpados se cierren para centrarme en disfrutar de las sensaciones que perciben las terminaciones nerviosas de todo mi cuerpo.

Kylian me termina de desnudar y recorre mis rincones. Me invita con su mano a adentrarme en sus zonas erógenas, aquellos trozos de piel que prenden llamas cuando mis manos se deslizan por su superficie.

Minutos después, antes de que la situación se nos vaya de las manos, Kylian se separa de mí y se coloca el preservativo.

—Te quiero, Cat —susurra en mi oído al mismo tiempo que se introduce dentro de mí con suavidad. El ritmo de su envestida cobra intensidad por momentos, hasta que noto una punzada de dolor que me hace estremecer. Contengo el aire en mis pulmones y aprieto los puños tratando de mitigar la tensión que agarrota mis músculos. Kylian se detiene y me mira con preocupación. Jadeante, le suplico que continúe. Kyl aumenta el ritmo hasta que estalla dentro de mí y una corriente eléctrica atraviesa nuestros cuerpos humeantes.

Tras unos segundos entrelazados e inmóviles, Kylian se deja caer a mi lado y se acurruca, pegado a mí con los ojos cerrados.

Contemplo su hermoso cuerpo; es tan bello por dentro como por fuera. Me apena que él no sea capaz de verlo, de verse como lo veo yo. Kylian es especial. Sensible, noble… pero también es frágil. Sin embargo, creo que ha dado un paso muy grande para recomponerse y juntar los miles de pedazos en los que se rompió cuando creyó haber perdido la batalla. Cuando se rindió. Me siento tan orgullosa de él. De nosotros, en realidad. Ojalá las cosas hubiesen salido de otra manera, pero el pasado no tiene marcha atrás y no nos sirve de nada seguir lamentándonos. Debemos salir de esta espiral y mirar hacia adelante.

Lo que acaba de suceder entre Kylian y yo, no es más que el principio de un mundo que se abre a nuestros pies. Un lenguaje por descubrir. Una conexión entre dos personas que se aman. Si soy sincera, la sensación que me queda después de mi primera vez es un tanto agridulce. Quizás el miedo ha tenido más protagonismo de lo que me hubiese gustado. Quizás me ha faltado valor y me ha sobrado vergüenza. Pero no es solo una cuestión de sexo. Además, siento que tenemos toda la vida por delante para practicar, y este pensamiento hace que una sonrisa tonta se instale en mi rostro y el rubor se apodere de mis mejillas. Kylian abre los ojos y me lanza una mirada risueña y un tanto traviesa, como si me estuviese leyendo el pensamiento. Su sonrisa resplandeciente hace que mi cuerpo se relaje y las llamas que despiden sus ojos iluminan la estancia de una manera abrumadora.

—Yo también te quiero, Kyl.

Entrelazados el uno con el otro, como si nos diese miedo separarnos, dejamos pasar los minutos en el más absoluto silencio. En la habitación solo resuena el eco de nuestras respiraciones.

Un tiempo después, me atrevo a romper con mis palabras la magia del momento.

—Kyl.

—Dime, pequeña.

—Tengo sueño. ¿Puedo dormir aquí contigo?

Escucho la risa de Kyl y me imagino, en medio de la oscuridad de la habitación, sus labios carnosos curvados para mí. Me contengo para no lanzarme a ellos y aguardo su respuesta con ansia.

— ¿Tú qué crees, ojos de gato? Llevo años deseando tenerte atrapada entre mis sábanas.

—Yo también, Kyl. No sabes la de veces que he estado tentada de saltar a tu cama y

comerte a besos.

Kylian se revuelve el pelo con una mano y con la otra acaricia mi mejilla.

—Ya no tenemos que escondernos más, Cat. Voy a salir ahí afuera y voy a gritar a los cuatro vientos que eres mi chica.

Emito una risa nerviosa que se muere en los labios de Kyl. Nos besamos durante un largo rato hasta que él se separa un instante de mi cuerpo agitado.

—¿Tú no tenías sueño?

—Sí, lo tengo. Pero no quiero desperdiciar ni un minuto contigo.

—Igual lo que necesitas es que te cante una canción de cuna.

—Dirás una «canción de luna» —Una sonrisa se dibuja en mis labios al evocar los recuerdos que me suscitan esas palabras.

—¿Te acuerdas?

—Claro, Kyl. ¿Cómo lo iba a olvidar? ¿Acaso me estabas poniendo a prueba?

Kylian no contesta. Al menos con palabras. Con los labios apretados, emite una lenta melodía que me transporta por unos segundos a mi niñez. A las nanas que me cantaba mi madre cuando había tormenta. A mis años felices.



58
Kylian

Calma.

Esa sería la palabra que define cómo me siento desde que mi pequeña Cat ha vuelto a mi vida. La casa ha dejado de ser un lugar frío, sin vida. Cat llena con su sonrisa cada rincón de este lugar. Su presencia desprende energía, positivismo. Supone ese empujón que yo necesitaba para mantenerme a flote y no volverme a hundir en la miseria.

Han pasado cuatro días desde que la morena de los ojos de gato apareció de nuevo en mi vida y se podría decir que hemos recuperado con creces el tiempo perdido. Ni todas las drogas del mundo podrían superar el efecto que Cat provoca en mí. Paz, deseo, energía, optimismo… ganas de vivir.

Llaman al timbre y ambos nos miramos con complicidad. Estamos tumbados en el sofá. A la espera.

—Ve tú, anda —me suplica Cat haciendo un mohín con sus labios.

Dejo escapar un suspiro y me levanto. Camino decidido hacia la puerta. Cuando la abro, los ojos se me empañan al ver la figura de mi abuelo bajo el umbral de la entrada principal.

—Bienvenido, abuelo.

Me abalanzo sobre él y dejo que sus fornidos brazos me envuelvan. Permanecemos así unos segundos hasta que él se separa para examinarme de arriba abajo con su mirada.

—Bueno, chaval, te veo muy bien —sostiene mientras me da unas palmaditas en la espalda.

—Gracias. Lo estoy. Mejor que nunca. —Hago un gesto con la mano para invitarle a pasar.

Cat nos espera en el salón. Se ha puesto en pie y aguarda la reacción de mi abuelo con cierta timidez.

—Ven aquí, pequeña.

Jack abre los brazos para recibir el menudo cuerpo de Cat y estrecharlo con fuerza. No puedo evitar echarme a reír al ver el rostro de Cat aprisionado contra el torso de mi abuelo.

Jack se sienta en el sofá mientras yo subo su bolsa de viaje a la habitación de invitados y Cat acude a la cocina a por un refresco para él.

Una vez reunidos en el salón, la conversación entre los tres fluye de manera distendida y se alarga, sin darnos cuenta, hasta el mediodía.

—Ha llegado el momento —anuncio a la vez que me acerco al mueble del salón y abro uno de sus cajones.

Extraigo de este el libro. Cat ha transcrito en las últimas páginas, con su bonita caligrafía, el capítulo que escribí en el cuaderno. Avanzo unos pasos hacia mi abuelo y lo poso en sus manos.

Me siento a su lado, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas, dejando a mi abuelo situado en el medio de los tres. Aguardo impaciente mientras Jack pasa una a una las páginas del libro. El silencio que inunda el salón se hace tan pesado que mis nervios comienzan a aflorar. Dejo escapar de mis pulmones un profundo suspiro. Cat se percata de mi estado y se levanta para sentarse sobre mis rodillas. Me pasa un brazo por encima de los hombros y posa un suave beso en mi mejilla. Mi abuelo levanta la cabeza un segundo y nos mira mientras eleva una ceja y sonríe. Percibo sus ojos empañados, no puedo evitar que una lágrima resbale por mi mejilla; Cat limpia con el dedo pulgar mi rostro humedecido y borra cualquier rastro de tristeza posando sus labios sobre mi piel.

Minutos después, Jack cierra el libro y lo apoya sobre la mesita. Saca un viejo pañuelo de tela y retira las lágrimas de sus ojos.

—Estoy seguro de que tu madre puede descansar en paz, hijo. Habéis culminado su obra. Y no lo podríais haber hecho mejor. Enhorabuena.

Cat y yo nos miramos y, como si nos hubiésemos leído el pensamiento, nos abalanzamos sobre él para envolverle en un cálido abrazo. Una sensación de alivio hace que me sienta en paz, aunque sé que aún me queda un paso, el último, y el más difícil.

—¿Estás preparado? —pregunta mi abuelo.

—Supongo que sí —contesto encogiéndome de hombros.

Mi abuelo se levanta y abre otro de los cajones del mueble. Rebusca en su interior hasta que da con lo que quiere. Coge una pequeña llave y se gira hacia nosotros.

—Cuando queráis.

Cat y yo nos levantamos y subimos a la habitación a buscar alguna prenda de abrigo. Hace un día de perros. Oleadas de granizo intermitente llevan sucediéndose desde que ha amanecido y no tiene pinta de que vaya a parar.

Una vez enfundados en nuestros abrigos, y paraguas en mano, salimos de la casa y atravesamos el jardín hasta llegar al lugar donde Jack ha estacionado su coche. Nos montamos en él y emprendemos el corto viaje.

Se me agolpan los recuerdos. Las imágenes de mi madre sonriente, tranquila. Cuando éramos felices, con papá. Los desayunos de los domingos en familia, las excursiones al río, las tardes en las que mamá me recogía en el colegio y juntos acudíamos al trabajo de papá para darle una sorpresa.

Visualizo a mi madre, lápiz en mano, con los labios apretados y la punta de la lengua

asomando en sus labios. Concentrada en sus dibujos. Me entristezco al recordar los celos que sentía en ocasiones, cuando ella dedicaba más tiempo del que yo creía necesario a crear preciosas ilustraciones. Qué tonto era. Ojalá pudiese ahora contemplarla, horas y horas, haciendo lo que más le gustaba en la vida.

Qué poco apreciamos lo que de verdad importa. Los detalles más pequeños, los fugaces instantes de felicidad que se nos escapan de las manos sin apenas haberlos rozado. No nos damos cuenta de lo que tenemos hasta que lo perdemos. Es un hecho. Lo que más me jode es que yo he tenido que sufrir dos pérdidas cruciales en mi vida para aprender a saborear cada momento. Ni siquiera los dos golpes que he sufrido han servido para darme cuenta de ello. He necesitado caerme yo mismo. Hundirme hasta el más profundo de los abismos para sentir ese ahogo como el último aliento. La última oportunidad.

Giro la cabeza y contemplo a Cat. La morena está sentada junto a mí, en el asiento trasero del coche, con la mirada perdida al otro lado del cristal de la ventanilla. Acaricia mi mano con suavidad y se vuelve hacia mí, como si hubiese presentido mi súplica. Necesito que esos ojos gatunos me acaricien y me transmitan las fuerzas que necesito para no derrumbarme ahora. Cat me responde con un aleteo de pestañas y una sonrisa de medio lado que me devuelve la paz que pugnaba por abandonarme de nuevo.

Pocos minutos después llegamos a nuestro destino. El cielo sigue llorando y una sombra de oscuridad envuelve la atmósfera haciendo que parezca casi de noche.

Salimos del coche, cogemos un par de paraguas del maletero y avanzamos hacia la puerta del recinto. Un guarda nos saluda con educación y cierta solemnidad. Supongo que estará acostumbrado a mostrar ese rostro serio e inexpresivo en su trabajo. Le compadezco. No debe de ser muy agradable trabajar entre muertos y entre caras apenadas. Yo no podría.

Jack se ha adelantado. Conoce el lugar. Cat y yo caminamos tras él, abrazados y resguardados bajo el enorme paraguas. La suave melodía de la lluvia nos acompaña, bañando de tristeza el escenario en el que somos protagonistas.

Cuando mi abuelo se detiene, siento como si también se paralizase mi corazón. Elevo la vista y me encuentro frente a una pequeña puertecilla de mármol sobre cuya opaca superficie descansa una placa un poco desgastada. En ella aparece grabado el nombre de mi madre.

Las piernas comienzan a temblarme y una oleada de sudor frío se escapa por los poros de mi piel. Cat aprieta mi mano con fuerza para después soltarla y permitirme acortar la distancia hasta la lápida. Bajo el nombre de mi madre unas palabras torneadas llaman mi atención y no puedo reprimir estallar en llanto cuando las leo:

«Si la luna brilla iluminará con su luz el camino de la estrella solitaria y la guiará hacia la paz».

Me derrumbo. Me arrodillo, hincando mis rodillas temblorosas en el suelo, y permanezco de cuclillas con la cabeza envuelta con mis propios brazos. Un poco después, son otros brazos los que rodean mi cuerpo. Cat ha soltado el paraguas y se ha agachado para fundirse conmigo en un interminable abrazo. Jack se mantiene distante. Callado. Solo se aproxima cuando yo levanto la cabeza y clavo en él mis ojos repletos de interrogantes.

—Tu madre sujetaba una nota con esta frase entre sus dedos cuando… —Jack se interrumpe para soltar el aire atascado en sus pulmones—. No quise contártelo, Kylian, porque no sabía si podrías soportar más dolor aún.

Suspiro hondo y observo el rostro abatido de mi abuelo. El peso de la culpa cae sobre él y parece encogerse y hacerse diminuto.

—Tranquilo, abuelo. —Lo consuelo tras ponerme en pie. Deslizo la palma de mi mano

sobre su tenso hombro y lo masajeo tratando de infundirle el sosiego que necesita—. Lo he sabido en el momento preciso, en el momento en el que lo tenía que saber. Ahora estoy preparado.

Cat saca de su mochila una bolsa de terciopelo negra en la que hemos introducido el libro justo antes de emprender el trayecto hasta el cementerio. Jack se echa la mano al bolsillo y extrae de este la llave que abre la pequeña compuerta del sombrío compartimento en el que descansan las cenizas de mi madre.

Introducimos el objeto junto a la urna de bronce y cerramos la puerta con suavidad. Apoyo las palmas de mis manos sobre la fría superficie de mármol y me despido de mi madre en silencio. Cat y Jack se retiran y me dejan solo unos minutos.

Desvío mi mirada hacia la lápida contigua y poso una de mis manos sobre ella. Es triste que haya tenido que suceder esto para que nos encontremos de nuevo los tres. Sacudo la cabeza con fuerza y me trago las últimas lágrimas. Mis labios dibujan una leve sonrisa al pensar que mis padres descansan juntos y que nada ni nadie los va a separar jamás.

Ojalá pueda yo decir lo mismo de lo mío con Cat. Ojalá no tengamos que estar muertos para que nuestras almas se vuelvan inseparables. No quiero engañarme a mí mismo. Por desgracia, he sufrido en mis propias carnes el dolor de la pérdida, tanto de los vivos como de los muertos. Y sé que nadie está exento de convertirse en víctima de la maldad y de la falta de empatía que derrochan algunas personas. Por mi parte, estoy dispuesto a luchar con uñas y dientes por aquello que quiero. No pienso rendirme de nuevo. No quiero. Aunque sé que solo no podría hacerlo. O quizás sí. Quién sabe.

Sea como sea, prefiero caminar en compañía.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dedicar unas palabras a todos los que, de un modo u otro, han hecho posible que esta historia haya llegado a tus manos.

En primer lugar, quiero agradecer a todas esas personas de la comunidad de Bookstagram y otras redes sociales, que me han llenado la vida de gente maravillosa. Parece mentira cómo ese mundo que puede parecer tan frío e impersonal te puede dar tantas alegrías y hacerte sentir tan arropada.

Siempre lo diré, pero si no fuera por Isabel Espejo @rincondeelle y aquella proposición que me hizo allá por principios de 2022, yo no estaría ahora escribiendo estas líneas. La que es ahora mi correctora, fue la primera persona que me tendió la mano y me acompañó en mis primeros pasos por este mundillo, dándome a conocer a muchas compañeras y haciendo de nexo de unión entre ellas y yo.

Esther Alcudia, Christine Lage, Paty, Lara Blanc, Mariu Barberá, María José Valiente, Laura O`Lean… fueron algunas de las primeras compañeras con las que tuve relación en el mundo de las redes y que, a día de hoy, aún conservo.

Después, se sumaron muchas más, haciendo de mi humilde comunidad un rinconcito muy especial donde resguardarme en los días flojos y donde impulsarme hasta el infinito en esos días en los que me levanto con ganas de comerme el mundo.

Gracias infinitas a mis lectoras 0, por haber aceptado mi invitación y haberme ayudado a que esta historia salga a la luz con la mejor cara posible: Jessica @vivirsinleernoesvivir, María Sánchez, Chioo Sené @chiio.91. También, cómo no, a Aura Damae por esa exhaustiva lectura que llevó a cabo.

También le debo un profundo agradecimiento a Selva Palacios, por haberme abierto los ojos respecto a este manuscrito antes de que fuera demasiado tarde.

A Laura Barcali, por haber ilustrado y diseñado esta maravillosa portada. Diste en el clavo a la primera.

A mis chicas de los grupos Librohólicas (capitaneadas por las grandes Elisabet Gilmore y Rocío Gallego Lemus) y Escritoras en su tinta. Un placer intercambiar reflexiones y buenos momentos con vosotras.

Gracias a mis compañeros de Aebak, la Asociación de Escritores de Barakaldo. Me siento muy honrada de pertenecer a esta asociación y muy agradecida con todos por vuestro apoyo. No puedo dejar de hacer una mención especial a José Rojo, nuestro lector incansable que siempre está al pie del cañón ayudándonos y dándonos un empujoncito.

Tampoco puedo dejar de agradecer a Bego, de Librería Lara, porque gracias a ella he podido ver mis libros por primera vez en el escaparate de una librería. ¡Qué ilusión me hizo!

A mis compañeros de trabajo, que se empeñan siempre en comprarme mis libros cuando yo les insisto en que no hace falta, que ya se lo dejo. Así no me voy a comer un rosco en la vida. Qué se le va a hacer. Gracias compis.

A mis amigas, las que me leen siempre y tantas veces me han servido de inspiración.

A mi familia: A mi madre (que la tengo un poco abandonada desde que escribo), a mi *hermanito*, a mis tíos, a mi abuela (que es mi fan con más años a su espalda). Y, cómo no, a mi pareja, Toni, y a mis hijas por sufrir en sus carnes mis desapariciones cuando cojo el ordenador y desaparezco de este planeta para volar a mi mundo inventado. Gracias por aguantarme.

Y, para terminar, y como no podría ser de otra manera. A TI, lector. Por estar ahí. Por leerme. Por apoyarme. Porque sin ti, esto no tendría sentido.

GRACIAS.

EL MUNDO DE CAT Y KYL

MÚSICA



La música siempre es una parte imprescindible para mí a la hora de inspirarme para crear historias. Esta es la lista de canciones que me han servido para conectar con los personajes e imaginarme su mundo.
https://open.spotify.com/user/rosanalenti?si=kUFfyFZBQISsuq6LgeyNnA

PINTEREST
Me encanta buscar imágenes que me recuerden a las escenas que protagonizan mis personajes. Os dejo el enlace al tablero de Pinterest en el que podéis echar un vistazo a todas las fotografías que he ido recopilando a lo largo de estos meses.
https://pin.it/1iTGd33cO

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA



Una vida llevada al extremo hasta rozar el abismo.
Un trágico suceso, una pérdida, que cambiará el rumbo de su vida para siempre provocando que Sara sea "desterrada" por sus padres a un pequeño pueblo de la costa de Cantabria, con la intención de alejarla de la mala vida y de los recuerdos que le atormentan.
No es fácil empezar de cero cuando la sombra de la culpa te persigue y te impide seguir adelante.
Sara se ve obligada a trabajar en un centro hípico. Los caballos siempre han sido su pasión, pero jamás hubiese pensado en aquella manera de compartir su vida con ellos.
Axel trabaja en el centro desde hace años y su tranquilidad se verá mermada cuando Sara irrumpe en su vida removiendo todo su mundo y dejando una estela a su paso que le marcará irremediablemente.
¿Podrá Sara superar sus fantasmas sin arrastrar a Axel con ella?



¿Alguna vez te has parado a observar el dibujo de las nubes en el cielo?
Algo tan cotidiano, y, a la vez, olvidado, puede hacer que tu deseo más anhelado se convierta en realidad.
Laia, la protagonista , no quiere creer en estas cosas, porque ya tiene una edad, pero no hay edad para los sueños. ¿Quién le iba a decir a Laia que aquel lunes de regreso al trabajo , tras unas aburridas vacaciones, no iba a ser tan horrible como ella se imaginaba?
Laia conoce a David en el centro de salud donde trabaja . David tiene el alma llena de cicatrices y, desde el minuto uno, pone patas arriba la vida de Laia y todos sus principios. Porque una cosa es la razón y otra es el corazón y Laia siempre ha sido más de lo segundo.

Arropada por sus inseparables amigas y por Eric, su compañero de trabajo y su confidente, Laia luchará contra sí misma y contra todas las barreras que ella y David se encuentran por el camino.



Novela romántica, repleta de sentimientos de amor, amistad y superación, que nos cuenta la historia de Sonia, una de las protagonistas de El Dibujo de las nubes. También seguiremos los pasos de los inolvidables Laia, David, Eric, etc.

Sonia, la mejor amiga de Laia, retoma las riendas de su vida con una mochila cargada de ilusiones, pero el vértigo ancla sus pies al suelo impidiéndole volar .

Sonia acude al gimnasio con sus amigas, *Las Petardas*, buscando romper con la monotonía y allí su camino y el de Alain se cruzarán.

Alain, su irresistible profesor de zumba, provocará una explosión de sentimientos en Sonia, que tendrá que luchar contra los prejuicios y contra sus propios miedos.
Alain, *el rubio de los rizos de oro*, es risueño, impetuoso y joven... muy joven.
¿Será capaz Sonia de dejarse llevar por una vez en su vida y desplegar por fin el vuelo?

REDES SOCIALES

Instagram: @rosana.lenn.autora
Facebook: Rosana Lenn
TikTok: @rosanalennautora
Threads: rosana.lenn.autora
Blog: https://rosanalenn.blogspot.com/